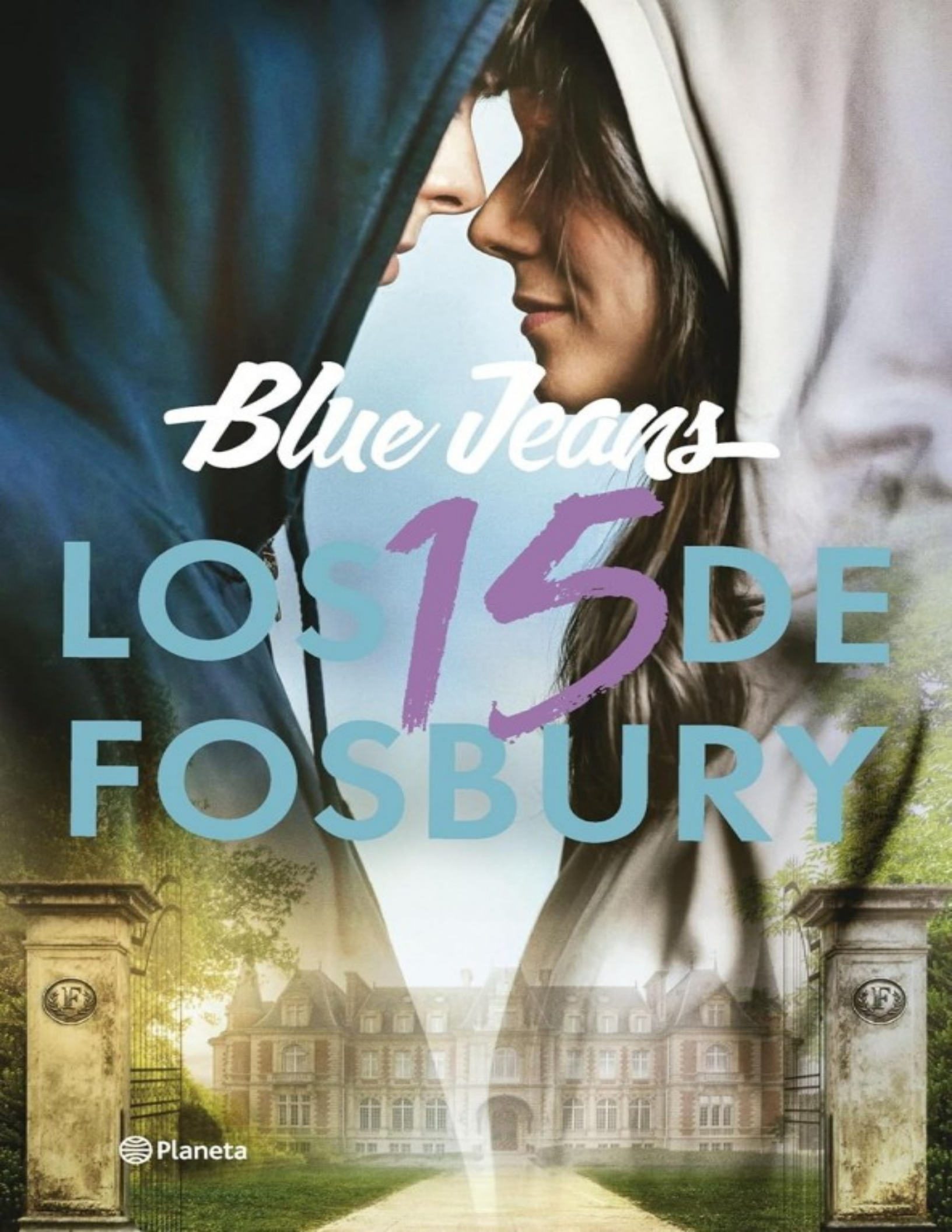

Blue Jeans
LOS 15 DE FOSBURY
Planeta

Para mis lectores de Digital.

Que tengáis un gran Sant Jordi

¡Vivan los libros!



Índice

PORTADA

Dedicatoria de Sant Jordi

PORTADILLA

DEDICATORIA

CITA

LISTADO DE PERSONAJES

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1. NEREA

CAPÍTULO 2. MARCUS

CAPÍTULO 3. IZAN

CAPÍTULO 4. ALEJANDRA

CAPÍTULO 5. GRECIA

CAPÍTULO 6. MARCUS

CAPÍTULO 7. NEREA

CAPÍTULO 8. MARCUS

CAPÍTULO 9. ALEJANDRA

CAPÍTULO 10. GRECIA

CAPÍTULO 11. IZAN

CAPÍTULO 12. NEREA

CAPÍTULO 13. ALEJANDRA

CAPÍTULO 14. MARCUS

CAPÍTULO 15. GRECIA

CAPÍTULO 16. NEREA

CAPÍTULO 17. ALEJANDRA

CAPÍTULO 18. IZAN

CAPÍTULO 19. GRECIA

CAPÍTULO 20. MARCUS

CAPÍTULO 21. ALEJANDRA

CAPÍTULO 22. NEREA

CAPÍTULO 23. IZAN

CAPÍTULO 24. MARCUS

CAPÍTULO 25. ALEJANDRA

CAPÍTULO 26. GRECIA

CAPÍTULO 27. NEREA

CAPÍTULO 28. IZAN

CAPÍTULO 29. MARCUS

CAPÍTULO 30. NEREA

CAPÍTULO 31. GRECIA

CAPÍTULO 32. ALEJANDRA

CAPÍTULO 33. IZAN

CAPÍTULO 34. NEREA

CAPÍTULO 35. MARCUS

CAPÍTULO 36. OLGA

CAPÍTULO 37. GRECIA

CAPÍTULO 38. ALEJANDRA

CAPÍTULO 39. IZAN Y NEREA

CAPÍTULO 40. MARCUS

CAPÍTULO 41. IZAN

CAPÍTULO 42. ALEJANDRA

CAPÍTULO 43. GRECIA

CAPÍTULO 44. NEREA

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46. IZAN

CAPÍTULO 47. ALEJANDRA

CAPÍTULO 48. MARCUS

CAPÍTULO 49. GRECIA

CAPÍTULO 50. NEREA

CAPÍTULO 51. IZAN

CAPÍTULO 52. GRECIA

CAPÍTULO 53. ALEJANDRA

CAPÍTULO 54. NEREA

CAPÍTULO 55. IZAN

CAPÍTULO 56. MARCUS

CAPÍTULO 57. OLGA

CAPÍTULO 58. TODOS

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

PLAYLIST

CRÉDITOS

Los 15 de Fosbury

Blue Jeans



Para todos los deportistas que nunca os habéis rendido y os habéis esforzado al máximo para llegar a la meta.

Tú en tu casa, nosotros en la hoguera.

ROBE INIESTA, EXTREMODURO

LISTADO DE PERSONAJES

Los 15 de Fosbury

Alejandra Verne: esgrimista (Valencia).
Amanda Quintero: jugadora de vóley playa (Burgos).
Aníbal Soler: jugador de bádminton (Almería).
Chema Fajardo: taekwondista (Astorga, León).
Grecia Gómez: levantadora (Gijón).
Izan Cabañas: escalador (Pamplona).
Loreto Jerez: escaladora (Pamplona).
Marcus Li: jugador de bádminton (Moratalaz, Madrid).
Nerea Villamarín: jugadora de vóley playa (Santander).
Nieves Asensio: esgrimista (Santa Cruz de Tenerife).
Olga Lebedeva: jugadora de tenis de mesa (Toledo).
Rubén San Andrés: jugador de tenis de mesa (Brunete, Madrid).
Sara Alarcón: jugadora de bádminton (Estepona, Málaga).
Susana Cardoso: esgrimista (Guijuelo, Salamanca).
Teo Maestre: taekwondista (Astorga, León).

Otros personajes

Alfonso Jaramillo: director de la Academia Dick Fosbury.
Andrés Betancourt: juez instructor del caso.
Cata González: periodista.
Christian Galán: triatleta.
Cira Robles: jugadora de vóley playa.
Claudia Villar: maestra de esgrima.
Coral Menéndez: jugadora de vóley playa.
Dafne Alcaraz: subdirectora de la Academia Dick Fosbury.

Ernesto Cornado: abogado.
Ester García: entrenadora de vóley playa.
Eva Ortiz: mánager de Izan.
Jimena Portero-Vera: psicóloga deportiva.
Kike Sánchez: entrenador de bádminton.
Juan Bustamante: médico deportivo.
Lin Gaoyuan: entrenador de tenis de mesa.
Macarena Hernández: nutricionista.
Lucía Muro: maestra de esgrima.
Mikel López: novio de Nerea.
Paz Bernal: fisioterapeuta.
Take Okada: entrenador de taekwondo.
Tony Roselló: entrenador de halterofilia.
Urko Illarramendi: entrenador de escalada.
Verónica Pipper: inspectora de la Policía Nacional, encargada del caso.

PRÓLOGO

Mayo de 2014

Está al límite. Todavía faltan más de dos años para la gran competición y ya se ha quedado sin fuerzas. Por mucho que repita los ejercicios siente que no tiene margen de mejora. No es suficiente. Necesita más. Un esfuerzo extra, que no sabe de dónde sacar. Si no lo consigue, fracasará. *Fracaso.* La psicóloga le ha dicho que borre esa palabra de su mente. Sin embargo, no puede verlo de otra manera. Es la favorita. La gran promesa de la gimnasia artística. Anita Vidal, la futura estrella olímpica. Todos lo creen. Menos ella.

—Qué agobio. No doy más de mí.

—La presión te está pudiendo. Te has olvidado de disfrutar. Tía, déjate llevar.

Los consejos de Veri, su compañera de equipo, no le sirven. Ella no lo entiende. No comprende que, aunque practiquen el mismo deporte y tengan los mismos objetivos, sus vidas son diferentes.

—No es tan fácil —dice Anita mientras se seca con la toalla.

Ya ni siquiera la relaja darse una ducha después del entrenamiento. Era su momento favorito del día. Se metía bajo el agua caliente y dejaba que los chorros a presión desentumecieran sus agarrotados músculos.

—Venga, tía. No seas dramática. Eres de lejos la mejor gimnasta de la academia. Aunque no lo hagas perfecto serás una de las que estén en Brasil.

—Yo no lo tengo tan claro —dice Anita mordiéndose el labio.

—Las demás sí. Y los entrenadores también. Ya lo sabes.

—Falta mucho todavía. Puede pasar cualquier cosa.

—No seas gafe, Anita. ¡No te va a pasar nada!

Veri se quita la toalla, la enrolla y la sacude contra el trasero desnudo de su amiga, que grita de dolor. Le ha dado fuerte. Anita amaga con lanzarse sobre ella, pero se contiene. Debe evitar cualquier contacto físico. No quiere que se vuelva a confundir y darle esperanzas de que está interesada. Se nota que continúa sintiendo algo. A pesar de que se lo dejó muy claro hace unos meses, a veces se da cuenta de que la mira de esa manera en la que solo miran los enamorados. Es una gran chica y muy guapa, pero no la quiere como pareja. Ni a ella ni a nadie. Su vida solo está centrada en la gimnasia artística, por eso lleva dos años encerrada en aquel sitio, que odia con todas sus fuerzas.

—¿Vamos juntas a comer? —le propone Veri mientras se visten.

—No puedo, ve tú. Tengo que hacer una cosa.

—Uy, qué misteriosa. ¿Se puede saber de qué se trata?

—No es ningún misterio. El director quiere hablar conmigo.

—¿Sobre qué? —pregunta Veri con curiosidad acercándose a su amiga.

—No tengo ni idea.

—Seguro que te va a ofrecer que hagas algún anuncio o un vídeo para promocionar la academia. Esta mañana había un equipo de televisión grabando las instalaciones.

—Pues si es eso, no me apetece nada, la verdad. Prefiero irme a dormir.

—Qué sosa eres.

Anita se encoge de hombros. Antes le encantaba ponerse delante de la cámara. Hasta se hizo un canal de YouTube para hablarles a sus seguidores de los entrenamientos y de las competiciones en las que participaba. Quería dar a conocer su deporte al mayor número de personas posible. Llegó a contar con más de cincuenta mil suscriptores. Desde el año pasado no sube contenido. La gimnasia ahora se ha transformado en un castigo más que en una ilusión.

—¡Anita! —grita de repente Veri señalándole la cara—. Estás sangrando.

—¿Qué?

La chica se palpa la nariz y los dedos se le manchan de sangre. Varias gotas caen al suelo y tiñen de granate las losetas blancas del vestuario. Nerviosa, coge la toalla con la que se ha secado, se limpia e intenta taponar la hemorragia, que sale del orificio derecho. No es la primera vez que le sucede. Se queja en voz baja del día de mierda que lleva mientras se apresura a coger papel higiénico.

—Deberías ir al médico —comenta Veri, con signos de preocupación en la voz—. No es normal que te pase tantas veces.

—Solo es un poco de sangre. Se cortará enseguida.

—Habla con el doctor Bustamante, por favor, Anita.

—No te preocupes, de verdad. Con la cantidad de pruebas que nos hacen, si tengo algo seguro que aparece en los resultados de alguna de las analíticas.

—A mi hermano le sangra la nariz cuando está estresado. A lo mejor tendrías que tomarte las cosas con más tranquilidad.

Anita resopla. No tiene ganas de continuar escuchando a su amiga, que sigue hablándole de que, aunque cuentan con facilidades que otras deportistas no poseen y disponen de todo lo necesario para ser las elegidas y estar en Brasil, hay que controlar la presión y la ansiedad. No deja de repetirle que están practicando un deporte que a esos niveles es muy duro y sacrificado, y que es cierto que requiere grandes esfuerzos por su parte, pero que existe un límite. ¿Lo ha alcanzado? ¿Ha superado ya el suyo?

—Bueno, me voy a ver al director —dice Anita, después de atarse los cordones de los zapatos—. ¿A qué hora empieza el entrenamiento de la tarde?

—A las cuatro.

—Bien. Espero que la charla con Jaramillo no se alargue.

La chica se quita el tapón de papel de la nariz y sorbe varias veces para comprobar que no sangra. La hemorragia ha frenado. Frente al espejo, se lava la cara. Luego fuerza una sonrisa y a continuación sale del vestuario. No hace caso a lo que Veri le está gritando. Es muy pesada. Sabe que solo quiere ser amable, pero no puede soportar tanto positivismo. Al comienzo, agradecía que la animara en los entrenamientos. Sin embargo, se ha ido cansando de sus comentarios y de sus halagos. Aunque quizá de la que se ha

cansado ha sido de sí misma. Veri es un cielo y una amiga ejemplar. Y la persona por la que una vez sintió algo especial. Es una pena que eso también se haya acabado desgastando por culpa de la gimnasia.

Anita ya no se divierte cuando danza en el tapiz, salta el potro o se sube a la barra de equilibrio, su aparato favorito. Podía estar varias horas encima de aquella estrecha y tortuosa superficie. Lo que para la mayoría era un suplicio, para ella significaba un momento de paz y concentración con el que disfrutaba. Eso se terminó. En las primeras semanas en la Dick Fosbury sentía que estaba cumpliendo un sueño. Los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro eran la gran meta. El sueño que había tenido desde que empezó en un pequeño gimnasio de un pueblo entre Toledo y Madrid. Ahora, un nubarrón sobrevuela su mente durante cada minuto de cada entrenamiento.

¿Y si lo deja?

—Pasa —dice una voz al otro lado de la puerta del despacho más grande que hay en la academia—. Está abierto.

Alfonso Jaramillo fue deportista de élite y eso se nota todavía en su físico a los cincuenta años. Practicaba piragüismo y estuvo a punto de ser olímpico. Las lesiones y alguna mala decisión le impidieron llegar a lo más alto. Tal vez por esa espinita que se le quedó clavada se propuso crear aquella academia en la que preparan a conciencia a jóvenes atletas de diversas disciplinas para convertirlos en los mejores. Encontró a unos inversores americanos que apostaron por el proyecto y se lanzó a la aventura.

Anita entra en el despacho y saluda con un gesto de la mano al director, que no se levanta para recibirla. La joven se sienta frente a él y sorbe disimuladamente. Aún percibe el desagradable olor a sangre en la nariz.

—¿Cómo estás? Hace tiempo que no hablamos —dice Jaramillo mientras busca algo en la mesa.

—Estoy cansada. Lo normal, ¿no?

—Pues depende. ¿Duermes bien por las noches, Anita?

—Lo intento.

—Ya sabes que en el deporte de élite es fundamental un buen descanso y una buena alimentación.

—Lo sé —responde Anita con desgana—. Dime, Alfonso, ¿para qué querías verme?

—¿Hay algo que quieras contarme?

La gimnasta dibuja una mueca de extrañeza. No sabe a qué se refiere el director de la academia. Lo que parece seguro es que no la quiere para rodar ningún anuncio ni hacer un vídeo de promoción del centro.

—¿Sobre qué?

—Verás —comienza a decir Alfonso, que se pone de pie—. No quiero enjuiciar a una de mis mejores deportistas y mucho menos cuestionar su profesionalidad. Estoy seguro de que en Brasil vas a pelear por una medalla, pero no puedo tolerar ciertos comportamientos. He recibido quejas sobre ti.

—¿Quejas? ¿De quién?

—Dímelo tú.

—¿Yo? Eres tú el que me ha pedido que venga a su despacho.

—Porque hay algo que no está funcionando contigo, Ana.

La chica observa con atención a Jaramillo, esperando a que le dé el nombre de la persona que se ha quejado. Podría ser el doctor Bustamante, al que no trató demasiado bien en la última revisión, o una compañera del equipo de gimnasia con la que apenas se habla y con la que ha tenido algún roce, o quizá su entrenadora, cuyas instrucciones ha ignorado tantas veces en las últimas semanas.

El sonido del móvil del director de la Academia Dick Fosbury interrumpe la charla. Jaramillo le pide disculpas y responde. Parece una llamada importante, porque tuerce el gesto y suelta un par de palabras malsonantes en voz alta.

—Espera un momento —le dice Alfonso a su interlocutor. Tapa el auricular y se dirige a la joven—. Ana, tengo que resolver un asunto con urgencia. Si te parece bien hablamos más tarde. Tal vez después del entrenamiento. ¿Vale?

La chica asiente con la cabeza y sale del despacho. Mientras camina hacia su habitación, le da vueltas a lo que han hablado. Alguien en la academia se ha quejado de su comportamiento y el director le ha llamado la atención. Es posible que solo sea una advertencia, pero le fastidia. Es lo que le faltaba. ¿Quién es la

persona que la ha denunciado? Lo descubrirá unas horas más tarde, justo antes de que la gimnasta aparezca muerta en uno de los jardines de aquella academia deportiva de élite a la que sus propios integrantes han denominado La Hoguera.

CAPÍTULO 1

NEREA

Madrid, lunes, 11 de noviembre de 2024

—¡Imbécil! ¿Tú de qué coño vas?

—Lo siento, se me ha ido.

Las disculpas de Nerea no le sirven a Amanda, que la insulta en voz baja y se sale de la arena. Ha rematado demasiado fuerte y el balón ha impactado de lleno en la cara de la otra chica.

—Perdona. Te juro que no quería hacerte daño.

Amanda no dice nada. Le muestra el dedo corazón y se marcha hacia el vestuario. Nerea resopla. No está siendo el comienzo que esperaba. Cuando la llamaron para unirse a la Academia Dick Fosbury no lo pensó dos veces. Era la gran oportunidad que llevaba esperando desde que decidió dedicarse al vóley playa.

—Ya se le pasará. Ella es así —comenta Ester, que se acerca a consolarla—. Sigamos.

—Te juro que no quería darle en la cara. Ha sido mala suerte.

—Lo sé. No te preocupes. ¿Ensayamos el saque?

Nerea asiente a su entrenadora, aunque no se queda tranquila tras el incidente con la que será su pareja de juego en los próximos años. No es el primer encontronazo que han tenido en la semana que llevan entrenando juntas. Nerea sabía que el temperamento de Amanda es muy fuerte. La ha sufrido como rival desde que eran cadetes. Nunca la ha visto sonreír en un partido. Sin embargo, esperaba que sus primeros días como compañeras no fueran tan agitados.

—Formaréis la mejor pareja del circuito e iréis a los Juegos Olímpicos de Los Ángeles con opciones de todo —le dijo Alfonso Jaramillo, el director de la academia, en la reunión que mantuvieron en una cafetería del centro de Madrid hace un par de semanas—. Amanda es especial, pero no hay ninguna jugadora como ella en el país. Juntas seréis invencibles.

Nerea no podía creerse que la hubieran elegido para sustituir a Cira Robles, la que hasta entonces era la pareja de Amanda. Una grave lesión en la rodilla la había apartado de las pistas de arena por un tiempo indeterminado. En la academia reaccionaron rápido y buscaron con urgencia a otra jugadora que la relevara.

—En la Dick Fosbury tendrás facilidades para todo. Contarás con las mejores instalaciones para entrenar, los mejores profesionales a tu disposición, alojamiento, comida y, cuando tengas que ir a Santander a ver a tu familia, los gastos también correrán de nuestra cuenta. Además, te daremos una paga de mil quinientos euros al mes. Eso sí, queremos absoluta exclusividad con nosotros.

Era un sueño. Por supuesto que separarse de su madre, su hermana y su novio no iba a resultar sencillo, pero el sacrificio valdría la pena. También tendría que aparcar momentáneamente la carrera. Acababa de empezar el segundo curso del grado en Magisterio en Educación Infantil en la Universidad de Cantabria. Le preocupaba no ser capaz de adaptarse a una nueva vida lejos de los suyos, rodeada de deportistas de élite que buscaban lo mismo que ella. Sin embargo, lo que más le inquietaba era cómo se iba a llevar con Amanda Quintero. ¿Sería tan fiera como la pintaban? En pocos días ya conoció la respuesta.

El entrenamiento no dura mucho más. Después de unos cuantos saques le pide permiso a Ester para finalizar la sesión y retirarse a descansar. No puede concentrarse. Necesita arreglar las cosas con Amanda cuanto antes. Sabe que la química con su nueva pareja es fundamental. Tendrá que poner mucho de su parte, pero la complicidad entre las dos es determinante para lograr el entendimiento dentro de la arena.

Amanda no está en el vestuario. Se pone la sudadera y un pantalón de chándal y se dirige al gimnasio, situado en el mismo

edificio. Varios de sus compañeros de la academia se están ejercitando. En las bicis ve a los dos taekwondistas, con los que apenas ha hablado en esos días. Grecia, la halterófila con la que ha hecho buenas migas, está sentada en un banco levantando unas pesas. También se fija en el chico que hace escalada y en cómo este le sonríe. Izan Cabañas es un guaperas de manual: ojos azules, cabello castaño rizado, pendientes, varios tatuajes y unos bíceps que impresionan. De los quince deportistas de la academia es el que más seguidores acumula en las redes sociales. Incluso tiene una representante, que le consigue jugosos contratos publicitarios con las marcas. Es el influencer de la Dick Fosbury.

—¿Has visto a Amanda? —le pregunta Nerea a Grecia, que suelta las pesas en el suelo.

—No. Por aquí no ha pasado.

—Vaya. No sé dónde se ha metido. Tengo que hablar con ella.

—Te compadezco. Esa zorra es lo peor. ¿Seguro que quieres encontrarla?

La animadversión de Grecia hacia Amanda es muy grande, por lo que Nerea ha podido corroborar en esos días. Le ha contado que la odia prácticamente desde que se conocieron a principios de septiembre, aunque no le ha explicado los motivos.

—Le he dado un pelotazo en la cara y quería pedirle perdón. Se ha enfadado mucho.

—Que se joda —dice la halterófila sonriendo—. Se lo merece. La pobre Cira estaba hasta los ovarios de ella y de su comportamiento de mierda. No dejes que a ti te haga lo mismo.

Nerea se encoge de hombros y se despide de su nueva amiga. De los catorce deportistas con los que convive en la Dick Fosbury es con quien mejor se lleva. Se sentó a su lado el primer día en la cena y la puso al día de cómo funciona la academia y de quién es quién.

—Yo sí he visto a Amanda —escucha a su espalda cuando sale del gimnasio. Izan camina detrás mientras se seca los brazos con una toalla—. Hace un rato se dirigía al edificio C. No parecía muy contenta, la verdad. Iba insultando a alguien.

—Seguro que era a mí. Gracias, voy a ver si está por allí todavía.

—Oye, esta tarde me la he pedido libre. Después de comer voy a ir a la piscina a grabar contenido para TikTok y a hacerme unas fotos. ¿Te apuntas?

Nerea se sonroja. La verdad es que el tío es terriblemente guapo y su mirada es de lo más seductora. No está segura de si está tirándole los tejos o si esa media sonrisa chulesca se la gasta con todo el mundo.

—No puedo. Yo sí tengo entrenamiento.

—Entonces nada. No insisto. La disciplina es sagrada en el deporte. Especialmente en uno en el que se juega con la arena y se va todo el día en bikini —comenta Izan, que se cuelga la toalla en el hombro mientras se ríe—. No pongas esa cara. Era una broma. Te veo dentro de un rato en la comida.

El chico suelta una carcajada que le marca un singular hoyuelo bajo el pómulo izquierdo. Se gira y se mete de nuevo en el vestuario. Nerea maldice para sí el estúpido sentido del humor del escalador. Es un chulo, pero no parece mal tipo. ¿Tendrá pareja? Anoche estuvo un buen rato mirando sus redes sociales y no vio ninguna foto que lo demostrara. Ella sí tiene novio, Mikel, al que quedó en llamar antes de comer. Primero debe encontrar a Amanda. Va a buscarla al edificio C, donde están los despachos de los entrenadores y el centro médico. A lo mejor el balonazo le ha causado alguna pequeña conmoción y ha ido a que la examine el doctor. Es lo que le faltaba para que su relación se termine de enrarecer. Ruega que no haya sido nada grave.

Fuera el cielo se ha nublado. Hay cierta distancia entre los edificios. El día que llegó a la academia se quedó muy sorprendida, porque no esperaba que fuera tan grande. Le habían dicho que era un lugar concebido para preparar tan solo a dieciséis personas —aunque ahora mismo son quince—, que es el número de habitaciones destinadas en el edificio A para el alojamiento de los deportistas. Todos residen en la academia, incluso los que son de Madrid o tienen familia en la capital. Al estar situada en la Casa de Campo, la Dick Fosbury tiene muchas zonas verdes alrededor y hasta cuenta con un pequeño lago artificial. Un paraje perfecto para practicar deporte.

—Esto estuvo cerrado diez años —le comentó Grecia en una de sus primeras charlas—. Volvieron a abrir en septiembre, que fue cuando nos llamaron a todos.

—Algo había leído. ¿Por qué la cerraron?

—¿No recuerdas la muerte de aquella chica?

—No. ¿Qué chica?

—Anita Vidal, la mejor gimnasta del momento. Era una aspirante a medalla en Río de Janeiro. Apareció muerta junto a este edificio. Hay una placa con su nombre en el jardín.

—¿Qué le pasó?

—Nunca se supo la verdad, pero la academia se vio obligada a cerrar. Hasta hace poco no les han dado permiso para abrirla otra vez. ¡Diez años más tarde! Por suerte, los ha pillado justo cuando comienza un nuevo ciclo olímpico, que es el objetivo principal de los jefes: que todos estemos preparados para competir por ir a Los Ángeles en 2028.

Después de la conversación con Grecia, Nerea estuvo buscando información sobre lo ocurrido. No se acordaba porque era muy pequeña. Fue en mayo de 2014 cuando falleció aquella prometedora estrella de la gimnasia artística. Nerea apenas tenía nueve años. En internet estuvo leyendo opiniones para todos los gustos. Algunos decían que Anita Vidal se había suicidado; otros, que se había caído accidentalmente de la terraza del edificio A, en el que están las habitaciones de los deportistas. Sin embargo, la teoría de la mayoría era que había sido un asesinato; que la habían empujado al vacío. No se encontraron pruebas que lo demostraran. La jueza archivó el caso unos meses después sin acusar a nadie.

En el edificio C, Nerea no encuentra a Amanda. Se cruza con el doctor Juan Bustamante, al que pregunta por su compañera, pero tampoco sabe nada de ella. Eso la tranquiliza un poco. Al menos, el balonazo no le ha hecho tanto daño como para haber solicitado atención médica. Mira el reloj y se da cuenta de que ya son las dos menos cinco. Pronto será la hora de comer. Al final no ha llamado a Mikel. Saca el móvil y le manda un mensaje de audio para decirle que lo quiere y que por la noche hablarán con más tranquilidad.

—Hola, Nerea. ¿Vienes a verme?

La que le habla es Jimena Portero, la psicóloga deportiva contratada por el centro. Podría pasar por una de ellos, porque es una chica muy joven. Nerea no cree que llegue a los treinta años. Ya ha tenido una sesión con ella y fue muy productiva.

—No. Estoy buscando a Amanda. ¿La has visto?

—Todavía no. Tenemos una charla pendiente. Cuando la encuentres dile que se pase por mi consulta después de comer, ¿vale? Voy a estar por la tarde también.

La chica asiente y tras despedirse de Jimena oye como alguien grita el nombre de la terapeuta. Es el doctor Bustamante, que parece molesto. Nerea se da por vencida y se marcha hacia el edificio A, donde está el comedor. Mientras, escucha un mensaje de voz de Mikel, que le ha respondido. Su novio le dice que también la quiere y que no lo está pasando bien desde que se fue. Ella ya lo sabe, pero es lo que hay.

Por el camino, se encuentra con algunos de los entrenadores de las diferentes disciplinas que se practican en la academia. La Dick Fosbury se ha especializado en siete deportes olímpicos: vóley playa, escalada, esgrima, taekwondo, tenis de mesa, bádminton y halterofilia. El director le explicó que eligieron estas especialidades por su gran proyección. Cuando buscó información en la red sobre la muerte de Anita Vidal, descubrió que hace diez años eran otros deportes los que se desarrollaban en el centro. ¿Por qué los cambiarían? Grecia tampoco estaba segura de los motivos, aunque se alegraba de que entre ellos hubieran escogido la halterofilia.

—Imagino que quisieron darle la vuelta totalmente a la situación y olvidar el pasado —le había contado a Nerea—. Por eso apostaron por otros deportes. Creo que solo siguen de aquella época el director, Alfonso Jaramillo, el doctor Bustamante y algunos de los conserjes. El resto del personal de La Hoguera es nuevo.

—¿La Hoguera?

—No sé quién inventó ese nombre, pero está muy bien tirado. Este lugar parece idílico, pero te exprimen al máximo para que consigas cumplir tus objetivos. Tienes que ser la mejor, superar tus marcas, y eso a veces te quema, como si estuvieses dentro de una hoguera.

Nerea llega al edificio A pensativa. Se le han quitado las ganas de entrenar por la tarde. El mal rollo con Amanda y el compungido tono de voz de Mikel en el mensaje que le ha enviado la han desanimado. Sube la escalera hasta la tercera planta, donde está su cuarto, el 305. Hay ocho habitaciones en ese pasillo y otras ocho en el segundo piso. Arriba está la terraza desde donde cayó Anita Vidal. ¿Se lanzaría, la empujaron o fue un desafortunado accidente? Sospecha que nunca se sabrá. Saca la tarjeta magnética para abrir la puerta, pero entonces oye algo. Es el sonido de una guitarra española. La música proviene de la 307. Se acerca y distingue una dulce voz femenina interpretando *Espresso*, de Sabrina Carpenter. Amanda canta tan bien como juega al vóley playa. Nerea está sorprendida. No conocía esa faceta de su compañera. Se queda un rato admirando el talento oculto de la chica con la que va a tener que entenderse para que sus sueños se hagan realidad. Sonríe. Al final va a ser verdad eso de que la música amansa a las fieras.

CAPÍTULO 2

MARCUS

Madrid, lunes, 11 de noviembre de 2024

Sus padres no dejaban de insistirle en que para ser un buen jugador de bádminton, midiendo solo un metro sesenta y ocho centímetros, tenía que mostrarse agresivo; defender a muerte cada punto, que al rival le costara la vida meterle un volante. Marcus aplica ese consejo en cada entrenamiento. A los contrarios los vence por pesado, aunque a su entrenador actual le gusta llamarlo consistencia. Los dos meses que lleva trabajando en la Academia Dick Fosbury con Kike Sánchez le han servido para mejorar su juego en todos los aspectos. No es lo mismo entrenar en una academia deportiva de élite que en el gimnasio de al lado de su casa en Moratalaz. Ahora puede dedicarse en exclusiva a lo que le gusta.

Marcus se toma un respiro y se sienta en una banqueta desde donde observa a Sara y a Aníbal, que están jugando el uno contra el otro. Sus compañeros son muy buenos. La pluma circula a una velocidad endiablada. No solo compiten en individuales, sino que participarán en varios torneos como pareja mixta. Viendo cómo se compenetran en la pista parece que se conocen de toda la vida.

Está tan atento a lo que hace la pareja que no se da cuenta de la llegada de Jimena Portero. La psicóloga se sienta a su lado.

—¿Qué tal va todo, Marcus?

—Ah. Hola. Bien. Gracias.

—¿Has terminado ya el entrenamiento?

—Aún no. Solo estoy respirando un poco. Está siendo una mañana intensa.

—¿Mucho físico?

—Mucho de todo —responde el joven sonriente—. Kike nos da caña cada día.

—Hace bien. Es su obligación.

A él no le molestan la disciplina y el trabajo duro. Está acostumbrado porque es lo que le han inculcado desde niño. Sus padres, los dos exjugadores de bádminton, siempre se han exprimido al máximo. Tanto en el deporte como en el negocio. Se cansaron de vivir en una pequeña ciudad a menos de cien kilómetros de Pekín y decidieron emprender la aventura en España. Se mudaron a Madrid y montaron una tienda de ropa en Moratalaz y luego abrieron dos más en Alcorcón y en Móstoles. En la primera, Marcus les echaba una mano por las tardes antes de trasladarse a la academia. El chico también ha dejado a un lado un módulo de informática que hacía por las mañanas. De momento toda su atención es para el bádminton.

—¿Has visto algo raro hoy en el entrenamiento? —le pregunta Jimena, que tiene fija la mirada en la pista.

—¿Raro? ¿En qué sentido?

—No sé. Antes he tenido sesión con Sara y parecía preocupada.

—Ella siempre está preocupada. Es una chica muy exigente consigo misma.

—Lo sé, aunque creo que no es eso.

—Entonces, ¿qué piensas que puede ser?

—Eso me gustaría saber. Ha sido bastante ambigua. Sé que os lleváis muy bien, por eso te he preguntado.

—No he notado nada diferente en ella hoy.

—¿Algún problema con el entrenador? ¿Han discutido? ¿Le ha gritado?

—Nada fuera de lo normal. Kike es muy estricto con los ejercicios, pero nunca se ha sobrepasado con nosotros.

La terapeuta va a hacerle otra pregunta, pero se queda callada porque el entrenador se acerca hasta ellos.

—¿No te parece que ya has descansado bastante? —le pregunta el hombre de manera brusca—. Quiero que juguéis dos contra uno contra Sara.

—¿Ahora? Falta poco para la comida —replica Marcus.

—Cada minuto cuenta, ya lo sabes.

Marcus asiente. No le parece mal su filosofía. En la charla que les dio a sus tres pupilos el primer día lo dejó muy claro. Quería jugadores entregados al bádminton. Que pensaran las veinticuatro horas en el deporte, incluso cuando no estuvieran practicándolo. Habían sido seleccionados por la Dick Fosbury para llegar a la excelencia. Era la única forma de acercarse al nivel de los asiáticos.

—¿Has ido alguna vez a China, Marcus? —le preguntó Kike el día que se conocieron.

—Solo dos veces cuando era muy pequeño. No me acuerdo de nada.

—Yo he estado en varias ocasiones y es increíble la pasión que sienten por el bádminton. En cada casa hay alguien que juega. Vas por la calle y puedes encontrarte en cualquier sitio a chavales con una raqueta, un volante y una red improvisada, como aquí hacen los niños con el fútbol, que les vale hasta la puerta de un garaje de portería.

Es lo mismo que le contaron sus padres. Ellos se conocieron, precisamente, en un club de bádminton, cuando eran adolescentes. Su madre llegó a profesional, aunque lo dejó muy joven. Su padre también era muy bueno, pero ni siquiera consiguió jugar ningún torneo oficial. El primer regalo de cumpleaños de Marcus fue un volante, que todavía conserva.

—Quiero que podáis competir con los chinos, los coreanos, los indonesios o los japoneses, como ha hecho Carolina Marín. Para eso debéis esforzaros al máximo. Quizá, ni así lleguéis a alcanzar su nivel. Es un reto muy difícil, prácticamente imposible, pero hay que intentarlo dándolo todo en los entrenamientos. Cada minuto cuenta.

Marcus se despide de Jimena, que se queda hablando con Kike. Regresa a la pista, donde Sara y Aníbal continúan jugando con gran intensidad. La chica detiene el entrenamiento cuando lo ve.

—¿Te ha dicho algo de mí la psicóloga? —le pregunta la joven con cierta preocupación en la voz—. He notado que no paraba de mirarme.

—Que estabas rara en la sesión que habéis tenido hoy. ¿Todo va bien?

—Sí, no te preocupes. No está siendo mi mejor semana. Seguid vosotros. Ahora vuelvo.

—Kike me ha pedido que juguemos un dos para uno contra ti.

—¡Si es la hora de comer! —exclama Aníbal molesto—. Estoy muerto de hambre.

—Díselo a él.

Marcus se va a un lado de la pista y recoge con la raqueta un volante que está en el suelo. Observa como Sara se marcha hacia el vestuario. También se ha ido Jimena. A Kike tampoco lo ve.

—¿No estás hasta las mismas pelotas de todo esto? —suelta Aníbal, que se sienta en la pista y estira los brazos—. Llegamos a la academia el... ¿9 de septiembre?

—Sí. Exactamente. Era lunes.

—Y ya nos pusieron a entrenar ese día. ¡Cuatro horas! Cuatro malditas horas.

—Estamos aquí para eso.

—Bueno, tú eres de origen asiático. Estás acostumbrado. Dicen que vivís solo para trabajar.

A Marcus no le gustan las palabras ni el tono de su compañero. Es un buen chaval, pero en ocasiones hace ese tipo de comentarios desafortunados. No se lo recrimina porque no quiere iniciar una discusión. Odia discutir.

—¿Así van a ser los cuatro años hasta los Juegos Olímpicos de Los Ángeles? —continúa protestando Aníbal—. ¡Joder! Es que no hemos tenido ni un solo día de respiro. Ni siquiera nos han dado un fin de semana libre para ir a visitar a nuestras familias.

—Yo fui a ver a mis padres la semana pasada.

—¡Porque viven en Moratalaz y los tienes al lado! ¿Cómo hago yo para ir a Almería si estamos ocupados de lunes a domingo?

—Diles a ellos que vengan a verte a ti.

Aníbal no responde. Resopla y se pone de pie. Se seca las manos con la camiseta y alcanza la raqueta que había dejado en el suelo. Marcus entiende la frustración de su compañero, pero para él el

régimen de entrenamientos de la Dick Fosbury no supone ningún problema. Al contrario. Cuanta más exigencia, mejor.

—Oye, tío, ¿tú crees que le gusto a Sara? —pregunta Aníbal mientras camina hacia el lado derecho de la pista, donde está su compañero—. Si me lanzo, ¿me mandaría a la mierda?

La cuestión coge de improvisto a Marcus. No sabe qué responder. Esos temas no le preocupan. A sus veinte años todavía no le ha interesado nadie de esa forma como para pensar en el amor y todos esos rollos. Tampoco ninguna persona le ha confesado sentirse atraída por él. En su mente está grabado lo que le soltó la chica más popular de su clase en tercero de la ESO: «Solo eres un chino bajito, feo y sudoroso. En tu puta vida vas a encontrar a una tía como yo que quiera estar contigo». Cayetana, que ese día se había sentado a su lado en el aula, estaba enfadada porque él se había reído de un comentario sarcástico del profesor de Matemáticas acerca de los famosos bailes en TikTok de su alumna. ¿Le había afectado? Un poco, pero ni se enfrentó a ella ni le contó a nadie lo que sintió. No es muy de expresar sus sentimientos. Eso, supone, también es una ventaja cuando juega al bádminton. El rival no puede darse cuenta de tus debilidades.

—¿No tiene novio?

—Me parece que no. Aquí no ha venido, por lo menos. Creo que han cortado. Al principio, lo llamaba cada día antes de comer y de cenar mientras regresábamos de los entrenamientos. Hace tres o cuatro semanas que ya no lo llama.

—A lo mejor hablan a otra hora.

—No creo, tío. Además, tenía una foto con él en la mesa de su habitación y ahora ya no está.

—No he entrado nunca en su habitación.

—Yo estuve anoche. Nos quedamos hablando hasta las once.

—¿Y no aprovechaste para preguntarle por su novio?

—¡Cómo voy a hacer eso! —exclama Aníbal dándose una palmada en la frente—. Tú sabes poco de tías, ¿verdad?

Marcus mira hacia otro lado. Se siente incómodo. Él no es de los que salen de noche ni liga por las redes sociales. Hasta que no ha empezado a convivir con chicas en la academia apenas había

hablado con alguna en el instituto o en el gimnasio donde entrenaba. No tiene amigas del colegio ni hermanas ni primas. ¿Qué es lo que debería saber exactamente de tías?

—¿Dónde se habrá metido Sara? —le pregunta Marcus a Aníbal, esquivando el asunto del que hablan—. No nos va a dar tiempo a jugar el dos contra uno.

—Mejor. Lo único que me apetece ahora es comer y echarme una siesta. Ya he tenido bastante entrenamiento esta mañana.

Marcus asiente, aunque no piensa lo mismo. Disfruta tanto jugando al bádminton que se le pasan las horas volando. No se cansa. A pesar de que el ritmo que Kike Sánchez les ha impuesto desde el primer día es muy alto, él se siente cómodo. Su objetivo es ser el número uno en su amado deporte y esa es la única manera de poder conseguirlo.

—No espero más. Me voy —dice Aníbal mientras se quita las muñequeras—. ¿Te vienes o te quedas?

—Voy a quedarme un poco más.

—Eres un agonías, Marcus Li. Hasta luego.

Aníbal recoge sus cosas y se marcha silbando hacia los vestuarios. El joven de Moratalaz lo observa desde la pista. A pesar de que no para de quejarse, será un rival muy duro cuando tengan que enfrentarse en un hipotético duelo definitivo. Solo uno tendrá opción de participar en los Juegos Olímpicos. Aníbal es un tipo de jugador completamente distinto a él. Mide alrededor de un metro y ochenta y cinco y destaca sobre todo por el ataque. No te da tregua. En esos meses lo ha estado estudiando a conciencia y no ha encontrado demasiados puntos débiles que pueda aprovechar.

Pasan otros diez minutos hasta que Sara aparece. La chica va acompañada de Kike. Los dos están muy serios.

—¡Marcus! ¡Ya te puedes ir a comer! —grita su entrenador—. Nos vemos a las cuatro y media otra vez.

Kike coge una bolsa de mano y se aleja sin dar más explicaciones. Marcus se lamenta de haber estado esperando para nada. Le apetecía seguir entrenando un rato más, a pesar de que se les ha echado encima la hora de comer. Sale de la pista y va hasta donde Sara se ha sentado. Ella está con la cabeza agachada y los brazos

caídos, con las manos en las rodillas. Cuando levanta la mirada, Marcus comprueba que tiene los ojos rojos, como si hubiese estado llorando.

—¿Estás bien? —le pregunta sentándose a su lado. Nunca la había visto así.

Sara se lo queda mirando fijamente y niega con la cabeza, apretando los labios. Después se inclina sobre él y lo abraza. Nota como las lágrimas de la chica le mojan la mejilla. La sensación es extraña. No sabe qué hacer ni qué decirle. Es ella la que habla y le susurra algo que no se espera.

—Marcus, tengo que salir de aquí. Necesito tu ayuda. No sé si estoy en peligro.

CAPÍTULO 3

IZAN

Madrid, lunes, 11 de noviembre de 2024

Le gusta ir a la piscina a pasar el rato. Nadar también le sirve para entrenar, aunque Izan lo toma más como un pasatiempo que como una forma de ejercitarse. Suele ir solo. Sin embargo, esa tarde tiene compañía. Una mujer rubia se le acerca y se agacha delante de él. Eva Ortiz es su representante desde hace cuatro años. Él solo era un alocado adolescente cuando se conocieron.

—¿Por qué no te das un baño? —le dice el joven, desde el agua, después de quitarse las gafas de nadador—. Te reto a una carrera. Si me ganas te aumento el porcentaje en el próximo contrato que firmemos.

—Es una oferta muy tentadora, pero no me voy a meter con los vaqueros y esta blusa que me ha costado un dineral.

—Quítate la ropa. Solo te voy a ver yo.

La mujer sonríe y niega con la cabeza. Después le hace una foto con el móvil. Izan le guiña un ojo y vuelve a zambullirse. Nada hasta el otro lado de la piscina y le grita a Eva que se tire, que no va a pasar nada. No le hace caso. Su representante se dirige a las gradas y se sienta en la primera fila, desde donde le hace más fotos. Necesita unas cuantas para un carrusel en Instagram y también algún vídeo para TikTok. Entre las dos redes sociales, Izan suma casi un millón de seguidores. No está mal para alguien que practica un deporte minoritario. Aunque sabe que gran parte de su éxito no es por ser uno de los escaladores más prometedores del panorama nacional.

Izan sale de la piscina y camina hasta Eva mientras se va secando. Se para frente a ella y posa con el torso mojado. Se coloca la toalla sobre el hombro y, a continuación, se la anuda a la cintura, cubriendo el bañador. Tras una veintena de clics se sienta al lado de la mujer y le pide que le pase el móvil para ver las fotos.

—En esta parece que no llevo nada debajo.

—Seguro que eso les gusta a tus seguidores.

—Es una pena que Instagram no permita desnudos. A lo mejor un día me hago OnlyFans.

—Ni se te ocurra.

—¿Por qué? Hay muchos deportistas que lo tienen y se están forrando. Ya que en la escalada no nos dan ni para comprar chicles, tendremos que buscarnos la vida de otra manera.

—Hacerte fotos en pelotas y distribuirlas por internet no es esa manera. Por lo menos mientras yo sea tu agente. Además, tú no te puedes quejar de tus ingresos.

No, la verdad es que él es un afortunado. Mientras que la mayoría de los escaladores tienen hasta que pagarse las inscripciones de las competiciones de su propio bolsillo, Izan cuenta con varios patrocinadores que le cubren todo. Lo que genera en Instagram y TikTok y lo que le pagan las marcas le permiten llegar a las seis cifras en su cuenta corriente. Sin embargo, no se conforma con ganar dinero. Es ambicioso. Su meta son los Juegos Olímpicos y disputarles el pódium a los mejores. Por eso, cuando el director de la Dick Fosbury lo llamó para que se uniera a la academia, lo celebró por todo lo alto. Era su gran oportunidad; la que llevaba esperando desde los trece años, cuando comenzó a ir los rocódromos y a subir aquellas paredes que parecían imposibles. Había nacido con un don para la escalada.

—¿Qué tal con tus compañeros de academia? ¿Hay alguno con el que podamos negociar una colaboración? Lo digo para que no aparezcas siempre solo en las fotos. Además, nos vendría genial para hacer algún *trend* viral en TikTok. ¿Alguna chica mona? Estaría bien inventarnos un *shippeo*. Eso les encanta a las fans.

Izan dibuja una sonrisa pícara. Enseguida le viene a la mente Alejandra, una de las de esgrima. Fue la que más le llamó la

atención cuando llegó. Se han liado varias veces, aunque no han pasado de unos cuantos besos. Nada de sexo. De hecho, no se ha acostado con nadie en los más de dos meses que lleva en la academia. No denominan a aquel sitio La Hoguera, precisamente, por lo caliente que está el personal. Algunos pensarán que en un lugar donde conviven deportistas jóvenes, atléticos y con las hormonas revolucionadas se pasarían todo el día de orgía en orgía. Nada más lejos de la realidad. La carga de los entrenamientos, el cansancio que se va acumulando y la disciplina colectiva hacen que las prioridades sean otras. Aunque él está dispuesto a lo que sea si se presenta la ocasión. Con Alejandra o con otra. De hecho, la nueva, Nerea Villamarín, le gusta mucho.

—Hay una chica, que acaba de entrar en la academia, que está bastante bien.

—¿En serio? ¿Te gusta? En plan... ¿amor?

—No te pongas celosa.

—No seas capullo, Izan. Podría ser tu madre.

—Tú solo tienes treinta y dos y yo diecinueve. No exageres. Además, estás mucho más buena que las tías de la academia.

La mujer niega con la cabeza y acaba sonriendo. Izan disfruta haciéndola rabiar. Ella sabe que solo son bromas y que la respeta mucho. La conoce desde los quince, cuando se puso en contacto con él. Eva había visto el impacto que tenía en las redes sociales y se ofreció para ser su representante. Sabía qué hacer para potenciar su marca. Al principio él no quiso, pero acabó convenciéndolo. Acertó. Realiza un gran trabajo. Lo libera de negociar con las empresas y de la presión de sus padres, que no veían claro lo que hacía su hijo en internet. Ahora todo pasa por Eva Ortiz, en la que su familia confía plenamente.

—¿Quién es esa chica de la que me hablas?

—Es jugadora de vóley playa. La que ha entrado para sustituir a Cira —responde Izan mientras busca en el móvil la cuenta de Instagram de Nerea—. Mira, es esta.

—Vaya. Menudo pibón. Parece bastante alta.

—Mide un poco menos que yo. Estará alrededor del metro setenta y cinco.

—Me gusta mucho. ¿Quieres que hable con ella?

—No creo que acepte. De momento, está muy centrada en los entrenamientos y parece una tía bastante disciplinada.

—Le pagaremos bien si hace falta.

—Déjalo, Eva. Tal vez, un poco más adelante.

—No, no. Ahora es un buen momento. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Estará entrenando. Mejor no molestarla.

Eva arquea una ceja y tuerce la boca. Le da una palmadita en el hombro, que todavía tiene mojado después del chapuzón.

—¿Te has enamorado de esa chica?

—¿Yo? ¡Qué dices!

—Me da la impresión de que te gusta bastante.

Lo cierto es que tuvo un flechazo en cuanto la vio, aunque se niega a admitirlo. Cada vez que se encuentra con Nerea siente un hormigueo en el estómago y se pone nervioso. ¡Él! ¡Nervioso! Sin embargo, una relación seria dentro de la academia no conduciría a nada bueno. Y tampoco ha detectado señales de que ella se sienta atraída.

—No digas más tonterías. Desde que estoy aquí mi único objetivo es ganar el oro en los Juegos de Los Ángeles.

—¡Baja de la nube! Poco a poco, chaval. Me encanta que seas tan exigente y tengas esa ambición, pero todavía ni siquiera has logrado clasificarte entre los tres primeros de España.

—Eso llegará muy pronto. Ya lo verás. Confía en mí.

—Sé que lo conseguirás.

—Por supuesto. Estarás muy orgullosa de haber apostado por el caballo ganador.

—Vale, pero, mientras tanto, consígueme a alguien con quien grabar contenido chulo para redes, anda. Si es tu amiga, la del vóley playa, mucho mejor.

Eva le saca la lengua y le remueve el cabello húmedo con la toalla. Se tiene que marchar a una reunión. Queda en pasarle las fotos editadas dentro de un rato para que Izan las suba a Instagram y se despide de él. El chico se mete de nuevo en la piscina y mientras nada piensa en Nerea. Quizá no debería habérsela mencionado a su representante. ¿Es compatible enamorarse dentro de una academia

de élite con triunfar en el deporte? ¿Debe intentar no distraerse con otras cuestiones que puedan perjudicar su rendimiento? A pesar de que va de duro y de que no le afecta nada, no deja de ser un chico de diecinueve años. Tiene necesidades y sensaciones que no son fáciles de controlar, pero si no se centra no alcanzará el máximo nivel y adiós a Los Ángeles. Su mente tiene que estar puesta en cómo escalar cada pared e ir mejorando campeonato a campeonato.

Izan se pasa más de quince minutos nadando de un extremo al otro de la piscina. Cuando se detiene nota una molestia en el hombro derecho y en la clavícula. Apoya las palmas de las manos en el bordillo y de un brinco sale del agua. Siente dolor en esa zona. Mierda. Espera no haberse lesionado. Se sienta en el suelo y se masajea. Entonces se da cuenta de que una chica ataviada con un bañador rojo está preparada para lanzarse a la piscina. Alejandra ha recogido su melena rubia en un gorro de baño del mismo color del traje. La esgrimista se tira de cabeza y después nada hacia donde está él.

—¿Tú también te has pedido la tarde libre? —le pregunta la chica.

—Me he estado haciendo unas fotos para mis redes sociales.

—Eso también forma parte de tu trabajo, ¿no?

—Es lo que me da dinero. Tú también podrías ganar bastante si te lo propusieras, pero tienes Instagram y TikTok abandonados.

—No me va eso de exponer mi vida.

—Yo solo cuento lo que quiero.

—Eso para mí ya es mucho.

—Me da que con la esgrima no te vas a hacer millonaria.

—¿Sí? No me digas.

Alejandra sonríe y se sumerge en el agua. Izan contempla ensimismado cómo se desliza por el fondo de la piscina. No cabe duda de que le gusta, aunque de una forma distinta que Nerea. No cree que pueda enamorarse de ella, pero sí le atrae mucho físicamente. ¿Y a quién no?

—¡¿Ya te has cansado?! —le grita la chica desde la otra punta de la piscina.

—¡Sí! ¡Estoy muerto!

—¡No estás en forma! ¡Blandengue!

Izan es demasiado orgulloso como para que lo llamen blando. A pesar de la molestia en el hombro derecho, se mete de nuevo en el agua y nada hasta Alejandra. La chica le sonríe y aumenta el ritmo de las brazadas. No va a permitir que la gane. El escalador también acelera y se pone a su altura. El mano a mano acaba con ambos extenuados reclamando la victoria de la improvisada carrera. Salen de la piscina jadeantes y se tumban en el suelo uno junto al otro. Es ella, tras deshacerse del gorro, la que se coloca encima de él y lo besa en la boca. El chico no se lo espera, pero aquella situación le excita. No imaginaba que la sesión de fotos terminaría de esa forma.

—¿Quieres que vayamos a la habitación? —le pregunta a Alejandra, entre beso y beso.

—¿Para qué?

—¿Tú qué crees?

La chica deja de besarlo y se queda paralizada. Izan no comprende qué le ocurre hasta que ella señala hacia la puerta de la instalación y le advierte que alguien los está observando.

—Ahí no hay nadie —dice el joven, que se ha girado con torpeza.

—Te juro que he visto a una persona.

—¿Quién era?

—No lo sé. No veo bien de lejos. No tengo las lentillas. Creo que era una mujer —responde Alejandra, que se pone de pie muy nerviosa—. Joder, espero que no nos hayan pillado besándonos.

—¿No te lo habrás imaginado?

—¡Por supuesto que no! ¡Coño, Izan! ¡Había alguien mirando!

—Qué más da. No estábamos haciendo nada malo.

—No. Solo nos estábamos comiendo la boca, medio desnudos, en un sitio público, cuando tendría que estar entrenando. Si es que no puede ser, joder. Soy gilipollas.

—A lo mejor ni nos ha visto.

—Esto ha sido un error —dice la chica, que alcanza una toalla y se calza las zapatillas.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A todo, Izan. A todo.

Alejandra se lamenta una vez más de haberse dejado llevar y se marcha corriendo. Izan no la sigue. Se sienta en el suelo y se toca el

hombro, en el que ahora siente un dolor punzante. ¿Qué habría pasado si no hubiese aparecido la persona que los ha interrumpido? No está seguro, pero debe andarse con cuidado con lo que hace. En cualquier caso, ese chico de cabello rizado y ojos claros va a encontrarse con un problema mucho más complejo: al cabo de unas horas se va a convertir en sospechoso de un asesinato en la Dick Fosbury.

CAPÍTULO 4

ALEJANDRA

Madrid, lunes, 11 de noviembre de 2024

La Academia Dick Fosbury se abrió por primera vez en 2011 con la intención de preparar a jóvenes promesas del deporte español para las citas más importantes del calendario. Aunque el proyecto era ambicioso, los Juegos Olímpicos de Londres de 2012 no figuraban dentro de los planes del director Alfonso Jaramillo y del resto de los responsables del centro. Era demasiado pronto para cotas tan elevadas. Río de Janeiro, en cambio, sí suponía un objetivo factible. Estaban trabajando para llegar a esa meta cuando ocurrió la desgracia de la muerte de la gimnasta Anita Vidal. La academia estuvo cerrada durante diez años, y hasta septiembre de 2024 no se habían podido volver a utilizar sus instalaciones. Se cambiaron las disciplinas deportivas que se practicaban, se contrató a gente nueva y se seleccionó a quince jóvenes deportistas que habían destacado en categorías inferiores y contaban con muchas posibilidades de alcanzar los Juegos Olímpicos de Los Ángeles. Tenían por delante cuatro años en los que se dedicarían en cuerpo y alma a la preparación de las Olimpiadas en Estados Unidos. Sin embargo, la historia se había repetido: ese 11 de noviembre, la psicóloga, Jimena Portero, había aparecido muerta en su despacho de la academia.

La dirección de la Dick Fosbury había reunido a todos los deportistas en el espacio común, que usaban como área de descanso, del edificio A. Fue el propio Jaramillo el que les había comunicado la noticia. Añadió que, posiblemente, la policía, que ya

se encontraba en el edificio C investigando y buscando pruebas en el escenario del crimen, querría hacerles algunas preguntas.

—¿Qué va a pasar ahora? ¿Volverán a cerrar la academia?

Alejandra no sabe qué responder a la cuestión que le plantea su compañera Nieves. Ellas dos y Susana caminan juntas hacia la pequeña habitación donde están las máquinas expendedoras. Necesitan un café. Las tres esgrimistas van casi siempre juntas. Se han hecho muy amigas, aunque también son rivales cuando tienen el sable en la mano.

—Puede ser. Ya sucedió hace diez años —contesta Susana—. Sería una putada. No quiero volver a Salamanca.

—Ni yo a Tenerife —interviene Nieves mientras saca un café con leche de la máquina—. Echaría mucho de menos esto. Sobre todo a vosotras.

Alejandra no dice nada. Está muy preocupada por lo que acaba de contarles el director. No se lo ha dicho a sus amigas, pero cree que la persona que vio en la piscina cuando se besaba con Izan era Jimena. No puede asegurarlo. No llevaba las lentillas puestas en ese momento.

—¿Tú nos echarías más de menos a nosotras o a Izan? —le pregunta Susana dándole un toquecito con el codo.

—Eso, eso. Mójate.

—Chicas, no estoy para bromas —responde Alejandra cortante—. Acaban de encontrar muerta a una persona aquí al lado. ¡Joder! ¡Han asesinado a Jimena!

—Ya. Es horrible, aunque yo no tenía mucha relación. Solo tuve una sesión con ella la segunda semana de entrenamientos —dice Nieves—. ¿O fue la tercera? Ya no me acuerdo.

—Yo tampoco la traté demasiado —indica la esgrimista salmantina —. Me da mucha pena, pero también tengo miedo de que nos echen de la academia.

—O de que el asesino sea uno de nosotros.

Un asesino en la Dick Fosbury. Alejandra no ha dejado de pensar en eso desde que Jaramillo los informó de lo que había pasado. ¿Quién podría querer matar a Jimena Portero? ¿Uno de los deportistas? ¿Algún entrenador? ¿Algunos de los trabajadores de la

academia? ¿O tal vez una persona que se coló y tenía una cuenta pendiente con ella? Esta última opción casi la descarta porque para entrar en las instalaciones hay que pasar un control bastante estricto. Si no se pertenece al centro, solo se accede a través de una acreditación o con una invitación, en el caso de familiares y amigos, que es revisada y queda registrada por los miembros de seguridad que vigilan en la cancela de la entrada. Se puede considerar que aquel es un espacio blindado.

—Sería muy fuerte que el asesino fuera uno de los quince —comenta Nieves—. Bueno, uno de los otros catorce, porque yo no he sido. Tengo coartada. He estado entrenando toda la tarde. Desde las cuatro hasta las siete y media no me he movido del edificio B.

—Hermana, ¿cómo sabes que la han matado por la tarde?

—Pues... A ver..., yo qué sé, Susana. Imagino que ha sido por la tarde. Es lo que he sobreentendido de las palabras del director. La han encontrado muerta en su despacho esta tarde.

—Eso no significa que no la asesinaran por la mañana o al mediodía, ¿no?

Alejandra escucha atentamente la conversación de sus amigas, aunque prefiere no pronunciarse. Si la persona a la que vio era Jimena Portero, a las cinco todavía estaba viva. ¿Qué hacía tan lejos de su consulta? La piscina está en un pabellón independiente, mientras que todos los despachos se encuentran ubicados en el edificio C. A lo mejor buscaba a alguien. ¿A su asesino?

—¿Tú te quedaste en la habitación al final? —le pregunta la esgrimista canaria—. Por cierto, ¿te sigue doliendo la cabeza?

Alejandra titubea. Había pedido la tarde libre a sus entrenadoras, a las que les dijo que se encontraba muy cansada y que tenía una jaqueca terrible. Les había mentido. Se enteró de que Izan iba a hacerse fotos y grabar contenido en la piscina para sus redes sociales. Era un buen momento para pasar un rato con él. Ni siquiera sus amigas lo sabían. No se atrevió a contárselo porque prefería no arriesgarse a que se lo chivaran a las maestras de esgrima. Además, ellas creen que está obsesionada con el escalador. La verdad es que le gusta mucho, pero no sabe si está enamorada. De cualquier forma da lo mismo, porque está claro que el chico no siente nada por ella.

—Estoy mejor. Ya no me duele.

—Me alegro. Te quiero en forma para los próximos torneos. Si estás mal no tendrá mérito ganarte —bromea Susana.

Alejandra fuerza una sonrisa, a pesar de que el chiste no le ha hecho gracia. Sus amigas son sus rivales directas. Las eligieron a las tres, precisamente, para generar esa competitividad que las haga más fuertes. En la academia no tienen dudas de que de entre ellas saldrá la mejor esgrimista del país en la especialidad de sable para el siguiente lustro. Llevan destacando desde infantiles, pero están tan igualadas que los próximos años de preparación serán decisivos. Curiosamente, a Alejandra se le da mejor competir contra Nieves que contra Susana, que, en teoría, es la más débil de las tres en cuanto a ranking y a torneos ganados. Quizá porque es zurda y eso hace que le cueste más enfrentarse a ella.

—Este café está malísimo —protesta la canaria, que se queda mirando al chico que entra en la habitación y saca una botella de agua de la máquina—. No como ese.

Izan saluda a las chicas con un gesto de la mano y una sonrisa. Lleva un pantalón muy ceñido y una camiseta sin mangas, que deja a la vista los músculos y las venas marcadas de los brazos. Alejandra traga saliva. No le ha dicho a nadie que estuvieron juntos en la piscina y no quiere que ahora sus compañeras se enteren por él. Espera que no haga ningún comentario que la comprometa.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le pregunta Alejandra al escalador, al que coge de la mano.

No le da otra opción y se lo lleva de la habitación de las máquinas. Mientras se alejan escucha los silbidos y vítores de sus amigas, pero no les hace caso. Conduce a Izan hasta uno de los pasillos de la primera planta, donde no hay nadie. Está muy tensa.

—Qué mal rollo lo de Jimena —se anticipa a decir el chico, como si estuviera leyéndole el pensamiento—. Me caía bien.

—Creo que fue la persona que vi en la piscina.

—Pero si me habías dicho que no sabías quién era.

—Pues creo que era ella.

—Tendrás que contarle eso a la policía si te preguntan.

—No puedo. Se supone que yo a esa hora estaba en mi habitación con jaqueca. Me pedí la tarde libre porque me encontraba mal, no para liarme contigo en la piscina.

—Vaya. Corriste un gran riesgo entonces.

El pequeño pabellón en el que se encuentra la piscina está aislado, en una zona apartada entre los edificios A y B, al que se llega por un camino de piedras que recorre la parte trasera de las instalaciones. Por las tardes suele estar vacío porque los deportistas entrenan. Así que el peligro de que alguien la viera era mínimo. El riesgo a ser descubierta merecía la pena. Si la pillaban diría que se había recuperado y había decidido calentar nadando antes de ir a entrenar.

—Espera un momento. ¿Lo hiciste por mí? ¿Sabías que yo estaba en la piscina?

—¡No seas tonto! Fue casualidad —miente Alejandra, que se ha puesto colorada—. Solo me apetecía darme un baño.

La puta sonrisa de satisfacción de Izan la saca de quicio, aunque debe reconocer que le gusta que la mire así. Si él no estuviera en la Dick Fosbury todo sería más sencillo, pero también más aburrido. Los entrenamientos son muy duros y la presión a la que se ven sometidos es enorme. No solo han de estar preparados para la competición; además, deben cumplir las expectativas con su rendimiento. Por esa razón, que el escalador la haga sentir cosas distintas y alejadas de lo que significa el trabajo diario no le parece algo negativo. De momento.

—No digas nada.

—¿Cómo que no diga nada? ¿A quién?

—A nadie. No cuentes que estuve contigo, por favor. Ni al resto de los chicos, ni a nadie de la Dick Fosbury. Ni a los investigadores.

—¿Quieres que mienta si me pregunta la policía?

—Nadie debe saber que estuve en la piscina por la tarde. Me meteré en un lío muy gordo si mis entrenadoras se enteran. Yo no voy a contar que vi a Jimena.

—Es que no estás segura de que fuese ella.

—Cada vez estoy más convencida.

—¿Cómo, Alejandra? ¡Si fue un instante! ¡No ves bien de lejos! No había nadie cuando yo me giré y miré hacia la puerta.

—¡Había una persona! ¡Estoy segura de eso! ¡Era una mujer! ¡Y es más que probable que fuese la psicóloga!

Izan resopla. Coloca las manos en la nuca y asiente.

—Vale, te creo.

—Gracias.

—Pero no quiero mentir si la policía me pregunta.

—Hazlo por mí. Te lo pido por favor.

—Me metes en un marrón importante.

—Simplemente, no les cuentes que estuve contigo. Di que te hiciste las fotos y estuviste nadando un rato.

—Eso fue lo que pasó. Y después nos liamos.

—No nos liamos. Yo estuve toda la tarde en mi habitación con dolor de cabeza. Por favor, Izan. Me la estoy jugando.

El joven chasquea la lengua y acaba asintiendo. Alejandra lamenta involucrarlo en su mentira, pero si Claudia y Lucía se enteran de la verdad puede haber consecuencias muy negativas para ella.

—Está bien. Haré lo que me pides.

—Muchas gracias. Es importante que estemos de acuerdo en esto y no nos contradigamos.

—Tranquila. ¿Qué me darás a cambio? —pregunta el chico, que luego sonríe con picardía—. Era una broma. No te preocupes. Tu secreto está a salvo conmigo. Pero es posible que fueras la última persona que viera a Jimena con vida. Y, si le mentimos a la policía y nos pillan, eso puede convertirnos en los principales sospechosos de su asesinato.

CAPÍTULO 5

GRECIA

Madrid, lunes, 11 de noviembre de 2024

Desde que era una niña Grecia ha tenido que aguantar mofas sobre su cuerpo. Las bromas y los insultos desaparecieron cuando empezó a ganar campeonatos. En el instituto pasó de ser la «griega gorda», como la llamaban sus compañeros, a la chica con la que todos querían tener una foto o invitar a su cumpleaños. Sabía que eso solo era porque se había convertido en una deportista de éxito. Ella continuaba siendo la misma persona. Había ganado algo de seguridad, pero su manera de ser no había cambiado. Sin embargo, las cosas volvieron a empeorar cuando ganó una prueba a nivel nacional que retransmitieron por televisión. Ese día batió su marca y se postuló como una aspirante a llegar muy alto en el mundo de la halterofilia. Sus redes sociales se llenaron de felicitaciones, pero también de *haters* que criticaban y se burlaban de su aspecto físico. Su mente entonces colapsó.

—En la Dick Fosbury te vamos a tratar muy bien, Grecia —le aseguró el propio Alfonso Jaramillo en junio cuando fue a verla a Gijón para convencerla de que se uniera a la academia—. Tendrás a tu disposición todo lo que necesites.

—No es el mejor momento para irme de casa.

—Podrás venir a visitar a tu familia cuando quieras.

—No me veo encerrada en una academia cuatro años.

—Es que no vas a estar encerrada. No queremos esclavos. Queremos campeonas como tú. Confiamos mucho en ti, Grecia. Eres

una de nuestras grandes apuestas de futuro y estamos convencidos de que con nosotros llegarás muy lejos. Piénsatelo.

En ese momento lo tenía claro. No quería mudarse a la capital aunque su sueño fuera participar en unos Juegos Olímpicos, algo que le parecía imposible. Jaramillo le prometió que entrenaría con los mejores preparadores y contaría con las mayores facilidades para ser la número uno en su categoría. Era lo que ella deseaba y por lo que llevaba peleando desde los trece años, cuando comenzó a tomarse más en serio lo de levantar pesas. Sin embargo, el miedo la atenazaba. La noche anterior a la visita del director de la academia había sido horrible. Una de las peores de su vida. Tuvo un fuerte ataque de ansiedad y acabó metiéndose los dedos en la boca para provocarse el vómito. A sus padres y a sus tres hermanos pequeños les contó que la cena le había sentado mal.

—Me tiembla todo —comenta Nerea, sentada a su lado en uno de los sofás de la sala común del edificio A—. Hablé con Jimena antes de comer, mientras buscaba a Amanda, y ahora está muerta. Es muy triste, pero también surrealista.

—Yo también estuve con ella esta mañana.

—Es que no me lo puedo creer.

—Ni yo. No es fácil de asimilar.

—Fue muy agradable conmigo en la sesión que tuvimos cuando llegué. Me dio algunas pautas para la convivencia en la academia y para los entrenamientos. Al ser la nueva me sentía un poco desubicada. Vosotros ya llevabais aquí dos meses.

—Era una buena terapeuta.

Grecia se queda callada cuando una mujer entra en la sala. Es alta y corpulenta y va rapada al uno, como mucho al dos. Tiene la piel nívea. Posiblemente sea de origen nórdico o de algún país del este de Europa. Se acerca hasta ellas y les habla con una voz menos grave de lo que presagiaba su aspecto rudo.

—Hola, chicas. Buenas noches. ¿Tú eres Grecia Gómez?

—Sí —responde la halterófila, a la que da un vuelco el corazón al escuchar su nombre—. Soy yo.

—Encantada. Soy la inspectora de la Policía Nacional, Verónica Pipper. Me gustaría hablar contigo. Solo serán cinco minutos. ¿Me

acompañas?

Grecia no se sorprende de que esa imponente mujer quiera charlar a solas con ella. El director ya los había avisado de que la policía podría tomarles declaración. Se levanta del sofá y salen juntas de la sala de descanso.

—Esto es enorme. ¿Cuántos entrenáis aquí?

—Quince, de siete especialidades distintas.

—Sois pocos para lo grande que es el centro. Imagino que será una suerte formar parte de esta élite deportiva.

—No me puedo quejar.

—Ya me hubiera gustado a mí tener estas instalaciones. Cuando era más joven practicaba el lanzamiento de martillo. Como soy grandota mis padres pensaron que se me daría muy bien. Se equivocaban.

Mientras caminan hacia el exterior, la inspectora le cuenta a Grecia sus frustraciones con un deporte que acabó odiando. Ella también ha pasado por momentos en los que detestaba lo que hacía. Se miraba al espejo y culpaba a la halterofilia de tener aquel aspecto. Nunca le había gustado tan poco lo que veía en ese cristal.

—Bueno, basta de hablar de mí —dice Verónica Pipper señalando un banco de madera en el jardín, iluminado por una farola—. ¿Nos sentamos ahí?

Grecia asiente. A pesar de que hace frío a esa hora de la noche, no le desagrada. Siempre lo ha preferido al calor. Era otro de los motivos por los que no quería mudarse a Madrid. En Asturias estaba muy a gusto con la temperatura que hace durante todo el año. Cuando lleguen los meses de verano detestará el clima seco de la capital.

—¿Qué tal te llevabas con Jimena Portero? —le pregunta la mujer, que le ha advertido previamente que va a grabar la conversación con el móvil.

—Bien. Era una persona muy amable.

—¿Hablabais a menudo?

—Lo normal. Era la psicóloga que la academia había puesto a nuestra disposición. Venía dos o tres veces por semana. Incluso en ocasiones se quedaba a ver los entrenamientos.

—¿No tienes una terapeuta personal?

—No. Solo a Jimena.

—De acuerdo. Tu nombre es el que más veces aparece en la agenda que hemos encontrado escrita a mano en su despacho. De hecho, esta mañana tuviste una cita con ella, ¿verdad?

—Sí. Fui antes del entrenamiento —reconoce Grecia, que no está muy segura de las intenciones de la inspectora—. A primera hora. Después de desayunar.

—¿Se puede saber de qué hablasteis?

La chica piensa en lo que va a responder. No fue una charla demasiado positiva. Se enfadó con Jimena porque consideraba que no estaba prestando suficiente atención a lo que le contaba. Encontró a la psicóloga distraída.

—De temas relacionados con la competición. La semana que viene me voy a Hungría a una prueba para comprobar cuál es mi nivel actual —indica Grecia, que elude la parte en la que se molestó con la terapeuta—. Aquí aguantamos mucha presión. Si no conseguimos resultados y mejorar nuestras marcas es que no estamos haciendo las cosas bien.

—¿Jimena Portero te ayudaba a soportar esa presión?

—Lo intentaba. Desde que ingresé en el centro hemos trabajado mucho esa cuestión. La halterofilia no es solo un deporte de fuerza, pese a lo que pueda parecer. La mentalidad es clave. Tienes que afrontar cada levantamiento concentrada y con la cabeza lo más despejada posible.

—¿A ti te cuesta eso?

Grecia, incómoda, se mesa su cabello negro. Hace tiempo que quiere dejárselo más largo para comprobar si se siente diferente, pero siempre se echa atrás y acaba cortándoselo ella misma. Qué más da. Nunca será una chica bonita, tenga el pelo como lo tenga.

—Me cuesta como a todos. Forma parte del deporte.

—Tu nombre se repite en la libreta de Jimena. Prácticamente, cada vez que ella venía a la academia te atendía.

—Me gustaba contarle cómo me sentía. Me daba seguridad.

—Entiendo. ¿Solo hablabais en su despacho?

—La mayoría de las veces. Fuera manteníamos una relación cordial. No éramos amigas.

Jimena no lo permitió. Entre ambas no había tanta diferencia de edad, pero solo era su psicóloga. No siempre le decía lo que deseaba escuchar. Eso la ayudó al principio, aunque últimamente le fastidiaba tanta sinceridad.

—¿Te habló alguna vez de su vida personal?

—No lo recuerdo. Me parece que no. Nunca charlábamos de asuntos que no estuviesen relacionados con el deporte.

—¿Hay alguien de la Dick Fosbury con quien tuviera problemas o discutiera a menudo?

Grecia niega con la cabeza. No quiere líos. Los métodos de Jimena Portero no les gustaban a varios de los entrenadores de la academia, entre ellos, al suyo, Tony Roselló. A veces, aparecía e interrumpía la sesión para hablar con los deportistas. Tampoco daba explicaciones ni informaba a los preparadores de las conversaciones que mantenía en la consulta con los chicos. Decía que eran privadas. Iba por libre y eso enfadó a más de uno, que se había quejado a Jaramillo.

—Muy bien, Grecia. Esto es todo de momento. Gracias por tu tiempo.

—¿Sabe qué va a pasar ahora? ¿Cerrarán la academia?

—Ni idea. Eso no depende de mí —responde la inspectora de la Policía Nacional, que se pone de pie y estira los brazos. La mujer se fija en una placa que hay junto a un gigantesco rosal—. Anita Vidal, recuerdo perfectamente ese caso.

—¿Lo llevó usted?

—No, uno de los que entonces eran mis jefes. Yo era una principiante todavía y llevaba poco tiempo en el cuerpo. Hubo mucha polémica y en la comisaría no estaban de acuerdo con la resolución de la jueza. Se archivó por falta de pruebas. No hubo culpables y se estimó que había sido un accidente o un suicidio. Han pasado diez años y ahora nos toca resolver un asesinato en el mismo lugar. La vida te da sorpresas y tiene estas casualidades.

La mujer le entrega una tarjeta a Grecia con su teléfono por si se acuerda de algo que pudiera considerar importante respecto al crimen de la psicóloga. Se despiden y la joven entra de nuevo en el

edificio A. Se ha hecho tarde y está bastante cansada. Ojalá pueda desconectar e irse a dormir cuanto antes. ¿Les dejarán pasar la noche en la academia? Imagina que no tardarán en revelarles los pasos que van a seguir. La halterófila camina hacia la sala común de la primera planta. Antes de entrar, identifica la voz del director, que está hablando con alguien. Le comenta a la otra persona que acaba de recibir la notificación de que pueden quedarse en la academia, con la condición de no pisar el edificio C, que es donde han hallado el cuerpo de la fallecida y donde están trabajando los de la Científica. Enseguida distingue también la voz de la persona que acompaña a Jaramillo.

—Jimena, ¿me estás escuchando?

—Perdona, Grecia. Se me ha ido el santo al cielo. ¿Qué me estabas contando?

—Joder. Es la segunda vez que te pasa hoy.

—Lo siento, es que esta mañana tengo la cabeza en otra parte.

—Te estaba hablando de Amanda.

—Es cierto. Cuéntame. ¿Qué te ha ocurrido con ella?

—Esa tía es lo peor. Por su puta culpa anoche se jodió todo. No paraba de mirarme mientras comía y se burló de mí.

—¿Qué te dijo?

—Nada. Se estaba riendo y después infló los carrillos insinuando que estaba gorda. Luego le leí en los labios la palabra *foca*.

—¿Estás segura?

—¡Claro, joder! ¡Ya sabes que me odia! ¿Estás de su parte o qué?

—No estoy de parte de nadie. Hablaré con ella. ¿Te ha afectado mucho?

Cuando iba a responderle, sonó el teléfono de Jimena. A Grecia no le gustó que contestara al móvil y la dejara con la palabra en la boca. Se levantó del sofá y se marchó del despacho de la terapeuta. Se estaba abriendo a ella y parecía como si no le importara lo que le explicaba. Había reunido fuerzas para confesarle que la noche anterior se provocó el vómito después de catorce días sin hacerlo.

Había caído otra vez en algo que estaba solucionando gracias a la terapia.

Grecia observa como Amanda sale de la sala común. La jugadora de vóley ni siquiera la mira cuando pasa por su lado. Alfonso Jaramillo va detrás. El hombre sí se detiene al verla.

—¿Qué tal te ha ido con la inspectora Pipper? Tenía bastante interés en hablar contigo.

—Ha sido una charla sin más.

—Esa mujer impone.

—Solo hace su trabajo. ¿Nos quedamos al final esta noche en la academia?

—Sí, nos han dado permiso. Mañana ya veremos qué sucede —responde el director de la Dick Fosbury, al que nota agotado—. Grecia, espero que esto no te afecte más de la cuenta. Sé lo importante que era Jimena para ti.

—Estaré bien, Alfonso. Estaré bien.

El hombre asiente. Le da un toquecito cariñoso en el hombro y le dice que dentro de diez minutos reunirá de nuevo a los quince para contarles las novedades. Quedan en verse ahora y Grecia va a por una botella de agua. Tiene la boca seca y los labios agrietados. También le arden los ojos. Es cierto que no ha soltado ni una lágrima desde que se enteró de la muerte de la psicóloga. Quizá porque todavía le dura el enfado de esa mañana. A lo mejor se encuentra en estado de shock por lo inesperado de su fallecimiento. O es la forma en la que su mente ha decidido afrontar la pérdida de una persona querida. Jimena estaría orgullosa de que no se haya hundido y no haya ido corriendo al baño de su habitación para introducirse los dedos hasta el fondo de la garganta. La verdad es que se está sorprendiendo a sí misma. ¿Tardará mucho en llegar el bajón cuando se dé cuenta de que no volverá a ver a la persona de la que se había enamorado?

CAPÍTULO 6

MARCUS

Madrid, lunes, 11 de noviembre de 2024

«El número al que llama está apagado o fuera de cobertura».

Marcus ha vuelto a intentar contactar con Sara sin éxito. La ha llamado varias veces con idéntico resultado. El móvil de su compañera no está operativo. La jugadora de bádminton tampoco ha respondido los mensajes de WhatsApp.

—Marcus, tengo que salir de aquí. Necesito tu ayuda. No sé si estoy en peligro —le había soltado Sara al final del entrenamiento de esa mañana.

—¿Qué es lo que pasa?

—No te lo puedo contar. Échame una mano, por favor.

El chico aceptó ayudarla, pero Sara no le explicó las razones por las que necesitaba marcharse de la academia. Le pidió dos cosas: que si alguien preguntaba por ella le dijera que había ido al centro de Madrid a una entrevista para un pódcast de deportes, y que no hablara de aquel asunto con nadie.

Alfonso Jaramillo no se había percatado de que en la reunión para anunciar la muerte de Jimena Portero no estaba Sara. Tampoco parecía haberse dado cuenta de la ausencia de la jugadora de bádminton en el segundo encuentro. El director de la Dick Fosbury los había intentado tranquilizar en esa nueva charla. Acababa de recibir la confirmación de que esa noche los chicos la podían pasar en la academia.

El que sí era consciente de que Sara se había marchado era Aníbal. Parecía muy alterado, a pesar de que Marcus le había contado que su compañera había ido a una entrevista.

—La he estado llamando para decirle lo que ha pasado, pero no me lo coge. Tiene el móvil apagado.

—Se habrá quedado sin batería.

—Es muy extraño que todavía no haya llegado. Se ha hecho muy tarde. Son casi las once.

—A lo mejor se ha quedado a cenar con la chica del pódcast —comenta Marcus, que trata de disimular su inquietud. Él también está preocupado.

La última vez que la vio fue después del entrenamiento. No comió con ellos. Ni siquiera sabe si se encontraba en la academia cuando encontraron muerta a la psicóloga o ya se había ido al centro de Madrid.

—¿Has hablado con la policía? —le pregunta Aníbal, después de que le salte una vez más el aviso de que el móvil de Sara está desconectado.

—No, no me han llamado. ¿Tú?

—Tampoco. Creo que ya se han marchado. Imagino que mañana regresarán para tomarnos declaración a los que no lo hemos hecho hoy.

Aníbal le cuenta que Teo y Chema, los dos taekwondistas, sí han charlado con una inspectora de policía que los había impresionado por su aspecto físico. También sabe que Grecia y los dos jugadores de tenis de mesa, Olga y Rubén, habían conversado con esa mujer.

—Esto es una mierda. ¿Dónde coño se ha metido? —se pregunta en voz alta Aníbal, que no espera la respuesta de su amigo y se dispone a grabar un mensaje de audio—. «Hola, Sara... Mira, estamos preocupados por ti. No sabemos dónde estás. ¿Sigues en el centro? Ha pasado algo muy grave en la academia. Al menos, dinos que estás bien. Escríbeme, llámame o lo que sea cuando escuches este audio».

Marcus ve que su compañero está cada vez más nervioso. No puede contarle lo que Sara le dijo. Se lo prometió. De momento, mantendrá el secreto como la chica le pidió. ¿Tendrá relación que se

fuera de la academia y le dijera que creía que podría estar en peligro con el crimen de Jimena? Recuerda que estuvo hablando de ella con la psicóloga durante el entrenamiento de la mañana. La terapeuta le hizo varias preguntas sobre su amiga porque la había notado rara.

—¿Estás seguro de que Sara no te contó nada más?

—Solo me dijo que iba al centro para un pódcast de deportes.

—¿Sabes el nombre de la persona que la iba a entrevistar?

—No tengo ni idea —responde Marcus, que se siente agobiado por la insistencia de Aníbal—. No me dio detalles.

—Antes te has referido a esa persona en femenino. ¿Cómo sabes que era una chica?

—No... no lo sé. Lo intuí. O quizá Sara... me dijo que era una chica. No sé.

—Joder, tío. Trata de recordarlo. Si supiéramos con quién estuvo esta tarde podríamos buscar su perfil en las redes sociales y preguntarle si siguen juntas o a qué hora se marchó de la grabación.

Marcus repite que no se acuerda de nada más; que eso es todo lo que sabe. Aníbal no para de presionarle. Está a punto de decirle la verdad para que lo deje tranquilo, pero le prometió a Sara que guardaría silencio. Él es un tipo de palabra. Se lo inculcaron sus padres desde niño: jamás hay que romper una promesa.

—No entiendo por qué Sara te dijo a ti lo de la entrevista y no a mí. Creía que teníamos confianza después de estos dos meses juntos —comenta Aníbal frustrado—. Voy a buscar todos los pódcasts que existen de deporte y a probar suerte. No creo que haya muchos.

—¿Por qué no esperas un poco? A lo mejor está al llegar.

—Son las once. Tengo un mal presagio, tío. No puedo quedarme cruzado de brazos después de lo que le ha pasado a la psicóloga.

Marcus se siente aliviado de que Aníbal comience la búsqueda y no continúe haciéndole preguntas. No existe esa entrevista ni Sara fue a un pódcast en el centro de Madrid. Su compañero le da pena. Se ha enamorado. Eso significa que sufrirá, tanto si Sara aparece antes como después.

—Hola, Marcus, ¿qué tal? ¿Ya te vas a dormir?

La que le habla es Olga Lebedeva, con la que se cruza justo antes de subir la escalera que lleva hasta las habitaciones. Es una joven rubia, de cabello muy fino y de intensos ojos azules, más o menos de su estatura. Se ha puesto ya el pijama; uno blanco y negro de osos panda algo infantil.

—Sí, estoy cansado. Ha sido un día duro.

—Yo voy a por un café. Me da que esta noche me la pasaré en vela. Estoy muy tensa. ¿Me acompañas a la máquina?

El chico no quiere encontrarse otra vez a Aníbal y que le insista en lo de Sara. Sin embargo, Olga es una buena compañía. Le parece agradable e incluso en varias ocasiones se han sentado juntos en el comedor. Practica el tenis de mesa, aunque reconoce que aún no tiene el nivel del resto de los deportistas que forman parte de la Dick Fosbury. Su ídola es María Xiao y su proyecto para llegar a la élite es a largo plazo. De hecho, con dieciocho años recién cumplidos, es la más joven de la academia.

Ninguno de los dos dice nada hasta que llegan a la sala de las máquinas expendedoras. No es una persona muy habladora. Es otra de las cosas que le gustan de ella. No se siente incómodo por estar en silencio a su lado. Él también es así.

Hay alguien más en la habitación. La pareja saluda sin mucho entusiasmo a Chema Fajardo, uno de los dos taekwondistas del centro, que se está bebiendo una lata de Coca-Cola mientras escucha un mensaje en el móvil. Hasta que no se marcha, la chica no vuelve a decir nada.

—¿Sabes, Marcus? Yo fui la que encontró el cuerpo sin vida de Jimena.

La noticia sorprende al jugador de bádminton, que no estaba enterado de esa información. El director no les había explicado demasiado acerca del suceso.

—Menudo susto te llevarías.

—No te lo puedes ni imaginar —dice Olga, tras darle un sorbo a su café caliente—. Sabía que este lunes tenía turno doble y que se quedaba por la tarde. Fui a verla para preguntarle si tenía un hueco libre para el miércoles y me la encontré tumbada en el suelo. Me acerqué para tomarle el pulso y... no respiraba.

—¿No había sangre?

—Ni una gota —responde Olga, que se muerde el labio—. Tampoco vi muebles tirados. No parecía que hubiese habido un robo o una pelea.

—¿Qué hiciste entonces?

—Salí corriendo. En ese momento no podía pensar. Casi choco con tu entrenador.

—¿Con Kike?

—Sí, fue él quien avisó a Jaramillo para que llamara a la policía después de comprobar que Jimena estaba muerta.

La habitación que utilizaba Jimena para las sesiones con los chicos está al fondo del edificio C, separada del resto. Los entrenadores tienen el despacho en otros pasillos. Cerca solo hay un almacén repleto de utensilios deportivos.

—Ya has hablado con la policía, ¿verdad?

—Sí. No ha sido sencillo para mí. Ha habido momentos en los que me he quedado en blanco. Estaba bloqueada, aunque es verdad que la inspectora que me ha entrevistado ha comprendido mi situación y ha sido muy amable.

—Menos mal.

—Mañana es muy posible que tenga que declarar otra vez. Espero no meter la pata y decir lo contrario de lo que he dicho hoy. La policía me pone muy nerviosa.

—No has hecho nada malo. No debes temer por eso.

A Marcus le da la impresión de que Olga no las tiene todas consigo. Se muestra insegura y le tiemblan las manos. Le gustaría hacerle más preguntas sobre la escena del crimen, pero no quiere molestarla. Los dos guardan otra vez silencio durante unos minutos en los que llegan varios de sus compañeros a la habitación de las máquinas expendedoras. Izan coge un café, Susana y Nieves prefieren un refresco y Nerea saca una botella de agua sin gas. Ninguno de los cuatro se queda a charlar con ellos.

—No he visto a Sara en toda la noche —comenta Olga, que apura su bebida.

—Me ha dicho que tenía una entrevista en el centro para un pódcast de deportes.

—Aníbal está enamorado de ella, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, son cosas que se intuyen. ¿A ti te lo ha confesado?

El chico niega con la cabeza. No comprende muy bien a qué viene aquello ahora. No esperaba que Olga mencionara un tema como ese. Marcus observa que no está mirando hacia ningún sitio en concreto. Es como si su mente hubiese volado a otra parte.

—El amor no es bueno —murmura la chica—. No, no lo es. Te hace sufrir. ¿Tú qué piensas? ¿Crees que enamorarse es un error?

Olga se gira hacia él y lo mira fijamente. Sus llamativos ojos azules se han clavado en los de él. Marcus, nervioso, prefiere abstenerse de responder y no dice nada. Se abre de brazos y pone cara de póker. Él no ha sufrido nunca por amor porque nunca ha estado enamorado. Lo único que le ha hecho sufrir es el bádminton.

—Perdona por incomodarte con estas tonterías. Me voy a mi habitación —dice Olga, que tira a la basura el vaso del café—. ¿Te puedo llamar esta noche si no consigo dormir? Me temo que me va a costar mucho.

—Sí..., aunque suelo tener el sueño muy profundo.

—No te molestaré entonces. De todas maneras, gracias por charlar conmigo. Lo necesitaba.

La chica se despide con una sonrisa y un gracioso gesto de la mano. Marcus está algo confuso con la parte final de la conversación. Olga no se había comportado hasta ese momento de una manera tan intensa. Quizá es consecuencia de lo que ha vivido hoy. Ella fue la que encontró el cadáver de Jimena. Eso le ha tenido que afectar.

—¡Marcus! ¡Estás aquí! —exclama Jaramillo, que aparece en la habitación de las máquinas. El chico da un respingo al oír el grito de Alfonso—. Te estaba buscando porque Sara me ha dado un mensaje para ti.

—¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente. Me ha llamado hace unos minutos para contarme que se ha ido unos días a Estepona con su familia —responde el director—. Me ha pedido que te dé las gracias por ayudarla en el entrenamiento de hoy. ¡Ah! Ha insistido en que le

guardes un volante rosa que se ha dejado en su taquilla. ¡Que no se te olvide!

CAPÍTULO 7

NEREA

Madrid, martes, 12 de noviembre de 2024

Esa noche Nerea ha tenido una pesadilla en la que aparecía Jimena. No recuerda bien de lo que iba el sueño, pero está segura de que la psicóloga estaba muerta. Se ha despertado sudando y con los ojos húmedos. Lo ha pasado muy mal. Desde ese momento ya no ha conseguido dormir. Se ha quedado en la cama un rato hasta que ha decidido ducharse con agua muy caliente, ponerse el chándal y dar una vuelta por la academia. Todavía no son ni las siete de la mañana de ese martes de noviembre y aún no ha amanecido.

Aparte del lago artificial y unos maravillosos jardines al lado de cada uno de los edificios, la Dick Fosbury cuenta con un pequeño bosque, donde un camino de albero se abre hueco entre encinas, pinos piñoneros y cipreses de Arizona. Se trata de un circuito circular, con considerables subidas y bajadas, que tiene más o menos un kilómetro y medio de extensión. Nerea aprieta los cordones de las zapatillas y empieza a correr por el sendero terroso. No va muy deprisa al principio, pero cuando aumenta el ritmo se siente cómoda. No le cabe duda de que está alcanzando una gran forma. La condición física es fundamental en el deporte de élite. Si quiere competir con las mejores debe aumentar la resistencia. A veces, los partidos de vóley playa llegan al tercer set y los ganan las que están menos cansadas. En ese instante no solo luchas por la victoria contra las rivales; también peleas contra la arena, contra la pesadez de tus piernas y contra tus propias reservas de energía. Es una batalla que solo vence la que está preparada.

El canto de los pájaros madrugadores anuncia que el sol no tardará en salir. Ese martes puede que llueva, algo que no le importa. Al contrario, le gusta el olor a mojado de la tierra. Los partidos que ha tenido que jugar bajo esas condiciones no se le han dado mal.

Después de media hora corriendo por el bosque se para delante de una encina enorme y se sienta bajo su copa. Respira hondo, aspirando los olores de la maleza, y cierra los ojos. Nota que le arden las mejillas por el frío y se siente en paz. Sin embargo, la calma no le dura mucho. Un flash de la pesadilla de la noche anterior le viene de pronto a la cabeza. Jimena discute con Alfonso Jaramillo, el director de la academia. El hombre la empuja y la psicóloga se cae por la terraza del edificio A. Ella lo presencia todo. Huye aterrorizada entre lágrimas hasta que se despierta. El recuerdo hace que un escalofrío le recorra el cuerpo. El corazón le late muy deprisa y se le han disparado las pulsaciones. Debe serenarse. Solo se trataba de un sueño y hace varias horas que lo tuvo. Sin embargo, se siente como si hubiese sido algo real; un suceso que no ha inventado su consciencia.

Nerea se mete las manos en los bolsillos del pantalón del chándal y encuentra sus auriculares. Quizá la música la tranquilice. Se pone los cascos y busca una canción en Spotify que le transmita buen rollo. Elige *La ventana abierta*, de Lina de Sol. La canta en voz baja mientras la baila sentada. Cuando el tema se acaba por tercera vez mira hacia el cielo y descubre que ya es de día y que ha conseguido su objetivo. Todavía no le apetece regresar. Saca el móvil y abre TikTok. Se ríe con un vídeo de gatos molestando a perros. Al verlo echa de menos a su labrador negro, pero sabe que Patitas está bien cuidado. Su hermana y su madre lo estarán mimando, como hacen siempre. Anoche habló con ellas para contarles lo que había sucedido. No estaban muy de acuerdo en que se quedara en la academia. Tampoco Mikel, que no entendía que todavía siguiera en Madrid y no hubiera cogido el primer vuelo a Santander tras lo ocurrido.

—¡Cómo vas a vivir en el sitio donde han asesinado a una persona!

—No es así exactamente. Nosotros estamos en el edificio A. Jimena apareció muerta en el edificio C. Está en la otra punta de las instalaciones. Hay casi un kilómetro de distancia entre uno y otro.

—¿Y el asesino? ¡Será alguno de tus compañeros! ¡O alguien que trabaja ahí!

—Eso no se sabe, Mikel. Lo están investigando.

—Es una locura, cariño. No puedes permanecer en ese lugar ni un minuto más.

—Pues es lo que voy a hacer. El director nos ha confirmado que podemos pasar aquí la noche. Todos mis compañeros van a quedarse.

—Sois unos inconscientes. Es muy peligroso. La noticia ha salido ya en la prensa.

—Si hubiera algún peligro, la policía no nos permitiría estar en la academia. Nos llevarían a un hotel o nos pedirían que regresáramos a nuestras casas.

—Esto es la hostia. Tu aventurita en Madrid nos va a costar la salud a todos los que te queremos. Eres muy egoísta.

—¿Perdona? Me parece increíble que me digas eso. Mi aventurita en Madrid, como tú lo defines, es nada menos que mi sueño. Si no te gusta o no lo aceptas tienes una alternativa muy clara: dejarme. Manda a la mierda la relación y así no tendrás que preocuparte más de esta egoísta.

La conversación con su novio acabó en tregua. Mikel reculó, le pidió disculpas y trató de reconducir la situación repitiéndole que solo deseaba su bien y estar con ella porque la quería más que a nada. Sin embargo, Nerea tenía un sabor de boca amargo cuando le colgó. Entendía que se preocupara y también su malestar. Llevaban juntos desde que eran adolescentes y nunca antes se habían separado. Pero eso no le daba derecho a hablarle mal ni a menospreciar su intención de convertirse en una jugadora de vóley playa de élite para intentar alcanzar la cima del deporte que amaba. La única forma de hacerlo era en aquella academia, formando pareja con Amanda Quintero.

Nerea guarda los auriculares y se pone de pie. Se cubre la cabeza con la capucha de la sudadera del chándal y respira hondo una vez más. Toca regresar. No lo hace corriendo. Ni siquiera va por el sendero. Prefiere atravesar el bosque por entre los árboles. A mitad de trayecto oye pisadas y voces. Dos personas hablan mientras andan por el camino de albero. Se detiene y escucha con atención agazapada entre la maleza.

—Espero que la policía no nos toque hoy otra vez los huevos.

—Ni yo. No soporto tanto drama en la gente. La vida continúa.

—Me parece bien que sigamos en la academia y no se suspendan los entrenamientos.

—Por una vez, Jaramillo ha acertado.

Los que charlan son Teo y Chema, los dos taekwondistas. Siempre van juntos. Se conocen desde pequeños, aunque se zurran de lo lindo cuando entrenan. No son del mismo peso, así que compiten en categorías diferentes, donde lideran sus respectivos rankings. Según le contó Grecia, y después ha comprobado por sí misma, no se relacionan demasiado con los demás deportistas del centro. Van un poco por libre.

—Eso ya es noticia.

—Más bien un milagro. Aunque creo que no depende de ese gilipollas.

—A ver si regresa la normalidad cuanto antes. No estamos aquí para perder el tiempo.

—Eso digo yo. Que sustituyan a Jimena por otra y ya está. Será por loqueros.

—De todas maneras, para lo que sirve una psicóloga, casi es mejor que no venga nadie.

—Tienes razón. No se va a notar mucho su ausencia.

—Mientras tengamos a Take todo va bien.

—Sí, nuestro entrenador es único. ¡El mejor! Seguro que él tampoco echará en falta a esa comecocos.

Nerea no identifica quién es, pero uno de los dos suelta una carcajada macabra. La risa la deja helada. ¿Cómo es posible que se estén burlando de Jimena Portero? Por lo que parece no tenían buen *feeling* con ella. La verdad es que no estaba al tanto. Lo último que

oye es que Teo le dice a Chema que hoy se prepare porque tiene la adrenalina a tope y se lo va a demostrar con las hostias que le dará en el tatami. No sabía que esos dos eran tan agresivos. Su comportamiento en la academia es mucho más moderado. Además, de los quince, son los principales favoritos para estar en los siguientes Juegos Olímpicos.

La jugadora de vóley playa entra en el edificio A y se dirige directamente al comedor en el que desayunan algunos de sus compañeros. No está Grecia. Tampoco ve a Izan. Se prepara un zumo de naranja, un café con leche y unas tostadas de pan integral con aceite y aguacate. Sostiene la bandeja mientras echa un vistazo y piensa en dónde sentarse. Las tres chicas de esgrima están juntas y parece que no les queda mucho para irse. En otra mesa se encuentran Olga, Marcus y Aníbal. No ha hablado demasiado con ellos en esos días, así que le da un poco de corte unirse al grupo. Al fondo, sola, Amanda se está comiendo un plátano. Tiene la mirada fija en el móvil. Desea que esté de buen humor y camina hacia ella. A ver cómo se ha despertado esa mañana. En el entrenamiento de ayer por la tarde parecía que se le había olvidado el balonazo en la cara.

—Buenos días —saluda Nerea, que coloca cuidadosamente la bandeja en la mesa.

—No me digas que vienes de entrenar —le comenta Amanda sorprendida mientras la observa de arriba abajo—. Así me gusta. Tienes que ponerte a mi nivel cuanto antes.

—He salido a correr pronto. No podía dormir.

—Yo me quedé frita enseguida. Si hubiera caído una bomba atómica en la habitación no me habría enterado.

—Eso significa que tienes la conciencia tranquila.

—No. Eso quiere decir que estaba agotada.

Amanda dibuja una sonrisa que a Nerea le resulta hasta divertida. Ni tan mal. Su compañera parece que se ha levantado con buen pie. Precisamente, el día en el que todo es más complicado, tras la muerte de la psicóloga.

—Ya no somos quince —indica Amanda al tiempo que mastica el plátano—. Rubén, el del tenis de mesa, Sara, la de bádminton, y

Loreto, la escaladora, se han ido de la academia.

—¿En serio? ¿Por lo de... Jimena?

—Vete tú a saber. Imagino que sí. Les habrá dado miedo quedarse en un sitio donde acaban de asesinar a una persona.

Es lo que le pidió su novio anoche. Ella pensaba que los quince permanecerían en la residencia hasta que se aclarara todo. Por lo que se ve no era así y algunos han hecho las maletas.

—¿Es definitivo? ¿O solo se han marchado provisionalmente?

—No lo sé, ni tampoco me importa demasiado —responde Amanda—. Lo único que no quiero es que cierren el centro como pasó hace diez años. Por lo que he hablado con Jaramillo, no es la intención. Aunque la decisión final no depende de él.

—¿De quién depende?

—Del Gobierno, de la policía, de algún ministro, de los que viven en Estados Unidos y ponen la pasta para financiar este proyecto, de los patrocinadores... Alfonso solo cumple órdenes de mucha gente, aunque sea el director.

Nerea asiente y sigue escuchando a su compañera, que defiende el papel de Jaramillo. Esa ya se ha convertido en la charla más larga que ha tenido con ella desde que ingresó en la Dick Fosbury.

—Yo solo me iría de aquí si me echaran o esto lo chaparan. ¿Te dan la oportunidad de tu vida y decides marcharte? Hay que ser muy estúpido para hacer eso.

—Cada uno es diferente y se toma las cosas de una manera.

—Eso no me vale. Huir es una actitud de cobardes. Por cierto, ¿quién crees que la mató? —pregunta de improviso Amanda, que se ha terminado el plátano y la está poniendo muy tensa jugando con el tenedor. Tiene la mano abierta encima de la mesa y va clavando las púas en los huecos que hay entre los dedos. Cada vez lo hace a mayor velocidad—. Aunque lleves poco tiempo aquí, alguna teoría tendrás, ¿no?

—Prefiero no acusar a nadie.

—Venga ya. No seas tan políticamente correcta. Odio a los bienquedas. ¿Quién piensas que se cargó a la psicóloga? Dame un nombre. A ver si coincidimos.

Nerea no le responde. No quiere ni debe hacerlo. A pesar de que ha elaborado varias hipótesis en las últimas horas, no va a mojarse. En eso no. Menos con Amanda, que a saber cómo interpreta y usa lo que dice. No se fía de su reacción.

—Vale. Si tú no eres capaz de mencionar a nadie, yo sí lo voy a hacer. La asesina de Jimena es tu amiga Grecia. No tengo pruebas, pero tampoco dudas —concluye Amanda con una seguridad pasmosa—. Esa tía me odia y no está muy bien de la cabeza, así que debo andarme con cuidado, porque yo podría ser su siguiente víctima.

CAPÍTULO 8

MARCUS

Madrid, martes, 12 de noviembre de 2024

No suele hablar demasiado. Le han enseñado a medir muy bien lo que dice. Solo hay que quejarse si existe una buena razón —una que sea convincente— y las palabras hay que pensarlas antes de soltarlas de cualquier manera. Sensación, reflexión y acción consecuente como filosofía de vida. Sin florituras, haciendo lo que toca en cada momento. Ese consejo de sus padres le vale también para el bádminton. La disciplina y el control de la situación están por encima de los sentimientos. Aunque, a veces, no haya más remedio que improvisar.

Al despertarse, ese gris martes de noviembre, Marcus se pasa un buen rato sentado en la cama con un volante rosa en la mano. Es el que tenía Sara en la taquilla. Su amiga le pidió a Alfonso Jaramillo que le dijera que se lo guardara hasta que ella regresara. Al principio no entendió el mensaje. Ya de madrugada, había ido al gimnasio a por la pluma y entonces lo comprendió. Enrollado dentro de la cabeza del corcho había un papelito.

> Marcus, por favor, no digas que me he ido. Estoy alojada en un hotel de Madrid y no voy a pasar la noche en la academia. Cuando pueda te lo explicaré. Gracias por ayudarme

Lo que había escrito su amiga le estaba haciendo pensar. ¿En un hotel de Madrid? ¿Qué hacía allí? En cuanto se levantó, la llamó un par de veces, pero Sara continuaba con el teléfono apagado. Aníbal tampoco había logrado contactar con ella, pero se tranquilizaron al

saber que la chica había hablado con el director de la academia por la noche y le había explicado que se había ido a pasar unos días con su familia. ¿Por qué le había mentido a Jaramillo? ¿O es que definitivamente había cambiado de opinión y se había marchado a Estepona?

—Podría haberse despedido de nosotros —repite por enésima vez Aníbal en el desayuno. Está muy pesado con el mismo tema desde que Marcus le contó la información que le había dado Alfonso Jaramillo. Por supuesto, había obviado a propósito mencionarle lo del papelito en el interior del volante rosa—. ¿Por qué tiene el móvil desconectado? No lo comprendo. Al menos sabemos que está bien. Eso es lo más importante.

Marcus se lleva a la boca una cucharada de leche con cereales y mira de reojo a Olga, que se ha sentado con ellos. La jugadora de tenis de mesa apenas ha hablado, aunque sus enigmáticos ojos azules no han dejado de observar todo lo que sucede a su alrededor.

—Con lo grande que es el edificio, sin los tres que se han marchado a sus casas esto parece que está medio vacío. Sobran mesas y hasta diría que hay eco —apunta Aníbal, que examina el móvil constantemente—. Salimos en la portada de varias publicaciones digitales. ¡Qué cabrones! La prensa solo habla de los deportes minoritarios si hay un fracaso importante, un accidente o una muerte. O si se enteran de un caso de abuso sexual, de gordofobia, de racismo o algo por el estilo.

—Está bien que se denuncien esas cosas tan graves —dice Olga, que se calienta las manos con una taza de café humeante—. Para eso están los medios.

—Sí, pero no solo existimos en lo negativo o si alguien gana una medalla olímpica.

—Como dependa únicamente de esos dos factores yo solo tengo posibilidades de ser noticia si me pasa algo malo.

—No te infravalores, Olga. Estás en la Dick Fosbury. Si te han elegido es porque eres una de las mejores en tu deporte.

La chica no le agradece el cumplido a Marcus. Le da la impresión de que se muerde la lengua y que se ha quedado con algo que decir. Es como si se hubiese contenido en el último instante. Todos en la

mesa vuelven a quedarse en silencio unos minutos, excepto por las quejas de Aníbal cada vez que lee algo relacionado con el asesinato de la psicóloga deportiva.

—¿Has hablado con Rubén? —le pregunta Marcus a Olga, mientras se levantan para dejar las bandejas—. ¿Está bien?

—Sí. Hemos intercambiado varios wasaps hace un rato. Sus padres le han pedido que se vaya de la academia. De momento, estaré unos días sin pareja para el dobles mixto y sin compañero de entrenamiento. Tendré que darle más caña al individual con mi entrenador y practicar mucho con él. Eso o matarme en el gimnasio.

—¿Rubén no te ha dicho cuándo regresará?

—No lo sabe. Pasará esta semana en su casa y luego dependerá de cómo vaya todo. Él, como tú, vive cerca de aquí. Es de Brunete. Así que lo tiene fácil para desplazarse. Su padre vino a recogerlo en coche de madrugada. Montó bastante jaleo en el pasillo con la maleta.

—¿Sí? Cuando me dormí ya no me enteré de nada.

—¿No? Me pareció que la puerta de tu habitación se abrió sobre las dos. Pensé que igual habías ido a por agua.

Marcus se sonroja al negarlo. No ha sido sincero con ella. Olga tiene razón, pero no fue a por agua, sino al gimnasio del edificio B a por el volante rosa. Pensaba que nadie lo había oído porque tomó medidas para no hacer ruido. Salió de su cuarto descalzo, caminando de puntillas, con las zapatillas en las manos. Lo mismo que hizo al regresar. Además, intentó abrir y cerrar la puerta de la habitación con extremo cuidado. Por lo visto esa chica tiene el sentido del oído muy desarrollado.

—¿Te ha vuelto a decir algo la policía? —le pregunta el joven cambiando de tema, ya fuera del comedor.

—Quieren hablar conmigo otra vez. Ya me avisaron ayer. Hoy la inspectora Pipper me ha mandado un mensaje para que esté disponible.

—Será porque eres la que encontró el cuerpo de Jimena.

—Ya les expliqué todo lo que vi. No tengo nada más que decir.

—Querrán asegurarse de que no te olvidaste de alguna cosa importante.

Olga niega con la cabeza y continúan caminando juntos en silencio por el edificio A. Han dejado que Aníbal se adelante. Marcus agradece no tener que escuchar más a su compañero. En las últimas horas lo está agobiando con el tema de Sara. Menos mal que no ha descubierto nada del mensaje que le dejó en el volante rosa. Como le prometió a la chica, no piensa decirle nada.

—Me voy a lavar los dientes, a arreglar unos papeles para la inscripción en un torneo y después iré al gimnasio —le dice la chica mientras suben la escalera hacia las habitaciones—. A ver qué puedo hacer hoy sin Rubén.

—¿Quieres que entrene un rato contigo? Evidentemente, no soy tan bueno como tú al tenis de mesa, pero me defiendo. Por lo menos tendrás a alguien a quien machacar.

—¿Sabes jugar bien?

—De pequeño lo alternaba con el bádminton. Es mi segundo deporte favorito. Lo encuentro muy entretenido. Me vendrá genial para practicar los reflejos.

—Será divertido entonces. Te espero abajo dentro de media hora.

Marcus aguarda a que Olga entre en su cuarto. Se despide de ella y se mete en el suyo. Son vecinos en el pasillo de la segunda planta. Sus habitaciones están pegadas. De vez en cuando la chica pone música clásica, que a él le agrada tener de fondo mientras lee o dibuja. Le gustan esos momentos de relax. Tal vez ha sido demasiado atrevido en su ofrecimiento. Hace tiempo que no practica el tenis de mesa, pero enfrentarse a una casi profesional será un experimento interesante. Espera que Kike lo vea con buenos ojos y no se lo impida. Marcus también se lava los dientes. Decide cambiarse de zapatillas, de camiseta e incluso de pantalón corto. Se moja el pelo y se peina con su característica raya en el medio. En la balda superior del pequeño armario del baño ve un frasco de colonia que le regalaron en su antiguo gimnasio cuando cumplió veinte años. Casi no la ha usado. ¿Por qué no ahora? Se echa bastante por el cuello y por los brazos y aspira el aroma de la fragancia. No debe de ser muy buena, porque lo hace toser, aunque no huele nada mal. No entiende el motivo de esa sonrisa tonta frente al espejo.

Cuando está a punto de salir, llaman a la puerta. Aunque han quedado abajo, piensa que es su amiga. No es Olga, sino Aníbal. Intenta que no pase colocándose delante, pero su compañero se autoinvita a entrar.

—¿A qué huele aquí? ¿Te has echado colonia?

—Bueno, es la de siempre —responde Marcus avergonzado—. Me iba ya a entrenar.

—Sí, yo también iré enseguida —dice Aníbal, que se sienta en la silla con ruedas frente al escritorio y se desplaza por la habitación hasta donde permanece de pie su compañero—. Tío, no sé qué hacer con lo de Sara.

—¿Has hablado con ella?

—No. Sigue sin tener el móvil conectado. Es una mierda. Hay algo que no cuadra. No dejo de darle vueltas.

Marcus resopla. Le encantaría que se marchara y le contara sus teorías a otra persona, pero él no es así. Se sienta en la cama y escucha paciente la opinión de Aníbal, que habla compungido.

—Ya sabes que Sara me gusta mucho. ¿Recuerdas que te pregunté si creías que tenía alguna posibilidad con ella? A lo mejor ese es el motivo por el que se ha marchado y no por el asesinato de Jimena. Se ha enterado de mis sentimientos y se ha agobiado. Quizá está confusa. Ayer la noté muy rara. Hasta te dijo que se había ido a un pódcast en el centro de Madrid. Estoy convencido de que te mintió, Marcus. Fue para despistar. Seguramente, por la tarde ya estaba regresando a Estepona. ¿Tú le contaste algo de lo que hablamos?

—Claro que no.

—¿Nada? ¿Ni cuando hablaste con ella y te dijo que se iba a una entrevista?

—Que no, Aníbal; que no le conté nada de nuestra charla sobre ella.

—Pues de alguna manera se enteró.

—Esa es una suposición que no tiene mucho sentido.

—¿Por qué lo dices? ¿Alguna vez Sara te ha hablado de mí? ¿De lo que siente?

Marcus está harto de las preguntas de Aníbal. No desea seguir con esa charla estúpida. Ni siquiera se acordaba de lo que le había

confesado en el entrenamiento sobre la malagueña. En las últimas horas han pasado cosas muy importantes en la academia que nada tienen que ver con los sentimientos románticos de su compañero.

—Mira, yo no sé nada de todo eso. Cuando Sara vuelva o consigas hablar con ella por teléfono se lo preguntas directamente. A mí no me metas en esta historia, por favor.

Él mismo se sorprende del tono seco y brusco con el que se ha dirigido a Aníbal. No es su forma de ser habitual, pero ha llegado un momento en el que ya no puede más.

—Tienes razón, perdona. Estoy desconcertado. Hasta he pensado en coger un autobús y presentarme en Estepona.

—No creo que sea una buena idea.

—No, ¿verdad? —dice Aníbal, que se fija en un objeto que hay encima del escritorio—. ¿Ese es uno de los volantes rosas con los que entrena Sara? ¿Por qué lo tienes tú?

Marcus traga saliva cuando ve a su compañero ir a por la pluma. El papelito está en el interior del corcho. Si lo lee tendrá que darle muchas explicaciones. No hay nada que le apetezca menos. Como si tuviera que defender el último punto de un partido, se mueve veloz y se estira para alcanzar el volante antes de que lo coja Aníbal, que no da crédito.

—¿Qué coño haces?

—Es que no quiero que te lo lleves. Me lo voy a quedar de recuerdo.

—No te entiendo, tío. ¿Te has vuelto gilipollas de repente? ¡Es uno de los volantes de Sara!

—Por eso. Se lo voy a guardar hasta que regrese a la academia.

—¿Y esa tontería? ¿Por qué es?

—Porque... Sara también me gusta. Y, de alguna extraña forma, este volante me hace sentir más cerca de ella.

CAPÍTULO 9

ALEJANDRA

Madrid, martes, 12 de noviembre de 2024

Las tres esgrimistas acaban de desayunar, tiran los desperdicios a la basura y dejan las bandejas en la encimera del comedor. Alejandra observa desde la distancia como Nerea se ha sentado con Amanda. Esa chica no solo es guapa y simpática, sino que parece que todo le queda bien, incluso ese chándal gris con capucha tan soso que le está grande. Envidia su piel bronceada y la elegancia con la que camina. Ya se ha dado cuenta de cómo la mira Izan. Cada vez que aparece se le dibuja una sonrisa tonta. Al escalador, por cierto, no lo ve desde ayer tras la charla que les dio el director para confirmarles que podían pasar la noche en la academia. Debió de irse a dormir pronto.

—Tías, no me apetece nada entrenar —comenta Nieves mientras suben a las habitaciones—. ¿Vosotras tenéis ganas?

—Ninguna, hermana —responde Susana, que bosteza—. Nos podrían haber dado la mañana libre.

Alejandra, a diferencia de sus amigas, está deseando coger el sable. No ha pasado buena noche. Le ha dado muchas vueltas a todo lo que aconteció el día anterior. Necesita centrarse y ocupar la mente en la esgrima. Para eso se encuentra en la academia. Aunque no va a ser sencillo, dados los acontecimientos. Ella creyó ver a Jimena en la piscina, cuando les había dicho a sus maestras y a sus compañeras que se encontraba mal. Les había mentido para pasar un rato a solas con Izan. Fue un grave error.

—¿Nos llamará hoy la policía para que declaremos? —pregunta Nieves inquieta.

—Seguro. Ayer hablaron con varios de nuestros compañeros —contesta Susana—. Es normal. Han asesinado a una persona en el lugar donde vivimos. Somos una especie de testigos.

—¿Aunque no sepamos nada del tema?

—Creo que no nos libraremos.

—He escuchado que Sara, Rubén y Loreto se han ido de la academia.

—Yo no pienso marcharme —se enroca la sablista salmantina.

—Ni yo. A no ser que me echen, de aquí no me muevo.

Alejandra escucha en silencio la charla de sus amigas. ¿Y ella? ¿Debería regresar a casa hasta que todo se aclare? Sus padres no la han presionado para que vuelva a Valencia y han dejado la decisión en sus manos. Como hace dos semanas, cuando pasó lo de la dana en su comunidad autónoma. Por suerte su familia está bien, aunque conoce a varias personas afectadas por las inundaciones. Pensó en ir a echar una mano, pero finalmente decidió quedarse en Madrid. Allí estorbaría más que ayudar, aunque ha donado parte del dinero que ganó en octubre a una organización que se encarga de repartir alimentos entre los que se han quedado sin nada.

Las chicas se despiden en la segunda planta, donde tienen sus habitaciones, hasta dentro de unos minutos, cuando bajen juntas a entrenar. Alejandra se sienta en la cama y resopla. Coge el móvil, entra en TikTok, aunque pasa de un vídeo a otro sin prestarles atención. Está angustiada. No quiere hablar con los investigadores del caso. Se verá obligada a decirles que estuvo en su cuarto porque le dolía la cabeza y no se encontraba bien. Para una vez que no cuenta la verdad, le sale mal la jugada. Si las maestras se enteran de que fue a la piscina en lugar de al entrenamiento, se puede meter en un lío. Sería una falta disciplinaria grave. Avisaron desde el principio de que no tolerarían ese tipo de comportamientos. Debe controlar sus impulsos. Si algo la ha caracterizado en sus diecinueve años de vida es que siempre ha sido muy responsable. Un tío no puede hacerle perder la cabeza ni debe permitirse arriesgar su

futuro deportivo por un cuelgue pasajero. Ni aunque sea amor. Lo mejor es olvidarse de Izan.

A pesar de que no está demasiado concentrada en los vídeos de TikTok, uno llama su atención. En las imágenes aparece la academia mientras la voz en off de una mujer narra lo que sucedió ayer.

—Este lunes, 11 de noviembre de 2024, han encontrado sin vida a la psicóloga Jimena Portero en su despacho de la academia deportiva de élite Dick Fosbury, situada en la Casa de Campo de Madrid. Fuentes oficiales nos han informado de que la terapeuta de veintiocho años falleció de manera no natural entre las cuatro y las seis de la tarde de ayer. De momento, no hay detenidos y se está investigando el suceso, para el que el juez ha decretado el secreto de sumario. Se da la circunstancia de que Jimena Portero era una de las componentes que formaban parte del equipo de gimnasia artística que entrenaba en esta misma academia hace diez años cuando, en un suceso rodeado de incógnitas, falleció Anita Vidal, una de las grandes promesas del deporte español en ese momento.

Alejandra para el vídeo e intenta asimilar lo que ha escuchado. No sabía que Jimena había sido gimnasta y tampoco que había estado en la academia en la época anterior como deportista. ¡Conocía a Anita! No solo eso: estaban juntas en la Dick Fosbury cuando ella murió. ¡Y pertenecían al mismo equipo! Esa información le ha puesto los pelos de punta. Las dos muertes podrían guardar relación. ¿De qué manera? Tiene que comentarlo con alguien, porque el corazón le va a mil por hora. Entra en WhatsApp y cuando está escribiéndole a Susana recibe un mensaje de voz. Es de Claudia Villar, una de sus maestras. Extrañada, le da al *play* para escucharlo.

> Hola, Alejandra. Espero que más o menos hayáis conseguido descansar esta noche. A nosotras nos ha costado bastante dormir. Verás, a Lucía y a mí nos han citado para tomarnos declaración en la comisaría de la Policía Nacional en Moncloa.

No nos va a dar tiempo a llegar al entrenamiento. Así que organizaos las tres por vuestra cuenta o id al gimnasio a hacer un poco de cardio. Cuando terminemos aquí os avisaremos. En principio, el plan de esta tarde sigue igual. A las cuatro y media en el edificio B. Llamadnos si tenéis cualquier comentario o necesitáis algo. Hasta luego.

Ahora sí que no tiene dudas de que todos los que pertenecen a la academia van a desfilar por la policía. Si sus entrenadoras están en la comisaría, ella puede ser la siguiente. Quizá lo que más le convenga sea decir la verdad desde el principio. Eso le supondría la bronca de Lucía y de Claudia y la desconfianza de sus compañeras, pero le ahorraría mentir en su declaración. Entonces podría revelar que creyó ver a Jimena en la piscina alrededor de las cinco, justo en el periodo en el que se estima su muerte según la periodista del vídeo de TikTok. A lo mejor aportar ese dato puede ayudar en la investigación.

Unos segundos más tarde, llaman a la puerta. Estaba tan concentrada en sus reflexiones que el corazón casi se le sale por la boca del sobresalto. Cuando abre se encuentra con Izan. No esperaba que fuese él. El chico entra en la habitación y le pide que cierre. Alejandra le hace caso. Lo nota muy acelerado.

—Ya está. Lo he hecho —dice muy nervioso el escalador—. Ya he cumplido.

—¿A qué te refieres?

—Le he mentido a la policía, como quedamos ayer.

—Mierda. ¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Porque tú me lo pediste!

Alejandra le ruega que no grite. No quiere que nadie oiga lo que están diciendo. Se aparta el cabello de la frente y se sienta en la

cama. Le ha entrado calor y se ha puesto muy tensa. Izan se queda de pie frente a ella y la mira con expresión de no entender nada.

—A ver qué coño hago yo ahora —se queja la chica, que niega con la cabeza—. No me queda otra que mentir también.

—¿No me dijiste anoche que si la policía me interrogaba les contara que había estado solo en la piscina y que no les mencionara nuestro encuentro?

—Sé lo que te dije.

—¿Entonces...?

—Nada. Perdóname. No es tu culpa. He sido yo la que la ha jodido. ¿Con quién has hablado?

Izan se sienta a su lado y le coge la mano para tratar de calmarla. En otro momento a Alejandra le habría encantado ese gesto, ahora ni siquiera lo valora. El chico le explica que cuando ha bajado a desayunar se ha encontrado con la inspectora Verónica Pipper en recepción. La mujer lo ha reconocido porque tiene dos hijas que son muy fans de él y lo siguen en las redes sociales. Le ha pedido que si podían hablar un rato y le ha estado haciendo preguntas relacionadas con Jimena Portero y la Academia Dick Fosbury.

—He tenido que improvisar, Ale. He recordado la charla de anoche y no he querido dejarte señalada. Le he contado exactamente lo que tú propusiste.

—Gracias por intentar ayudarme.

—No me digas que tú les has dado otra versión.

—Yo todavía no he hablado con nadie de la policía. Tampoco les he confesado la verdad a mis maestras ni a Susana ni a Nieves.

—Menos mal.

—Hoy me he despertado con muchas dudas. No estaba segura de lo que decir.

—Pues a partir de ahora la única realidad es que ayer por la tarde tú no saliste de la habitación porque te encontrabas mal y yo estuve nadando solo en la piscina cuando se fue mi representante.

Alejandra continúa sin tenerlo claro, pero asiente. No le queda más remedio que aceptarlo, a pesar de que había cambiado de opinión.

—Mis maestras están ahora mismo en la comisaría de Moncloa —le cuenta Alejandra, resignada a su suerte—. Hemos anulado el entrenamiento de la mañana.

—También mi entrenador. Creo que han llamado a todos los técnicos de la academia. Por lo que sé algunos no se llevaban demasiado bien con la psicóloga.

—Lucía y Claudia tenían una buena relación con ella.

—Querrán hablar con todo el mundo. Me da que la investigación no ha hecho más que comenzar y va para largo. Es probable que hasta registren las habitaciones.

—¿Cómo sabes eso? ¿Te lo ha dicho la inspectora?

—No directamente, pero estaba gestionando un permiso en recepción cuando me la he encontrado. Luego ha preguntado al conserje por Jaramillo. Era urgente.

—Si miran en nuestros cuartos es porque creen que el asesino de Jimena es uno de los deportistas de la academia.

—Es una posibilidad. Aquí no hay ningún santo. Todos somos sospechosos del crimen.

—Yo no soy sospechosa de nada. No sería capaz de matar ni a una mosca.

Izan esboza una sonrisilla que le molesta, como burlándose de lo que acaba de decir.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada en concreto.

—No te hagas el tonto. ¿De qué te reías?

—Es que me resulta curioso que digas que eres incapaz de matar a una mosca cuando todos los días tienes una espada en la mano y te bates en duelo de manera feroz con las otras chicas.

—No es una espada, es un sable —lo corrige Alejandra, más enfadada si cabe. Le da mucha rabia cuando no usan el nombre correcto para referirse a su arma—. Lo pintas como si fuese un deporte agresivo. La esgrima es una práctica noble, legendaria, y no vamos a hacernos daño.

—Os he visto entrenar a las tres y no parece que seáis tan amigas.

—Porque en la pista, con la careta puesta y empuñando el sable, no hay amigas. Lo damos todo en cada movimiento. Eso favorece

nuestra competitividad y que seamos mejores. Luego, fuera, Susana y Nieves son como mis hermanas. Sin ellas esta experiencia no sería tan especial.

—¿Y yo? ¿También estoy consiguiendo que esta experiencia sea... especial?

Ahora la que sonríe de manera irónica es Alejandra. Lo agarraría de las muñecas, lo arrastraría por el colchón y se sentaría encima de él mientras le quita la ropa. Es lo que lleva mucho tiempo deseando. Sin embargo, se ha prometido a sí misma que va a intentar no pensar más en ese tío de esa manera. Sería un error caer en la trampa a las primeras de cambio. Aunque la tentación es enorme y las ganas no le faltan.

—Mira, Izan. Nos hemos metido en un buen lío. Yo voy a contarle a la policía que estuve en mi habitación toda la tarde porque me dolía la cabeza. Si descubren que les hemos mentido sospecharán de los dos. Así que es mejor que durante unos días nos relacionemos lo menos posible. ¿O es que no puedes vivir sin mí?

—No seas presuntuosa. Hay más peces en el mar, Ale.

—Lo sé, pero ninguno te gusta tanto como yo.

Izan suelta una carcajada. Se pone de pie y va hacia la puerta. Alejandra no aparta la mirada de su ajustado pantalón corto azul. El chico está a punto de irse cuando se gira y le dedica una última sonrisa terriblemente insoportable.

—Suerte con la inspectora Pipper. Es una mujer algo brusca, pero entrañable. Salúdala de mi parte cuando hables con ella.

—Gracias. Lo haré.

—Una última cosa: cuidado con esas a las que llamas hermanas y con las armas. El refrán asegura que las carga el diablo, aunque tú digas que no eres capaz de matar ni a una mísera mosca.

CAPÍTULO 10

GRECIA

Madrid, martes, 12 de noviembre de 2024

—¿Has tomado una decisión?

—Sí, Alfonso. Gracias por pensar en mí, pero actualmente no estoy en condiciones de aceptar tu propuesta. No me quiero alejar de mi familia ni marcharme de Gijón.

Fue su respuesta definitiva a la insistencia del director de la Dick Fosbury. Aquel hombre le pidió que lo pensara unos días más. Sin embargo, Grecia lo tenía decidido. Se quedaba en Asturias, aunque no fuera lo mismo entrenar en el gimnasio de toda la vida que en una academia deportiva de élite en la que tendría a preparadores especializados y las mejores instalaciones a su servicio. Las condiciones ideales para progresar y ser la número uno.

—Hija, ¿estás bien?

—Sí, mamá. No te preocupes.

—¿De verdad? Tu padre no para de preguntarme si es seguro que sigas en Madrid.

—Esto es como un búnker ahora mismo. Acabo de mirar por la ventana y hay policías por todos lados. Creo que no existe un lugar más vigilado en toda la ciudad.

—Me da mucha pena lo que le ha pasado a esa chica. Tan joven. Qué injusto. ¿Qué clase de persona es capaz de quitarle la vida a otra?

Grecia no responde a su madre, a la que ha hecho una videollamada por Zoom para convencerla de que se encuentra bien y de que no deben preocuparse por ella. Todavía está en pijama y no ha salido de su cuarto. Está desganada y con sueño. Esa noche no ha pegado ojo.

—¿Están por ahí mis hermanos? Quiero verlos.

—Ya se han ido a clase —responde su madre, que le recuerda que es martes por la mañana. Mario está aún en el colegio y Alonso y Salma en el instituto—. Conéctate por la noche e intentaré tenerlos por aquí a los tres para que puedas charlar con ellos.

—¿Y papá? ¿Ya se ha ido a trabajar?

—Se marchó hace un par de horas. A ver si hoy hay más suerte, porque llevamos una racha mala. No funciona muy bien el tema y ya sabes lo que ha subido todo. Es una ruina.

Es consciente de ello. Se lo vienen repitiendo desde hace meses. Es una de las razones principales por las que se fue a Madrid. Parte de los mil quinientos euros que le asignan en la Dick Fosbury van para casa. Sus padres comparten un taxi. Se turnan y apenas coinciden unas horas al día. El dinero que entra no es mucho y lo dedican sobre todo a pagar la licencia del vehículo. Además, son cinco bocas que alimentar. Sus tres hermanos pequeños están en plena etapa de crecimiento. El menor de todos come como una lima. Los echa de menos y siente que se está perdiendo una etapa importante de sus vidas. Todavía no ha podido ir a visitarlos. Tampoco parece que a ninguno les importe, en especial, a los mayores, con los que prácticamente no ha hablado en esas semanas. Incluso no le han respondido a varios wasaps. A veces tiene la impresión de que se avergüenzan de ella.

—¿Irás al entierro de la psicóloga?

—La verdad es que no lo he pensado. No nos han dicho nada aún sobre eso.

—Debes ir, Grecia. Preséntales nuestros respetos a su familia.

—No la conozco.

—Tienen que estar pasándolo muy mal. No me imagino qué haría yo si me ocurriera algo así.

Su madre se persigna delante de la cámara y reza una oración en voz baja. La chica la observa en silencio y espera a que termine. No ha heredado de sus padres la fe en Dios, pero respeta mucho sus creencias. Incluso algunos domingos los ha acompañado a la iglesia.

—Mamá, tengo que irme a entrenar.

—¿Vas a entrenar después de lo que ha pasado en tu academia?

—Sí, me servirá para desconectar.

—No sé cómo puedes estar tan tranquila.

—No lo estoy, pero la vida sigue.

—Eso es verdad. Ten mucho cuidado, hija, y no hagas esfuerzos demasiado grandes. Tu salud está por encima de todo.

Grecia fuerza una sonrisa y se despide. Cuando cierra la sesión de Zoom, se cubre la cara con las manos. Le ha costado no derrumbarse delante de su madre, pero tenía que mostrarse lo más calmada posible. Desde que se fue, la mujer está muy preocupada porque dice que no la ve bien. En parte tiene razón. Sin embargo, hace mucho tiempo que no se encuentra a sí misma. No es solo desde que llegó a Madrid. Viene de bastante más atrás. Hay días que logra disimularlo. En otros es imposible. Solo mirarse al espejo y contemplar esa imagen que odia hace que el mundo se le venga encima. Jimena era un oasis en el desierto. La única persona que realmente la escuchaba y la comprendía. Había logrado que se abriera como nunca lo había hecho. Era especial.

En el silencio de la habitación, escucha el rugido de sus tripas. Hoy no ha desayunado, a pesar de las recomendaciones de la nutricionista. Lo primero que ha hecho cuando se ha levantado ha sido pesarse. Sabe lo que indicará la báscula porque cada día es lo mismo: ochenta y un kilos, trescientos gramos arriba o abajo. Después se ha mirado en el espejo y ha recordado lo que le sucedió con Amanda en la cena del domingo. Esa gilipollas tiene razón. Es una foca. Otra vez esa angustia asfixiante que no le permite pensar con claridad. Todo se torna oscuro en su mente. Jimena debería haberle prestado más atención y no ignorarla en la charla de ayer. Lo necesitaba.

Mientras se cambia de ropa recibe un wasap de su entrenador. Tony Roselló le explica que está en la comisaría con varios de los

preparadores de la Dick Fosbury y que esa mañana no irá a la academia. Le manda una serie de ejercicios para que haga en el gimnasio. Le toca practicar la cargada en dos tiempos. No le apetece, pero, como le ha dicho a su madre, le vendrá bien para desconectar. Además, no puede dormirse en los laureles porque dentro de unos días tendrá la prueba de Budapest.

—Estoy nerviosa, Jimena. No sé si estoy preparada para un test de ese nivel.

—Seguro que lo harás bien.

—No lo sé. No me veo en este momento con fuerzas.

—Da todo de ti misma y esfuérzate al máximo. Sea cual sea el resultado, estás en la buena dirección. Confío muchísimo en ti.

—Gracias. No sabes lo que significa para mí que me estés apoyando tanto. Sin ti... no sé lo que haría en esta academia.

—¡No digas eso! Aquí todos te queremos mucho y estamos convencidos de lo que vales.

Grecia vuelve a asomarse por la ventana de la habitación y observa a una patrulla de la Policía Municipal estacionada junto al edificio A. Dos agentes caminan en paralelo hacia el sendero que conduce al bosque. Un tercero está charlando con una de las cocineras de la academia. La chica suspira y contempla el precioso paisaje que tiene frente a sus ojos. No es Asturias, pero está bastante bien. Podría acostumbrarse a vivir allí. Es una pena que todo esté saliendo tan mal.

Cuando llega al gimnasio solo ve a los dos taekwondistas corriendo en la cinta. Teo y Chema no son, precisamente, sus personas preferidas de la academia. Los saluda con cierto desdén y se va hacia la esquina donde suele ponerse a entrenar. Antes de comenzar con los ejercicios que le ha mandado Tony realiza un calentamiento rutinario de activación y movimientos con la barra vacía. A los pocos minutos, una chica con mallas negras, camiseta rosa sin mangas y el pelo recogido en una coleta alta entra en el gimnasio y se la queda mirando. Amanda la repasa de arriba abajo

con cara de asco. Eso le molesta aún más que si la hubiese insultado o le hubiese soltado uno de sus típicos comentarios ofensivos. No quiere líos, así que opta por girarse y ponerse de cara a la pared. Maldita sea. Le tiemblan las manos. Deja la barra a un lado y se sienta. Se seca el sudor con una toalla pequeña y trata de serenarse. Esa chica la saca de sus casillas.

—Ey, Grecia —oye a su espalda—. No me ignores.

Se da la vuelta y se encuentra con Amanda a menos de un metro. No parece que vaya en son de paz, aunque ella no está ahora para librar batallas. El característico olor a vainilla que desprende la jugadora de vóley playa le desagrada. Nunca más volverá a usar una fragancia con ese aroma.

—¿Qué es lo que te pasa? —le dice Amanda, que hace aspavientos con los brazos—. Yo no tengo la culpa de tus traumas.

—Déjame en paz. No quiero hablar contigo.

—Ni yo contigo. Pero ¿por qué coño le dijiste a Jimena que te llamé gorda y foca la otra noche durante la cena? Eso es mentira.

—Amanda, olvídate de mí.

—Lo haría con gusto. Si no te inventaras historias. Tienes un problema.

Grecia se da la vuelta y coge otra vez la barra. Se pone de pie y se aleja de la jugadora de vóley playa, que continúa echándole cosas en cara. Cuando llegó a la academia no esperaba llevarse bien con todo el mundo; nunca ha sido una persona demasiado sociable. Lo que no imaginaba era que iba a tener una enemiga; a alguien que se dedicaría a molestarla día y noche. Ni siquiera hacen el mismo deporte. No son competencia. Ambas podrían llegar a los Juegos de Los Ángeles; ¿por qué se empeña en joderla?

—¡Estás enferma! —es lo último que Grecia escucha antes de ponerse los auriculares a todo volumen. Suena *La vereda de la puerta de atrás*, de Extremoduro. El rock forma parte de su vida y es de lo poco que le sirve para olvidarse de los problemas.

Mientras se ejercita, mira de reojo si Amanda sigue en el gimnasio. Parece que se ha ido. Los taekwondistas también se han marchado. Está sola. Se quita los cascos y suelta la barra en el suelo. Se agacha y se agarra las rodillas. Se ve reflejada en el cristal que tiene

enfrente. Es la chica más fea de toda la academia. La levantadora de ochenta y un kilos de la que todos se ríen. Jimena nunca habría querido nada con ella.

—Me odio. Me odio mucho —le dijo aquel día en el que salieron tantos sentimientos a la luz—. No soporto cómo soy.

—No te hables así, por favor.

—Es la realidad. No me quiero nada.

—Debes cambiar esa forma de pensar. Es muy importante quererse y respetarse a uno mismo, Grecia.

—¿Y cómo lo hago? ¿No ves cómo soy?

—Eres una persona increíble. Una de las mejores deportistas del país y una chica con un gran futuro por delante.

—Pero no le gusto a nadie. Me quedaré sola toda la vida.

Jamás olvidará la dulce sonrisa de Jimena y cómo le acarició el brazo para consolarla. Aquel simple gesto, esos segundos de complicidad de la psicóloga, ya hizo que mudarse a Madrid hubiera merecido la pena.

—¿Sabes, Grecia? Hace años me enamoré de una persona que me rechazó.

—¿A ti? Eso es imposible.

—Eso pensaba yo por aquel entonces —bromea Jimena, que se ríe —. Fue un palo muy grande.

—Esa persona no sabía lo que se perdía. Era muy afortunada porque tú la quisieras.

—Gracias por el halago. El caso es que no sentíamos lo mismo. Eso supuso que me diera un bajón y que creyera que todo el mundo me odiaba; que no sería capaz de gustarle a nadie.

—Es lo que siento yo.

—Por eso te lo cuento. Entiendo lo que sientes.

—No es igual.

—Claro que no, pero las sensaciones seguro que son muy parecidas. El tiempo colocó a otras personas en mi camino a las que sí les gusté y que también me gustaron a mí. Es lo mismo que te pasará a ti. Tenlo por seguro.

La sesión en el gimnasio, haciendo los ejercicios que le ha mandado Tony, ha sido intensa. No se ha quitado de la cabeza a Jimena. Tampoco a Amanda. No puede consentir que esa estúpida se lo ponga todavía más difícil, pero se siente frágil y sus burlas le afectan demasiado. Le encantaría ser más fuerte y que todo le resbalase. No es tan sencillo. No para ella. La que tendría que haber muerto era la jugadora de vóley playa. A lo mejor, la suerte la acompaña y quien ha asesinado a la psicóloga le hace un favor y se encarga de la persona a la que odia con todas sus fuerzas. Si supiera quién es tal vez se lo pediría. Amanda Quintero no debería existir.

CAPÍTULO 11

IZAN

Madrid, martes, 12 de noviembre de 2024

Cada vez que se sube a una pared se transforma en un animal competitivo. Siempre se ve capaz de alcanzar la siguiente presa, por muy complicada que sea. Su especialidad es el bloque, aunque tampoco le va mal la cuerda, que no ha dejado de practicar en esas semanas. Izan es un escalador completo y hace fácil lo que para otros parece imposible. Por eso lo eligieron en la Dick Fosbury. Solo le falta alcanzar buenos resultados, que está convencido de que no tardarán en llegar.

Ese martes está siendo muy extraño. Después de hablar con Alejandra se fue a entrenar. Aunque se sabe de memoria aquel muro, ha trazado en su mente una ruta que nunca había escalado. No le ha costado demasiado abordarla. Loreto era la que le ponía los retos más difíciles y la que lo picaba para ver si conseguía superarlos. Han sido dos meses muy divertidos entrenando con su paisana pamplonesa. Hace unos minutos ha recibido un mensaje de audio en el que su compañera le explicaba la razón por la que se ha marchado.

> ... No sé cuándo volveré de Pamplona, Izan. Sé que me arriesgo a que alguien ocupe mi plaza, pero no puedo seguir en el lugar en el que acaban de asesinar a una persona. Me da miedo. Ya sabes que,

además, me llevaba muy bien con Jimena. Estoy destrozada. Espero que encuentren al culpable y regresar pronto a la academia.

Entiende los motivos por los que su amiga se ha ido. Tal vez, él podría haber hecho lo mismo. Sin embargo, lo ve innecesario. No les va a pasar nada. Si han optado por no cerrar no cree que tenga que ir a ninguna parte. Es feliz en la Dick Fosbury y tiene a mano todo lo que necesita. Quién sabe si a los tres que se han marchado luego los dejan volver o eligen a otros deportistas para que ocupen su lugar. Hay otras escaladoras muy buenas que matarían por sustituir a Loreto. En cualquier caso ese no es problema suyo.

Arriba, en el muro, está examinando cómo atacar una presa en jarra en la que colocar los pies, a más de cuatro metros de altura, cuando oye la voz de Nerea. La pista de arena del vóley playa está justo al lado. Se deja caer y aterriza en la colchoneta, dando una voltereta antes de ponerse de pie. A pesar de que no hay nadie mirándolo, teatraliza la maniobra extendiendo los brazos y haciendo una reverencia. Es entonces cuando nota de nuevo el dolor en el hombro derecho. Le ha dado un poco de guerra esa noche. Se lastimó ayer nadando en la piscina. No se lo ha comentado a nadie, pero si continúa molestándole lo más probable es que necesite que se lo mire una de las fisioterapeutas del centro. Apurará al máximo porque odia ir al médico, da igual la especialidad.

Nerea está hablando con Susana. La esgrimista enseguida se percata de su presencia. Esa chica no es de fiar. Sabiendo lo que había tenido con su amiga Alejandra, un día le insinuó si quería pasar la noche con ella. Él le dio calabazas porque no le interesa en absoluto. Desde ese momento, Susana siempre lo esquiva. Como ahora. Izan no alcanza a oír lo que le dice a la jugadora de vóley playa, pero cuando se les acerca, la sablista salmantina los deja a solas.

—La he asustado —se lamenta Izan, que chasquea la lengua.

—Eso parece. Las chicas te temen en esta academia. Por algo será.

—Menuda fama me estoy ganando. No me lo merezco.

—Yo acabo de llegar. No tengo todavía una opinión sobre ese tema —dice Nerea, que va vestida con un chándal gris y lleva la capucha puesta—. Iba a salir un rato a tomar el aire. Ester todavía no ha regresado de la comisaría. ¿Te vienes?

El escalador acepta. Pasar un rato con ella no es un mal plan para dar por terminado el entrenamiento de la mañana. Urko Illarramendi, su entrenador, tampoco ha vuelto de declarar. Se pregunta qué clase de interrogatorio les estará haciendo la policía a los preparadores. Llevan bastante tiempo fuera. ¿Tendrá alguno de ellos que ver con la muerte de Jimena Portero?

—Esta mañana salí a correr muy temprano —dice Nerea, mientras caminan hacia el exterior—. Me desvelé de madrugada y ya no conseguí dormir.

—A mí me ha pasado algo parecido.

—El crimen de Jimena nos ha trastocado a todos. Yo he tenido hasta pesadillas con ella.

—Nunca recuerdo lo que sueño —reconoce Izan—. No sé si eso es bueno o malo.

—Es bastante raro.

—¿Raro? ¿Por qué?

—No sé. Todo el mundo se acuerda alguna vez de lo que sueña, ¿no?

—Yo no. Otra característica que me hace especial. ¿No te parece?

Izan observa de reojo la sonrisa de Nerea, que al mismo tiempo niega con la cabeza. Todos los gestos de esa chica le gustan. Podría enamorarse de ella solo por sus expresiones. Algunas ya le resultan familiares. Por ejemplo, sonreír de esa manera cuando bromea o intenta impresionarla. Le encanta. Es consciente de que con ella la meta está muy lejos y de momento es inalcanzable, pero ¿quién sabe?

Fuera está chispeando. La pareja se queda en la puerta del edificio B contemplando la fina lluvia que cae en esa zona de Madrid.

—¿Qué opinión tienes de Grecia? —le pregunta la jugadora de vóley playa.

—Creo que tú la conoces más que yo. Habéis pasado mucho tiempo juntas desde que llegaste a la academia.

—Es una persona que no se abre demasiado.

—Por lo que estuve investigando, sé que ha recibido mucho *hate* en las redes sociales. Incluso fue *trending topic* en Twitter hace un tiempo. Se metieron con su físico y eso generó un debate.

—¿Investigas a la gente?

—Me gusta enterarme de quiénes son las personas con las que convivo —comenta Izan, que vuelve a ver la sonrisa de Nerea dibujada en el rostro—. ¿Por qué me has preguntado por Grecia? ¿Tienes algún problema con ella?

—Amanda dice que es la asesina de Jimena.

El chico suelta un silbido y se pone las manos en la nuca. Al estirar los brazos percibe otra vez el dolor en el hombro derecho, que le incomoda. No hace ninguna mueca para evitar que Nerea se entere.

—Esas dos no se caen bien.

—Ya lo sé. Amanda es una persona bastante difícil.

—No es tan mala ni tan dura como quiere aparentar.

—También me he dado cuenta de eso —indica Nerea, que saca el móvil de la sudadera y busca algo en una de las carpetas—. Mira esto. Es ella.

La chica pone un audio en el que se oye una guitarra y una voz femenina cantando un tema en inglés del que no sabe el título. Izan se asombra de lo bien que suena. Le pregunta varias veces si está segura de que se trata de Amanda.

—Sí, es ella. Yo misma la grabé ayer, antes de comer. No sabía que cantaba tan bien ni que tocaba la guitarra.

—Yo tampoco. Si le va mal con el vóley ya sabe a lo que puede dedicarse.

—Es muy buena. Le va a ir genial en el deporte.

—También dependerá de ti. Su futuro, de alguna forma, está en tus manos. Por lo menos durante los próximos cuatro años.

—Esa es mucha presión.

—Es la que tenemos todos los que estamos aquí. La presión forma parte del deporte. Los que mejor la aguanten serán los que lleguen más arriba. Yo te veo capacitada para lo que te echen. Eres una jugadora extraordinaria.

—Cómo te gusta regalarme el oído. ¡Si no has estado ni en uno de mis entrenamientos! Y seguro que no has visto ninguno de mis partidos para asegurar eso.

—He visto muchos de tus partidos.

—Mientes muy mal, tío.

Ahora es él quien sonríe. Nerea tiene razón, pero no se la va a otorgar. Mira hacia el cielo oscuro y decide salir del edificio. Aunque todavía está lloviznando le apetece andar por los jardines del centro. La chica se une a Izan.

—¿También me has investigado a mí?

—Por supuesto. Sé muchas cosas sobre ti. La principal: que eres igual de buena o mejor que Amanda Quintero.

—Eso no es cierto.

—Ya lo veremos con el tiempo. Que se haya lesionado Cira es lo mejor que le podía haber ocurrido a la Dick Fosbury. La nueva pareja será imbatible de aquí a nada. Cuando termine el ciclo olímpico no habrá quien os gane.

—Venga ya, Izan. No exageres. Lo dices para... Yo qué sé para qué lo dices, pero hay muy buenos duetos en el circuito y Cira es una grandísima jugadora. En cuanto se recupere de la lesión buscará a alguien con quien formar pareja y serán muy complicadas de ganar.

La chica parece molesta. No se ha tomado el cumplido como él esperaba. Solo ha visto un par de partidos de vóley playa en toda su vida. Sin embargo, sí que ha leído los comentarios que existen en internet sobre la pareja Quintero-Villamarín en foros especializados y en cuentas que hablan de ese deporte. La mayoría de los aficionados han alabado la unión. Además, tuvo una conversación con el director de la academia el día que Nerea entró en la Dick Fosbury. Alfonso Jaramillo estaba encantado. Le confesó que ella era su primera opción cuando abrieron de nuevo, pero al final eligieron a Cira por un compromiso federativo. A la que querían desde el

principio, realmente, era a la joven cántabra que ahora camina a su lado bajo la lluvia.

—¿Y de los taekwondistas? ¿Qué piensas?

—¿También te ha dicho Amanda que son los asesinos?

—No. De esos dos la que sospecha soy yo —responde Nerea, que se ha puesto más seria de repente—. Me los encontré mientras corría. Ellos no se dieron cuenta. Estaban hablando mal de Jaramillo y de Jimena. En un tono muy agresivo. Me chocó bastante.

—A ver, son dos tíos raros. No se relacionan demasiado con el resto y van un poco a su bola. Tampoco molestan. Creo que están aquí para ser los mejores y ya está.

—Pero ¿por qué hablarían así del director? ¿Sabes si han tenido algún problema con él?

—Solo sé que le impusieron al entrenador que querían. De todos los que hemos entrado en la academia, han sido los únicos que han elegido a la persona con la que prepararse.

—¿En serio?

Izan le explica a Nerea que una de las condiciones que pusieron Teo y Chema para formar parte de la Dick Fosbury era que su preparador tenía que ser Take Okada, con el que habían trabajado en los últimos años. El centro ya había contratado a una entrenadora a la que tuvieron que despedir por la insistencia de los dos taekwondistas.

—Son los números uno en sus respectivas categorías. Ya les iba muy bien antes de entrar aquí. Imagino que se habían ganado ese derecho.

—No me parece justo. Yo no he impuesto ninguna condición para estar en la academia. Al contrario, creo que es una suerte contar con estas instalaciones y con un equipo técnico, médico y deportivo tan profesional. Es el mejor sitio para prepararte y continuar progresando —dice Nerea indignada.

—Pienso lo mismo, pero Teo y Chema consiguieron lo que buscaban. Su entrenador, por cierto, no se llevaba nada bien con Jimena. Piensa que sus chicos no necesitan los servicios de una psicóloga; que para ejercer de motivador o trabajar la mente ya está él. Por lo que se cuenta, discutió con ella varias veces. Yo mismo

presencié una bronca entre ambos hace un par de semanas. Okada tiene muy mal genio cuando se enfada.

—Joder, la policía debería investigar eso.

—Seguro que lo harán, pero no llevarte bien con alguien no significa que lo vayas a matar —resuelve el escalador, que nota como se están empezando a mojar más de la cuenta—. Hay que estar muy mal de la cabeza para cometer un asesinato. Ese hombre no parece un criminal.

La lluvia se intensifica y es Izan el que le pide a Nerea que corran hacia el edificio A. La pareja se refugia bajo techo justo en el instante en que el cielo se ilumina. A continuación se oye un trueno.

—Esto sí que no lo esperaba —comenta la jugadora de vóley playa mientras se quita la capucha—. ¿Y estos?

Nerea señala hacia recepción. Hay varios agentes de policía, muchos más de los que estaban a primera hora de la mañana. La inspectora Pipper se acerca hasta ellos. Mira a Izan fijamente y lo invita a que la acompañe a una esquina en la que no hay nadie.

—¿Ha saludado a sus hijas de mi parte? —le pregunta el chico para aparentar que no está nervioso.

—No he hablado todavía con ellas. Aún están en clase —responde la mujer muy seria—. Hemos registrado vuestras habitaciones.

—Lo siento si la mía no estaba muy ordenada.

—No nos fijamos en eso.

—Menos mal. ¿Han encontrado algo que les haya servido para la investigación? ¿Alguna sustancia dopante?

—Nada. Todo normal.

—Somos gente muy sana.

—No dudo sobre eso. Sin embargo, en el lago ha aparecido un cinturón que podría ser el que se usó para asesinar a Jimena Portero. Uno de los conserjes lo ha identificado. Dice que te lo ha visto puesto en varias ocasiones —indica la inspectora con voz rasposa mientras le muestra el móvil—. Es el mismo que llevas en estas fotos de Instagram, Izan. ¿Me lo puedes explicar?

CAPÍTULO 12

NEREA

Madrid, martes, 12 de noviembre de 2024

Cuando la semana pasada se incorporó a la academia, no imaginaba que iba a encontrarse con un revuelo de esa envergadura. El lío que se ha montado en la Dick Fosbury es monumental. La policía ha registrado su habitación y la del resto de los deportistas mientras entrenaban, y acaban de llevarse a comisaría a Izan. Bajo la lluvia, Nerea lo ha acompañado con un paraguas hasta el aparcamiento y ha presenciado como el escalador se subía a una de las patrullas junto con la inspectora Verónica Pipper. El chico le ha sonreído y ha sacado la mano por la ventanilla del coche con el dedo pulgar levantado cuando se marchaban. No parecía nervioso. Ella estaría como un flan, aunque no hubiese hecho nada malo.

Ya en el interior del edificio A, recibe un wasap de Mikel mientras continúa cruzándose con agentes de policía. Le pide que lo llame cuando pueda. No tiene demasiadas ganas de hablar con él, pero tampoco quiere dejarlo en visto porque sabe que se comerá la cabeza. Todo el mundo está muy tenso por la situación. Se da diez minutos para calmarse, sentada en uno de los sofás de la sala común. Se pone los auriculares y escucha una lista con canciones de Mafalda Cardenal. Al terminar *Si tiene que ser será*, más relajada, marca el número de su novio.

—Hola, amor —la saluda Mikel, después del primer tono. Es obvio que la estaba esperando ansioso. Lo percibe en su acelerada manera de hablar—. Tu academia está en todas las televisiones. Qué locura.

No para de salir en las noticias y en vídeos que han subido a las redes sociales.

—Es normal. Un asesinato da para mucho.

—Hay un montón de periodistas informando desde la Casa de Campo. ¿Te ha entrevistado alguno?

—A nosotros no nos dejan interactuar con la prensa. Nos lo ha pedido el director. Los medios no pueden entrar en las instalaciones. Están fuera del recinto.

Para que aquello no se convierta en un circo mediático, Alfonso Jaramillo, con las autorizaciones pertinentes, ha prohibido que los periodistas pasen al interior de la academia. Hay una pareja de policías municipales vigilando en la verja de la entrada principal y han colocado a un agente en la puerta de cada edificio.

—¿Han detenido a alguien?

—No lo sé. He estado entrenando hasta hace unos minutos. Algunos de mis compañeros han hablado con la inspectora que lleva el caso y los entrenadores han ido a la comisaría a declarar. Ester aún no ha vuelto.

—¿A ti no te han interrogado?

—De momento no, pero ya llegará mi turno. No me voy a librar.

Nerea escucha como Mikel se lamenta con una palabra malsonante y un bufido. Lo nota muy preocupado y no lo culpa. Sin embargo, espera que no monte un drama otra vez como hizo anoche.

—Cariño, sé lo que piensas, y estás en tu derecho, pero he hablado varias veces con tu madre y me ha pedido insistentemente que te convenza para que vuelvas a casa.

—Joder. Otra vez con eso.

—¿Y qué quieres que haga?

—Ya te he dicho que no. No insistas.

—Estamos preocupados, Nere. Tu hermana también. Se ha pasado llorando toda la noche. Cree que te pueden hacer daño.

—Luego la llamaré para que vea que estoy bien.

—Es absurdo que sigas ahí. Ven a Santander unos días. Solo será una breve pausa en tu preparación. Luego podrás regresar a Madrid y continuar los entrenamientos cuando ya no haya riesgos.

—Aquí estoy segura. No me va a pasar nada.

—Eso no lo sabes. Hay un asesino suelto que lo más probable es que ahora mismo esté a pocos metros de ti. ¿No lo ves, Nerea? Corres peligro, aunque tú mires para otro lado y no te quieras dar cuenta.

La chica resopla malhumorada. Ya no sabe cómo decirle que no piensa marcharse. Si el centro no cierra, cosa que no parece que vaya a ocurrir, ella se quedará en Madrid. Necesita entrenar con Amanda todos los días y acostumbrarse cuanto antes a su forma de jugar. Dentro de unas semanas disputarán su primer partido oficial juntas y no quiere hacer el ridículo.

—Mikel, si vuelves a sacarme el tema y a pedirme que regrese a Santander, ya no te llamaré más ni responderé tus mensajes.

—¿Por qué me hablas así? No pareces tú.

—Soy más yo que nunca. He tomado una decisión y debéis respetarla. Todos. Tú, mi madre y mi hermana. Así que, por favor, si quieres charlamos sobre otra cosa. Por mí perfecto. Pero no me repitas más que vuelva a casa porque mi respuesta siempre va a ser la misma. «No». ¿Vale?

—Entendido. No insistiré más, aunque sigo pensando que has cambiado en muy poco tiempo. No sé qué te sucede. Estamos preocupados y solo queremos lo mejor para ti. Aunque eso a ti te dé lo mismo.

La conversación no da más de sí. Nerea no desea prolongar lo que ya está visto para sentencia. Se despide de su novio con frialdad y de inmediato le manda un audio a su hermana para explicarle cuál es la situación real en la academia. El mensaje de voz dura más de tres minutos. Le dice que no debe preocuparse y que cuando ella quiera puede hacerle una videoconferencia para que vea que todo está bien. Paula es una adolescente muy sensible. Su padre falleció, víctima de un cáncer que le detectaron ocho meses antes de morir. Las dos sufrieron mucho su pérdida. Su hermana apenas tenía tres años y aquello la dejó marcada. Entiende su miedo, pero no puede condicionarla.

Tras grabar el mensaje para Paula tiene ganas de llorar. La tensión es muy grande desde ayer. Nadie está preparado para vivir cerca del

escenario de un crimen y de la muerte violenta de una persona a la que conoces. Se le mezclan las emociones. Las charlas tan negativas con Mikel no ayudan.

No sabe si puede subir a su cuarto todavía. Parece que la policía ha terminado de registrar las habitaciones. Le gustaría echarse un rato y descansar. No tiene hambre, así que igual se salta la comida. ¿Cuánto tiempo pasará Izan en la comisaría?

Nerea se acerca a recepción y le pregunta al conserje si puede ir a su cuarto. Fermín le pide que espere un minuto y hace una llamada. Mientras, Chema Fajardo se le acerca. El taekwondista esta vez no va acompañado de su pareja habitual.

—Hola, ¿tienes un momento?

La chica se extraña de que aquel tipo le hable. Su tono es amable y en su expresión no aprecia la agresividad de la charla con Teo de esa mañana en el bosque. De todas maneras, le responde a la defensiva.

—¿Para qué?

—Solo quiero hacerte una pregunta. Antes te he visto con Izan. ¿Sabes por qué se lo ha llevado la policía?

—La inspectora Pipper quería charlar con él.

—¿Fuera de la academia? ¿En la comisaría? ¿Eso significa que lo van a detener?

—No me ha dado esa impresión.

—¿Iba esposado?

—¡No! Claro que no. Ha ido a declarar de forma voluntaria.

Chema se acaricia la barbilla pensativo. Hasta ahora Nerea no había conversado nunca con él. Solo habían intercambiado algún saludo en el gimnasio o en el comedor, donde ni siquiera han compartido mesa. Aunque no son muchos, en la academia la relación no es la misma con todos los deportistas. Ella, además, acaba de llegar y todavía no puede considerarse íntima amiga de nadie. Ni siquiera de Grecia o de Izan, a pesar de que ha pasado bastante tiempo con ambos esos días. Tampoco Amanda está cerca de ser una persona de confianza. Supone que en cuatro años todas esas personas pasarán a ser como su familia, pero de momento todavía está eligiendo con quién abrirse.

—La policía está muy despistada. O esa impresión me dio cuando me interrogaron.

—No han parado de investigar desde ayer.

—Sí, qué menos, pero creo que están disparando al aire. A ver si hay suerte y aciertan. Izan no parece mal tío. En mi opinión, no creo que él haya asesinado a la psicóloga, aunque con estas cosas nunca se sabe —afirma Chema, con un tono pausado.

—Izan no ha sido.

—Eso es lo que yo pienso, por eso me ha extrañado que la policía se lo haya llevado.

—Los entrenadores también han pasado la mañana en la comisaría.

—Lo sé. Take nos ha llamado hace un rato y nos ha dicho que algunos todavía siguen allí. Nuestro entrenador estaba ya cansado de esperar.

En ese instante, el conserje tose para llamar la atención de Nerea. La jugadora de vóley playa se gira y mira a Fermín, que parece agotado. Seguro que para él también está siendo un martes muy duro.

—Me han confirmado que puedes subir. Las habitaciones ya están disponibles.

—Perfecto. Muchas gracias.

Nerea se va a despedir de Chema cuando el taekwondista la sorprende con una pregunta que la deja boquiabierta.

—¿Sales a correr todas las mañanas?

—¿Cómo dices?

—Antes hemos coincidido en el bosque. Eras tú, ¿no?

—Pues... imagino que sí —responde Nerea, que tartamudea nerviosa. La habían visto a pesar de que se ha ocultado—. Sí, podría ser yo.

—Teo estaba seguro de que no se había equivocado. Tiene una vista de lince. No ha entendido muy bien qué hacías detrás de la maleza, como si estuvieras espiándonos, pero tus razones tendrías. Nosotros también solemos pasear por esa zona de la academia muy temprano. La brisa de las primeras horas del día te depura y despeja

los pulmones. Aunque aquí en Madrid eso resulta complicado. La calidad del aire es pésima. ¿Verdad?

La expresión de Chema ha cambiado. No le gusta. Ha dejado atrás la cara amable y sonríe de una forma que la asusta. Le recuerda al personaje de *La naranja mecánica*. No sabe qué decirle. Tampoco el chico espera a que le dé una explicación de por qué se había escondido cuando han pasado a su lado en el bosque. Se marcha silbando del edificio, aunque todavía llueve de manera intensa. En cambio, Nerea se ha quedado bloqueada por la conversación con el más liviano de los taekwondistas de la Dick Fosbury.

El sonido del móvil la devuelve a la realidad. Se muerde las uñas mientras escucha el mensaje que le envía su hermana. Aquello no es, precisamente, lo que mejor le viene en ese momento.

> Entonces, ¿no vuelves a Santander? No me lo puedo creer. Por mucho que me digas que estás bien y que no pasa nada, no me puedes asegurar que no te vaya a suceder lo mismo que a papá. Nere, no quiero que te mueras. No soportaría que alguien nos separara para siempre.

CAPÍTULO 13

ALEJANDRA

Madrid, martes, 12 de noviembre de 2024

Se quita la careta, suelta el sable encima de un banco y después se deshace del guante que va enganchado por un cable a su arma. Alejandra se seca el sudor de la frente con una toalla de manos y se aprieta la coleta. Ha sido un entrenamiento intenso. De esos que te dejan vacía. Durante un par de horas ha podido tener la cabeza ocupada en otra cosa. Le hacía falta esa desconexión.

—Me voy a duchar. Estoy empapada —le dice Nieves mientras guarda su sable en la funda.

—Espera, te acompaño.

Las dos chicas recogen el material y después se dirigen juntas hacia el vestuario mientras van comentando los aspectos técnicos de algunos movimientos. Han repetido varios ejercicios del día anterior, ya que sus maestras aún no han regresado de la comisaría. Susana no se ha entrenado con ellas porque ha preferido hacer físico en el gimnasio. Alejandra se ha sentido bien con el esfuerzo prolongado de esa mañana, que le ha proporcionado una carga extra de optimismo. Lo necesitaba. A pesar de las dramáticas circunstancias de las últimas horas, está lista para el fin de semana que viene, cuando tienen una competición provincial. Más le vale centrarse de pleno en la esgrima. Sus rivales serán muy duras, sobre todo sus compañeras de la Dick Fosbury. Espera no tener que enfrentarse a ellas por lo menos hasta las semifinales.

—No he mirado el móvil en toda la mañana. ¿Habrá habido novedades en el caso de Jimena mientras entrenábamos? —

pregunta Nieves, que se quita el pantalón blanco del traje para guardarlo en la taquilla—. ¿Tendrán ya a algún sospechoso?

—No sé si quiero saberlo.

—¿Por qué? Es mejor que esto se resuelva cuanto antes.

—Me da miedo. ¿Y si el culpable es uno de nuestros compañeros o uno de los entrenadores?

—Eso será lo más probable. Habrá que asumirlo, aunque duela.

—No estoy preparada —dice Alejandra, y, tras desnudarse, se mete en una de las duchas.

Antes de abrir el grifo escucha a Nieves mencionar a Izan. La tinerfeña le plantea si seguiría enamorada del escalador si descubren que es el asesino. No le hace gracia, pero prefiere no discutir. Ni le responde. Sus amigas son muy pesadas con esa historia, que muchas veces se toman a broma. Además, ella ya ha decidido que va a pasar de ese tío durante una temporada. Por lo menos, lo va a intentar.

Cuando sale de la ducha, se encuentra con Susana, que también ha terminado de entrenar y se está desnudando. Tiene el cabello mojado y parece sofocada.

—Está cayendo un chaparrón impresionante. He ido un momento a mi habitación a por el champú y a por ropa para cambiarme, y no veas cómo llueve.

—Tenía pinta desde esta mañana. Menudas nubes negras había.

Las predicciones también lo presagiaban. El cielo oscuro y el viento que mecía los árboles del bosque no indicaban nada bueno. No le gusta la lluvia. La pone melancólica y triste.

—¡Ah! Tengo una noticia de última hora: la policía se ha llevado a Izan —comenta Susana cuando Nieves se une a ellas—. Se ha ido con esa mujer grandota. La del pelo rapado, con cara de vikinga.

—¿Qué dices? ¿Cuándo ha sido eso? —pregunta Alejandra desconcertada.

—Hace unos minutos.

—¿Lo han detenido?

—Ni idea. Quizá se lo han llevado a comisaría. Desde la ventana de mi cuarto solo he visto que se subía a una patrulla.

No lo comprende. Izan ya habló con la inspectora a primera hora de ese martes y no hubo problemas. Hasta bromearon porque sus hijas son fans del escalador. ¿Qué ha sucedido para que la policía lo haya sacado de la academia de forma tan apresurada? ¡Ni siquiera la ha avisado! El pánico se apodera de Alejandra. Teme que hayan descubierto que su amigo mintiera y han empezado a tirar del hilo. Eso la salpicaría directamente a ella y no le extrañaría ser la siguiente. Es muy posible que ya la consideren sospechosa del asesinato de la psicóloga. Si es así, su familia se preocuparía mucho, por no hablar de lo perjudicial que sería para su imagen en todos los sentidos. Se convertiría en un blanco perfecto para los *haters* en las redes sociales. Además, Lucía y Claudia seguro que se plantearían su expulsión de la academia si descubren que las engañó.

—Por cierto, no te preocupes, que Izan estaba bien acompañado —añade Susana mientras cuelga la chaqueta del chándal en una percha—. Iba agarrado del brazo de Nerea antes de entrar en el coche de policía, muy juntitos debajo del mismo paraguas.

—Te ha salido competencia de la buena, cariño. Esa tía me gusta hasta a mí.

Alejandra le propina una colleja a Nieves por el comentario. La tinerfeña suelta un alarido y se queja del golpe en el cuello. Se ha pasado de fuerza, pero se lo merece. No está para más tonterías con ese asunto, y menos tras saber que, seguramente, a Izan lo han trasladado a la comisaría para interrogarlo. Ahora el riesgo de que descubran que mintió es mucho mayor. A buena hora decidió saltarse el entrenamiento para estar a solas con él en la piscina.

—Será el protocolo. No te preocupes —dice Susana acariciándole el brazo.

—No estoy preocupada.

—Un poco sí, ¿no? —interviene de nuevo Nieves, que se aparta de la valenciana para no llevarse otra colleja—. Sientas lo que sientas por él, también es tu amigo. Después de nosotras es la persona de aquí con la que más trato tienes. Es lógico que no te lo tomes bien.

Esta vez Alejandra no le lleva la contraria a la canaria. Está en lo cierto. No solo se han liado y le hace sentir cosas diferentes, Izan también está siendo muy importante para ella en su adaptación a

Madrid y a aquella academia. Han tenido varias charlas inspiradoras. Son dos deportistas ambiciosos y con ganas de triunfar. Y la hace reír. Realmente, no esperaba enamorarse o como se llame lo que está experimentando hacia el escalador. Antes de entrar en la Dick Fosbury había roto una relación bastante tóxica con un futbolista de las categorías inferiores del Levante. Lo que menos le apetecía era pillarse otra vez. Está claro que el cerebro se rinde cuando elige el corazón.

Susana y Nieves siguen debatiendo en el vestuario sobre las consecuencias de la supuesta detención de Izan. Alejandra no desea escuchar más sobre el tema. Se da prisa por acabar de vestirse y se marcha. Ni siquiera se despide de sus amigas. Todavía llueve a cántaros. Se enfunda la capucha de la sudadera y camina deprisa hacia el edificio A. Un resbalón la alerta. Debe tener cuidado. No puede lesionarse ahora; eso frenaría en seco su progresión y podría perderse los torneos que se acercan. Ninguna de sus contrincantes la va a esperar.

Cuando está a punto de llegar y ponerse a cubierto, distingue a una persona sujetando un paraguas frente al rosal gigante del jardín. Un hombre está delante de la placa conmemorativa de Anita Vidal. Jaramillo no se mueve, y eso que el chaparrón es intenso. Observa que tiene empapados los zapatos y los bajos del pantalón. ¿Por qué está ahí parado?

—Alfonso, ¿te encuentras bien? —le pregunta Alejandra, que se detiene a su lado. El hombre no la mira, pero la cubre con el paraguas—. ¿Qué haces aquí con este tiempo?

—La historia se repite. No puedo soportarlo.

—¿Te refieres a lo que le pasó a Anita Vidal?

—Sí. Otra vez la misma pesadilla. Ha costado mucho remontar el vuelo y que nos volvieran a permitir abrir el centro. Ahora se puede ir todo a la mierda de nuevo.

—De momento podemos quedarnos a entrenar aquí, ¿no?

—Estoy peleando para que así sea. Hay presiones para que cierren la Dick Fosbury. No sé lo que podremos aguantar. Nos ha caído una maldición.

—Nosotros te apoyaremos en lo que haga falta. No nos queremos ir.

—Gracias, Alejandra. Ojalá sirviera vuestra opinión, pero me temo que es más complicado.

El director sonríe con tristeza. Está destrozado. Lo ve en su mirada perdida y en sus ojos hinchados, que tienen un preocupante color morado. Ayer parecía más entero cuando se puso delante de todos y dio la noticia de la muerte de la psicóloga. En las últimas horas ha envejecido de golpe y su cansancio es mucho más notorio. Es el capitán que contempla cómo el barco se hunde lentamente.

—He oído decir a una periodista que Jimena formaba parte del equipo de gimnasia artística de la Dick Fosbury cuando Anita Vidal murió.

—Ya lo han sacado a la luz. Era cuestión de tiempo, aunque esperaba que no relacionaran los dos casos. Eso nos lo pone más difícil todavía.

—Entonces, ¿es cierto?

—Sí. Además, Jimena y Ana eran buenas amigas.

—Vaya. Pobres chicas. Qué cruel es la vida. Las dos han acabado mal... En el mismo sitio, pero con diez años de diferencia.

Alfonso Jaramillo agacha la cabeza y se frota un ojo con la mano. Alejandra no logra percatarse de si está llorando o se está limpiando las gotas de lluvia que resbalan por su mejilla. En cambio, unos segundos después, el director de la academia se recompone y le pide que lo acompañe.

—Anita era una deportista increíble —dice Alfonso mientras caminan hasta el interior del edificio A—. La mejor de esa generación. Cuando falleció quedaban solo dos años para los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro y tenía posibilidades no solo de clasificarse, sino de lograr una medalla. Estábamos muy ilusionados con ella. Hasta que ocurrió la tragedia.

—Es muy triste.

—No te lo imaginas. Era una persona muy especial. Yo mismo fui el que se lo comunicó a su familia. Imagínate cómo me sentía.

—Debió de ser horrible.

—Sin duda, uno de los peores momentos de mi vida. Al dolor infinito de su muerte hubo que sumarle también los efectos colaterales que se fueron acumulando en lo económico, en lo moral y a nivel deportivo. Fue un caos absoluto.

—Imagino el desastre. He leído lo que se publicó en la época.

—Muchas de las cosas que contó la prensa eran mentira y nos jodieron de verdad. Se crearon dudas sobre un hecho que estaba muy claro cómo había sucedido. Anita se suicidó. Se lanzó al vacío aquella tarde de mayo. Nadie la empujó por la terraza, como algún gilipollas aseguró. Hasta se escribieron artículos y se hicieron debates en televisión en los que lo daban por hecho. Nos pusieron a parir. Fueron bulos de gente malintencionada. Esa misma gente ha reaparecido ahora con la muerte de Jimena.

—¿Quiénes son esas personas?

El hombre no responde y cierra el paraguas ya dentro del vestíbulo del edificio A. Lo sacude hacia fuera y le da una palmadita en el hombro a Alejandra para que pase delante. Al primero que encuentran es al conserje, que acude enseguida a recibir al director. Fermín le pide hablar con él a solas. Alfonso asiente y se despide de la esgrimista valenciana, a la que da las gracias por la charla. Sigue emocionado por lo que le ha contado.

La chica mira la hora y ve que son más de las dos. No tiene hambre. Aun así se obliga a ir a reponer fuerzas. El entrenamiento ha sido muy exigente y necesita comer. Primero debe quitarse la ropa mojada y los zapatos. Sube a la habitación y se cambia otra vez. Mientras se peina, suena el móvil. ¡Izan!

—¡Hola! ¡Estaba preocupada! ¿Te han llevado a la comisaría? —dice atropelladamente cuando coge el teléfono—. ¿Cómo es que te han dejado llamar?

—Porque no estoy en la cárcel.

—Entonces, ¿no estás detenido?

—Me parece que no. Al menos nadie me ha dicho que lo esté. La inspectora Pipper me ha pedido que no me vaya. Tienen que hacerme más preguntas.

—¿Estás solo? ¿Quieres que vaya a hacerte compañía?

—Te lo agradezco. Es bonito que quieras estar conmigo en este momento. No lo olvidaré.

—¡Izan! ¡Déjate de bromas!

El chico suelta una carcajada. Alejandra protesta, pero enseguida se siente aliviada por escucharlo reír.

—No hace falta que vengas. Mi representante está de camino.

—¿Necesitas un abogado? Puedo hablar con mi familia. Tengo un tío que...

—No, no. Lo que necesito es comer. Estoy muerto de hambre. El nutricionista me va a matar, pero he pedido que me traigan un bocadillo o un sándwich y algún refresco con mucho azúcar. No sé si me harán caso.

—Yo voy a bajar ahora al comedor. Acabo de subir a la habitación después del entrenamiento —dice Alejandra, que también le explica el encuentro que ha tenido con Alfonso Jaramillo—. El hombre está hecho polvo. Es posible que cierren de nuevo la academia.

—Eso se rumorea por aquí. Si no encuentran rápido al asesino no creo que tarden en confinarla. Espero que no piensen que yo soy el culpable. Ahora mismo me consideran el sospechoso número uno.

—¿Te han acusado del crimen?

—Todavía no, pero el cinturón con el que mataron a Jimena es mío —reconoce el chico, que baja la voz—. Lo he estado analizando y solo veo tres opciones posibles: o la maté yo en un momento de locura transitoria del que no me acuerdo, o alguien cogió mi cinturón porque le pareció perfecto para ahorcar a Jimena, o... el asesino me quiso incriminar por algún motivo que desconozco. Elige tú misma la solución que más te guste.

CAPÍTULO 14

MARCUS

Madrid, martes, 12 de noviembre de 2024

Desde el episodio del volante rosa, Aníbal no le habla. No es que lo agradezca, pero se estaba poniendo insoportable con el asunto de Sara. Ha tenido que improvisar y mentirle, algo a lo que no está acostumbrado y que se ha repetido demasiadas veces en las últimas horas. Todo para que no descubriera lo del mensaje que le dejó su amiga en el interior de la pluma. Cumplir con su promesa le está costando caro.

—¿Por qué se ha sentado solo? —le pregunta Olga mientras comen.

—No está teniendo su mejor día. Creo que se ha enfadado.

—¿Contigo?

—Me parece que sí.

—¿Y eso?

Marcus se encoge de hombros y corta el filete de ternera que se ha servido del bufet junto a unas judías verdes con ajitos. Proteína más legumbres de acompañamiento. Sus padres tienen el azúcar alto. Él también tiene esa tendencia, según ha comprobado en las analíticas que se ha hecho en la academia, así que no puede pasarse con los hidratos de carbono.

—¿Quieres que hable con él?

—No. Ya se le pasará. No tiene importancia.

—Seguro que está más irascible de la cuenta por la marcha de Sara. Eso le ha afectado más que el asesinato de la psicóloga.

—No me apetece continuar hablando de Aníbal. ¿Qué tal el entrenamiento? ¿He dado la talla?

—¡Sí! Me has sorprendido gratamente. Gracias por entrenar conmigo. Has tenido una buena idea.

Marcus sonríe satisfecho y corta un trozo de carne. Se lo mete en la boca y mastica veinticuatro veces, como le enseñó su madre. Si la pieza no es de buena calidad y está dura puede llegar incluso a treinta y tantas. Lo importante es que la comida esté bien triturada para realizar una mejor digestión.

—Como Aníbal y tú estáis enfadados y Sara se ha ido, esta tarde te devolveré el favor y entrenaré contigo. Si quieres seré tu esparrin.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto.

—¿Has jugado alguna vez al bádminton?

—Claro. Al tenis y al pádel también. Aunque lo que se me da más o menos bien desde pequeña es el ping-pong, he practicado otros deportes de raqueta.

—Eres una caja de sorpresas. Acepto tu propuesta.

Ahora es la chica la que esboza una tímida sonrisa. A Marcus le ha gustado entrenar con ella por la mañana y ayudarla en algunos ejercicios. Al principio se ha dedicado a mandarle bolas altas para que Olga las rematase. Es increíble la fuerza que tiene siendo tan menuda. Ha habido algunos mates que el chico ni los ha visto pasar. Luego Olga le ha dedicado algunos de sus saques con efecto que él apenas ha logrado devolver. Finalmente, se han animado con algo parecido a un partido, en el que la chica solo podía golpear la pelota de revés. Será divertido invertir los papeles. No imaginaba que se ofreciera a jugar al bádminton. Espera que Kike no se oponga. Aunque será mejor no preguntarle por si acaso. El entrenador de Marcus no ha aparecido por la academia durante ese martes. Lo último que sabe de él es que ya había declarado en la comisaría. Se lo ha dicho en un mensaje de voz hace unos cuarenta minutos.

> Marcus, acabo de salir de la policía y voy de camino a mi casa. No voy a dirigir el

entrenamiento de la tarde porque me duelen mucho la cabeza y la espalda. Me han tenido toda la mañana encerrado en una sala y la tensión al final me ha pasado factura. Le he dicho a Aníbal que practiquéis por vuestra cuenta o que os toméis la tarde libre. Organizaos entre los dos. Esta noche te escribo para preguntarte qué tal ha ido.

Su compañero no le ha comentado nada de lo que le ha dicho Kike Sánchez. Está claro que se ha tomado muy mal que le haya confesado que le gusta Sara. Tal vez no le dirija la palabra en un tiempo. Lo mejor sería que supiera que jamás ha sentido nada por esa chica, más que simpatía y admiración, pero todavía no es el momento de contarle la verdad.

Marcus y Olga terminan de comer y quedan en verse a las cuatro y cuarto en recepción. Tiene más de una hora para descansar. Nunca duerme la siesta, aunque suele tumbarse un rato en la cama a leer un libro o a escuchar alguna lista de Spotify. Él no es como la mayoría de los chicos de su edad. No escucha reguetón ni ritmos latinos. Tampoco rap o pop comercial. Disfruta más de la música clásica. Es una suerte que su vecina de pasillo tenga las mismas preferencias y todo lo que pone es de ese estilo. Como en esa ocasión. Pega la oreja a la pared y reconoce una melodía de Chopin. El piano se cuela en su habitación a todo volumen y piensa en lo difícil que es encontrar a alguien como Olga. Le gustaría conocerla de verdad. Sería la primera vez que tendría a una chica como amiga, porque a Sara todavía solo la considera su compañera de entrenamientos. De hecho, no la está echando de menos desde que se fue.

Marcus va al baño mientras continúa sonando Chopin en el cuarto de al lado. Todavía huele a la colonia que se puso por la mañana.

Olga le había comentado que le agradaba su nueva fragancia. Coge el botecito y se rocía un poco en el cuello. Oye entonces como llaman a la puerta de ella. Pega la oreja a la pared, pero no logra identificar quién es la persona que ha ido a ver a la chica. No duda de que se está produciendo una conversación, aunque hablan en un volumen muy bajo. Parece una voz masculina. ¿Aníbal? ¿Es él? Le resulta imposible descifrar nada de lo que dicen porque están susurrando. La música a ese volumen tampoco ayuda a que se entere.

—Tú sabrás lo que le cuentas a la policía.

Es todo lo que Marcus consigue entender de las palabras de la otra persona justo antes de oír que se cierra la puerta de la habitación de Olga. Definitivamente, se trataba de una voz masculina, pero no sabe de quién es. ¿Qué ha querido decir con eso? ¿Cuál es el contexto? Maldito Chopin.

El chico sale del baño y se tumba de nuevo en la cama. Alcanza el libro que tiene encima de la mesilla de noche y trata de leer unas páginas. *Las otras niñas*, de Santiago Díaz, lo ha atrapado desde el primer capítulo, pero ahora es incapaz de concentrarse. No es propio de él montarse películas y hacer cábalas. Odia las teorías de la conspiración. Sin embargo, en esta ocasión la curiosidad le mata. Le encantaría averiguar quién es el misterioso personaje que ha visitado a Olga y qué significa la última frase que ha escuchado. Podría preguntárselo cuando se vean ahora, pero no quiere incomodarla. No sería correcto molestar a una persona a la que estás empezando a conocer y que pretendes que se convierta en tu amiga.

A Marcus aquella hora se le hace eterna. Se la ha pasado en gran parte sentado al borde de la cama mirando a la pared y decidiendo si debe trasladarle sus inquietudes a Olga. No saca ninguna conclusión. Improvisará.

A las cuatro y trece minutos sale de la habitación y baja la escalera. Otra de las cosas que sus padres le han inculcado es la puntualidad. Nunca hay que llegar tarde ni hacer esperar a nadie. En recepción, un agente hace guardia junto a la puerta del edificio. No le extraña que la policía todavía ande por la academia. Marcus

saluda al conserje y ve al doctor Bustamante, que se le acerca con un café en la mano. El hombre le pregunta cómo se encuentra.

—Muy bien. En plena forma.

—No tienes ninguna molestia, ¿verdad?

—Nada de nada.

—Me alegro de que esté todo en orden. ¿No te duele la pierna cuando la estiras o realizas un movimiento brusco?

—No, funciona todo muy bien, doctor. Gracias.

El médico se refiere a una pequeña lesión muscular que el chico sufrió en los primeros días de entrenamiento. Kike les metió mucho físico al principio y sus tres jugadores se resintieron de diferentes dolencias. Marcus, en concreto, tuvo problemas en la zona del gemelo derecho. Eran sobrecargas normales debido a que nunca se había sometido a una preparación tan intensa. El doctor Bustamante le estuvo tratando junto a Paz Bernal, una de las fisioterapeutas del centro. Ambos están todo el tiempo pendientes de su estado físico. Es una de las grandes ventajas que tiene formar parte de la Dick Fosbury. Cuentan con un equipo médico a su disposición a diario, durante las veinticuatro horas. No viven con ellos en la academia ni trabajan en exclusiva para el centro, pero siempre hay alguien de guardia para cualquier circunstancia.

—Eso es fantástico. ¿Vas a entrenar ahora?

—Sí, estoy esperando a Olga Lebedeva para irnos juntos.

—¿Y Aníbal?

—No lo sé. No lo veo desde la comida. Imagino que todavía estará en su habitación. Kike nos ha escrito para decirnos que no vendrá esta tarde y que nos organicemos nosotros.

—¿Sigue en la comisaría? Por lo que me ha contado Alfonso, hoy han estado la mayoría de los entrenadores.

—No, ya se fue a su casa, pero no se encontraba bien.

—Es que esta tragedia nos está afectando a todos. Hace diez años ya fue muy traumático. Que se repita la historia es desolador.

Marcus ya sabía que el doctor Juan Bustamante era miembro del cuerpo médico cuando falleció Anita Vidal. Es de los pocos que quedan en la academia de aquella época.

El chico comprueba en su reloj que son las cuatro y veintidós minutos. Olga se retrasa. Cuando se fue de la habitación, la música ya no sonaba. Dio por hecho que estaría a punto de salir de su cuarto o que a lo mejor ya lo estaba esperando abajo.

—Marcus, te dejo. Menos mal que ha parado de llover —dice el hombre, que resopla—. Menuda ha caído antes. Qué martes tan triste. Es como si todo estuviera predestinado.

El médico le da un toquecito cariñoso en el brazo para despedirse, después saluda al agente de la Policía Municipal que está en la puerta y se marcha. El doctor Bustamante se cruza con Aníbal cuando sale del edificio. No va solo. Teo Maestre está con él. Al entrar, Aníbal mira a Marcus de manera despectiva y le hace un comentario al oído al taekwondista. Marcus no sabe de qué va aquello. Ninguno le dice nada y pasan de largo hacia la escalera que conduce a las habitaciones. Mientras suben, se oyen risas. Prefiere ignorarlos y no hacerles caso.

Mira de nuevo el reloj y el retraso de Olga ya es de quince minutos. No la conoce mucho, pero esa chica no le ha dado la impresión de ser irrespetuosa, y llegar tarde es una gran falta de respeto. Algo tiene que haber sucedido. A las cuatro y treinta y tres ya no espera más. Sube hasta la segunda planta y llama a la 204. Escucha música en el interior. También oye pasos acercándose. La puerta se abre y delante de él aparece la jugadora de tenis de mesa. Marcus se queda con la boca abierta cuando la ve. Solo lleva puesto una especie de camisón transparente, que deja ver su ropa interior oscura. Tiene el rímel corrido, el cabello rubio despeinado y va descalza. Le coge la mano y tira de él hacia el interior de la habitación.

—Sabía que vendrías a por mí. Pareces asustado, Marcus. No pasa nada. Entra, por favor. No me tengas miedo.

CAPÍTULO 15

GRECIA

Madrid, martes, 12 de noviembre de 2024

El entrenamiento de la tarde no ha salido como esperaba. Tony ha estado especialmente quisquilloso y le han caído un par de broncas por no atender a sus indicaciones. Su entrenador es uno de los más prestigiosos del país y debe hacerle caso. Sin embargo, Grecia no tiene la mente puesta en la barra de hierro. Conforme ha ido pasando el día su ánimo ha decaído. Es consciente de que Jimena se ha marchado para siempre y eso cada vez le duele más. Haría lo que fuera ahora mismo por una última charla con ella como las que han tenido en esos dos meses.

—¿Por qué nos tratan tan mal a los que somos gordos? —le preguntó a la psicóloga en una de las sesiones que tuvo con ella en octubre.

—Porque hay gente imbécil que no debería abrir la boca ni tener permitido escribir en las redes sociales. De todas maneras, tú no estás gorda. Y si lo estuvieras no pasaría absolutamente nada.

—Estoy gorda, Jimena. Peso ochenta y un kilos y mido un metro sesenta y cinco.

—Eso da lo mismo. Son solo datos. Tienes el cuerpo adecuado y el físico ideal para ser la mejor en tu categoría.

—Eso nunca pasará.

—Pasará si te lo propones, Grecia. Ya hemos hablado de ese tema. No te infravalores. Eres muy buena.

A pesar de los títulos que ha ganado a lo largo de los últimos años en categoría cadete y juvenil, le cuesta confiar en sí misma. Hay muchas levantadoras por todo el mundo capaces de hacer marcas superiores a las suyas. Todavía le queda mucho que aprender y sigue progresando, pero no se ve cerca de las favoritas.

Grecia acaba el entrenamiento del martes con ganas de encerrarse en su habitación y no ver a nadie en unos cuantos días. Tony Roselló, en cambio, tiene otros planes para ella. Su preparador le echa la última bronca de la tarde por la desidia con la que ha realizado las últimas repeticiones y la cita en el gimnasio a las ocho y media de la mañana siguiente como castigo. Grecia no se queja, pero maldice en voz baja a su entrenador mientras recoge sus cosas. No se ducha en el vestuario. Le da vergüenza que alguien pueda ver su cuerpo desnudo. Le ha pasado lo mismo toda la vida. Es algo que no ha logrado superar.

Fuera hace viento, aunque ya no llueve. Grecia se queda embobada mirando hacia el edificio C, donde se encuentra el despacho en el que tenía las sesiones con Jimena. La sensación de vacío la invade. En esta ocasión hasta la asfixia. Es como si necesitara escuchar la voz de la psicóloga una vez más. Pero la mujer de la que se enamoró ya no está allí ni en ningún otro lugar. Algunos, como sus padres, pensarán que su alma se ha ido al cielo. Para ella todo termina con la muerte. Quizá sobreviva la energía. En eso sí puede llegar a creer. ¿Qué sentiría si entra en la consulta en la que vivió momentos tan especiales? Seguramente nada, pero no quiere quedarse con las ganas de probarlo. Hay una cinta amarilla que impide el paso al edificio C. Sin embargo, no ve a ningún agente custodiando la zona. Le extraña, porque la policía lleva en la academia desde ayer y tiene vigilados todos los accesos y puertas del centro. A lo mejor el vigilante al que le tocaba estar ahí ha ido al baño. Un repentino impulso le pide que se salte las normas. Si la pillan le caerá una buena reprimenda. Incluso corre el riesgo de que la detengan. Además, lo que pretende no tiene ningún sentido y no es nada coherente, pero hace días que perdió la coherencia. Justo lo que la psicóloga le pedía que jamás abandonara.

—Cuando tengas un desfallecimiento anímico y creas que te estás hundiendo, piensa en si lo que está maquinando tu cerebro tiene alguna coherencia. Si la respuesta es que no, será mucho más fácil controlar tus actos y darle al asunto la relevancia real que tiene. Nada es tan importante como tú misma. Te hablo del deporte y también de la vida, Grecia. Sobre todo de la vida, que es muy bonita como para que nuestra cabeza nos juegue malas pasadas.

La teoría en su preciosa voz sonaba genial. En la práctica, la vida es una mierda, y sin ella todavía más. Grecia coge aire y se lanza a cometer una imprudencia. Va a hacerle caso a un impulso que en otro momento le parecería ridículo. La idea de sentir algo extrasensorial —que no sabe en qué consiste— en el despacho de Jimena supera al miedo a que la descubran y la detengan. Levanta la cinta amarilla y pasa por debajo. La adrenalina de lo prohibido se dispara. Aquello carece de la coherencia de la que hablaba la terapeuta, pero es estimulante. Se da prisa por llegar a la puerta del edificio, que, para su sorpresa, está abierta y sin ninguna vigilancia. Se siente como en un videojuego; todo resulta demasiado fácil hasta que aparece el terrible monstruo de la última pantalla al que es imposible vencer. Nunca se le han dado bien las consolas. Espera que esa aventura acabe mejor que las partidas que suele perder con sus hermanos.

La habitación donde Jimena pasaba consulta está aislada, al fondo de uno de los pasillos. Grecia camina deprisa, pero en alerta, por si oye algo y rápidamente tiene que esconderse. Le parece raro no encontrarse con nadie, aunque, si lo piensa bien, a los entrenadores, trabajadores y al equipo médico de la Dick Fosbury les han pedido que no entren en ese edificio hasta próximo aviso. Ellos sí que no van a saltarse las normas de la policía. Tampoco puede cruzarse con curiosos ni personas que estén de visita. Es imposible poner un pie en la academia sin una autorización. Ni siquiera los periodistas han tenido acceso a las instalaciones, y los han obligado a informar desde el exterior.

Está cerca del despacho de la psicóloga cuando oye pasos. Había sido demasiado sencillo. Por suerte, tiene al lado un almacén donde guardan parte del material deportivo. Se mete en la habitación y

escucha el diálogo entre un hombre y una mujer. Por sus voces parecen jóvenes.

—Esto es lo peor de ser novata. Te cogen para hacer guardias de mierda. Estoy hasta los ovarios de que me manden estas tareas.

—Pues todavía faltan dos horas y media para largarnos. Así que paciencia.

—¡Joder! ¡Eso es mucho! ¿Te queda tabaco?

—Dos cigarros, pero son para mí.

—Venga ya, tío. Uno y uno. Mañana te invito yo.

—No pienso venir mañana. Esto está en el culo del mundo y tardo una vida en llegar a mi casa. Que venga otro a vigilar.

—Me pasa igual. Anda, guárdame un piti para luego. Ya te lo compensaré.

—Eres una jeta de cuidado, tía.

Los dos jóvenes pasan por delante del almacén y no se dan cuenta de la presencia de Grecia. La chica no se asoma para verlos, pero intuye que se trata de los policías municipales que vigilan el edificio C. Habrán ido al baño o a fumarse un cigarro a escondidas. Lo que está claro es que han sido unos imprudentes dejando vacía la entrada. La suerte por una vez la ha favorecido. No tendría que haber más obstáculos hasta llegar al despacho de Jimena, aunque será difícil salir después sin que la vean. Debe ir poco a poco. Ya lo pensará cuando toque.

A pesar de que no oye a nadie, tarda unos minutos en salir del almacén. Ya no camina tan deprisa como antes, sino de puntillas para no hacer ni el mínimo ruido. Teme que haya otros policías vigilando en el interior del edificio. No es así y el camino hasta el despacho de Jimena está despejado. Han precintado la entrada de la habitación. Ese no es un impedimento para que entre. Aparta una de las tiras y abre la puerta con sigilo. Luego lo dejará todo como estaba para que no sospechen. A pesar de ser unas instalaciones modernas y de primer nivel, no hay cámaras de vigilancia en el interior de los edificios. Fue algo que les aseguró Alfonso Jaramillo el día que ingresaron en la academia, porque Izan lo preguntó en esa primera reunión de grupo. La seguridad se centraba en los exteriores: en las entradas al recinto y en el aparcamiento. De esa

manera se preservaba la intimidad de los deportistas dentro de su lugar de trabajo y podían moverse de la forma que quisieran con total libertad. Esa, que era una medida muy aplaudida por los quince chicos, había resultado fatal en la muerte de Jimena. Si hubiesen existido cámaras, seguro que ya se sabría quién fue a su despacho y la asesinó. O también es probable que esa persona no se hubiese atrevido a cometer el crimen al saber que la grabarían.

Grecia encaja la puerta cuando entra en la habitación. No hay nada distinto a la última vez que estuvo allí. Los recuerdos se le amontonan. Con un nudo en la garganta se sienta en el sofá donde hablaba con Jimena. Algunas veces la terapeuta mantenía las distancias y la escuchaba desde un sillón en el otro extremo. Eso sucedió sobre todo en las dos o tres primeras semanas de septiembre. Después, el diálogo empezó a ser más fluido y cercano. Se fueron conociendo y muchas sesiones las hacían una sentada al lado de la otra. Era tanta la confianza que tenía Grecia que le confesó su gran secreto. Recuerda perfectamente aquella tarde. Había hecho mucho calor a pesar de ser principios de octubre. Tony Roselló la acababa de felicitar por el buen entrenamiento que había realizado. En cambio, sus sensaciones eran muy malas. Estaba angustiada y necesitaba soltarlo de una vez por todas.

—¿Puedo decirte algo importante?

—Claro. Me lo puedes contar todo. Ya lo sabes. Estoy aquí para eso.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie.

—Grecia, tengo la obligación de no revelar lo que mis pacientes me cuentan en las sesiones. Se llama secreto profesional. Lo dice nuestro código deontológico. Así que puedes estar tranquila. ¿De qué se trata?

—Verás..., no es fácil para mí hablar sobre esto... Nunca se lo he dicho a nadie. Hace un tiempo que... me provoco el vómito. Joder. Es que suena horrible. Dios... No es cada día, ni con todas las comidas, pero sí que lo hago habitualmente. Cada vez con más

frecuencia. Desde que estoy en la academia... varias... muchas veces... Demasiadas.

El rostro de Jimena permanecía impasible mientras Grecia se explayaba y le daba detalles de lo que hacía en el cuarto de baño de su habitación cuando terminaba de comer. Ponía música, abría todos los grifos al máximo y trataba de controlar el volumen de sus arcadas. La psicóloga escuchó atenta y no le preguntó nada hasta que acabó su relato.

—¿Sabes por qué lo haces?

—No, pero no consigo evitarlo. Soy consciente de lo que hago, pero... ¿Tiene solución?

—Seguro que sí. Ahora mismo no puedo darte un diagnóstico. Necesito más tiempo. Ni siquiera sé si yo soy la persona adecuada para ayudarte con esto. Hay especialistas que...

—No se lo cuentes a nadie. Me lo has prometido.

—Lo sé. Pero...

—Te juro que si le hablas a alguien de lo que te he dicho me iré para siempre y no me verás más. Ni tú ni nadie.

—Tranquila. Quedará entre las dos. De verdad. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que te encuentres bien y pongamos solución a lo que te ocurre.

Ese día ya estaba enamorada de Jimena. Quizá por eso puso toda su confianza en ella. Le había confesado lo que jamás les había contado a sus padres o a sus hermanos. Si alguna vez la habían pillado vomitando en casa decía que era por un virus estomacal o porque le había sentado mal la comida. Su familia no se imaginaba que se introducía los dedos en la boca y que no era capaz de controlarlo. Estaba enferma y nadie se había dado cuenta. ¡Cómo iba a sufrir alguna clase de trastorno de la conducta alimentaria si pesaba ochenta y tantos kilos! Qué ignorantes eran. Ella la primera.

Grecia se levanta del sofá y pasea por el despacho. En la prensa han dicho que a Jimena la asfixiaron. No es un dato confirmado por la policía, pero lo ha filtrado la prensa. ¿Dónde estaría su cuerpo cuando la encontraron? La chica se agacha y mira hacia la mesa,

donde hay una fotografía enmarcada de la psicóloga con sus padres. Ellos también estarán apesadumbrados por la inesperada muerte de su única hija. El dolor compartido no alivia ni es un consuelo. Si asiste al entierro se presentará y les dará el pésame.

«Era una de las mejores personas que he conocido y una gran psicóloga. Me ayudó mucho. La voy a echar de menos. No sé qué haré sin ella».

Grecia practica en voz alta las palabras que diría en el funeral de Jimena mientras se tumba en el suelo. Se coloca en posición fetal y cierra los ojos. Solo ve oscuridad. No siente nada. Ni energías, ni nada extrasensorial, ni hostias. Solo tiene unas ganas de llorar que no aguanta. Es que ya no puede más. Desconsolada, se tapa la boca para que no se oigan sus gemidos. Son lágrimas por Jimena, pero también por ella. Por su futuro. ¿Qué coño va a hacer ahora sin la única persona que había logrado entenderla? ¿Cómo va a vivir sin la chica a la que ama?

De repente, oye como unos pasos se acercan raudos hasta el despacho. A Grecia solo le da tiempo a sentarse en el suelo. La puerta se abre de golpe mientras se seca las lágrimas de la cara con las manos.

—Sabes que no puedes estar aquí, ¿verdad?

—Se supone que tú tampoco.

—Lo mío es distinto. Soy el que manda en esta academia y tengo derecho a estar en cualquier parte —dice Alfonso Jaramillo, que le ofrece la mano para ayudarla a levantarse—. Dime, Grecia. ¿Qué has venido a buscar al despacho de Jimena?

—Nada.

—Eso no es cierto.

—Solo he venido a dar una vuelta por curiosidad. Llámalo morbo si quieres.

El hombre resopla, aunque no parece enfadado. Se sienta en el sofá y cruza las piernas. ¿Cómo se ha enterado de que estaba allí? ¿Es que acaso hay cámaras de vigilancia y les han mentido?

—Mientes fatal. Tienes que aprender a no ocultar la verdad, como has hecho con tu trastorno con la comida.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta sin dar crédito la chica, como si le hubiesen dado un puñetazo en la boca del estómago y no pudiera respirar.

—Porque ella me lo contaba todo. La conocía desde que era una cría. No había secretos entre nosotros. Por eso la contraté —reconoce Alfonso Jaramillo, al que se le nota el cansancio de esos últimos días en el rostro—. En una academia deportiva de élite no se puede dejar nada al azar. Vuestros miedos son nuestros fracasos y debemos tomar todas las medidas posibles, dentro de la legalidad, para que seáis los mejores. Todas. Ahora que no está Jimena debo asumir yo la responsabilidad de que resuelvas tu problema. Es la única forma de que seas la número uno.

CAPÍTULO 16

NEREA

Madrid, martes, 12 de noviembre de 2024

El saque de Amanda llega con efecto, pero Nerea logra recibirlo sin demasiados problemas y orienta la pelota hacia su entrenadora, que hace de colocadora. Ester se la pone perfecta: alta, cerca de la red y a la velocidad idónea. La santanderina se eleva y remata con todas sus fuerzas. Para su sorpresa, el balón se va muy desviado de la línea de fondo.

—Joder. Vaya *fake*. Llevas cinco iguales seguidas. ¿En qué estás pensando? —le pregunta Amanda, que camina por la arena hacia ella haciendo aspavientos con los brazos—. Tienes el punto de mira en Cuenca.

—A lo mejor deberías darle con menos potencia y buscar algo más la colocación —le propone Ester, que la aplaude para animarla—. Sobre todo en los días que no estás tan acertada.

Valora mucho sus consejos porque durante varios años fue una buena jugadora antes de dedicarse a entrenar. Sin embargo, Nerea confía plenamente en sí misma. Tanto en el saque como en el remate, su mejor cualidad es la fuerza que imprime al golpeo. Era el más potente del circuito femenino cuando todavía competía en categoría juvenil.

—Así no le ganamos ni a mi prima pequeña, que juega con una pelota de playa en el recreo con sus amiguitas de ocho años —continúa quejándose Amanda—. Las contrarias van a sacarte a ti, porque eres peor receptora que yo, y dependeremos muchas veces

de tus remates para dominar los partidos. Si la pifias una vez tras otra nos vamos a la mierda.

—Lo sé. No te preocupes. Solo es un mal día.

—Aquí no valen los malos días. Dentro de poco empezaremos a competir y no puedes mandar fuera todos los putos balones. Con este panorama nos eliminarán siempre a las primeras de cambio. Así que espabila.

Nerea asiente y acepta su responsabilidad. Su compañera está siendo muy dura, pero tiene razón. Hoy no está centrada en el entrenamiento. No deja de pensar en la bronca con Mikel y en el mensaje de voz de su hermana, que no ha sabido responder. También en Izan. Parece que el chico no ha regresado aún a la academia y continúa en la comisaría. Está preocupada por él.

—Vamos a dar por finalizado el entrenamiento —dice la entrenadora, que se une a sus dos jugadoras en la red—. Ha sido una jornada complicada y es normal que no estemos todo lo acertadas que deberíamos.

—Perdona, Ester. No sucederá más.

—Tampoco seas tan dura contigo misma, Nere. La semana pasada fue espectacular. Solo llevas nueve días aquí. Todavía estás en periodo de adaptación.

—Mañana irá mucho mejor. Te lo prometo.

—Estoy convencida de eso. Precisamente, de mañana os quería hablar. Tenía previsto que practicarais con una pareja de chicas norteamericanas que han venido a España unos días. Estudian en la Universidad de Florida. Hemos conseguido que se pasen por la Dick Fosbury y jueguen un amistoso con vosotras.

—¿Son buenas? —pregunta Amanda inquieta.

—Tienen solo dieciocho años, pero apuntan a convertirse en la mejor pareja de Estados Unidos en poco tiempo.

—Si esta no mete ni una nos machacarán.

—No fallaré —dice Nerea, que ve en ese partido de entrenamiento una oportunidad para redimirse de lo mal que lo ha hecho esta tarde —. Pero ¿las dejarán pasar? El acceso está muy restringido desde ayer.

—He pedido permiso. No nos han contestado todavía. Dependerá de la policía y del juez. O eso creo. Lo había cerrado hace tiempo, cuando todavía estaba Cira, pero os quería dar una sorpresa. Espero que no haya problemas para que entren en la academia.

A Nerea siempre le ha gustado entrenar, pero donde de verdad disfruta es en los partidos. Imagina que ocurre igual en todos los deportes. La preparación es básica para competir. En cambio, una da lo mejor de sí misma enfrentándose a sus rivales. Será una buena oportunidad para ver en qué punto de complicidad está con Amanda.

—Bien, chicas. Me voy a casa, que estoy agotada —comenta Ester, que se sopla el flequillo en forma de cortinilla—. Nos vemos mañana si no pasa nada. Descansad vosotras también.

Nerea le da un abrazo a su entrenadora y observa como Amanda sale de la pista de arena sin despedirse. Ninguna de las dos se ha quedado con buen sabor de boca. Tal vez su compañera ha perdido la confianza en ella. Tampoco debe de estar siéndole fácil el cambio después de un mes y medio preparándose con Cira. Cada error que Nerea cometa creará más dudas en su pareja y le hará plantearse si la academia ha acertado con su elección.

La santanderina se dirige cabizbaja al vestuario para cambiarse de ropa. Coincide con las de esgrima, que también han terminado de entrenar. Susana y Nieves la saludan sonrientes y le preguntan cómo ha ido la tarde. Sin embargo, Alejandra ni la mira. Está quitándose el traje blanco sin prestarle atención.

—No he dado una —admite Nerea sincera—. Es difícil centrarse en el deporte con lo que está pasando. Amanda se ha enfadado un poco conmigo.

—Ni caso. Hoy todas hemos estado bastante ausentes —dice Susana—. Debemos dar gracias porque al menos no hayan cerrado la academia.

—Y porque no nos hayan detenido como a Izan —comenta Nieves.

Tanto Nerea como Alejandra se giran a la vez hacia la canaria y por un segundo las miradas de ambas coinciden. Nerea percibe en ella una extraña sensación de odio. Quizá solo son imaginaciones suyas.

—Hace un rato hemos estado con la inspectora Pipper —indica Susana—. Apenas nos ha retenido cinco minutos, así que por lo que se ve ninguna de las tres estamos entre las sospechosas. ¿A ti ya te han tomado declaración, Nerea?

—No. Como soy la nueva, me habrán dejado la última. Tampoco tengo mucho que aportar a la investigación.

—Ninguno con los que he hablado de la academia parece que tenga nada que decir sobre el crimen de la psicóloga. ¡Pero alguien ha asesinado a Jimena! —grita Nieves exaltada.

—Al menos alguno de los que entrenan o trabajan aquí tuvo que ver algo sospechoso, ¿no?

Esas palabras dan que pensar a Nerea. ¿Cómo se sabe que alguien es sospechoso de un crimen o si se ha visto algo que incrimine a dicha persona? Se acuerda entonces de Chema Fajardo. El tono de la conversación que tuvieron antes de comer todavía le provoca escalofríos. No existe ni una sola prueba en su contra, pero él y su amigo Teo reúnen el perfil perfecto para meterlos entre los candidatos a culpables de la muerte de Jimena. En cambio, los taekwondistas ya han sido interrogados por la policía y están libres. El único que permanece retenido es Izan.

—Nadie se mojará —interviene Alejandra por primera vez. Su voz suena seca y contundente—. Izan no ha sido. Él no ha matado a Jimena. Así que el culpable sigue por aquí tan tranquilo. Si alguien sabe algo y es consciente de ello no se arriesgará a contarlo. ¿Para qué?

—Para hacer justicia.

—Nada es justo en esta vida, Susana. No seas ingenua.

Alejandra no da lugar a que su amiga le replique. Se pone de pie como un resorte y sale del vestuario deprisa. Las tres se quedan impresionadas por la reacción de la esgrimista valenciana. Hasta ahora, Nerea no la había visto así.

—Está muy jodida por lo de Izan —comenta Nieves, mientras recoge sus cosas para marcharse—. Le está afectando más que tengan retenido a ese chico en la comisaría que la muerte de Jimena.

—Lógico. Está enamorada de él.

—Debe de ser duro que el chico que amas sea el principal sospechoso de un crimen.

—Peor sería que se confirmara que es el asesino —dice Susana colgándose en el hombro una bolsa de mano—. Ella no para de repetir que no es él, pero vete tú a saber. Tampoco hace tanto tiempo que estamos en la academia como para conocer realmente cómo es cada uno. Solo llevamos viviendo juntos dos meses y pico.

—Yo no pondría la mano en el fuego por nadie. Solo por mí. Perdonadme, pero esto es así.

La charla con las esgrimistas acaba con la sentencia de Nieves y su posterior disculpa, que adorna sacando la lengua de manera simpática. Se despiden de Nerea y la dejan sola en el vestuario. Se verán en la cena dentro de un rato. Incluso la han invitado a que se siente con ellas a su mesa. Le caen bien esas dos. Son un poco exageradas, pero parecen buenas chicas. Tampoco pondría la mano en el fuego por ellas. No cree que ninguna esté implicada en el crimen, aunque, como ha dicho la tinerfeña, todavía no se conocen tanto. Ella aún menos, que llegó hace poco más de una semana.

Si Susana y Nieves son de su agrado, de Alejandra no tiene una opinión tan positiva. Es verdad que no le ha hecho nada malo. Su comportamiento, aunque distante, había sido correcto hasta ahora. Pero es muy fría con ella. Tiene la impresión de que no quiere ser su amiga ni muestra ningún interés en que la convivencia sea amable para ambas. Algo le dice que lo que esa chica siente por Izan tiene mucho que ver. No es tonta. Se ha dado cuenta de cómo la mira cuando el escalador se le acerca y habla con ella. No es su culpa. Además, aunque no estén pasando por su mejor momento, ella ya tiene pareja y nunca le sería infiel. Alejandra no debería preocuparse por eso.

Precisamente, cuando sale del edificio B, ve el nombre de su novio en el móvil. Mikel le solicita una videollamada. No tiene ganas de mostrarse en la cámara, pero no le apetece ponerle excusas e iniciar otra discusión. Se peina un poco con la mano y acepta la petición. El primer plano del chico no es muy favorecedor. No está en su casa y no reconoce el lugar desde el que habla. Se fija un poco más y observa algo al fondo que le da la pista definitiva del sitio desde el

que la llama: es una cinta rodante por la que está caminando mientras se enfoca. ¿Eso es...?

—¿Estás en el aeropuerto?

—¡Sí! ¡Sorpresa! No podía más y me he venido a verte a Madrid. ¡Una locura que he decidido sobre la marcha! ¿Sabes cómo llego de Barajas a la Casa de Campo en metro? No entiendo muy bien el plano. ¿O mejor cojo un taxi y me quito de líos?

En su rostro seguro que se ha notado lo que está pensando, porque enseguida Mikel le pregunta si no está feliz de que haya ido a visitarla. Es demasiado transparente y no puede disimular cuando algo no le gusta.

—Después de estos días tan raros necesitaba estar contigo, Nere. ¿No te hace ilusión?

—Bueno. Yo no te he pedido que vinieras.

—¿De verdad que eso es lo que piensas? —pregunta sorprendido Mikel, que deja de andar—. ¿Después de todo lo que estoy haciendo para salvar nuestra relación me tratas de esa manera?

—Plantarte en Madrid, sin avisar, no es la solución.

—¿No? ¿Y cuál es la solución entonces?

Nerea suspira y se sienta en un banquito en mitad del camino bajo una farola. Ya se ha hecho de noche. En realidad, debería estar contenta de que su novio haya ido a verla. Es un bonito gesto de amor y demuestra mucho por su parte. Sin embargo, por el contrario, le ha molestado. Le fastidia que esté en Madrid y no quiere que vaya a la academia.

—Mikel, lo siento. El problema lo tengo yo.

—A ver, cariño, cuéntame. ¿De qué se trata?

—Se me hace difícil explicarlo. No sé exactamente qué es.

—Sea lo que sea podemos resolverlo juntos, como siempre hemos hecho —dice Mikel, al que nota que está sufriendo al hablar. Lo conoce muy bien. Siente verdadera lástima por él—. Quedemos y charlamos mirándonos a los ojos. Por teléfono es todo más frío.

—A lo mejor tenías razón y he cambiado.

—¿En apenas una semana?

—Me da que esto viene desde más atrás —dice Nerea, con lágrimas en los ojos—. De mucho antes de que me llamaran para

venir a Madrid.

—Solo es una mala racha. Lo superaremos.

—Me parece que no es eso.

—Vamos a cenar juntos y lo hablamos, por favor. Como imaginaba que no podría quedarme contigo en la academia, he reservado una habitación en un hotel de la Gran Vía para esta noche. Es de cuatro estrellas.

—No es posible.

—¿Por qué? ¿No te dejan salir de noche?

—Sí me dejan, Mikel. Soy yo la que no quiere ir. No sé qué me está pasando, pero no voy a quedar contigo esta noche. Perdóname.

CAPÍTULO 17

ALEJANDRA

Madrid, martes, 12 de noviembre de 2024

No para de consultar su teléfono. Espera que en cualquier momento Izan la llame o le escriba y le dé la buena noticia de que ha salido de la comisaría. Son más de las ocho y no sabe nada de él desde que hablaron hace unas cuantas horas. El chico no ha respondido los wasaps que le ha enviado cuando ha acabado de entrenar. Esa tarde apareció en la academia, de improviso, la inspectora Verónica Pipper, con la que habló unos minutos. No se atrevió a preguntarle por la situación del escalador. Le daba miedo que los nervios la traicionaran y terminara confesando que habían estado juntos en la piscina. Después de una breve presentación y unas cuestiones irrelevantes acerca del funcionamiento de la Dick Fosbury, la inspectora fue al quid de la cuestión.

—Me gustaría saber dónde estuviste ayer entre las cuatro y las seis. No te voy a acusar de nada, Alejandra. Es una pregunta que os estoy haciendo a todos para teneros ubicados y ordenar las piezas. A Susana y a Nieves les acabo de preguntar lo mismo.

—No hay problema. Después de comer me fui a mi habitación. No me encontraba bien y les pedí a mis entrenadoras que me dieran la tarde libre.

—¿Qué te pasaba?

—Estaba cansada y me dolía mucho la cabeza. De vez en cuando tengo jaquecas.

—¿Ya estás recuperada?

—Sí. Hoy he entrenado bien.

—Entonces, ¿no viste a nadie de cuatro a seis?

—No, ya le digo que me quedé en mi cuarto hasta que nos llamó el director para informarnos de lo que había sucedido.

Fue el momento de más tensión de la charla con la inspectora. Se la estaba jugando a todo o nada. Verónica Pipper podría haberle preguntado por Izan si supiera que le estaba mintiendo y que había estado con él. En cambio, desvió la conversación hacia otro tema.

—¿Cómo era tu relación con Jimena Portero?

—Buena. No es que habláramos a diario, pero las veces que lo hicimos fue muy amable conmigo. Además, era una chica muy simpática.

—¿Tuviste muchas sesiones con ella en estos dos meses?

—Creo que fui tres veces. La primera para conocernos y charlar un poco sobre mi adaptación a la academia. En las otras dos hablamos de temas deportivos.

—¿Qué temas?

—Cómo afrontar la presión, trucos para concentrarme, la confianza en una misma, visualizar los objetivos...

—Parece interesante. E intenso.

—La esgrima es un deporte en el que el poder de la mente es clave. No solo cuentan la técnica, la táctica y el físico. Debemos estar preparadas para pensar más y mejor que las rivales.

—¿También haces sable, como tus dos compañeras?

—Sí, las tres elegimos esa arma para competir. Somos sablistas.

—¿Hay rivalidad entre vosotras?

—Es obvio que sí. Solo una puede ganar. Pero nos llevamos muy bien. Somos amigas y solo nos vemos como rivales cuando nos ponemos la careta y el traje. Al menos, yo lo entiendo así.

Verónica Pipper no había resultado ser tan fiera como Izan la pintaba. No alargó mucho más la charla y la dejó volver al entrenamiento después de darle las gracias por atenderla. Le sabía mal haberle mentido con lo de la jaqueca, porque no tenía nada que ocultar respecto a la muerte de Jimena. Le hubiera gustado contarle que ella creyó ver a la psicóloga en la piscina hacia las cinco, justo antes de que la asesinaran. Espera que esa circunstancia no sea relevante para la investigación.

Normalmente, los entrenamientos de esgrima terminan a las siete y media. El comedor abre a partir de las ocho. A Alejandra y a sus dos compañeras les gusta ir de las primeras para cenar temprano. Desde el principio las tres se han entendido muy bien. Son muy distintas en su manera de pensar y de afrontar la vida, por eso quizá se complementan. Además, cada una llega de un sitio del país: Valencia, Tenerife y Salamanca. Comprendieron rápido que mejorarían su rendimiento cuanto más fuerte fuera la competencia entre ellas, tanto en los entrenamientos como en los campeonatos. Lo que parecía muy claro es que la número uno en sable femenino en los próximos años, con posibilidades de participar en Los Ángeles, estaba en la Dick Fosbury.

Esa noche, Alejandra no baja pronto a cenar. Tiene el estómago cerrado. Está inquieta y muy preocupada por Izan. Ella, que había decidido olvidarse por un tiempo de ese tío. Se ve que no era tan fácil. Se arrepiente de no haberle preguntado por él a la inspectora. No puede más. Lo llama hasta tres veces, pero, aunque da señal, no se lo coge. Espera que no lo hayan detenido y le toque dormir en un calabozo. ¿Tan importantes son las pruebas contra él? Ese puto cinturón tiene la culpa. Que sea suyo y lo hayan usado para ahorcar a la pobre Jimena no significa que él sea el asesino. En los vestuarios, e incluso en el gimnasio o en los pasillos donde están las habitaciones, la gente entra y sale como quiere. Recuerda el pudor de los primeros días. Ahora ya los ha visto a casi todos semidesnudos y no le impresiona. Tampoco se da cuenta de si la miran a ella. No son playas nudistas, ni mucho menos, ni desfiles de ropa interior. Forma parte de una convivencia de quince chicos jóvenes que empiezan a actuar como si estuviesen en su casa.

¿No bajas a cenar? ¿Te encuentras bien? ¿Otra vez tienes jaqueca?

Después de intentar contactar otra vez con Izan sin éxito, Alejandra lee el mensaje que le ha enviado Susana. Le responde que no tiene hambre, pero que irá enseguida. Son más de las ocho y

media. No hay nada que pueda hacer. Por eso de momento debe tratar de olvidarse del chico, aunque parece que será imposible hasta que sepa algo de él. Tiene frío, así que se pone una sudadera verde con el nombre de la academia para bajar. Abre la puerta y en el pasillo se encuentra con Olga y Marcus. Los dos salen de la habitación de la chica cogidos de la mano. La pareja la mira con cara de susto. ¿Los ha pillado?

—Se ha hecho un poco tarde —dice Alejandra estirando nerviosa las mangas de la sudadera—. ¿Bajáis a cenar?

—Sí. Me muero de hambre —responde la jugadora de tenis de mesa, que suelta la mano de Marcus—. Es verdad. Se ha hecho un poco tarde.

—¿Os ha ido bien el entrenamiento?

La pareja se mira como si no supieran qué responder. Olga es la que asiente y comienza a bajar la escalera de manera apresurada. Marcus va detrás. A Alejandra se le escapa una carcajada. ¿Esos dos están liados? ¿Desde cuándo? Ella es una chica preciosa, pero no la ha visto acercarse a nadie en esos meses. Ni siquiera sabe si tiene pareja fuera. A Marcus, por su parte, ni se lo había imaginado en una relación romántica o sexual con ninguno de los otros catorce deportistas de la academia. Es un chico muy reservado, que apenas piensa en otra cosa que no sea el deporte. Solo ha intercambiado un par de charlas con él y le hablaba bajando la mirada, como si le diera vergüenza. Si están enrollados, se alegra por los dos. Por lo menos alguien de la Dick Fosbury ha triunfado en el amor.

Tras la sorpresa, Alejandra baja hasta recepción con una sonrisa. La expresión de su cara cambia cuando ve a una mujer rubia hablando con la subdirectora, Dafne Alcaraz. Es Eva Ortiz, la representante de Izan, que parece que está contándole algo importante por la seriedad en la expresión de ambas. No puede dejar escapar esta ocasión. Se acerca hasta ellas e interrumpe la conversación.

—Hola, Eva. ¿Dónde está Izan? ¿Sigue en la comisaría?

—¡Ah! Hola, Ale. No te había visto. ¿Todo bien?

—Más o menos, pero estoy preocupada por él. ¿Ya lo han dejado marchar? ¿Va a venir a la academia esta noche?

Dafne se disculpa y se aleja de ellas para que hablen a solas. Eva le pide a Alejandra que la acompañe. Van hasta la habitación de las máquinas expendedoras y la mujer cierra la puerta. Por lo que parece no quiere que nadie las escuche. La situación le da muy mala espina.

—Izan se encuentra bien. Sigue en la comisaría de Moncloa, pero está tranquilo —es lo primero que le dice Eva—. Esta noche regresará a la academia. Eso me ha confirmado su abogado.

—¿Al final ha tenido que pedir un abogado?

—Se lo he gestionado yo. Es lo mejor. Si está tardando más en volver es por este motivo. Ernesto Cornado es un hombre muy ocupado y me ha costado localizarlo. Quería que fuera él quien lo asistiera. Ya está en buenas manos para cualquier asunto legal que necesite.

—Menos mal. ¿Su familia lo sabe?

—He llamado a su madre para contárselo. Se ha puesto muy nerviosa, pero ya está bien. Ha hablado con Izan y eso la ha calmado un poco. Su padre se lo ha tomado de otra manera y está muy enfadado con la policía.

No conoce a los padres de Izan. Nunca han ido de visita a la academia. Ni siquiera el primer día. Alejandra acababa de llegar de Valencia cuando el chico apareció acompañado de Loreto Jerez. Ambos son de Pamplona y se dedican al mismo deporte. Al verlos juntos pensó que eran pareja. Sin embargo, enseguida descubrió que ella era lesbiana y tenía novia en Navarra.

—Lo he estado llamando y no me lo ha cogido.

—Se lo ha aconsejado el abogado. Ha puesto en silencio el móvil y lo ha guardado.

—Vaya, me podría haber mandado un mensaje.

—Está viviendo un momento muy tenso. No se lo tengas en cuenta.

—Por supuesto que no. Ahora lo único importante es que salga de allí.

—Sí, eso es lo importante. Que lo dejen marchar sin cargos.

La mujer camina hasta una de las máquinas y saca una botella de agua. Le da un buen trago y se sienta encima de una mesa. Le dice

que tiene la garganta seca después de pasarse el día al teléfono. Cruza las piernas y suspira de forma exagerada. Carraspea antes de hablarle de nuevo.

—Ale, sé que os liasteis en la piscina.

—¿Qué? ¿Cuándo? —pregunta la chica, que se ha puesto pálida e intenta disimular.

—Ayer por la tarde. Después de que yo me marchara.

—¿Cómo te has enterado?

—Os vi, Alejandra. Ya lo he hablado con Izan y le he echado la bronca. Fuisteis unos inconscientes y yo una idiota por permitirlo.

—Se nos fue de las manos.

—Os arriesgasteis a que os pillara alguien del centro y os denunciara. Menos mal que fui yo la que os vio y no otra persona. Volví para comentarle a Izan una cosa que se me había olvidado de un patrocinador y os encontré tirados en el suelo uno sobre el otro. No os quise cortar el rollo y me marché. Fue un error por mi parte también.

Alejandra no sabe qué decir. Se ha quedado en blanco. ¡Fue a Eva a la que vio y no a Jimena! ¡Se había confundido! No llevaba las lentillas. Ni siquiera estaba segura al principio de que viera a una persona.

—Pensaba que eras más inteligente, Alejandra.

—Me dejé llevar. No suelo hacer esas cosas.

—Te saltaste el entrenamiento fingiendo que estabas enferma para pasar un rato a solas con él. Esa es una falta de disciplina muy grave.

—¿Te lo ha dicho Izan?

—Sí, pero me ha pedido que te guarde el secreto —dice Eva, que le da otro sorbo a la botella de agua—. Ha mentido por ti. Para que no tengas problemas con la academia. Fue un error y puede perjudicarle, pero ya no hay marcha atrás. ¿Has hablado con la inspectora Pipper? La subdirectora me ha comentado que ha estado aquí esta tarde.

—Sí, me ha hecho algunas preguntas, pero creo que todo ha ido bien.

—No le has contado lo de la piscina, ¿verdad?

—Claro que no. Le he dicho que estuve en mi habitación porque me encontraba mal y que no salí en toda la tarde. No le mencioné a Izan para nada.

—Menos mal. Porque sería todavía más complicado si la policía se enterase de que Izan les ha dado un testimonio falso. No confiarían en su palabra y pondrían en duda que no tiene nada que ver con el crimen de Jimena Portero, como les ha insistido esta tarde. Para ellos, ahora mismo es el principal sospechoso.

—Joder, lo siento. Es culpa mía. Lo siento mucho —se lamenta la chica, muy afectada por su error.

—Es que incluso la policía podría pensar que sois cómplices y que los dos habéis mentido para daros una coartada y ocultar que matasteis a la psicóloga.

—¡Dios mío! ¿Cómo van a pensar algo así?

—Porque yo lo pensé, Alejandra. Izan tiene un pronto muy complicado a veces y tú estás locamente enamorada. Te veo capaz de hacer cualquier cosa por él.

CAPÍTULO 18

IZAN

Madrid, martes, 12 de noviembre de 2024

Ha sido un día muy extraño. Diferente e inesperado, también. Se ha pasado toda la tarde en una sala de la comisaría del distrito Moncloa-Aravaca. Policías nacionales de distinto rango han ido haciéndole preguntas relacionadas con el crimen de Jimena Portero hasta que ha llegado Ernesto Cornado. A partir de ahora si quieren hablar con él tendrá que ser en presencia de su abogado. Aquel hombre le ha aportado la tranquilidad que necesitaba y que estaba empezando a perder. Se había visto sometido a un desgaste parecido al que siente cuando tiene que escalar el último bloque de una competición. Hubo momentos en los que creyó que lo encerrarían y dormiría esa noche en un calabozo o lo trasladarían a prisión. Por suerte, ahora va en un taxi camino de la academia y podrá descansar en su cómoda habitación.

Son más de las once. El coche se detiene en la verja de la entrada de la Dick Fosbury a la espera de recibir la autorización para pasar. Observa como dos periodistas se acercan rápidamente y le pide al taxista que no baje las ventanillas. Una joven rubia con un micrófono verde golpea en repetidas ocasiones uno de los cristales para llamar su atención. Le pregunta con insistencia por el cinturón con el que asfixiaron a la psicóloga. Izan no responde. Ernesto le ha pedido que ni se le ocurra hablar con la prensa. Tampoco debe darles demasiada información de lo que ha hablado en la comisaría ni a sus compañeros ni a la gente que trabaja en la academia. Tiene que ser discreto y aguantar el chaparrón unos días.

—¿Es usted famoso? —le pregunta el taxista, una vez que la verja se abre y entran en las instalaciones de la Dick Fosbury—. De hecho, su cara me resulta muy familiar. Lo he estado pensando desde que le he recogido.

—Igual me ha visto en internet.

—¿Cómo se llama?

El chico duda si responderle la verdad. Seguramente no tenga ni idea de quién es a no ser que viva con adolescentes, que son su *target* mayoritario. A lo mejor hoy ha escuchado su nombre en la radio. No sabe si han hablado de él en los medios de comunicación a lo largo del día. Es jugoso para los periodistas que un influencer con casi un millón de seguidores se vea envuelto en el crimen de una psicóloga deportiva. Algunos ni sabrán que es un prometedor escalador con intenciones de estar en los próximos Juegos Olímpicos.

—Me llamo Izan Cabañas.

—Joder, cómo me suena su nombre. ¿Es usted deportista de este centro?

—Sí, hago escalada.

—Ah. Tal vez es por eso. He visto alguna competición en Eurosport. Últimamente lo ponen mucho.

Izan sonríe, no lo niega, pero tampoco le explica al hombre que lo que televisan son campeonatos del mundo en los que sueña participar algún día. Ni siquiera se ha clasificado todavía entre los primeros puestos en las competiciones nacionales que ha disputado. Le falta mucho para llegar a ese nivel, aunque se ha dado de margen los dos próximos años para conseguirlo. Se ve capacitado. Eso si no lo detienen antes y lo acusan de un crimen que no ha cometido. Se haría muy popular, pero por una razón que no desea.

El taxista le pide un autógrafo cuando va a bajarse del coche y le promete que estará atento la próxima vez que pongan escalada en la tele. Al final aquella experiencia le ha dado un nuevo fan.

En la recepción del edificio A lo están esperando Alfonso Jaramillo y Dafne Alcaraz. El director y la subdirectora de la academia lo abrazan y le preguntan cómo ha ido. El chico les hace un breve resumen de las horas que ha pasado en la comisaría y le resta

importancia a lo que ha sucedido. No es propio de él montar dramas.

—Ahora lo único que quiero es descansar y levantarme mañana pronto para ponerme a entrenar.

—Podemos hablar con tu entrenador y que te dé unos días libres.

—No, Alfonso. Gracias, pero necesito normalidad después de lo de hoy. Solo ha sido un malentendido. Yo no he hecho nada malo.

—Lo sabemos. Esperemos que encuentren al culpable cuanto antes y nos dejen a los demás tranquilos —comenta Dafne, que también tiene aspecto de estar cansada.

Según le contó su representante, esa mujer fue clave en su elección para formar parte de la academia. Es bastante más joven que Jaramillo. No cree que llegue ni a los cuarenta años. Llamó a Eva cuando estaban seleccionando a los deportistas para el nuevo proyecto y tuvieron una larga conversación. Hacía varios meses que lo seguía de cerca. Insistió mucho en que lo querían para que entrenara con ellos porque confiaban en su potencial y su evolución deportiva en los siguientes cuatro años. Estaba absolutamente convencida de que Izan sería una estrella de la escalada, como ya lo era de las redes sociales. Esa determinación de Dafne Alcaraz sedujo tanto a su agente como a él y aceptaron la propuesta de la Dick Fosbury.

El chico se despide y anda hacia la escalera que lleva a las habitaciones. No ha cenado, pero se comió un sándwich y un plátano en la comisaría hace unas horas que le apaciguaron el hambre. Antes de ir a su cuarto en la tercera planta, tiene que hacer una visita obligada a la 205. Alejandra le ha enviado varios mensajes de WhatsApp y lo ha llamado unas cuantas veces sin que él le respondiera. Estaba preocupada, pero el abogado le aconsejó que esperara a llegar a la academia para hablar con ella en persona y explicarle la situación con tranquilidad. Cuanto menos use el móvil esos días, mucho mejor.

—¿Crees que me lo han pinchado?

—Para eso necesitan una orden judicial y un buen motivo. No lo tienen.

—¿Entonces...?

—Por si acaso. Nunca se sabe, Izan. Micrófonos seguro que no os han puesto en las habitaciones de la academia. Eso sí te lo puedo garantizar.

El chico llama a la puerta de Alejandra. La esgrimista no tarda en abrirle. En cuanto lo ve da un grito y se lanza a abrazarlo. Luego le riñe al oído por tenerla en vilo desde que se fue. Izan le pide que entren en la habitación y cierre. La pareja se sienta en la cama y él le explica los motivos por los que no la ha llamado ni ha respondido sus mensajes.

—Me parece muy fuerte que te puedan estar vigilando y controlando el móvil.

—Estoy relacionado con un caso de asesinato. Si los que lo investigan piensan que lo he hecho yo querrán tener pruebas concluyentes.

—¿Estás seguro de que aquí no nos oye nadie? Me has metido miedo con eso del teléfono pinchado. Hoy han estado registrando nuestras habitaciones. ¿Y si hay micrófonos ocultos?

—Ernesto me ha asegurado que no.

—¿Cómo lo sabe él?

—Es abogado. Entiende de estas cosas.

La respuesta de Izan parece que no deja muy conforme a Alejandra. El chico se tumba en la cama bocarriba y ella hace lo mismo a su lado. Sus cabezas se tocan y se cogen de la mano.

—No sé si todo esto va a afectar a mi carrera. Había una periodista esperándome en la puerta de la academia que me ha preguntado por el cinturón con el que, presuntamente, asesinaron a Jimena. En principio, esa información era confidencial.

—La prensa siempre intenta ir un paso por delante y rascar noticias en todas partes. Juegan a los detectives. Ha pasado muchas veces.

—Ya, pero por su culpa la opinión pública puede entender que yo soy el culpable si se sabe que el cinturón es mío.

—Todo se arreglará cuando detengan al asesino. ¿Desde cuándo no te pones ese cinturón?

—No lo recuerdo. Se supone que estaba guardado en mi armario.

—¿Han entrado en tu cuarto y te lo han robado para...?

—No lo sé, Ale. Igual me lo olvidé en el vestuario. O en la piscina. O lo llevé sin querer al cuarto de la lavadora entre la ropa sucia y me lo dejé allí. Me cambio un montón de veces al día y ese cinturón es de mis preferidos.

Lo que da por seguro es que alguien lo cogió y lo ha utilizado para implicarlo directamente en la muerte de la psicóloga. Alejandra le muestra en el móvil un carrusel de fotos de Instagram en el que aparece con él puesto. Son de una sesión a mediados de octubre. Izan le cuenta que se la hizo Eva junto al rocódromo. Sale con vaqueros azules sin camiseta. La publicación cuenta con más de treinta mil *likes* y doscientos veinte comentarios.

—La inspectora Pipper me enseñó las mismas imágenes antes de invitarme a ir con ella a la comisaría. Además, uno de los conserjes lo reconoció. No sabía que la gente se fijaba tanto en esas cosas.

—Es un cinturón muy llamativo, Izan. Tiene un verde muy cantoso y la cobra de la hebilla ni te cuento. ¿Ya está confirmado que fue con lo que mataron a Jimena?

—Imagino que lo estarán analizando, buscando huellas y ADN, pero es una prueba bastante contundente. Sería mucha casualidad que, sabiendo que a Jimena la asesinaron con un objeto de ese tipo, apareciera un cinturón junto al lago justo ahora y que no fuera el arma del crimen. La mala suerte es que es mío.

—Yo también he hablado hoy con Verónica Pipper.

—Me lo ha dicho Eva. La inspectora ha estado entrando y saliendo todo el tiempo de la comisaría. Está empeñada en resolver el caso cuanto antes.

Eso le favorecería. Si esa mujer y su equipo son capaces de encontrar pronto al culpable se despejarán las dudas que puedan existir sobre él. Además, descansaría y podría centrarse solo en el deporte.

—¿Tú sabías que Jimena era gimnasta y estaba en la Dick Fosbury cuando Anita Vidal falleció en 2014? —le pregunta Alejandra, que coloca la cabeza en su pecho.

—Lo he leído en alguna parte, pero no creo que haya relación entre ambas muertes.

—El director me ha asegurado que Anita se suicidó y que la prensa fue la que se encargó de sembrar las dudas sobre un presunto asesino.

—Ahora parece claro que a Jimena la han matado —dice Izan, que se recuesta de lado y acaricia el suave cabello rubio de Alejandra—. Son dos hechos aislados y diferentes.

—¿Y si estuvieran conectados?

—¿De qué manera? No queda prácticamente nadie de esa época en la academia. Además, si lo de aquella chica fue un suicidio, como concluyó la investigación y te ha confirmado Jaramillo, no hubo un asesino. Ahora sí lo hay.

—Tienes razón, pero sigue siendo muy extraño que haya habido dos muertes en el mismo lugar. ¿No crees?

—Yo qué sé, Ale. No es nuestra misión averiguar lo que ha pasado. Solo quiero que me dejen en paz y poder continuar con mis entrenamientos.

La chica suspira y se queda mirándolo fijamente. Alejandra tiene, sin duda, los ojos más bonitos de la Dick Fosbury. Se sonríen. Lo atrae tanto que le cuesta contenerse. A pesar del cansancio que se le ha ido acumulando a lo largo de ese horrible martes, le encantaría comérsela a besos ahora mismo. Sin embargo, no lo hace. No es el momento adecuado. Por la reacción de ella, le da la impresión de que está decepcionada porque no se haya dejado llevar.

—Mejor no. Ale.

—No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes.

—¿Eres adivino?

—Te lo he leído en la mirada.

—Esa frase no parece tuya —bromea Alejandra—. Solo te iba a pedir... que te quedases a dormir conmigo.

—Ya. ¿Solo eso?

—Sí, Izan. Solo eso. Es lo único que me apetece esta noche. ¿Quieres? Te prometo que no roncaré ni te daré muchas patadas.

El chico lo piensa unos segundos. Después de lo mal que ha ido el día, no le vendrá mal dormir acompañado y abrazado a alguien

como Alejandra. Ella le gusta y le da ese cariño que a veces es tan necesario.

—Está bien. Acepto. Dormiré contigo. Voy primero a mi habitación a cambiarme y a lavarme los dientes.

—Así me gusta. Que tengas buen aliento para el beso de buenas noches —dice la chica sacando la lengua—. El beso en la mejilla.

—No eres capaz de pasar de mí, ¿eh?

—Es lo que estoy haciendo, creído. Vete, anda, te espero.

Izan se incorpora y antes de marcharse se percata de que no había activado el sonido del móvil, que puso en silencio hace unas horas. Tiene varios mensajes que le da pereza leer. Uno de los wasaps es de Loreto. La otra escaladora de la academia le ha escrito hace cinco minutos:

> Acabo de verte en uno de esos programas morbosos que echan por la noche. Decían que estaban en directo con el principal sospechoso del crimen de la Dick Fosbury, como lo han denominado los medios. Ibas en un taxi y la periodista te hacía preguntas desde fuera que tú no respondías. Izan, qué locura. ¿Estás bien? ¿Por qué esa televisión te acusa del asesinato de Jimena?

CAPÍTULO 19

GRECIA

Madrid, miércoles, 13 de noviembre de 2024

Se siente traicionada. Desde que Jaramillo le dijo que sabía lo de su trastorno alimentario la rabia y la decepción la devoran por dentro. Se suponía que, por mucho que la psicóloga estuviera obligada a informar de todo a su jefe, eso quedaba entre Jimena y ella. ¡Era su secreto! ¡Su parte más personal! Jamás volverá a confiar en nadie.

Además, ayer se ganó una bronca del director y de los agentes de policía que vigilaban el edificio C por entrar donde no debía. No le cayó ninguna sanción, pero lo pasó mal el resto del día. Para colmo sus hermanos no habían querido charlar con ella en la videollamada que le había prometido su madre. Grecia se fue a la cama sin cenar y con los ánimos por los suelos. Por supuesto, hizo una parada en el cuarto de baño para vomitar antes de irse a dormir.

La chica se despierta cuando todavía es de noche y baja a desayunar muy temprano. Tiene hambre desde que se desveló a las cuatro. En algunas de las primeras madrugadas que pasó en la academia, visitaba las máquinas expendedoras y se comía lo primero que le entraba por los ojos. Le apasionaban las palmeras de chocolate, las cañas de crema y unos brioches rellenos de salchichón y queso que estaban riquísimos. Tenía restringidos esos productos, pero se saltaba los consejos de la nutricionista. Luego los vomitaba, y allí no había pasado nada. No fallaba: siempre daba en la báscula en torno a esos ochenta y un kilos. Dejó de hacer esas excursiones nocturnas tras una charla con Jimena, que le dio una alternativa por si alguna noche le entraba hambre o ansiedad por comer. Le regaló

una cajita de galletas de chocolate sin azúcar que debía racionar. Solo podía comerse una al día. Dos como máximo. Eso le había servido hasta ahora. La semana pasada se acabaron las galletas y Jimena prometió llevarle otra caja. El lunes se le olvidó. Así que esa madrugada tuvo la tentación de bajar a las máquinas a por algo de comer. Sin embargo, no fue. Le pesaban las piernas y sobre todo sentía una desagradable angustia en el pecho que le provocaba asfixia, y que todavía le dura. Si Jimena estuviera viva le preguntaría de qué podía ser. Hoy miércoles tenía sesión con ella.

Para su sorpresa, hay alguien más en el comedor. Nerea está sola en una mesa del fondo mirando el móvil mientras bebe de una taza. Después de servirse un desayuno copioso, Grecia va hacia ella y le pregunta si puede sentarse. La jugadora de vóley playa le da los buenos días y asiente. Tampoco parece muy alegre.

—¿Sabes quién era Dick Fosbury? —le pregunta Nerea, tras dar un sorbo a su café.

—Claro. Lo busqué en cuanto decidí entrar en la academia.

—Yo no me he enterado hasta hoy. No tenía ni idea de que era un deportista que cambió el atletismo. Su forma de saltar de espaldas el listón en la altura es la que sigue utilizándose hoy en día. Fue el que la inventó. Murió el año pasado, por cierto.

—Gran parte de la directiva y de los inversores de este proyecto son norteamericanos como Fosbury, que nació en Oregón. En su honor le pusieron el nombre a la academia. Era un hombre que cumplía con los valores del deporte que enseñan aquí. Tú no estabas todavía, pero Jaramillo lo explicó en la reunión que tuvimos el día que entramos.

—Pues ahora mismo es *trending topic* en X. No por el saltador, sino por nuestra academia. Anoche hasta emitieron en un programa de televisión en directo cómo llegaba Izan de la comisaría. Fue esperpéntico.

Nerea le muestra el vídeo en el móvil. Una periodista rubia se tira encima del taxi en el que va el escalador. Incluso golpea con el micrófono la ventanilla mientras le hace preguntas muy poco éticas.

—Esa clase de prensa es lo peor —sentencia Grecia negando con la cabeza—. Van a estar dando por saco hasta que todo se resuelva.

—O hasta que se cansen.

—No creo que eso pase. La muerte siempre es carnaza para los programas más sensacionalistas.

—¿Tú cómo lo llevas?

Aunque Nerea no está al tanto de sus sentimientos hacia Jimena y tampoco sabe nada de su problema con la comida, sí está informada de que visitaba frecuentemente a la psicóloga. Hasta que ella llegó no había hablado de esto último con nadie. No tenía esa confianza con el resto de sus compañeros.

—Si te soy sincera, no sé muy bien cómo me siento. No me lo acabo de creer.

—A mí me ocurre algo parecido. Yo no la conocía tanto como tú, pero es impactante que asesinen a una persona a la que tenías tan cerca.

—No logro asimilarlo del todo.

—Imagino que se nos irá pasando con los días.

Grecia no dice nada más sobre la pérdida de Jimena. En ese momento está tan triste como enfadada. No le puede perdonar que le contara a Jaramillo lo que le estaba sucediendo. Eso era solo cosa de ellas dos.

—¿Has charlado con Izan después de que se lo llevaran a la comisaría? —le pregunta a Nerea, para tratar de evitar seguir hablando de Jimena.

—No. Desde la ventana de mi habitación lo vi cuando llegó anoche y me quedé más tranquila. Aunque es un chico al que parece que no le afecta nada y va de duro, seguro que no lo está pasando bien. Luego intentaré hablar un rato con él para ver si lo animo.

—Tu novio se va a poner celoso —bromea Grecia, aunque enseguida se da cuenta de que sus palabras no le han hecho gracia —. Perdona, ha sido un comentario estúpido.

—No te preocupes. Es que he tenido jaleo con Mikel y no estoy del todo bien con ese tema.

La jugadora de vóley playa le cuenta que su novio ha ido a Madrid. Ha llegado desde Santander sin avisarla para darle una sorpresa. Ella ha rechazado verlo y le ha pedido un tiempo para aclarar sus sentimientos.

—¿Habéis roto?

—No lo sé. Es algo confuso. Me está presionando demasiado y no para de quejarse de que yo decidiese venir a Madrid. Lo quiero mucho, pero ahora mismo no sé si me apetece continuar con la relación.

—¿Y se ha quedado en el centro esta noche?

—Sí, me siento culpable de que se haya gastado el dinero en los billetes de avión y en un hotel de cuatro estrellas. Le habrá costado una pasta, porque todo lo improvisó ayer. Sé que no me he comportado bien con él, pero no tengo ganas de verlo.

—Has hecho lo que te ha pedido el cuerpo.

—Ya, pero estoy jodida por Mikel. Es un tío muy sensible —dice Nerea, que agacha la cabeza y se masajea las sienes—. Además, mi madre y mi hermana no paran de insistirme en que vuelva a casa unos días. Demasiada tensión emocional. Hace diez días todo era distinto.

—Siéntete afortunada. Mis hermanos pasan de mí. Sobre todo los dos que son adolescentes. Es como si yo no existiera.

—Seguro que no es así, Grecia.

—Claro que es así. Soy invisible para ellos.

—Estoy convencida de que te quieren muchísimo. Están en una edad muy mala. Ten paciencia.

—Eso es lo que me digo a mí misma, pero me duele que no les apetezca hablar conmigo porque están ocupados con sus historias. Ni me han preguntado en el grupo de WhatsApp que tenemos los cuatro por lo que ha pasado en la academia. Les da igual cómo me sienta. En estos dos meses se han olvidado por completo de su hermana mayor.

—Estar aquí es una suerte. Tiene un montón de cosas buenas, pero también malas. Entre otras, separarnos de nuestras familias y seres queridos.

—Son cuatro años. A ver cómo lo soportamos.

Las chicas continúan hablando de lo interminable que se les puede hacer la estancia en Madrid cuando en el comedor entra Amanda acompañada de Teo y Chema. No las saludan, aunque Grecia se ha dado cuenta de que la jugadora de vóley playa la ha mirado mal.

—Los tres villanos de la academia juntos —susurra—. No sabía que se llevaban tan bien los taekwondistas siniestros con la zorra esa.

—Amanda no es tan mala. Los otros dos no lo sé.

—Yo no me fío de ninguno de los tres. No te confíes con esa bruja porque terminarás como Cira.

—¿No fue una lesión fortuita?

—Bueno, eso dice ella. Fueron a la vez a por el balón, Amanda la empujó, a Cira se le quedó clavada la pierna en la arena y eso le provocó la rotura de ligamentos. Así que ándate con ojo.

—Es mi compañera. Tengo que llevarme bien con ella. No me queda otra. Vamos a formar pareja durante este ciclo olímpico y mi futuro depende de nuestra relación. Si no nos aguantamos no ganaremos ni un partido, y adiós a cualquier posibilidad de consagrarnos en el circuito e ir a Los Ángeles.

—Te compadezco entonces. Preferiría volver a mi casa de Gijón andando antes que jugar al lado de esa gilipollas. Es una persona insufrible.

Grecia se lleva a la boca el último trozo de beicon del plato y se acaba el zumo de piña. De repente le ha entrado mucha prisa por marcharse. Su amiga le dice que va a quedarse un rato más en el comedor. Seguramente, para charlar con su compañera antes del entrenamiento y seguir confraternizando. Allá ella. Ni siquiera mira a Amanda cuando se va. No tiene ganas de discutir. Al menos, esa mañana no.

La sensación de asfixia permanece dentro del pecho. También continúa la pesadez en las piernas. No está en las mejores condiciones para entrenar. Sin embargo, Tony Roselló fue muy claro con ella. La quería a las ocho y media en el gimnasio. Debe emplearse a fondo si desea llegar en la mejor forma al test de Budapest de la semana que viene. No sabe cómo podrá concentrarse con lo que tiene encima.

Grecia sube a su habitación, donde no se entretiene ni dos minutos y recoge la bolsa que antes de desayunar ha preparado para el entrenamiento. Tiene la tentación de ir al cuarto de baño a vomitar las calorías que ha consumido, pero ya se siente bastante

débil. No puede arriesgarse a hacerlo mal y enfadar a Tony. Además de complementos, un bote de magnesio y varias toallas de mano para el sudor, también lleva una bolsita de gominolas. Siempre le gusta tener algo con azúcar por si sufre un desvanecimiento.

Fuera, el cielo está encapotado, aunque no llueve. No ha visto las predicciones meteorológicas, pero es muy probable que ese viento frío lleve agua. Es del norte, así que sabe de lo que habla. En el camino hacia el edificio B se distrae pensando en Jimena. Aunque está molesta por lo que hizo, la echa de menos. Ella fue la razón principal por la que al final aceptó la propuesta de la Dick Fosbury cuando ya le había dicho que no dos veces a Jaramillo y tenía claro que se quedaría en Asturias.

—Te aseguro que vas a ser la mejor levantadora del país y que conseguirás ganarlas a todas. Yo te ayudaré en lo que haga falta. De verdad, Grecia. Es una oportunidad que no puedes dejar escapar.

Al otro lado de la pantalla se encontraba una joven morena, solo unos años mayor que ella, que se había presentado como Jimena Portero, psicóloga deportiva de la Dick Fosbury. Alfonso le había pedido que la convenciera para que se uniera a la academia que volvía a abrir tras haber estado diez años cerrada. Era muy guapa, con una mirada limpia. Hablaba con calma, pronunciando a la perfección cada palabra. Se la veía muy ilusionada con el proyecto. Su sonrisa resultaba contagiosa y su voz era cálida. Apenas charlaron veinte minutos por videollamada, lo suficiente para hacerla cambiar de opinión. Ya no solo era buena idea irse a Madrid para echarles una mano a sus padres en lo económico e intentar convertirse en una deportista de élite, también porque compartiría la experiencia con aquella joven con la que había tenido un flechazo.

—¿Ya estás por aquí? —le pregunta Alfonso Jaramillo, al que se encuentra en la recepción del edificio B—. Has madrugado mucho hoy.

—Tony quería que viniera a entrenar pronto.

—Me parece bien, aunque ya sabes que eso también es decisión tuya.

Grecia asiente, pero no desea hablar más con el director de la academia. Está actuando como si no hubiese pasado nada el día anterior. La chica saluda al conserje que está de guardia y camina hacia el gimnasio. No se percata de que Jaramillo la sigue hasta que prácticamente ha llegado a la puerta.

—Espera un momento, por favor. Quiero decirte algo —le pide el hombre.

—No me apetece hablar ahora, Alfonso. Más tarde.

Grecia entra en el gimnasio, en el que todavía no hay nadie, y se dirige a su rincón. Jaramillo no se rinde y va detrás. Insiste en que escuche lo que tiene que decirle y luego podrá empezar el entrenamiento. La chica acepta de mala gana.

—Como bien sabes, eres de mis favoritas. Una de las atletas del centro por la que más esfuerzos hemos hecho para que sea parte de nuestra academia. Confiamos ciegamente en ti. Tu entrenador, los directivos, los fisios, Dafne y yo. También Jimena. Era tu fan número uno.

—Era tan fan que habló contigo de lo que no debía.

—No seas así, Grecia. Yo la obligaba a contarme los aspectos importantes que pudieran afectaros tanto en lo deportivo como en lo personal. Lo que te pasa es muy serio. Tengo derecho a saberlo.

La chica resopla. No quiere escucharlo más. Va hacia donde está la barra vacía y la coge para empezar a calentar. En breve llegará su entrenador y le mandará los ejercicios planificados para la mañana. Hoy no piensa equivocarse como ayer. A pesar de que se encuentra mal debe centrarse en su preparación.

—Mira, entiendo que estés molesta, pero ella te quería de una forma especial. Hubiera hecho cualquier cosa para que estuvieras bien —continúa diciendo Alfonso, que parece emocionado al hablar —. Ahora tenemos que pensar en qué es lo mejor para ti. Jimena ya no está, Grecia, aunque la vida sigue. Sé que habíais hecho progresos. Todos deseamos que triunfes y que seas feliz. Tu salud física y mental es lo primero.

—Te importa una mierda mi salud.

—Eso no es cierto. No seas injusta.

—Solo quieres resultados, Alfonso. ¡Esto es La Hoguera! ¡Todos acabamos quemados!

—No, Grecia. Vosotros sois más importantes que un campeonato o unos Juegos Olímpicos. Aquí os damos los medios adecuados para que seáis los mejores, pero también somos conscientes de que antes sois personas que deportistas.

La chica no se cree nada de lo que está diciendo. Va a responderle de nuevo, pero Aníbal entra corriendo en el gimnasio e interrumpe la charla. El jugador de bádminton parece muy alterado.

—Te estaba buscando, Alfonso —dice el joven, que llega sin aliento —. Estoy muy preocupado. Me he puesto en contacto por Instagram con Rita, la mejor amiga de Sara.

—Ah. ¿Va todo bien? ¿Qué tal en Málaga?

—No lo sé. Esta chica le perdió la pista el lunes, como todos. Hablaron por WhatsApp esa noche y desde entonces no sabe nada de ella. La ha llamado al móvil varias veces y le ha escrito unos cuantos mensajes, sin respuesta.

—Qué me dices. ¿La amiga ha hablado con sus padres?

—Sí, pero no les ha contado nada de esto. No quiere asustarlos. Son sus vecinos. Anoche fue a su casa y Sara no estaba allí. Según me ha confesado, no es la primera vez que desaparece.

CAPÍTULO 20

MARCUS

Madrid, miércoles, 13 de noviembre de 2024

Menos mal que se acordó de poner la alarma a las ocho. Estaba durmiendo tan profundamente que no se hubiera despertado. Marcus se gira hacia su derecha y no ve a nadie a su lado. Se extraña, aunque enseguida se da cuenta de que esa noche Olga solo había estado con él en sus sueños. En cambio, lo de ayer por la tarde fue real.

—No me digas que estás nervioso —le dijo la jugadora de tenis de mesa, sentada a su lado en la cama con ese camisón que dejaba poco a la imaginación. Acababa de entrar en su habitación y sonaba el *Bolero* de Ravel en el móvil de Olga.

—¿Yo? No. Para nada.

—Estás temblando, Marcus.

—Porque tengo un poco de frío.

—Me jugaría mi raqueta favorita a que no has besado nunca a una chica.

—¿Y eso a qué viene?

—¿Estoy en lo cierto o no?

—Bueno, tal vez... no he encontrado a la adecuada.

—Eres un romántico, Marcus Li. ¿Yo te gusto? ¿O prefieres a Sara? ¿Quizá a Amanda o a alguna de las chicas de esgrima?

—No sé, no he pensado nunca en eso.

—Tú a mí me gustas un poquito.

Aquellas palabras de Olga hicieron que su cerebro cortocircuitara. Estaba a solas con ella en su habitación, sentados en la cama. Vestía

de una manera tan sexi que todo tipo de fantasías habían empezado a surcar por su mente. La chica había colocado con disimulo su suave y fría mano sobre la rodilla de él y tenía la cara muy cerca de la suya. Era la primera vez que se veía en una situación de ese estilo. Una escena romántica de serie para adolescentes. Hasta podía oír los latidos de su corazón acelerado y sentía un hormigueo diferente en el estómago.

—¿Quieres que nos besemos?

La pregunta más difícil y al mismo tiempo más fácil de su vida. Para alguien como él, que lo desee besar una chica como Olga es como un regalo caído del cielo. No porque sea guapo o feo. Todo el mundo merece que lo amen. Simplemente, es que su manera de ser no le permite acercarse tanto a alguien y mucho menos intimar. Le resultaría imposible dar el primer paso. Hasta ahora el bádminton era su único amor.

Ni siquiera respondió a la pregunta de Olga. Acercó con torpeza su boca a la de la ella, cerró los ojos y notó sus labios húmedos y después su lengua. Fueron los treinta segundos más locos, raros y maravillosos de su existencia. Cuando se separaron la miró y le sonrió. No sabía qué tocaba hacer ahora.

—Muchas gracias —dijo todavía paladeando el beso.

—¿En serio me estás dando las gracias?

—Sí, ¿no? ¿No debo?

—Creo que vas a aprender mucho conmigo —respondió la chica tras soltar una carcajada—. Vamos a tumbarnos un rato antes de irnos a entrenar. Estoy cansada.

Eso fue todo. Se quedaron dormidos abrazados y los dos se perdieron el entreno. Fue bonito, pero ahora no sabe qué tiene realmente con ella. Se cogieron de la mano para ir a cenar —solo unos segundos, porque los pilló Alejandra— como si fueran una pareja de verdad. Sin embargo, no son novios. ¿O sí?

Lo de Olga ha hecho que se haya olvidado de todo lo demás. Ya es de día. Mira por la ventana y ve aparcado delante del edificio un coche de policía. No se han marchado todavía. No sabe si es para vigilarlos a ellos o para protegerlos y que no haya más muertes en la

academia. En cualquier caso, no va a perder la mañana. Tiene que entrenar duro y recuperar la tarde de ayer, que al final se tomó libre.

Mientras se viste piensa en cómo puede decirles a sus padres que tiene novia, si es que se confirma la relación. Le da miedo cómo puedan reaccionar. Ellos eran deportistas y se conocieron gracias al bádminton. Tendrían que entenderlo y no poner ninguna pega. A pesar de la disciplina que le han inculcado, y del convencimiento de que debe estar totalmente centrado en el deporte, no deja de ser un chaval de veinte años con sus necesidades. Quizá ese chico que no había sido hasta ahora.

Cuando sale al pasillo va hasta el cuarto de Olga. Al despedirse la noche anterior no quedaron para bajar juntos a desayunar. Así que duda si debe llamarla. Pone la oreja en la pared, pero no oye nada. Algunas mañanas, la chica se despierta con la *Cabalgata de las valkirias* o alguna pieza de Mozart o de Bach que él escucha desde su habitación. A lo mejor aún está dormida. Opta por no llamar a la puerta y se va a desayunar solo. En recepción hay bastante revuelo. La subdirectora, Dafne Alcaraz, habla con un agente de la Policía Municipal. También están en el mismo corrillo uno de los conserjes y el médico del centro, Juan Bustamante. El chico los saluda desde lejos, pero ninguno se gira para responderle. Estarán liados con algo importante. No insiste. Baja al comedor y se encuentra con Susana y Nieves. Por la cantidad de comida que hay en sus bandejas parece que acaban de llegar. Solo están ellas dos. Marcus se sirve un café con leche y rellena un plato con huevos revueltos, jamón y fruta. Echa un vistazo a su alrededor y no sabe qué hacer porque le da vergüenza sentarse con las chicas de esgrima. Por lo general, Sara y Aníbal son sus compañeros en las comidas. Últimamente también Olga se les ha unido. Ninguno de los tres está. Es la sablista tinerfeña la que grita su nombre y lo invita a sentarse a su mesa.

—Buenos días —las saluda con cortesía el jugador de bádminton, inclinando la cabeza.

—¿Te ibas a sentar solo? —le pregunta Nieves desplazando su bandeja para hacerle hueco—. No nos comemos a nadie, Marcus.

—No quería molestaros.

—¡Anda ya, hermano! Nos hacemos compañía mutua. Cada vez queda menos gente en la academia. Parece la gala nueve de *Operación Triunfo* —comenta Susana, a la que tiene a su derecha—. ¿Qué tal va todo? ¿Muy duros los entrenamientos? Ayer no te vimos por la tarde.

—Kike no se encontraba bien y se quedó en casa. Nos dio la opción de tomárnosla libre a Aníbal y a mí.

—Qué suerte, tío. Nuestras maestras no nos dejan ni respirar. Vamos a tener que ponernos malas nosotras para descansar un día.

—Oye, ¿sabes algo de Sara?

La pregunta de Nieves lo coge desubicado. Ayer no tuvo noticias de su compañera ni intentó contactar con ella por la noche. Se le pasó por completo. Cenó con Olga y luego estuvieron un rato charlando en la sala común del edificio A antes de irse a dormir.

—No, solo sé que está en Estepona con su familia. Me lo dijo Alfonso.

—Me encanta esa ciudad. He veraneado varias veces allí con mis padres —comenta entusiasmada Susana, que le muestra en el móvil unas fotos del pasado verano en la playa del Cristo—. Esa zona es muy chula: Torremolinos, Marbella, Fuengirola, Benalmádena... La provincia de Málaga es perfecta para pasar unos días en cualquier época del año.

Marcus nunca ha estado. Apenas ha pisado la playa. Ha participado en varios torneos celebrados en ciudades de la costa, pero no tuvo tiempo de nada que no fuera jugar y prepararse para competir. En verano sus padres trabajan y él se dedica a ayudarlos y a entrenar, por lo que tampoco ha ido con ellos de vacaciones. Le gustaría viajar por todo el mundo y descubrir lugares nuevos. Quizá con el bádminton pueda hacerlo.

—Oye, ¿te puedo hacer una pregunta indiscreta? —le dice Nieves echándole una mirada cómplice a su amiga. Es como si hubiesen estado planeando ese momento desde hace un rato—. ¿Hay algo entre tú y Olga Lebedeva?

—Es que os hemos visto juntos últimamente y parece que os lleváis muy bien.

—Sí, nos llevamos bien —dice Marcus con timidez.

—¿Solo eso? ¿Estáis juntos? Nos encantáis como pareja. A la academia le viene bien un poco de amor.

—Y de salseo —añade Susana, que sonríe de forma pícara.

Marcus siente que le arden las mejillas. Pocas veces ha pasado tanta vergüenza. No sabe qué contarles. No le gusta hablar de su vida personal. Es muy reservado con sus sentimientos. ¿Tan evidente ha sido lo de Olga?

—Solo somos amigos.

—¿Con derecho a roce o no? Mira que nuestras habitaciones están en la misma planta que las vuestras —comenta la canaria, a la que se le escapa una carcajada. También Susana se está partiendo de risa—. Las rusas tienen fama de ser muy fogosas.

—No es rusa. En su ficha de la Dick Fosbury pone que es de Toledo.

—¿Y por qué se apellida así? ¡Es un apellido ruso!

—Da lo mismo de dónde sea. ¿Tú la has visto jugar al ping-pong? ¡Es una mala bestia!

—Ya te digo. Me da que estos dos nos van a dar las noches. Y nosotras tan solas.

A Marcus la broma empieza a no hacerle ninguna gracia. Está pasando un mal rato. Las dos esgrimistas no paran de reír. Han cruzado el límite. No quiere ser maleducado y levantarse e irse a otra mesa, pero es lo que se está planteando. Aguanta como puede hasta que Susana y Nieves dejan de reírse. Las chicas se han debido de dar cuenta de que lo estaban ofendiendo, porque le piden disculpas por su comportamiento.

—Perdónanos, Marcus. A veces somos bobas —dice la tinerfeña, que se seca con una servilleta de papel las lágrimas de la risa—. Son demasiadas tensiones en poco tiempo.

—Llevamos muchos días encerradas en la academia y se nos va la cabeza.

—Es verdad. Nunca he estado tanto tiempo sin salir de noche. Podríamos organizar una cena en un restaurante y después irnos de fiesta todos juntos. Seguro que lo pasamos muy bien, nos echamos unas risas y desconectamos de esto durante unas horas.

—¡Me parece una idea genial, hermana! —exclama Susana, que alaba con entusiasmo la propuesta de su amiga—. Mañana, por ejemplo. ¡Para qué esperar más! Los jueves en Madrid son muy cañeros. Sería divertido que los doce que seguimos aquí nos diésemos una alegría extradeportiva. Nos lo merecemos.

—¡Voto por un *juernes* loco y por quemar la noche madrileña!

El chico no quiere llevarles la contraria, pero no lo considera lo más oportuno después del crimen de Jimena. Por respeto a la memoria de la psicóloga, a la que todavía ni han enterrado, y porque la policía estaría pendiente de sus movimientos. Seguro que la prensa también se enteraría. No sería positivo para la imagen de los deportistas ni para sus carreras que en los medios aparecieran vídeos de ellos dándolo todo de fiesta. Además, Marcus odia salir de noche, el alcohol y bailar. No es, precisamente, su plan soñado.

—Habría que pedirles permiso a los entrenadores y al director —dice la salmantina mientras se pone de pie y coge su bandeja—. Quizá es mejor hablarlo primero con Dafne. La subdirectora es una tía enrollada.

—No creo que nos impidan salir una noche. No estamos en un internado.

—Les decimos que nos vamos a cenar juntos para hacer grupo y no mencionamos lo de la fiesta de después. Así no hay problemas. Luego lo vendemos como que lo estábamos pasando tan bien que surgió ir a tomar una copa. Una cosa llevó a la otra y sin darnos cuenta se nos hizo de día en el centro.

—¡Y acabamos comiendo chocolate con churros en San Ginés!

Marcus está a punto de intervenir para decirles que no cuenten con él, pero entonces entra Olga en el comedor. Las chicas se callan al verla y lo miran sonrientes. Susana incluso le guiña el ojo y le da con el codo.

—De verdad. Hacéis una pareja preciosa —comenta Nieves, que también se levanta de la mesa—. Os dejamos solos. Coméntale lo de la cena de mañana a tu chica. A ver qué le parece nuestra idea. ¡Seguro que disfrutáis mucho de vuestra primera fiesta juntos!

—Nos vemos en la comida. Dale recuerdos de nuestra parte a Sara si hablas con ella.

Las chicas saludan alegremente a Olga, con la que hablan unos segundos, y se marchan del comedor. Marcus resopla. Hubiera sido mejor desayunar solo. Esas dos no son su tipo preferido de persona. Demasiada espontaneidad y exageración. Él, que es un tipo tranquilo y sosegado. Espera que a partir de ahora compartir mesa con ellas no se convierta en algo habitual.

—¿Has desayunado con Nieves y Susana? —le pregunta Olga cuando se sienta.

—Sí, eran las únicas que estaban en el comedor cuando he llegado.

—Por tu cara veo que te lo has pasado muy bien con ellas.

—Muchísimo.

—Me han dicho que me tienes que contar algo sobre una noche loca.

—Conmigo que no cuenten.

—¿Para salir de fiesta?

—Sí, quieren proponerles a todos ir mañana a un restaurante a cenar y luego salir por Madrid. *Juernes*, lo han llamado.

—¿Todos? ¿Juntos? No creo que sea una buena idea. Saltarían chispas. Pero tú y yo podríamos salir a dar una vuelta solos. Tengo ganas de conocer al Marcus Li de fuera de la academia.

—Es el mismo que has conocido dentro.

—Bueno, tampoco está tan mal. Aunque todos tenemos varias caras. No somos siempre los mismos. Eso sería muy aburrido —dice Olga, que coloca la mano sobre la suya y lo vuelve a poner nervioso. Sin embargo, cuando la mira parece preocupada—. Marcus, ¿tú piensas que yo puedo llegar a ser una mala persona?

—No escuchas reguetón y me encantan tus gustos musicales.

—Tío, en serio.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque no sé hasta qué punto está bien desearle el mal a alguien. ¿Eso me convierte en una persona mala?

CAPÍTULO 21

ALEJANDRA

Madrid, miércoles, 13 de noviembre de 2024

Esa mañana no ha bajado al comedor porque no tenía ganas de desayunar. Alejandra va hasta la máquina de café y se pone uno con leche antes de empezar la jornada. Debe espabilarse porque todavía está dormida. Hoy va a hacer una clase de manos con Lucía, que suele ser muy exigente. Aunque es dura, su maestra fue una gran esgrimista y en esos dos meses le ha dado muy buenos consejos que la están ayudando a mejorar su técnica con el sable. No está en el mejor estado anímico, pero no le conviene darles muchas vueltas a las cosas. Anoche se llevó un chasco. Izan iba a dormir con ella en su cuarto. Sin embargo, al chico le pasaron por WhatsApp un vídeo de un programa de televisión en el que hablaban de él de forma negativa. Prácticamente lo estaban acusando de la muerte de Jimena Portero. Eso lo puso muy nervioso. Se alteró tanto que acabaron discutiendo y se fue de su habitación. No volvió a aparecer.

Alejandra entra en el edificio B y se dirige al vestuario para cambiarse e iniciar el calentamiento. Es la parte que menos le gusta, pero también es necesaria. Luego se pondrá el traje de esgrima para comenzar el entrenamiento, que consta de un montón de capas que dan muchísimo calor. Así termina cada sesión chorreando de sudor.

Por el camino se cruza con Aníbal. El jugador de bádminton va murmurando y negando con la cabeza. Su comportamiento es cuando menos extraño.

—Al final, Teo y Chema van a tener razón. Es un inútil —le dice sin venir a cuento. Alejandra no comprende a quién se refiere—. No

sabe tomar decisiones.

—¿Está todo bien, Aníbal? ¿Ocurre algo?

—Algo muy grave.

—Joder, no me asustes. ¿Qué pasa?

—El capullo de Alfonso Jaramillo me ha pedido que no os lo cuente.

—¿El qué no puedes contar? ¿Es sobre Jimena?

Aníbal le responde que no y se marcha corriendo. Alejandra se queda perpleja por la reacción del chico y con la curiosidad de saber de qué le hablaba. No ha entendido nada de la conversación. Continúa caminando hacia el vestuario mientras piensa en qué le habrá podido pasar al jugador de bádminton para actuar de esa manera. Si Jaramillo le ha prohibido contarlo será un asunto serio. Tendrá que ir a ver al director después del entrenamiento para enterarse. No se puede quedar con la intriga.

Mientras se cambia, duda si mandarle un wasap a Izan. Hoy no lo ha visto todavía y tiene mal cuerpo por la discusión de anoche. Mira el reloj y descubre que aún le quedan unos minutos libres. Le da tiempo a ir al rocódromo y aclarar las cosas con él. Está preocupada por cómo se siente y si todavía le dura el enfado con ella. Lo mejor es solucionarlo en persona cuanto antes, ahora que ya se han enfriado los ánimos. Al menos por su parte. Sin embargo, el chico todavía no ha llegado. Lo espera cinco minutos, pero no aparece. Alejandra se lamenta de no haber aclarado las cosas anoche y de haberse ido a la cama con una sensación agridulce. En lugar de entender que, después de ver aquel estúpido vídeo, Izan estuviese tenso, lo que hizo fue entrar al trapo. Un cuarto de hora más tarde, el escalador continúa sin dar señales de vida. Tal vez ha ido primero al gimnasio. Se apresura a comprobarlo, pero tampoco está allí. Joder, ojalá no lo hayan vuelto a llevar a la comisaría. Es una posibilidad. En una de las esquinas del fondo ve a Grecia. Se acerca y le pregunta por él.

—Estoy aquí desde antes de las ocho y media y no lo he visto. Por el gimnasio no ha pasado. ¿Quieres que le diga algo cuando lo vea?

—No, no te preocupes. Gracias. Ahora le enviaré un mensaje. A ver si me responde.

—¿Es importante? Te veo muy preocupada.

—Necesito hablar con él de un tema. No es urgente, pero lo quiero resolver ya.

—A lo mejor está en la comisaría.

—Eso he pensado. Espero que no. Ayer se pasó un montón de horas declarando.

—Circula por internet un vídeo asqueroso de una tele en el que no lo ponen muy bien. Se está haciendo viral en TikTok e imagino que también en X. Es una mierda. He leído algunos de los comentarios y madre mía. Espero que Izan no los vea. La gente es gilipollas y habla sin saber.

Grecia seguro que se refiere al vídeo que anoche le pasaron al chico por WhatsApp. El que originó la discusión. Si a alguien en la academia le perjudica que un contenido negativo se haga viral, ese es Izan. Su popularidad en redes sociales es muy superior a la del resto. Puede perder muchos seguidores y que le crezcan los *haters*, que también los tiene. Cuanto más famoso eres, más marcas apuestan por ti y más se multiplican los ingresos, pero el odio que se genera en torno a tu figura es mayor. Alejandra imagina las barbaridades que se están diciendo de él en los posts que se han subido con el vídeo de la periodista golpeando la ventanilla del taxi en el que regresó a la academia. No piensa entrar a leerlos. Los odiadores profesionales y los que se esconden detrás de un nick y de un avatar, y viven agazapados en el fango, se estarán frotando las manos con esta historia en la que ya han sentenciado a Izan.

—Menuda semanita llevamos, y solo estamos a miércoles —dice Alejandra desanimada.

—Puede ser peor.

—No digas eso, Grecia.

—Me acabo de enterar de que Sara ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? ¿No se ha ido a su casa?

—Según Aníbal, no. Se lo ha contado al director hace un rato delante de mí. No está en Málaga. Ni siquiera saben si ha llegado a salir de Madrid.

¡Eso era lo que Jaramillo le había prohibido al jugador de bádminton que fuera contando por ahí! La halterófila se seca las

manos en una toalla pequeña y abre una bolsa con gominolas. Le ofrece a Alejandra, que las rechaza. Ella se come un Sugus de piña mientras le explica los detalles.

—No saben nada de ella desde el lunes. Aníbal ha hablado con su mejor amiga, que fue anoche a ver a sus padres, pero tampoco está en su casa de Estepona. Alfonso no quiere que se extienda la noticia ni que se enteren la policía ni los medios. Teme que esto sea definitivo para que cierren la academia. Nos ha pedido a los dos que no se lo digamos a nadie hasta que se aclaren las cosas. Como ves, me importa una mierda lo que diga ese hombre.

Por la forma despectiva en que habla de él, a Alejandra le da la impresión de que ha pasado algo entre Grecia y el director de la academia. Es una paradoja, pero Jaramillo ha ido acumulando enemigos entre sus propios deportistas a pesar de que fue él quien los eligió para formar parte de la Dick Fosbury. Aníbal lo estaba insultando cuando se han cruzado; por lo que decía, los taekwondistas tampoco sentían ninguna simpatía por Alfonso. A ella Jaramillo no le ha hecho nada malo como para odiarlo. Aunque cambiaría algunas cosas del funcionamiento del centro, le está muy agradecida por escogerla.

—Entonces, ¿no se sabe nada de Sara desde el lunes, el día que mataron a Jimena?

—Eso parece. Alfonso no quiere que nos alarmemos y que esto se transforme en una estampida de atletas regresando a sus casas y de entrenadores dimitiendo y reclamando indemnizaciones. El escándalo en la prensa puede ser muy grande. Hasta que no recabe toda la información y esté seguro de lo que pasa no va a decir nada sobre Sara ni va a emitir ningún comunicado. Hay mucho dinero, prestigio y patrocinadores en juego. Acaban de abrir la academia después de diez años. Cerrarla otra vez sería un desastre.

—Joder, ¿se lo has contado a más gente?

—No, de momento solo a ti. Eres la única que he visto.

—Grecia, quizá es mejor ser discretas con este tema —le sugiere Alejandra—. No por Alfonso, sino por nosotros y por la academia. La presión de los medios y de la policía va a ser infernal si sale a la luz que Sara ha desaparecido. No vamos a poder entrenar. Nosotras

competimos dentro de unos días y son pruebas importantes si queremos clasificarnos para el Europeo. ¿En qué condiciones vamos a llegar?

—¿Y si Sara está muerta?

—¿Por qué va a estar muerta?

—Es una posibilidad. Como la pobre Jimena. Hace día y medio que no se sabe nada de ella y tiene el móvil apagado.

—Si es así, que esperemos que no, nos enteraremos tarde o temprano. Ya no podremos hacer nada por ella. En cambio, si solo ha sido un susto o un malentendido, se habría liado una muy grande sin motivo.

—La gente tiene que saber que ha desaparecido.

—Entonces se harán más vídeos virales, se escribirán más comentarios indeseables y surgirán gilipollas de debajo de las piedras que, sin dar la cara, nos juzgarán a los que estamos en la Dick Fosbury. Será un caos. Piénsalo. De momento, es mejor guardar silencio y esperar acontecimientos.

Grecia no se muestra preocupada. Se come una nube rosa y por lo menos parece que reflexiona sobre lo que le ha dicho, aunque no sabe si ha logrado convencerla. A Alejandra lo que de verdad le inquieta, además del posible cierre de la Dick Fosbury, es que la atención mediática y policial se multiplique sobre Izan. La prensa sensacionalista ya lo tiene en el punto de mira; si se enteran de que ha desaparecido una de sus compañeras de la academia, el ambiente puede volverse insostenible para el escalador. Si no se propaga la noticia, a lo mejor ganan un poco de tiempo hasta que Sara aparezca. Quién sabe si aquella historia es un bulo o si la chica se ha escondido por alguna razón y está en perfectas condiciones. Nada asegura que esté muerta, aunque no tiene buena pinta tras lo de Jimena.

—Está bien. Seré discreta por el momento. No tengo ganas de hablar otra vez con la inspectora.

—Me ha caído bien esa mujer, aunque no sé si Verónica Pipper se encargaría del caso de la supuesta desaparición de Sara. Lo más probable es que se ocupen otros de la investigación al ser dos tramas diferentes.

—Todo es el mismo caso. Estoy convencida. Primero fue Anita Vidal, luego Jimena y ahora Sara. Tres víctimas, tres mujeres, que formaban parte de esta academia. Eso no puede ser casualidad. Aquí está pasando algo que se nos escapa y que podría ponernos a todos en peligro.

Alejandra también lo ha pensado, aunque no encuentra la relación que podría haber entre una muerte de hace diez años, el asesinato de una psicóloga deportiva y la desaparición de una jugadora de bádminton. Los tres sucesos solo tienen algo en común: La Hoguera.

—Grecia, me tengo que marchar a entrenar, que voy muy tarde, y ya sabes que en este centro se castiga con dureza la falta de puntualidad.

—Ahora que lo dices, hoy el que llega tarde es mi entrenador. No sé dónde coño se ha metido Tony. ¿Para qué me pide que esté preparada a las ocho y media si no se presenta él?

—No digas nada de lo de Sara, ¿vale?

—Que sí, pesada. No diré nada.

La halterófila hace como si se cerrara los labios con una cremallera y a continuación se introduce en la boca un ladrillo con picapica. Alejandra espera que cumpla, aunque siempre ha considerado inestable a esa chica. Desde que la conoció ha tenido un comportamiento errático. No han llegado a ser amigas ni se ha acercado lo suficiente a ella como para ganarse su confianza. Por eso le ha resultado raro que le contara la discusión entre Aníbal y Alfonso Jaramillo. Ha tenido suerte, porque podría habérselo revelado a cualquier otra persona de la academia y la noticia de la desaparición de Sara habría ido de boca en boca. Al final de la mañana toda la Dick Fosbury lo habría sabido y ya estaría en conocimiento de la prensa. Ahora le toca encontrar al jugador de bádminton para que tampoco lo hable con nadie más. Llegará muy tarde a la clase de manos con Lucía y se llevará una bronca de su maestra, pero tiene que intentar apagar la mecha antes de que aquello explote. Por Izan, aunque el escalador no sea consciente de lo que está haciendo por él.

CAPÍTULO 22

NEREA

Madrid, miércoles, 13 de noviembre de 2024

A las once llegarán las universitarias norteamericanas para jugar contra ellas. Finalmente, han recibido el permiso para entrar en la academia. Nerea se ha pasado buena parte de lo que va de mañana pegada a Amanda. Han hablado mucho de ese partido de entrenamiento, al que le tiene cierto respeto. Llevan poco tiempo juntas y no se conocen tanto como para ser todavía competitivas. Ester, de todas maneras, les ha pedido que no se frustren si las cosas no funcionan y que vayan sumando automatismos entre ellas para el futuro. Si nada se tuerce, tendrán varios años para adaptarse la una a la otra. Las dos poseen la calidad suficiente para convertirse en el dúo perfecto y dominar el circuito femenino del vóley playa nacional.

Faltan cuarenta y cinco minutos para el encuentro. Nerea está haciendo unos ejercicios de calentamiento en la arena cuando el conserje del edificio B la llama. La chica mira a Ester y su entrenadora le da permiso para ir a ver qué quiere ese hombre.

—¿Qué pasa, Alonso?

—Perdona que interrumpa el entrenamiento, Nerea. Me han avisado desde la entrada de la academia de que ha venido una persona a verte.

—¿A mí? ¿Quién?

—Dice que se llama Mikel López. No está autorizado para entrar en las instalaciones ni ha pedido ninguna acreditación, por eso no le han permitido pasar.

¡Mikel! ¿Qué hace allí? Le ha dejado muy claro que no quería verlo. Se presenta, además, justo antes del partido contra las norteamericanas.

—¿Qué les digo a mis compañeros? ¿Sales a verlo?

—Es mi novio. ¿No puede entrar?

—Sin un pase, no.

—¿Y no puedes hacérselo en un momento? No se quedará mucho rato. Viene desde Santander.

—No estoy autorizado, Nerea. De eso se encargan en administración. Es mejor que salgas tú. Tardarás menos que si te pones a pedir acreditaciones ahora. Además, con la policía rondando por aquí todo es más complicado.

La chica le da las gracias a Alonso y regresa a la pista de arena. Le fastidia mucho que Mikel se haya presentado en la academia sin avisarla. Es la segunda vez que no le cuenta lo que va a hacer aunque la implique a ella. Anoche le dejó muy claro lo que pensaba. Si le hubiese preguntado antes de viajar a Madrid, se habría ahorrado el disgusto porque le habría respondido que ni se le ocurriera ir a visitarla.

—Ester, tengo un pequeño problema. Ha venido mi novio y no lo dejan pasar. Está en la entrada. ¿Te importa que vaya a verlo? Serán solo cinco minutos.

—Las norteamericanas están a punto de llegar.

—Ya lo sé. No te preocupes. Es solo un momento.

—¿No le pueden hacer una autorización para que entre en la academia?

—Alonso dice que ahora mismo es complicado. Tendría que ir a hablar con administración para solicitar una acreditación para él. Llevaría más tiempo. No tardaré. Te lo prometo.

Por la cara que pone su entrenadora se nota que no le hace ninguna gracia que se vaya ahora. A ella tampoco le agrada, pero no va a dejar tirado a Mikel en la puerta de la academia hasta que acabe el entrenamiento. Aunque estén en el peor momento desde que comenzaron a salir, sigue siendo su novio.

—Está bien. Puedes ir, pero no llegues tarde al partido. A las once menos cuarto como máximo te quiero aquí.

Nerea le da las gracias y sale corriendo de la pista de arena. Escucha a Amanda gritar su nombre y un «¿Adónde cojones va esta?». No tiene tiempo de darle explicaciones. Seguro que se enfada muchísimo cuando la entrenadora le cuente que ha ido a ver a su novio. Han estado hablando esa misma mañana de lo importante que es la concentración antes de cualquier partido. Si hay algo que te puede desconcentrar, precisamente, es que tu pareja se presente de improviso unos minutos antes de empezar.

Nunca ha ido tan deprisa de un edificio a otro. En el camino se cruza con dos chicas muy altas, con aspecto de extranjeras. Seguro que es la pareja norteamericana. Van acompañadas de una mujer y de la subdirectora de la academia. Nerea saluda a Dafne, pero no se para. No tiene tiempo que perder. En el trayecto, en el sendero que va hacia el bosque, también ve a Alejandra y a Aníbal. Parece que discuten. No logra enterarse de lo que dicen porque están muy lejos. Los nervios en la academia están a flor de piel.

En la entrada de la Dick Fosbury hay una pareja de policías municipales que custodian el acceso principal a la academia. También dos vigilantes de seguridad que controlan quién entra y sale de las instalaciones. Por suerte no hay rastros de periodistas. Detrás de la verja ve a Mikel. Se le forma un nudo en la garganta cuando el chico se percata de su presencia y le sonríe. Está muy guapo y se ha puesto una camiseta negra ajustada que ella le regaló. Hasta se ha afeitado la medio barba que suele dejarse. Se nota que está jugando sus cartas para tratar de arreglarlo, como si fuese una última oportunidad. Nerea deja de correr y camina hacia su novio. Está muy nerviosa. Su estómago parece una centrifugadora. Con esa persona ha vivido muchas de sus primeras experiencias. Sin embargo, lo que piensa ahora de él no es muy positivo.

La chica les pide permiso a los de seguridad para salir. Le abren la cancela y Mikel se abalanza sobre ella. Lo escucha llorar mientras la abraza. Después la besa en los labios. En ese momento se siente rara, como si la pieza no fuera de ese puzle.

—Cómo te he echado de menos —dice el chico secándose las lágrimas.

—No tendrías que haber venido.

—Sé que es lo que me pediste, pero no he podido evitarlo, cariño. Esta noche no he parado de pensar en que si me volvía a Santander sin verte lo nuestro se terminaría para siempre. Me estaba volviendo loco.

Mikel vuelve a abrazarla mientras le repite cuánto la quiere y que no sabría qué haría sin ella. La aprieta tanto contra su cuerpo que a Nerea le cuesta respirar. No quiere quitárselo de encima de forma brusca, pero la está agobiando. Ahora, también, de manera física.

—Tengo que marcharme. Solo he venido para verte un minuto —le dice cuando consigue apartarse—. Nos han organizado un partido de entrenamiento contra unas chicas americanas y no quiero hacerlas esperar.

—Genial. ¿Son buenas?

—Mucho. Será un partido complicado.

—¿Puedo verlo?

—No, Mikel. Está prohibido entrar en la academia sin una autorización.

—Pídela. O la pido yo, si me dices qué tengo que hacer. Imagino que dejarán pasar a los familiares y a las parejas de los deportistas si se identifican, ¿no?

—Es mucho lío. Me tengo que ir. Me están esperando.

—Quedemos entonces cuando acabes el partido para comer. O, si es muy precipitado, después del entrenamiento de la tarde. Mi avión sale a las nueve menos veinte, pero puedo cambiarlo para mañana y reservar una noche más de hotel. Coge un taxi y vente al centro y damos una vuelta por Madrid.

Nerea resopla. La insistencia de Mikel la sobrepasa. Entiende que quiera estar con ella y que ha hecho el viaje para solucionar los problemas de pareja que tienen. Sin embargo, lo único que está consiguiendo es desesperarla.

—Creo que necesito un tiempo.

—¿Cómo que un tiempo?

—Un respiro. Estoy agobiada. Dame unos días para pensar.

—¿Qué significa exactamente eso?

—Lo que supones, Mikel. Que no me apetece dar una vuelta contigo por Madrid. Ni que vengas a ver mi partido. Ni tampoco que aparezcas sin avisar para darme una sorpresa.

—Joder. Es muy duro lo que dices.

—Lo siento. De verdad. Quiero ser sincera contigo. ¿Prefieres que te mienta? Estamos en momentos diferentes. No vamos en la misma dirección. No sé si ha sido por la distancia o si ya venía sintiéndolo y ahora es cuando me he dado cuenta. Estoy confusa y necesito un tiempo a solas.

—¿Estamos rompiendo?

—No lo sé, Mikel. No lo sé. Quiero que pasen unas semanas para darme cuenta de qué siento por ti y qué quiero ahora mismo en mi vida.

—Hace diez días me dijiste que me amabas.

—Hace diez días no es hoy.

El chico se pone las manos en la cabeza y da vueltas de un lado para el otro mirando hacia el cielo oscuro. Hoy todavía no ha llovido, pero la tormenta puede empezar en cualquier instante. Mikel habla solo, aunque Nerea no entiende lo que dice. Le da pena verlo tan fuera de sí, pero no puede hacer nada más por él.

—Espero que me sepas perdonar.

—¿Hay otro? ¿Es eso? —pregunta Mikel, con los ojos inyectados en sangre.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Te has liado con alguien en Madrid?

—¡No! ¡Por supuesto que no me he liado con nadie! ¡Jamás te he sido infiel!

—No me lo creo. Mientes —dice el chico, que camina hacia ella de forma agresiva con los brazos en jarra—. He visto en Instagram los perfiles de los tíos que están en esta puta academia. Todos están fibrosos, musculados y tienen pinta de folladores.

—Mikel, para. No sigas por ahí.

—¿De quién te has enamorado? ¿Del jodido chino? ¿Del tal Aníbal Lecter ese? ¿O del escalador influencer? Ese guaperas tiene muchas seguidoras mojabragas. ¿Se la has chupado ya? ¡Seguro que todas las noches!

—¡Eres un imbécil! ¡No me hables así! ¡Te estás pasando muchísimo! ¿Crees que he venido a Madrid para...?

Nerea no logra acabar la frase porque él se le echa encima. Está a punto de caerse al suelo porque no se esperaba que Mikel la agarrase del brazo. Tira con tanta fuerza que le hace daño. La chica no reacciona, impactada por el comportamiento de su novio.

—Me has destrozado la vida. Ya sabía que si te ibas de Santander lo nuestro se acabaría.

—Mikel, suéltame. Me estás haciendo daño, joder.

—No me has respetado. Te has estado riendo de mí todos estos años. A las primeras de cambio has... has matado nuestra relación. Has jugado conmigo.

—Suéltame —dice Nerea mientras el otro continúa apretándole el brazo y no la deja marchar—. ¡Que me sueltes, coño!

La chica da un fuerte tirón y logra zafarse de su novio. Con el impulso, tropieza, y esta vez sí cae al suelo de espaldas. De manera instintiva, apoya las palmas de las manos para evitar golpearse en la cabeza. Lo consigue, pero enseguida nota que se ha torcido la muñeca derecha.

—¿Qué está pasando aquí? —les pregunta uno de los policías municipales que están en la verja de la entrada y que ha debido de oír la discusión. Mira sorprendido a Nerea, que se ha sentado en el suelo. Mikel se ha quedado pálido frente a ella—. ¿Te encuentras bien? ¿Te ha hecho algo?

La joven no logra articular palabra. Si cuenta lo que ha ocurrido se llevarán detenido a su novio con casi toda seguridad. Además, está asustada por lo que acaba de ocurrir y por el dolor punzante en la muñeca, que se agarra con la otra mano. Niega con la cabeza y se pone de pie con dificultades.

—Todo está perfecto, agente —responde el chico muy nervioso—. Yo ya me iba.

—No estoy hablando contigo. ¿Seguro que te encuentras bien? —le vuelve a preguntar el policía a Nerea—. Si te ha hecho algo puedes denunciarlo.

—Yo... tengo que... irme también. Llego tarde.

Es todo lo que Nerea consigue balbucear. Se gira y entra otra vez en las instalaciones de la academia sujetándose la muñeca maltrecha. No se despide de Mikel. Jamás imaginó que el primer amor de su vida, un chico que siempre había sido bueno y sensible, se comportaría de esa forma. Tiene el miedo metido en el cuerpo y no está en condiciones de jugar ningún partido ahora mismo. ¿Cómo les explica a Ester y a Amanda que se ha lesionado por culpa de su novio?

—¡Cariño! ¡Te llamaré luego! —escucha gritar a Mikel mientras ella se dirige hacia la pista de arena, donde ya calienta la pareja norteamericana—. ¡No me pienso rendir, amor mío! ¡No me voy a dar por vencido jamás! ¡Te quiero! ¡Y sé que tú también!

CAPÍTULO 23

IZAN

Madrid, miércoles, 13 de noviembre de 2024

—¿Te duele?

—No.

—¿Y ahora?

Izan solo hace una leve mueca de dolor cuando Paz Bernal le palpa la clavícula derecha, pero ha visto las estrellas. Su idea no era acudir a la fisioterapeuta esa mañana. Odia ir al médico. Sin embargo, se ha despertado con una intensa molestia en la zona que se dañó el lunes y se ha preocupado. Ha ido al bosque a correr un rato para despejarse. Confiaba en que el dolor remitiera al calentarse la articulación. No ha sido así y ha tenido que regresar caminando. Es probable que la tensión de esos días le esté pasando factura. No puede quitarse de la cabeza el vídeo que circula por las redes sociales de la periodista que golpeaba con el micro la ventanilla del taxi en el que iba y le preguntaba por el cinturón. Ha leído algunos comentarios horribles sobre él. El *hate* que le está cayendo es difícil de asimilar. Hasta su familia ha visto el vídeo y le han llamado muy alterados. Ha conseguido tranquilizarlos, aunque su madre no ha parado de llorar.

—Me has comentado que el dolor comenzó el lunes, ¿verdad?

—Sí, después de nadar. Quizá forcé demasiado.

—Puede ser una lesión de los ligamentos acromioclaviculares. Coloquialmente, para que lo entiendas, un esguince de clavícula.

—¿Es grave?

—No lo parece, pero no entrenes en lo que queda de semana. Está un poco inflamado. El lunes ven a verme y lo miramos otra vez.

—Lo que me faltaba.

—Son lesiones normales en el deporte, Izan. No parece que haya nada roto, que es lo importante. Ni siquiera te la voy a inmovilizar. Hablaré con Bustamante para que te vea también y determine el alcance de la lesión. A lo mejor es conveniente que te hagan una radiografía o una resonancia. De momento, no realices esfuerzos con el brazo derecho.

El chico se lamenta de su infortunio. Si algo le apetecía hacer para salir de aquel laberinto de desgracias era ponerse a entrenar. Es feliz en la pared. El tiempo que pasa escalando el muro le sirve para ausentarse por unas horas de la realidad. Mal momento para quedarse sin poder ejercer su gran pasión.

—¿Me vas a recetar un antiinflamatorio?

—Los fisios no podemos hacer prescripciones de recetas médicas. Esa es responsabilidad del doctor Bustamante si lo cree oportuno. Te puedes tomar un ibuprofeno o el analgésico que prefieras si te duele. Yo te voy a poner un vendaje neuromuscular. Son esas tiras de colores que se usan mucho en el deporte actual. ¿Las has utilizado alguna vez?

—Hasta ahora no.

—Se llaman cintas kinesiológicas y sirven para reducir la inflamación y estabilizar la articulación. Tengo las cajas en la sala de masajes del otro edificio. Espérame, que vuelvo enseguida.

Izan asiente y se queda sentado en la camilla. Está realmente preocupado por la lesión. Por lo menos Paz ha sido muy discreta. No le ha hecho ninguna pregunta relacionada con el crimen de Jimena, con la que tenía una buena amistad. Las había visto varias veces juntas en la academia. Seguro que ella está informada de que ayer fue a que le tomaran declaración a la comisaría y de que lo consideran uno de los principales sospechosos del asesinato de la psicóloga por culpa del cinturón de la cobra. Sin embargo, no ha hecho ni un solo comentario al respecto.

—Buenos días, ¿puedo pasar? —escucha que pregunta una chica al otro lado de la puerta, que simplemente está encajada. Conoce a

la perfección esa voz y se alegra de oírla.

—La fisio ha salido, Nerea. Estoy yo solo.

La jugadora de vóley playa entra en la consulta y se sorprende al verlo sentado en la camilla sin camiseta. También ella parece lesionada. Se agarra la muñeca derecha y no tiene buena cara.

—Paz viene ahora. Ha ido a por unas tiras para ponerme en la clavícula.

—¿Qué te ha pasado?

—Tengo molestias. Empezaron siendo muy leves, pero han ido a más en las últimas horas. Me duele bastante.

—Lo siento, aunque ya verás como no es nada.

—Ojalá. Tengo un poco de miedo. ¿Y a ti qué te ha pasado?

—Espero que nada grave. Me he lastimado la muñeca.

—¿Entrenando?

Nerea no le responde. Avanza hasta la camilla y se sienta a su lado. Por la hinchazón de sus ojos, a Izan le da la impresión de que ha estado llorando. Seguramente, por la frustración de haberse lesionado más que por el dolor en sí de la muñeca. A los deportistas lo que más les fastidia es tener que parar y no poder hacer lo que más les gusta.

—¿Cómo vas con lo de la policía? Anoche vi desde la ventana de mi habitación que regresaste muy tarde de la comisaría.

—Bueno, podría ir mejor, pero también peor. No me han detenido.

—Menos mal.

—Ya ves; el calabozo no es el mejor sitio para pasar la noche.

—Al menos parece que las cosas empiezan a calmarse un poco, ¿no? Me he fijado en que hoy ya no hay tantos agentes en la academia. Solo quedan los que vigilan la verja.

—Es verdad. Yo también he notado que se ha reducido mucho el número de policías. Ya no existe la necesidad de tanta vigilancia o quizá se han cansado de nosotros —comenta Izan, al que vuelve a darle un pinchazo en el hombro derecho al mover el brazo—. Que nos hayan permitido entrar en el edificio C también es algo positivo. Los entrenadores y el equipo médico han recuperado su lugar de trabajo.

—De todas maneras, me da un poco de mal rollo saber que solo a unos metros de aquí asesinaron a Jimena —dice Nerea, a la que le tiembla el cuerpo al mencionarlo—. Si lo piensas, es surrealista que todo siga adelante. Es muy difícil volver a la normalidad.

—Para mí está resultando imposible.

—Lo imagino. He visto el vídeo de esa periodista. Qué cabrones.

El chico resopla. No tiene ganas de hablar de ese asunto otra vez. Está saturado del puto vídeo que se ha hecho viral. Parece que Nerea le ha leído el pensamiento, porque cambia de tema de inmediato mientras se mira la mano dañada.

—Estoy muy jodida, Izan. No sé si me he roto algún hueso. Amanda me ha echado la bronca. Se ha cabreado un montón. Hoy venían a jugar con nosotras una pareja universitaria norteamericana. Hemos tenido que suspender el partido.

—No pasa nada. Ya habrá otros.

—Díselo a mi compañera. No podremos entrenar juntas hasta que yo me recupere.

—¿Cómo te has lesionado?

—He tropezado. Me he caído y he apoyado mal las manos.

—¿Te duele mucho?

El chico le coge el brazo derecho con cuidado y comprueba si tiene algún moratón. No ve nada, pero Nerea suelta un quejido cuando la toca.

—Espero que no esté fracturada. No quiero perderme muchos días de entrenamiento. ¿Para cuánto tienes tú?

—Aún no lo sé. Paz me ha mandado reposo unos días.

—Vaya dos —dice Nerea, que lo mira con una sonrisa de resignación—. ¿Todas las semanas son así en la academia?

—En los casi dos meses que llevaba aquí nunca me había pasado nada malo. Hasta que llegaste tú.

—¿Me estás llamando gafe?

—Algo de mal fario nos has traído.

Nerea le golpea el hombro lesionado con la mano lastimada y ambos al mismo tiempo sueltan un grito de dolor. Luego se ríen y se siguen lamentando de su mala suerte. Izan se siente bien a su lado. Esa chica tiene algo especial que le encanta. No podría describirlo

con palabras, pero le gusta desde la primera vez que la vio. En ese clima de confianza, estima que es una buena ocasión para sacarle el tema de la propuesta que tiene en mente desde hace un par de días.

—Ahora no es el mejor momento para subir contenido en Instagram, pero mi agente me ha pedido que busque a alguien para unas fotos. Ella piensa que siempre salgo solo y que eso me hace parecer un egocéntrico. Cuando todo esto pase, ¿te apetecería hacer una sesión conmigo en la academia y subirlas a nuestras redes?

—¿Yo? ¡Qué vergüenza! ¡Tienes muchos seguidores!

—Cobrarías por la acción. Sería una colaboración pagada. ¿Cuál es tu caché?

—¿Mi caché?

Nerea suelta una carcajada. Izan no entiende qué ha dicho para que se ría, no ha pretendido ser gracioso. La chica se serena y le da las gracias por pensar en ella para hacer esa sesión.

—Nunca he cobrado por subir nada a mis redes. Así que supongo que no tengo caché.

—¿En serio? Pues podrías triunfar con las marcas y sacarle mucho partido a tu contenido. Eres guapa, tienes un buen físico y practicas un deporte muy visual, que queda genial en las fotos. De hecho, la sesión la podríamos hacer donde tú entrenas.

—¡Oh! Cuántas ventajas. Y eso que hace nada decías que el vóley playa solo era un deporte en el que las tías simplemente íbamos en bikini y jugábamos con la arena.

—Veo que no se te ha olvidado.

—Tengo buena memoria.

—A eso se le llama rencor.

—Llámalo cómo quieras, pero te metiste conmigo y con mi deporte.

—Era una broma. Acabo de halagarte. Eso no lo hago con cualquiera.

—No me vendas la moto. Ni que fuera la única a la que le has dicho que es guapa y tiene buen físico. No nací ayer, tío.

Nerea vuelve a reír y a Izan le parece que aquel ratito a solas con ella está siendo lo mejor de lo que va de semana. Por desgracia, no

dura mucho. Paz Bernal regresa con una cajita de cinta kinesiológica para su clavícula. Arquea las cejas al ver a la pareja sentada en la camilla.

—Hola, ¿tú también te has lesionado? —le pregunta a la chica, que continúa agarrándose la muñeca derecha—. Vaya mañana me estáis dando. Termino con Izan y miramos lo tuyo.

La fisioterapeuta saca un rollo azul de la caja, corta un trozo y le coloca la tira en la clavícula derecha. Luego insiste en que no debe forzar el brazo y también le aconseja que se ponga hielo de vez en cuando en esa zona. Ya ha hablado con Juan Bustamante para que lo vea y le dé su opinión. Izan se pone la camiseta y duda si quedarse para escuchar qué diagnóstico recibe la jugadora de vóley playa. Sin embargo, es la propia fisioterapeuta la que le pide que se vaya. Le da pena marcharse. Aquel momento tan amargo al final no ha sido tan malo gracias a Nerea. ¿Cuándo volverán a disfrutar de un encuentro a solas?

Izan camina por las instalaciones de la academia sin saber muy bien qué hacer ni adónde ir. No quiere encerrarse en la habitación y empezar otra vez a comerse la cabeza. Tampoco tiene ganas de pasarse por el rocódromo ni por el gimnasio. A lo mejor, podría sentarse en la sala común y responder mensajes en el móvil. Tiene un montón de wasaps por leer de anoche. También se le han ido acumulando comentarios en Instagram y en TikTok. El abogado le aconsejó que no entrara en las redes sociales, pero no le ha hecho caso. Aunque sea duro debe afrontar la realidad. Sus *followers* seguro que lo están apoyando.

Entre los edificios C y B oye un ruido que proviene de uno de los jardines. Están en plena Casa de Campo, así que sería normal que un conejo o una ardilla se haya colado en las instalaciones de la academia. Sin embargo, lo que aparece entre la maleza no es ningún animalito del bosque. Una chica rubia, que está grabando con el móvil, salta delante de él. La periodista del vídeo viral grita su nombre y le dice que se pare un minuto para hablar con ella. El chico no le hace caso y continúa andando sin detenerse.

—¿Cómo has entrado aquí? —le pregunta Izan muy nervioso, cubriéndose la cara con las manos—. ¿Quién te ha dejado pasar?

—¿Era tuyo el cinturón con el que mataron a la psicóloga? ¿Cómo te sientes al saber que la policía sospecha de ti? ¿Eres inocente? ¿Sabes si están planteándose desde la dirección echarte de la Dick Fosbury?

El escalador no responde. El dolor en la clavícula se intensifica mientras camina todo lo rápido que puede, con la joven rubia detrás, grabándolo, pisándole los talones. No para de hacerle preguntas relacionadas con el crimen de Jimena Portero y su declaración en la comisaría. ¿Es que no hay nadie de seguridad que vaya a parar ese abuso? ¿Dónde está la policía?

Es entonces cuando oye un grito a su espalda. Se gira y ve a Amanda Quintero arrebatándole el móvil a la periodista. Su compañera tira el teléfono al suelo y lo pisa varias veces. La chica rubia la insulta y le pide que se lo devuelva. La jugadora de vóley playa no le hace caso. Amanda se agacha y recoge el aparato, que tiene la pantalla hecha añicos. Sonríe y lo lanza al lago ante la estupefacción de la periodista.

—Ahora, ve a por tu móvil, zorra, hija de puta. A ver si eres capaz de grabarme y hacerme viral a mí también.

CAPÍTULO 24

MARCUS

Madrid, miércoles, 13 de noviembre de 2024

Todos se han reunido en la sala común del edificio A después de comer. Jaramillo ha convocado a los doce deportistas, a los entrenadores y al personal que trabaja en la Dick Fosbury para explicarles la situación actual. Les cuenta que acaba de hablar con la inspectora Pipper, quien le ha informado de que la investigación sigue su curso. El juez ha declarado el secreto de sumario. Es posible que varios acudan a la comisaría de Moncloa otra vez y que Verónica o algunos de sus compañeros aparezcan en la academia para tomarles declaración de nuevo. La policía ha retirado gran parte del despliegue que había montado esos días y solo permanecerán de guardia dos agentes en la entrada, que se irán rotando. Otra de las cuestiones que Alfonso les comenta es el asunto de la prensa. Hay unos cuantos medios de comunicación fuera, vigilando cualquier movimiento que se produce. Les recomienda a los que salgan que no hablen con nadie. Lamenta que la periodista Cata González se haya colado en las instalaciones del centro. Están indagando cómo lo ha conseguido, ya que no tenía permiso. Le pide disculpas a Izan por las molestias que le ha ocasionado y también asegura que está haciendo gestiones para ver si de alguna manera pueden hacer desaparecer de las redes sociales el vídeo viral del escalador. El último tema que el director trata es el entierro de Jimena Portero. Será al día siguiente por la mañana en el cementerio de la Almudena. Les ha pedido que cancelen sus actividades y

entrenamientos y asistan al funeral, aunque es una decisión voluntaria. El centro facilitará un autobús que los llevará.

—Yo no voy a ir —le dice Olga a Marcus mientras suben la escalera hacia las habitaciones—. No me gustan los entierros.

—No he ido a ninguno.

—Yo sí. Se pasa fatal. Todo el mundo llora de manera exagerada. Te abraza y te besa gente a la que ni conoces. Así que me quedaré haciendo físico en la academia. ¿Tú irás?

—Supongo que sí.

En realidad no lo ha pensado. Lleva subido en una nube como Goku todo el día. Tiene ganas de estar con Olga y lo único que le apetece es besarla de nuevo. No ha vuelto a hacerlo y eso lo desquicia. No va con su carácter desesperarse y ponerse tenso. No controlar la situación le causa una ansiedad que hasta ahora no había experimentado. Ni siquiera cuando un partido no sale bien. ¿Se lo tiene que pedir? ¿Debe proponerlo ella? ¿Se lanza él? ¡No tiene ni idea de cómo funcionan esas cosas! El caso es que, a pesar de todo lo que está aconteciendo en la academia, ayer vivió uno de esos momentos que jamás olvidará. Sus padres lo han llamado después del entrenamiento para saber cómo estaba y les ha dicho con total tranquilidad que se encontraba muy bien.

—¿Sigue sin hablarte? —le pregunta Olga, ya en el pasillo de la segunda planta.

—¿Aníbal? Sí. Está enfadado. No me ha dirigido la palabra en toda la mañana.

—¿Por qué se comporta así contigo? ¿Qué le has hecho?

—Nada. Él sabrá.

Marcus no le ha contado el origen del conflicto. Su compañero de juego no solo es muy pesado, sino también un idiota. ¿Qué problema habría si a él también le gustase Sara? Enfadarse y dejarle de hablar por ese motivo le parece una tontería enorme. Pero, como le ha dicho a Olga, él sabrá. Aníbal ha estado todo el entrenamiento en silencio. Golpeaba la pluma enrabietado. Kike le ha reprendido un par de veces porque no lo veía concentrado. Ha acabado antes de la hora y se ha marchado a la ducha sin despedirse ni de él ni del entrenador. No lo ha visto a la hora de la comida, aunque sí ha

aparecido en la charla de Alfonso Jaramillo. Lo ha estado observando de reojo y se mordía el labio constantemente, como si estuviese aguantando su ira por dentro. No han intercambiado ni una mirada.

—¿Quieres entrar en mi habitación y nos echamos una siesta juntos? —le pregunta Olga, delante de la 204. Le guiña un ojo y lo coge de la mano.

—El entrenamiento de la tarde empieza dentro de cuarenta minutos.

—Menuda excusa para darme plantón.

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Marcus se rasca la cabeza nervioso. Olga es la única persona en el mundo que ha conseguido hacerle perder el control de sus emociones. No hay ninguna razón para no entrar en su cuarto salvo el miedo de no estar a la altura si ella decide dar un paso más. Se muere por besarla, pero no sabe si está preparado para avanzar en aquella extraña relación. ¿No es demasiado pronto? Es evidente que a su edad muchos chicos ya han tenido relaciones sexuales. Sin embargo, él hasta ayer no había dado ni su primer beso.

—Mejor nos vemos luego. Voy a llamar a mi madre ahora. La mujer está muy preocupada —le miente, algo que está empezando a convertirse en costumbre.

—¿No habéis hablado antes?

—Sí, pero me ha vuelto a escribir. Sigue muy nerviosa.

—Qué buen hijo eres. Está bien. Dormiré la siesta yo sola.

La joven entra en su cuarto y a Marcus le da la impresión de que cierra la puerta algo más fuerte de lo necesario. Se ha quedado con las ganas de un beso de despedida en la boca. Espera que no se haya enfadado. Suspira y se mete en la habitación 206. Mientras se descalza escucha a través de la pared que empieza a sonar el *Para Elisa* de Beethoven. No entiende cómo su amiga va a dormir con la música a ese volumen.

Después de quitarse los zapatos, el pantalón corto y la camiseta se tumba en la cama. Está cansado del entrenamiento y le vendrá bien relajarse unos minutos. Cierra los ojos, pero no tarda en abrirlos de nuevo al oír lo que le ha parecido un gemido. Viene de la habitación

de al lado. Un segundo quejido agudo hace que se levante. Pone la oreja en la pared y consigue distinguir la voz de Olga entre los acordes del piano. Empujado por el morbo y el deseo, Marcus introduce la mano en el bóxer. Los jadeos y gimoteos de la jugadora de tenis de mesa son ahora tan intensos que no necesita pegarse a la pared para escucharlos. Eso le facilita las cosas. Se la imagina en la cama, desnuda, entregada al placer bajo las sábanas. Quizá algún día no exista un muro de por medio y él se haya atrevido a aceptar su proposición indecente. El disfrute llega al máximo en muy poco tiempo. No se había masturbado desde que entró en la Dick Fosbury, así que termina antes que la chica de al lado. Unos segundos más tarde, desde el cuarto de baño, escucha el último alarido de gozo de Olga. Marcus piensa que menos mal que se ha tapado la boca para no gritar. Habría sido muy violento si ella también lo hubiese oído e intuyera lo que había hecho. Qué vergüenza. Lo que está claro es que no volverá a escuchar el *Para Elisa* ni a Beethoven de la misma manera a partir de ahora.

Apenas quedan unos minutos para volver a la pista. Marcus se viste otra vez y se prepara para bajar. Se echa la colonia que tanta suerte le ha traído y sale de la habitación. No avisa a Olga para ir juntos en esta ocasión. Beethoven sigue sonando en su cuarto y eso le arranca una sonrisa. Quién le iba a decir que su estancia en una academia deportiva iba a traerle el amor. Porque está enamorado, ¿verdad?

En recepción está Aníbal. Parece triste. No le dice nada cuando pasa por delante de él. En otras circunstancias irían juntos hasta el edificio B y charlarían de lo que Kike les ha preparado para el entrenamiento de la tarde. A lo mejor también le contaría lo que está pasando con Olga. Su compañero es mucho más experimentado en asuntos relacionados con el amor y las chicas. Podría darle algún consejo. Sin embargo, siguen sin hablarse.

Por el camino Marcus cae en la cuenta de que continúa sin saber nada de Sara. Durante el entrenamiento su entrenador la ha nombrado un par de veces. Kike ha sugerido que tal vez la academia debería buscar una sustituta para el dobles mixto que se incorporara cuanto antes. Le ha extrañado que Aníbal no estuviera en contra de

esa idea sabiendo lo que siente por la chica y la complicidad que tienen cuando juegan juntos. El lunes ella le confesó a Marcus que debía irse de la academia y que creía que se encontraba en peligro. Después, en la nota que le dejó en el volante rosa le decía que había ido a un hotel de Madrid, sin más explicaciones. De momento, él ha cumplido con la palabra que le dio a su amiga y no le ha dicho nada a nadie, pero empieza a ser preocupante que no responda a los wasaps y continúe con el móvil apagado. Además, ¿por qué le había contado al director que se había ido a Estepona con su familia? ¿Cuál era la verdad?

—¡Marcus! ¡Espérame! —oye gritar a su espalda. Se trata de Olga, que va corriendo hacia él.

La chica lleva un pantalón corto blanco y una sudadera negra que le quedan increíbles. Se ha recogido el pelo y huele muy bien. La ve más guapa que nunca. Es curioso que no se haya fijado en ella hasta esos últimos días después de dos meses juntos.

—¿Por qué no me has avisado de que te marchabas para bajar contigo?

—No quería molestarte.

—No seas tonto, tú no me molestas. ¿

Qué tal tu madre?

A Marcus le cuesta comprender por qué le pregunta ahora eso. Menos mal que está rápido y enseguida recuerda la excusa que le había dado para no dormir la siesta con ella.

—Bien. Bueno, está preocupada por mí.

—¿Te ha pedido que vuelvas a Moratalaz?

—No. No exactamente. Mis padres me han dejado decidir. Mi preparación en la academia también es muy importante para ellos. Todo lo que tenga que ver con el bádminton lo apoyan.

—Qué guay que puedas contar con ellos. Me das un poco de envidia.

—¿A ti no te apoyan tus padres?

—No tanto como me gustaría. La verdad es que pasan bastante de mí y del tenis de mesa. Para ellos es un alivio que me haya ido a vivir fuera.

—Seguro que no es así.

—Todo ha cambiado en los últimos años. Mi madre está siempre enferma y mi padre no demuestra demasiado sus sentimientos. Creo que ya no se quieren. No sé por qué no se han divorciado. Hace tiempo que estarían mejor separados.

—Es complicado entender a los padres.

—A los míos los comprendo perfectamente.

Olga mira hacia arriba, en un gesto que Marcus no logra interpretar. Los dos se quedan en silencio unos segundos, hasta que llegan al edificio B. La chica se encuentra en la entrada con su preparador técnico y se despiden hasta la noche. Ayer se lo pasó muy bien entrenando con ella. Mucho mejor que esta mañana con Aníbal.

—¿Preparado para una sesión intensa? —le pregunta Kike, con el que choca la mano.

—Como siempre, entrenador.

—Una cuestión antes de que venga tu compañero. A mí me da lo mismo tu vida personal y lo que me importa es que rindas en la pista. Pero he notado que Aníbal y tú estáis muy distantes. ¿Me equivoco?

—Yo no tengo ningún problema con él.

—Pero él contigo parece que sí. ¿Ha pasado algo?

—Nada en concreto.

—Sois buenos chicos, Marcus. Arregladlo. Quiero que también juguéis juntos el dobles en los próximos torneos.

—¿Por parejas?

—Sí, os servirá para prepararos mejor. Estoy seguro de que podéis alcanzar un buen nivel y hacer un gran dueto. Ahora que Sara no está es posible que el dobles mixto se caiga. Jaramillo no quiere meter en la academia a otra jugadora de bádminton. Va a esperarla a ella, pero hay riesgo de que no regrese.

—¿Y eso? ¿Has hablado con Sara?

Kike se le acerca y le dice algo en voz baja.

—No me dejan contarlo, pero creo que tú, que eres su compañero y amigo, debes saberlo: Sara ha desaparecido.

—¿No está en Málaga con su familia?

—Parece que no.

A Marcus se le revuelve el estómago. ¿Por esa razón no ha conseguido contactar con ella? ¿Qué le ha pasado? Ya le dijo que se encontraba en peligro.

—¿Sus padres están informados?

—No lo sé. Aníbal ha contactado con una de sus amigas, que no sabe nada de ella.

—Tengo que hablar con la inspectora Pipper lo antes posible —dice Marcus, que se culpa a sí mismo por no haber contado lo que Sara le reveló ni tampoco que tenía la sensación de que su compañera estaba en peligro. Debería haber roto su promesa antes, aunque hubiese faltado a sus principios.

—¡No! El director me ha pedido discreción. Se supone que tú no sabes nada.

—Sara puede estar en peligro.

—No podemos contarlo de momento, Marcus. Alfonso no quiere alarmar a la gente de la academia. Si se enteran los medios y lo relacionan con la muerte de Jimena será el fin de la Dick Fosbury. Además, no se sabe qué ha pasado realmente. Incluso es muy posible que se trate de una desaparición voluntaria. Tú eres su amigo, ¿a ti te ha contado algo?

CAPÍTULO 25

ALEJANDRA

Madrid, miércoles, 13 de noviembre de 2024

No le hizo falta convencer a Aníbal de que no le contara a nadie lo de la desaparición de Sara. El director ya había hablado con él y se lo había pedido por el bien de la academia. Aníbal hasta le dio a entender que lo había amenazado. Aunque por el que está más preocupada Alejandra es por Izan. Apenas ha pasado unos minutos con el escalador en la comida. Ha llegado cabizbajo al comedor por lo que le había ocurrido con la periodista Cata González. Además, le ha explicado que había visitado a la fisioterapeuta por unas molestias en la clavícula que tiene desde que estuvieron en la piscina el lunes. El doctor Bustamante iba a hacerle unas pruebas por la tarde para saber el alcance de la lesión. No parecía grave, pero podría impedirle entrenar durante unos días. Ninguno de los dos ha sacado lo de la discusión de anoche.

—Se nos ha jodido el plan de mañana —dice Susana mientras se pone el traje de esgrima para entrenar—. Y yo que me había hecho ilusiones...

—¿Qué plan? —le pregunta Alejandra, desconcertada porque no sabe a qué se refiere.

—Habíamos hablado de juntarnos todos los de la academia y cenar en un restaurante. Luego nos íbamos a ir de fiesta por Madrid.

—¿Y por qué dices que se ha jodido? —interviene Nieves.

—Hermana, mañana entierran a la psicóloga.

—Pero eso es a las once. No afecta a lo que hagamos por la noche.

—También es verdad. Aunque igual no es lo más adecuado, ¿no?

—¿Por qué? No estamos faltándole al respeto a nadie. Vamos al funeral, le damos el pésame a su familia y por la tarde entrenamos un par de horas antes de irnos a la cena. No hacemos mal a nadie, ¿no?

Alejandra no se ve saliendo de fiesta. No entiende que sus amigas lo hayan planteado tras lo que está sucediendo esos días en la academia. Además, ellas no lo saben, pero al asesinato de Jimena se ha sumado que Sara ha desaparecido. Cuando eso salga a la luz las cosas van a empeorar. No cree que tarde en suceder, a pesar de que hay una especie de complot para que, de momento, nadie hable con la policía ni con los medios de comunicación. En el instante en que los padres de la malagueña se enteren lo denunciarán, como es lógico. A partir de ahí, sálvese quien pueda.

—A mí no me apetece salir, chicas.

—Venga ya, Ale. No seas aguafiestas. Vamos a ir todos. ¿Vas a ser la única que se quede aquí metida? —comenta Susana.

—¿Todos vais a salir mañana?

—¡Esa es la idea! A los del taekwondo les parece genial. También Amanda, contra todo pronóstico, se ha apuntado. Nosotras dos, por supuesto. Hasta Grecia nos ha dicho que a lo mejor se viene.

—Cuando acabemos el entrenamiento hablaremos con Olga. ¿Sabes que ella y Marcus están juntos?

No le sorprende. Algo había intuido al verlos ayer saliendo de la habitación de la jugadora de tenis de mesa cogidos de la mano. Cuando los conoció jamás habría adivinado que acabarían siendo pareja. Ella es misteriosa y no pasa desapercibida; tiene esa belleza característica de la Europa del Este que la hace destacar en cualquier lugar. Él, en cambio, es un tipo tímido. A veces, da la impresión de que ni está presente. Habla lo justo y parece totalmente centrado en su deporte. El bádminton es su vida. En cualquier caso, se alegra por ellos si se confirma el romance.

—Solo nos queda preguntarles a Aníbal, a Nerea y a Izan —añade Susana, que hace énfasis cuando pronuncia el nombre del escalador —. Seguro que los tres dicen que sí.

—Izan no creo que esté para muchas fiestas —le lleva la contraria Alejandra—. Se ha lesionado la clavícula. No es grave, pero lo he visto muy desanimado.

—Pobrecillo. Le pasa todo a él —comenta Nieves.

—Por eso le vendrá bien salir. Entre lo de la policía, la periodista esa y la lesión, lo que necesita es una alegría para el cuerpo.

—Todos la necesitamos. ¡Será la mejor noche desde que llegamos a Madrid!

—No sé, chicas. Yo no lo veo. Estoy agotada.

—Si convencemos a Izan para que se venga, ¿te apuntas tú también?

La pregunta de la tinerfeña la hace dudar. Nunca ha salido de fiesta con él y podría ser divertido. Ambos necesitan desconectar de lo que está pasando en la academia, aunque sea una sola noche. Además, si va Nerea, es posible que surja algo entre los dos. Tiene que vigilarlos de cerca e impedir que el tonteo que se traen entre manos vaya a más.

—¿Chicas? ¿Estáis preparadas? —le pregunta Claudia, que se asoma al vestuario y las ve sentadas de charla—. ¡Daos prisa, por favor! ¡No quiero que empecemos tarde otra vez!

Alejandra es la primera que se levanta y acude a la pista. Por la mañana se llevó una buena reprimenda de sus maestras de esgrima por no llegar a la hora. No les dijo que se había entretenido hablando con Grecia y después con Aníbal del asunto de Sara. La puntualidad es un elemento esencial en la academia. Además, tenían programada una clase de manos con Lucía que se retrasó por su culpa. Asumió la responsabilidad y se excusó, aunque no se arrepiente. Hizo lo que tenía que hacer.

Ese es uno de los entrenamientos más intensos que recuerda desde que llegó a la Dick Fosbury. Se ha empleado a fondo, aunque no ha estado muy acertada. Lucía y Claudia se han pasado las dos horas y media corrigiéndole movimientos y obligándola a que los repita. Ha metido la pata bastantes veces y no ha sido porque no se haya esforzado.

—¿En qué estás pensando, Alejandra? ¡Concéntrate!

Es lo que más ha escuchado durante la sesión de parte de sus maestras. Ha terminado exhausta y con las piernas doloridas de tantos pasos adelante y atrás en la pista. Al llegar al vestuario le costaba respirar. Estaba sudando mucho y tenía el cabello rubio pegado a la frente cuando se ha quitado la careta. Se ha metido rápidamente en la ducha y se ha pasado un buen rato bajo el agua caliente.

—Hermana, ¿todo va bien? —le pregunta Susana mientras se seca. Nieves se ha vestido muy deprisa y se ha ido—. Te noto rara. Puedes contarme lo que sea.

—Estoy bien.

—¿Seguro? No es propio de ti llegar tarde a un entrenamiento como esta mañana y cometer tantos fallos. ¿Te está afectando mucho lo de Jimena?

—Imagino que lo mismo que a todos, ¿no? Han asesinado a alguien que conocíamos. Eso es muy duro.

—Es horrible, pero tenemos que seguir con lo nuestro —le dice la salmantina, que se peina los rizos frente al espejo y la mira por el cristal—. No sé si es una percepción mía, aunque también lo he hablado con Nieves y está de acuerdo conmigo: te estamos viendo sufrir.

—Gracias por preocuparos. No es para tanto.

—Debería alegrarme de que no puedas concentrarte, porque somos rivales y al final competimos por lo mismo, pero no me gusta que estés mal.

—No estoy tan mal. De verdad, Susana. Solo algo distraída.

—¿Es porque piensas que Izan es el asesino?

—Izan es inocente.

—Yo también lo creo, pero el cinturón es de él.

—¿Y qué? Lo pudo coger cualquiera y usarlo para matar a Jimena. No es una prueba definitiva. Hay ropa de todos por todas partes.

—No estoy acusándolo. Ya sabes que es un tío que me cae simpático. No tengo nada en su contra. A mí también me gustaba al principio de llegar.

—¿Te gustaba?

—Sí, pero ya no. No creo que sea mi tipo ni yo el suyo.

Alejandra se sube el pantalón del chándal y ata con fuerza el cordón para sujetarlo. Después se pone las lentillas mientras escucha sorprendida a Susana, que continúa peinándose frente al espejo y explicando lo que ya no le atrae de Izan. Se fija en que su amiga no lleva su habitual cadenita con la Virgen de la Vega, la patrona de Salamanca. Lo que sí tiene es un arañazo encima del seno derecho que parece reciente.

—¿Qué te ha pasado ahí? —la interrumpe Alejandra señalando el rasguño.

—¿Dónde? ¿En la teta? —dice Susana palpando la herida con el dedo—. Ni idea, tía. Me lo habré hecho con el sable.

—¿Has ido a que te lo vea el médico?

—¿Una mierda de arañazo? No voy a molestar al doctor por una tontería así.

—¿Y la medalla de la Virgen?

—En la habitación. La he tenido que guardar en un cajón porque se me ha roto —responde la salmantina, que se gira—. Y este interrogatorio ¿a qué viene? ¿Ahora eres la ayudante de la inspectora Pipper?

—No seas tonta.

—¿Por qué me haces tantas preguntas?

—Por nada. Solo me ha extrañado que no llevaras tu medallita.

—Eres muy observadora. No te creas que no me jode. La tengo desde hace cinco años. Me la regaló mi abuela antes de morir. A ver si encuentro en Madrid una tienda en la que me la arreglen. Mi madre me echará la bronca si se entera de que se me ha partido.

Alejandra no insiste. Se pone la sudadera de la academia y los zapatos, y guarda el traje de esgrima y el sable en su taquilla. No va a hacerle más preguntas a Susana para no molestarla, pero también se ha dado cuenta de que tiene una uña rota en la mano izquierda. No está segura de si la tiene así desde el lunes o desde ayer. Es muy extraño, porque siempre las lleva perfectas. En una calle de la zona de Argüelles ha encontrado un sitio en el que le hacen la manicura y se las pinta diferentes todas las semanas.

—No me esperes, Ale. Voy a tardar un rato con el secador. Tengo el pelo muy enredado —dice la sablista de Salamanca, que vuelve a

mirarse al espejo—. ¿Nos vemos ahora en la cena?

—Sí, claro. ¿Seguro que no quieres que te espere?

—No, no te preocupes. Tú piénsate lo de mañana. ¡Lo vamos a pasar genial!

Alejandra sale del vestuario repleta de incertidumbres. Le cuesta creer que no haya relación entre lo de la herida, lo de la medalla y lo de la uña rota. No le ha dado explicaciones para ninguna de esas circunstancias, pero seguro que las tendrá y serán coherentes y veraces. ¿A quién no se le rompe una uña de vez en cuando al hacer deporte? Las esgrimistas utilizan siempre un guante en la mano dominante —tanto para competir como para entrenar— con la que empuñan el sable. Se le habrá enganchado con la uña al quitárselo, seguro que no guarda relación con algo tan turbio como un asesinato. Que ella sepa, Susana no tenía nada en contra de Jimena Portero. ¿Por qué iba a ahorcarla con el cinturón de Izan? No puede ser tan paranoica. A su compañera no la ve capaz de cometer un crimen. Si bien es cierto que no la conoce tanto como para descartarla. Ni a ella ni a ninguno de los miembros de la academia. De hecho, se acaba de enterar de que a la salmantina le gustaba Izan los primeros días de academia.

Ya se ha hecho de noche en la Casa de Campo. Ha sido el día más frío desde que llegó a Madrid. La sudadera que le han dado en la academia por lo menos es calentita. Se cubre con la capucha para no congelarse las orejas y camina pensativa hacia el edificio A. Espera que no la asalte ningún periodista como le ha pasado antes a Izan. Su amigo estaba muy agobiado durante la comida y lo entiende perfectamente. Ella también lo estaría. Si sale a la luz que Sara ha desaparecido será aún peor. Ojalá se resuelvan ambos casos lo más pronto posible y lo dejen en paz, empezando por la prensa sensacionalista. ¿Qué puede hacer para animarlo? Igual no es tan mala idea que se vayan de fiesta mañana, como han propuesto sus amigas. Precisamente, cuando llega al edificio, Nieves está hablando por teléfono en recepción, aunque la canaria no la ve. Alejandra sube a su cuarto antes de ir a cenar. En la segunda planta oye gritos en el interior de la 203, la habitación al lado de la suya. Las paredes de la academia parecen de papel. Aníbal discute de forma acalorada

con alguien. La chica al principio no reconoce la otra voz, hasta que esta resuena con más fuerza y descubre que se trata de Kike Sánchez, el entrenador de bádminton.

—¡No seas inconsciente, por favor! ¿Todavía no te ha quedado claro?

—¡Hay que avisar a su familia, joder! ¿Cómo vamos a ocultarlo más tiempo?

—Hazle caso a Jaramillo, Aníbal. Es lo mejor para todos. ¿Quieres que nos cierren la academia? Yo me quedaría sin trabajo y tú sin Juegos Olímpicos.

—Lo primero es la salud de Sara.

—Claro que sí, pero no debes preocuparte tanto por ella.

—No sé cómo podéis estar tan tranquilos —dice Aníbal, que parece derrumbarse.

—Ya ha hecho esto otras veces. La conozco desde hace muchos años. La entrené antes de que viniera a la Dick Fosbury. Se trata de la mejor jugadora de su generación y de una futura número uno nacional, pero es emocionalmente inestable.

—No hables mal de ella, Kike.

—Tú, en realidad, no sabes cómo es Sara —oye decir Alejandra al entrenador de bádminton. Lo que le cuenta a Aníbal a continuación la deja en shock—. Mira, es mejor que lo sepas. Sara me llamó el lunes por la noche para decirme que me amaba y que me esperaba en un hotel en Príncipe Pío. Evidentemente, no fui.

CAPÍTULO 26

GRECIA

Madrid, miércoles, 13 de noviembre de 2024

Tony Roselló se ha pasado con el entrenamiento de la tarde. Grecia ha hecho varias series de arrancada, de dos tiempos y sentadillas traseras. Se siente reconfortada después de un trabajo muy productivo en el gimnasio, aunque no puede con su alma. Su entrenador le acaba de pasar por WhatsApp los billetes para Budapest. Se va el jueves de la semana que viene y regresará el domingo. Él la acompañará, y también irá con ellos Paz Bernal para atender cualquier molestia o lesión que pueda producirse. Es un simple test para comprobar su estado de forma actual. No tiene presión por conseguir una marca, aunque para ella es importante porque competirá contra halterófilas muy buenas de su misma edad. Se trata de su primera prueba internacional y será su carta de presentación en Europa. Le hubiera gustado que Jimena hubiese ido con ella a Hungría.

—Yo no puedo viajar con vosotros, Grecia.

—¿Por qué? No lo entiendo. Yo te necesitaré cerca cuando compita. Tus consejos son tan importantes para mí como los de Tony.

—Te agradezco el comentario y tu confianza. Es muy bonito que me veas así.

—Solo digo la verdad, Jimena.

—Ojalá pudiera estar en varios sitios a la vez y acompañaros. La Dick Fosbury es uno de los centros en los que trabajo. Sí, es muy importante para mí. Todos vosotros lo sois, pero aquí solo paso unas horas, dos o tres días a la semana.

—¿No te pagan lo suficiente para que te dediques a nosotros en exclusiva?

—No es por eso. Solo sois quince atletas. Tendría muchísimo tiempo libre si únicamente me ocupara de vosotros. A ti te veo cada vez que vengo, pero hay compañeros tuyos con los que solo he tenido una o dos sesiones desde que la academia abrió.

—¿Y si yo te contratara de manera individual? ¿Vendrías conmigo a los viajes?

No era una broma, aunque Jimena se rio. Luego le dio de nuevo las gracias por confiar tanto en ella y se disculpó por no aceptar la propuesta. De todas formas, no habría podido permitirse pagar una terapeuta privada. Si tuviese dinero, como Izan, habría insistido. Ya da lo mismo. No quiere otra psicóloga, a pesar de que Alfonso Jaramillo va a hacer lo posible para buscarle ayuda con su trastorno alimentario. No le ha dado su consentimiento para que hable con alguien de lo que le pasa. Ese hombre cada vez le cae peor. No solo a ella; Aníbal se ha enfadado mucho con él por lo de Sara. Precisamente, cuando llega al comedor para cenar, ve que el jugador de bádminton también está allí. Comparte mesa con Chema y Teo. No le caen demasiado bien esos dos, pero se sienta con ellos porque se lo piden. Acepta a regañadientes. Se ha hecho bastante tarde y no hay nadie más.

—¿Estás a dieta? —le pregunta Teo señalando su plato de comida. No parece que lo haya hecho para burlarse. Solo ha cogido una ensalada de tomate y lechuga y un filete de pescado. De postre, una manzana roja.

—No tengo hambre.

—Yo, si hubiera hecho tus ejercicios de esta tarde, estaría desfallecido. Me habría comido una vaca entera —comenta Chema, que la aplaude—. Mis dieces, señorita.

—Menuda máquina de levantar peso —añade el otro taekwondista —. Yo he alucinado.

Grecia se pone colorada mientras pincha un trozo de tomate. No se había enterado de que la estuvieran observando. ¿Tratan de ser simpáticos o solo es un truco para pedirle algo? ¿Y si es una coña que tienen entre los dos para mofarse de ella? Es la primera vez que le regalan un cumplido desde que están en la academia.

—Sigue así. Te vas a salir en Budapest —dice Teo, que se levanta, le pone una mano en el hombro y se lo aprieta de manera cariñosa —. Vas a arrasar.

—Nosotros te apoyaremos. ¡Team Fosbury!

La pareja de taekwondistas recoge las bandejas y se marcha del comedor aullando el nombre de la halterófila. Eso le arranca una risa nerviosa a Grecia. Está muy sorprendida de que supieran lo del test en Hungría. Tanto como que se hayan marchado animándola. A lo mejor tenía un concepto equivocado de ellos.

—Has bajado muy tarde a cenar —comenta Aníbal mientras pela un melocotón. Él no está eufórico como los otros dos. Tiene aspecto de que el día ha sido duro.

—Tony me ha machacado. He subido a la habitación después del entrenamiento, me he tumbado en la cama y me he dormido. Cuando me he dado cuenta eran las nueve y media.

—Yo también estoy muy cansado. Menuda mierda de miércoles.

—¿Se sabe algo nuevo de Sara?

El chico niega con la cabeza, al tiempo que le da un mordisco al melocotón. Su tono es lánguido. Se nota que no lo está pasando bien con ese tema.

—Nada, y para colmo no me dejan hablar de su desaparición.

—Sigue todo igual que esta mañana.

—Exactamente igual. Alejandra es otra que me ha pedido que no le diga a nadie lo de Sara. Me ha sorprendido que lo supiera.

—Lo siento. Se lo conté yo. A mí me pidió lo mismo.

—¿Se lo has dicho a alguien más?

—No, solo a ella. Apareció en el gimnasio justo después de que tú informaras a Alfonso de lo que habías hablado con su amiga.

—Mi entrenador también lo sabe y me ha pedido discreción. Todo el mundo parece que tiene mucho miedo de que la prensa se entere y la desaparición de Sara se convierta en la noticia que acabe con el cierre de la academia.

—Es normal. Ha costado mucho volverla a abrir.

—Se está mirando más por eso que por Sara.

—¿Estás muy preocupado? ¿Piensas que le ha pasado algo?

—Parece evidente, aunque solo lo crea yo. Hace dos días que tiene el móvil apagado. Nadie sabe nada de ella desde el lunes. Es difícil pensar lo contrario. Yo no puedo más, Grecia.

La chica juguetea con el trozo de pescado que le queda por comer llevándolo con el tenedor de un lado al otro del plato. Le da mucha pena Aníbal, que parece la única persona de la academia que está preocupada por Sara.

—¿Hasta cuándo te vas a dar de plazo para avisar a su familia?

—No lo sé. Por mí ya habría avisado a la policía, pero temo equivocarme y liarla. Jaramillo y Kike me han dejado muy claro lo que puede pasar. Quizá haya represalias si digo algo. Alfonso me lo dejó caer.

—Es raro que sus padres no se hayan presentado ya en Madrid. Imagino que se extrañarán de que su hija tenga el móvil desconectado tanto tiempo.

—No es tan raro. Sara no se lleva muy bien con ellos, sobre todo choca bastante con su madre. Me contó que para ella era una liberación haberse ido de Estepona. Los llama solo una o dos veces a la semana como mucho.

—No lo sabía.

—Me lo dijo el domingo por la noche. Estuvimos en su habitación después de cenar hablando hasta tarde. Creo que acababa de discutir con su madre y no se encontraba muy bien. Por eso me resultó raro que le dijera a Jaramillo que se había ido a Málaga con su familia a descansar.

Aníbal le explica que los padres de la chica no veían con buenos ojos que se dedicara al deporte y no aprovechara la nota media que tenía después de hacer selectividad para estudiar una carrera como Odontología o Medicina. No consideraban el bádminton como algo

serio y con futuro. Cuando Kike Sánchez, que la había entrenado desde los quince años, se marchó de Málaga, pensaron que el capricho de su hija se había terminado. Sin embargo, unas semanas después, la Dick Fosbury la eligió para que formara parte de sus deportistas. Era una apuesta personal del que había sido su entrenador.

—Parece que la conoces muy bien —dice Grecia, que ha estado muy atenta a lo que Aníbal le ha contado.

—No tanto como me gustaría. Nunca había hablado con ella hasta que llegamos a Madrid. Coincidimos en algún torneo, pero no me había acercado ni a preguntarle la hora.

—En cambio, ahora sois inseparables y confía mucho en ti.

—Me da la impresión de que confía más en Marcus.

—¿En Marcus?

—Sí. La charla que tuvimos sobre el tema de sus padres fue tan solo algo puntual. Necesitaba desahogarse. Era la primera vez que me contaba cosas tan personales. Sin embargo, con Marcus tiene una relación especial. No me preguntes la razón.

—Será que le da buenas vibras. Es muy buen chico.

—Yo lo veo más bien como un lobo con piel de cordero. No sé qué pensaría Sara si se enterase de que le gusta. ¿Seguiría confiando en él como hasta ahora?

—¿A Marcus le gusta Sara?

—Sí, me lo confesó ayer —dice Aníbal, soltando de malas maneras en el plato el hueso del melocotón que se ha comido—. No entiendo cómo no me di cuenta antes. Estaba cantado. Ya no me fío de ese tío.

—No sé si ese sentimiento es correspondido por parte de ella.

—Prefiero no pensarlo. A mí me ha traicionado como amigo. He dejado de hablarle.

El jugador de bádminton parece muy afectado por lo que considera una traición. Grecia no comprende que Aníbal esté enfadado con Marcus por esa razón, pero no le dice nada. Cada persona puede amar a quien le dé la gana, ¿no?

—Lo peor de todo es que dice que le gusta Sara y desde que se fue lo he visto tonteando con Olga. ¿Te lo puedes creer, la mosquita

muerta? Ahora se han vuelto muy amiguitos.

—Olga es muy guapa.

—Bah. Una rusa del montón. Hay miles con la misma cara en Moscú y en San Petersburgo.

A Grecia le parece preciosa. Le encantaría ser como ella. Tener esa finura en el rostro, esos enormes ojos azules y ese cabello largo y rubio. Es cierto que su carácter no lo termina de captar, pero físicamente es increíble. Tampoco ha logrado ser su amiga, aunque en los primeros días de academia intentó acercarse a ella. Fue entonces cuando le planteó a Jimena sus problemas de adaptación.

—Si no fuera un mamut tendría amigos.

—No eres ningún mamut, Grecia. Además, la gente no se fija en el físico de las personas para relacionarse con ellas.

—Claro que sí. El físico también es muy importante para tener amistades. Te lo digo yo.

—Eso no es verdad.

—Entonces, ¿por qué no logro ser amiga de Olga? ¿Y de las de esgrima? Llevo aquí tres semanas y no he conseguido que nadie me haga caso.

—Quizá es porque proyectas negatividad.

—¿Crees que soy una persona tóxica?

—No he dicho eso, Grecia —la contradijo Jimena, que se sentó a su lado en el sofá del despacho—. ¿Cuántas sesiones llevamos?

—Con esta..., siete.

—¿Y en cuántas te he dicho que eres tóxica? —le preguntó la terapeuta con una sonrisa am

able—. Eres maravillosa. ¿Vale? Una tía estupenda. Solo deja que los chicos te conozcan un poco más como te estoy conociendo yo. Verás como así les encantas y se acercan a ti.

En parte, Jimena tenía razón. El tiempo ayudó a que, por lo menos, algunos de los jóvenes deportistas que forman parte de la academia la aceptaran. Aníbal, Alejandra, Izan e incluso Susana y Nieves no tienen ningún problema en que se siente con ellos a comer o en que participe en las charlas nocturnas de la sala común

del edificio A. Hace diez días también llegó Nerea, con quien conectó enseguida. Le sorprendió que una chica con ese físico despampanante y una proyección deportiva tan exitosa fuera su amiga desde el primer segundo. Por el contrario, su compañera de juego, Amanda Quintero, se había convertido en el mismísimo demonio.

—¿Tú crees que tengo posibilidades con Sara? —le pregunta Aníbal con timidez.

—Eres alto, guapo y juegas muy bien al bádminton. Te debe de admirar. ¿Por qué no?

—No eres mala dando ánimos —dice el chico, que sonríe por primera vez en toda la conversación. Se levanta y le da un beso en la cabeza—. Gracias.

Aníbal ha conseguido que se sienta bien. No está acostumbrada a que nadie le dé las gracias. Pocos la valoran o le piden consejos. Ni sus propios hermanos. Para lo único que vale es para levantar la barra. De hecho, se ha puesto tan contenta que, cuando sube a la habitación, está más animada de lo habitual. También los vítores de Teo y Chema gritando su nombre han contribuido a esa alegría repentina. Camina hasta el cuarto de baño, levanta la tapa del váter y sonríe emocionada. Unos segundos después la cierra satisfecha. Esa noche seguro que duerme mejor.

CAPÍTULO 27

NEREA

Madrid, miércoles, 13 de noviembre de 2024

—Mamá, es la cuarta vez que me llamas hoy.

—Es que estoy preocupada. No puedo evitarlo. ¿Cómo va la mano?

—Igual que la última vez que hablamos.

—¿Te has puesto hielo como te dije?

—Sí, después de cenar he ido a pedirlo y he estado un rato enfriando la muñeca. Por suerte solo ha sido una torcedura y no hay nada roto. Ahora me iré a dormir y mañana será otro día.

Que Nerea espera que sea mucho mejor que ese. No resultará muy complicado con todo lo que ha pasado en ese miércoles que ya se termina. Menos mal que no se ha fracturado la mano. No ha entrenado por la tarde y todavía le duele, pero se siente aliviada de que la lesión no haya sido grave.

—No te he preguntado: ¿qué tal con Mikel? ¿Te ha gustado la sorpresa?

—Mamá, me tengo que ir a dormir.

—Uy. ¿Eso significa que habéis discutido?

—Ya te lo explicaré mañana. Estoy cansada.

—Las relaciones a distancia son difíciles, pero si es la persona adecuada no importan las dificultades que se interpongan en el camino. Todo se supera.

—De verdad, no me apetece hablar de ese tema.

—¿Por qué no regresas unos días a casa y te lo traes a cenar? Tu hermana también lo agradecerá, que no para de mirar el móvil

buscando noticias de tu academia y de la psicóloga muerta.

Nerea resopla desesperada. No quiere contestarle mal a su madre, pero cada vez que la llama insiste con lo mismo. Ya no sabe cómo decirle que no va a regresar a Santander. Aunque, seguramente, no podrá entrenar en la pista de arena en lo que queda de semana, no va a irse de la academia. Tratará de hacer ejercicios que no le supongan utilizar la mano lesionada y que le permitan mejorar su estado físico.

—¿Quieres que se ponga?

—¿Quién?

—Tu hermana, ¿quién va a ser?

—Ya hemos intercambiado hoy varios wasaps. Mañana le haré una videollamada.

—Bueno, tú sabrás. ¿De verdad que no hay ninguna posibilidad de que cojas un vuelo y vengas a Santander? Podemos ir al doctor Pascual y que te mire lo de la mano. A ver si te han dado un diagnóstico equivocado y la vas a tener rota. El doctor te conoce de toda la vida.

—Mamá, buenas noches.

Su despedida suena muy seca y siente que ha sido muy brusca con ella, pero ya no podía más. Suelta el móvil encima de la cama y se cubre la cara con las manos. Tiene ganas de gritar. Hace un gran esfuerzo por contenerse. Aquellas paredes son tan finas que se oye todo, y no quiere asustar a sus compañeros. ¿Por qué su madre no respeta su decisión de quedarse en Madrid? Ya no sabe cómo decírselo.

Aún no le ha dado tiempo a calmarse cuando el móvil vuelve a sonar. Ahora es Mikel. Pone el teléfono en silencio una vez más y espera a que se canse. Ha perdido la cuenta de las llamadas perdidas que le ha hecho su novio. No quiere hablar con él. Cada vez que recuerda lo que pasó por la mañana se le hiela la sangre. Jamás habría imaginado que aquel chico pudiera hacerle daño, aunque haya sido de manera accidental. Ha perdido la cabeza y lo ha demostrado en el último mensaje que le dejó en el contestador.

Nere, cariño, por favor.
Cógeme el teléfono. Quiero
que lo arreglemos, que
volvamos a ser los de siempre.
Joder, amor. Por favor. Es que
no entiendo qué está pasando.
No lo entiendo. Estoy
arrepentido de lo de antes. No
te debería haber dicho esas
cosas. Yo te quiero y sé que tú
también me quieres. Solo
que... Hostias, Nere. Cógeme
el teléfono de una puta vez.

A partir de aquel mensaje en el buzón de voz recibió varios wasaps de Mikel, que no piensa leer, y unas cuantas llamadas más, que no contestó. Necesita que pase el tiempo para analizar la situación con frialdad. En ese momento no se encuentra preparada para tratar de arreglar la relación ni tampoco para cortar con su novio. Está demasiado enfadada con él como para tomar una decisión sin dejarse llevar por lo que ha vivido hoy.

Nerea se pone el pijama y se lava los dientes con la mano izquierda. Quiere utilizar lo menos posible la derecha para no forzarla. Es una situación incómoda, que podría haber sido peor. Solo se la han vendado y le han mandado unos analgésicos para el dolor. Aunque está cansada no le apetece irse a dormir todavía. Saca el ordenador portátil del maletín y ve el capítulo 3 de la serie *Mi reno de peluche*. No lleva ni cinco minutos cuando llaman a la puerta. Son más de las diez y media. Se levanta y va a abrir extrañada de que alguien la visite a esas horas. Su primer pensamiento es que quizá sea Izan. El escalador ha estado con ella por la tarde, ya que ninguno de los dos ha podido entrenar. También han cenado juntos. Han hablado un buen rato sobre varios temas y se han hecho compañía. Ha sido agradable y divertido, como la charla en la consulta de la fisio. Ha servido para que no pensara en otras cosas. No le ha contado el problema que ha tenido con Mikel, pero sí le ha dado a entender que su vida ha cambiado en el poco tiempo que

lleva en Madrid. Aunque le sobra chulería y tiene un toque de prepotencia que no le favorece, se siente bien a su lado. Sin embargo, no es él quien entra en su habitación con el paso acelerado.

—Estoy bloqueada. Necesito hablar con alguien —le dice Amanda, que parece muy tensa—. Sé que solo somos compañeras y ni siquiera nos caemos bien, pero tengo que soltárselo a alguien y te ha tocado.

Nerea arquea las cejas y le dice si quiere sentarse en la cama. Aquella visita es totalmente inesperada. Amanda le había echado dos importantes rapapolvos durante el día. El primero, cuando llegó lesionada por la mañana y tuvieron que cancelar el partido amistoso con la pareja de universitarias norteamericanas, y el segundo, durante la cena. No se habían sentado juntas esa vez. Ella estaba en la mesa con Izan cuando Amanda se le acercó para regañarla de nuevo por no haber tenido cuidado y haberse hecho daño en la muñeca. Aquel infortunio afectaba a la preparación de ambas y no estaban para perder el tiempo. Le daba un ultimátum. Si volvía a ocurrir le pediría a Jaramillo otro cambio de pareja. A Nerea eso no le sentó bien, aunque sabía que era más una pataleta de Amanda fruto de la frustración que una amenaza real. Su entrenadora y el director la han apoyado en todo momento. Le han dicho que no se preocupe; que las lesiones forman parte del deporte, aunque no te las provoques entrenando o en la competición, como ha sido su caso.

—Creo que sé quién mató a Jimena Portero.

Amanda habla tapándose la boca con la mano y bajando la voz, como si tuviera miedo de que la estuvieran escuchando o leyéndole los labios. Nerea da un respingo. No sabe por dónde va a salir y a quién va a acusar. Espera que no diga el nombre de Izan. Se inclina hacia ella y presta atención.

—¿Te acuerdas de que te dije que tu amiga Grecia era la principal sospechosa?

—Sí, aunque no la veo matando a nadie. Es una buena chica.

—No es tan buena como piensas, pero ese es un tema aparte. El caso es que ahora tengo razones para creer que es otra persona la

que asesinó a nuestra psicóloga.

—¿Quién? —pregunta Nerea, a la que hasta le tiembla la voz de la incertidumbre. A Amanda le gusta hacerse de rogar.

—Kike Sánchez.

—¿El entrenador de bádminton? ¿Por qué piensas eso?

—Tengo mis motivos. ¿Te acuerdas del pelotazo en la cara que me diste el lunes?

—Ya se me había olvidado, pero sí. Lo recuerdo. Te enfadaste muchísimo conmigo y te largaste del entrenamiento.

—Exacto. Me fui a tomar el aire un poco para que se me pasase el cabreo. Pues bien, resulta que me los encontré a los dos fuera del edificio B.

—¿A Kike y a Jimena?

—Sí. Estaban hablando con Sara, un poco apartados, como si no quisieran que los oyera nadie. De hecho, yo no conseguí oír lo que decían. Por los gestos y aspavientos que hacían, los tres parecían muy tensos.

—¿Estaban discutiendo?

—Esa impresión me dio. Luego Sara se marchó y se quedaron ellos dos charlando, también muy alterados. Pensé en ese instante que era como una bronca de pareja.

—Pero Kike está casado y tiene un hijo, ¿no?

Era una información que le había dado Grecia en la segunda o tercera cena que tuvo en la academia. Su amiga la había puesto al día del estado civil de cada uno de los entrenadores y le había hecho saber de quién estaba prohibido enamorarse. Existía el rumor de que alguno llevaba tiempo tirando fichas.

—Sí, por eso me extrañó. Aunque no lo parezca, soy bastante observadora. No se me escapa ni un detalle de lo que sucede a mi alrededor. Las caras de Kike y Jimena estaban demasiado cerca cuando discutían. Por lo menos desde mi ángulo de visión.

—Nadie mata a otra persona por una simple discusión.

—Depende del motivo y de la frecuencia con la que se discuta —replica Amanda, que esboza una sonrisa de satisfacción—. No era la primera vez que pasaba. Mientras cenaba me he acordado de que hace más o menos un mes me crucé con Kike, que salía muy

enfadado del despacho de Jimena. Yo tenía sesión esa mañana y cuando entré en su consulta ella estaba muy tensa, casi llorando.

—¿Y crees que fue por una discusión con él?

—Obvio, pero hasta hace unos minutos no lo he relacionado con el crimen. Está muy claro: Kike Sánchez es el asesino.

—¿Tienes más pruebas?

—¿Te parece poco? Un tío tiene dos fuertes discusiones con una chica que aparece muerta en su despacho el mismo día en el que han mantenido la segunda bronca. Posiblemente, fueran amantes o se han acostado alguna vez. Ella lo amenazó con contarle lo de su aventura a su mujer y él decidió silenciarla. O a lo mejor Jimena quería ser la única y que su relación fuera a más y a Kike solo le apetecía follar. La psicóloga no accedió a sus caprichos y decidió hacer pública su relación, pero el otro no se lo permitió y la mató.

—Todo esto son suposiciones tuyas, ¿no?

—Sí, se me han ocurrido mientras cenaba.

Una discusión por una infidelidad podría ser una buena razón para asesinar a alguien. Es un motivo de bastante peso y la historia de la humanidad está repleta de crímenes pasionales. Sin embargo, en realidad, esa suposición parte de la imaginación de Amanda. Aunque su compañera lo ve clarísimo, a Nerea no le acaba de cuadrar.

—Bueno, ya me he desahogado. Tenía que contárselo a alguien.

—Has hecho bien viniendo a verme.

—¿Crees que debo hablarle de esto a la policía?

—No lo sé. Acusarías a una persona de algo tan grave como un crimen sin tener una prueba que verdaderamente sea definitiva. Solo es una suposición.

—Kike Sánchez es el asesino, Nerea. No es una simple suposición —insiste Amanda, que ahora parece enfadada—. Te acabo de contar mi teoría, que tiene mucho sentido aunque tú no opines lo mismo.

—No es eso.

—Claro que lo es. Me estás tomando por una desequilibrada que se inventa historias absurdas para llamar la atención. Te lo veo en la cara.

Nerea no responde a la provocación de Amanda, que sigue reprochándole que no apoye su hipótesis y saca otra vez a relucir el

carácter desagradable del que ha hecho gala en esos días. ¡Si quiere ir a la comisaría a denunciar a Kike Sánchez que vaya y la deje tranquila! Ella no lo haría si no tuviera una prueba concluyente en contra del entrenador. La está poniendo muy nerviosa. Sus primeros días en la academia están siendo una montaña rusa, y eso que todavía la policía no ha hablado con ella. Ni la inspectora Pipper ni ninguno de sus compañeros en la investigación se lo han pedido. Le extraña, porque el resto de los deportistas y los entrenadores sí que han sido interrogados. No sabe si por haber llegado la última piensan que no se entera de nada de lo que sucede en la Dick Fosbury y la han exonerado de declarar. En realidad, no tiene mucho que aportar a ese caso.

—¿Eso es todo? —le pregunta, deseando que Amanda se vaya de su habitación.

—Pues mira, ahora que lo dices, te quería comentar algo más —responde la otra, con tono desafiante—. Estás andando por un terreno peligroso.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque estás cogiendo algo que no es tuyo. Ten mucho cuidado con lo que haces con Izan Cabañas.

—Yo no he hecho nada con él.

—Ese no es mi problema. Yo solo te advierto. Por si no te has dado cuenta, hay una persona que no te quita los ojos de encima cuando estáis juntos. No sería bueno para el centro que se cometiera otro asesinato, y esta vez sí que estaría muy claro que se trataría de un crimen pasional.

CAPÍTULO 28

IZAN

Madrid, miércoles, 13 de noviembre de 2024

Las pruebas que le ha hecho el doctor Bustamante por la tarde han ido bien. El diagnóstico que le dio Paz Bernal es similar al del médico después de ver la radiografía. No hay nada roto y solo se trata de un leve esguince. Descansará hasta el lunes y si se encuentra mejor entrenará de forma suave la semana que viene. Antes de subir a la habitación, Izan se toma un ibuprofeno para el dolor de la clavícula. Las molestias persisten, aunque nada que ver con respecto a las que tenía por la mañana. Esas tiras milagrosas han hecho efecto. El mejor antídoto, sin embargo, ha sido Nerea. Durante el tiempo que ha pasado con ella no ha pensado en la lesión. Sabe que tiene novio, pero en la charla que han compartido mientras cenaban no le ha quedado claro que esa relación pase por su mejor momento.

—¿Te has adaptado bien a la academia?

—Creo que sí. Grecia me ha ayudado mucho, y la mayoría de los chicos y las personas que trabajan aquí están siendo muy amables conmigo. No tengo quejas.

—¿Ni de Amanda?

—Ella es un caso aparte —dijo Nerea sonriente—. Pero no es tan mala como pretende aparentar. Acabaremos entendiéndonos dentro y fuera de la arena.

—¿No echas de menos a tu familia?

—Claro. Además, mi hermana y mi madre están en plan pesadas. No paran de insistir para que vaya unos días a Santander. Están preocupadas.

—Es normal que quieran estar contigo y que se preocupen. Todos nuestros familiares lo están. Mi madre se ha tenido que tomar un par de Valiums para tranquilizarse y mi padre quiere demandar a la prensa.

—Pobres. Qué mal. Entiendo a mi madre y a mi hermana, pero yo estoy bien en Madrid. Pensaba que me iba a costar más separarme de ellas. Todo está cambiando muy deprisa, yo también, aunque debo reconocer que esta etapa de mi vida está empezando a gustarme.

En ningún momento Nerea nombró a su pareja y eso Izan lo ha entendido como una señal. No es que desee que rompa con su novio y lo pase mal, pero si está libre y no tiene compromiso con nadie, mucho mejor para el futuro. Quién sabe hasta dónde pueden llegar sus sentimientos hacia la jugadora de vóley playa.

Izan lleva desde que regresó de la fisioterapeuta metido en el edificio A, salvo por la visita que le hizo al doctor Bustamante. Le ha cogido miedo a salir. Teme encontrarse con otro periodista que se haya colado en la academia o de cruzarse con la inspectora Pipper y que se lo lleve de nuevo a la comisaría. No se ve preparado para ninguna de las dos circunstancias, aunque está muy pendiente de todo el que se le acerca. Es una pena que Nerea se haya ido ya a su cuarto, porque le hubiera encantado alargar un poco más la charla. La chica estaba cansada y quería irse a dormir pronto. También ha sido una jornada complicada para ella por la lesión en la muñeca. Al menos, el infortunio de ambos ha servido para que se conozcan más y para que hayan podido pasar más tiempo juntos.

En el edificio A, en la planta baja, junto al comedor, disponen de una pequeña biblioteca que suele frecuentar por las noches. Aquella habitación también hace la función de sala de juegos y tiene un par de sillones para descansar. Izan escruta la sección dedicada a la poesía y saca de la librería *La piel en los labios*, de Miguel Gane. No

es que sea un gran aficionado, pero desde que está en la academia se ha animado a leer más. Le gusta sentarse de vez en cuando en aquel cuarto, con la luz tenue, y disfrutar de un buen libro.

—No te pega nada leer poesía —le dice Alejandra, que ha entrado en la habitación de manera sigilosa y se ha acercado hasta el sillón donde Izan lleva unos minutos leyendo—. ¿Es bueno?

—A mí me gusta. ¿Qué clase de libro es el que me pega?

—No sé. Algo tipo Geronimo Stilton o la Patrulla Canina —bromea la chica, que se sienta en el brazo del sillón y le quita el poemario de las manos—. O a lo mejor los Futbolísimos.

—Me encantan los Futbolísimos. He visto hasta la película.

—Yo también la he visto.

Alejandra hojea el libro de Miguel Gane mientras Izan la contempla. Tiene el culo de la chica al lado de su mano. De hecho, su dedo pulgar está pegado al pantalón corto de pijama. No sabe si Alejandra lo ha hecho a propósito, pero no hay dudas de que entre ellos existe tensión sexual desde el primer día. Sin embargo, nunca se han acostado.

—Hoy has estado un poco desaparecido —dice ella devolviéndole el libro—. ¿Cómo te encuentras del hombro?

—Mucho mejor. Me lo han vendado con una tira kinesiológica y me he tomado un calmante, y se ha bajado la inflamación.

—¿Me dejas verlo?

Izan se sube la camiseta y se la muestra. Alejandra coloca las manos en el hombro derecho y comienza a darle un masaje. No es el primero que le da desde que conviven juntos en la academia. Alguna vez le ha comentado que si no se hubiese dedicado en serio a la esgrima habría querido ser fisioterapeuta. No descarta compaginar ambas cosas en el futuro.

—Estás muy tenso. Relájate.

—Es que tienes las manos frías.

—Enseguida se calientan.

—Si entra alguien y nos ve así se va a pensar otra cosa.

—A estas alturas me da lo mismo lo que piense la gente —comenta Alejandra, que hunde los dedos en el omoplato lesionado de Izan. La sensación de dolor y placer crecen al mismo tiempo—.

Anoche me dejaste tirada. Creía que volverías, me pedirías perdón y dormiríamos juntos.

Izan sonríe irónico justo antes de recibir un pellizco de su amiga. El escalador se queja, pero la chica vuelve a retorcerle la piel. ¿Lo ha hecho a propósito? Gira la cabeza y se encuentra con que ahora la que sonríe es ella.

—Perdona, ha sido sin querer. ¿Por qué no regresaste a mi habitación?

—Discutimos. ¿Qué querías que hiciera?

—Te pusiste nervioso por ese estúpido vídeo. Yo no tuve la culpa de que esa periodista te abordara cuando regresaste de la comisaría.

—Bueno, me dijiste que no era para tanto.

—Porque no lo era.

—¿No te parece importante que en una televisión insinúen que eres el culpable de un crimen y que el vídeo donde te acusan de asesinato se haga viral en las redes sociales?

—Mientras la policía y el juez no lo piensen, no.

Izan siente los finos dedos de Alejandra deslizándose por su espalda, recorriéndola lentamente hasta el inicio del pantalón. A continuación, sus manos van hacia delante y le acaricia los pectorales. Aquello ya no forma parte del masaje en la zona que se ha lesionado. La chica se inclina y le besa el cuello.

—Este no es el mejor sitio para esto.

—¿Para qué? ¿Para un simple masaje?

—Ale, no es el momento.

Aunque está consiguiendo excitarlo, Izan le aparta las manos y se pone de pie. La joven esgrimista lo mira con cara de pocos amigos. También se levanta y hace un último intento.

—¿Quieres que vayamos a la habitación? —le pregunta mientras se acerca para besarlo. El chico, en cambio, la rehúye y se aleja de ella.

—No, es que no tengo ganas de... eso.

—Joder, Izan. Últimamente eres un coñazo —le suelta Alejandra, que se deja caer en el sillón—. ¿Qué te pasa? Solo me apetece echar un polvo, que llevo un montón de tiempo sin follar. No te voy a pedir que te cases conmigo.

—Me duele el hombro y estoy cansado. Ha sido un día muy difícil.

—Eso solo son excusas, pero está bien. Ya no volveré a intentarlo contigo. Me ha quedado muy claro.

—Lo siento, Ale.

El chico coge el libro y lo coloca de nuevo en la estantería. Le da las buenas noches y sube hasta la primera planta. En otro momento de su vida, habrían tenido sexo apasionado tirados en la alfombra de la biblioteca y le habría dado lo mismo que los descubrieran. No sabe explicar la razón por la que está con el freno de mano echado. No es por Alejandra, una chica increíble que le atrae una barbaridad y con la que además ya se ha liado y tiene cierta complicidad. ¿Entonces? ¿Sus negativas a la esgrimista se deben a lo que está empezando a sentir por Nerea?

En recepción se encuentra con los taekwondistas. No se lleva mal con ninguno de los dos, aunque tampoco tienen un trato fluido. Como van bastante a lo suyo, no ha conseguido establecer un vínculo con ellos en estas semanas. Para su sorpresa, Teo, el más fornido de la pareja, se le acerca y le da una palmada en el hombro que no tiene lesionado. A Izan le retumban todos los huesos por el golpe y piensa que jamás se enfrentaría en una pelea con ese tipo.

—Hola, ¿qué has leído hoy? —le pregunta; el taekwondista parece contento.

—¿Cómo dices?

—Vienes de la biblioteca, ¿no? Te he visto alguna vez por allí leyendo. Lo que pasa es que estás tan concentrado que ni te enteras.

—Poesía. Un libro de un autor que se llama Miguel Gane.

—Joder, eres un romántico. Yo no entiendo nada de poesía. Soy más de novelas de crímenes. De esas en las que hay un misterio y no se sabe quién es el asesino hasta el final. Últimamente leo poco. Prefiero ver una serie.

A la conversación enseguida se les une el otro taekwondista, que lleva un bote de Red Bull en la mano. A Izan le parece que no hay nada menos adecuado para tomar antes de ir a dormir que una bebida energética.

—Hemos visto el vídeo viral ese de los cojones. Menuda hija de puta —dice Teo enseñándole el móvil—. Es la misma periodista que se ha colado hoy en la academia, ¿verdad?

—Sí, se llama Cata González. Espero que no vuelva a molestar.

—Después de que Amanda le tirara el teléfono al lago no creo que regrese. Me encanta esa tía —comenta Chema, que se parte de risa con su compañero—. Cuando antes me lo ha contado me descojonaba. Es la puta ama.

A Izan le resulta una pareja curiosa. Son dos tíos fibrosos, de largas extremidades, con pinta de matones de barrio. Su manera de expresarse es chabacana, y en ocasiones incluso rozan lo agresivo. Aunque lo que más destaca en ellos es que son extraordinarios en su deporte. Los mejores de sus categorías y de su promoción.

Siguen hablando de la periodista y de Amanda cuando por delante de ellos pasa Alejandra, que vuelve de la biblioteca. La esgrimista no los saluda y sube la escalera que conduce a las habitaciones.

—Tío, ¿qué rollo te traes con esa? —le pregunta Teo refiriéndose a la chica que acaban de ver—. ¿Estáis o no estáis liados?

—Eso, cuéntanos. ¿Qué tienes con Alejandra?

—Nada. No hay nada entre nosotros.

—¿Os habéis acostado?

—¡No! No hemos tenido sexo.

—¿Y con la nueva? Os hemos visto muy juntitos estos días.

—Con Nerea tampoco hay nada —le responde Izan a Chema, que lo ha abrazado con fuerza, haciéndole daño en el hombro derecho—. Solo somos amigos.

—Será porque tú quieres, tío. Está claro que las dos van detrás de ti. Qué suerte tienes, hermano.

En ese momento, aparece Nieves para salvarlo de aquella situación incómoda. La esgrimista canaria se acerca hasta los tres y se dirige directamente a Izan.

—Oye, ¿te apuntas mañana a cenar fuera y luego salir de fiesta por Madrid? Vamos a ir todos. ¿Verdad, chicos?

Teo y Chema asienten. Le dicen que será perfecto para desconectar y que les apetece conocer a fondo la noche madrileña. Nieves le explica que la idea es reservar un restaurante y después ir

a alguna discoteca o a algún pub del centro. Hablarán con Jaramillo y con Dafne para pedirles permiso, aunque solo les comentarán la parte de la cena.

—No lo sé. Me da pánico que la prensa nos siga y nos graben por ahí de fiesta haciendo cualquier tontería que se pueda malinterpretar. No quiero pasar otro mal trago.

—Nos tienes a nosotros de guardaespaldas. ¡Y a Amanda! No habrá ni un periodista que se nos acerque. Te lo aseguro.

Izan no lo tiene claro. No le apetece salir. Además, con el tema de la lesión le preocupa que pueda llevarse un golpe o hacer un movimiento desafortunado y que se agrave. Aunque si van todos, incluida Nerea, tampoco se va a quedar él solo en la academia.

—Vamos, tío. Di que sí. Lo pasaremos bien. Unos bailoteos, un par de copas y a divertirse. El viernes entrenaremos todos con resaca, pero con las pilas cargadas —dice Chema eufórico, tras darle un sorbo al Red Bull—. Una vez al año no hace daño.

—Lo pensaré.

—Eso es un sí —interviene Nieves alzando los brazos en señal de victoria—. Poneos guapos. Nosotras ya hemos elegido vestido para la ocasión.

—Qué peligro tenéis las de esgrima.

Izan va a decirles que todavía no es seguro que cuenten con él para salir mañana cuando por la puerta del edificio A aparece una chica con una bolsa de deporte azul colgada del hombro. Los cuatro se la quedan mirando sorprendidos.

—Pensaba que estabas en Estepona —le dice Izan a Sara, que deja la bolsa en el suelo y mira hacia la escalera, por donde Aníbal baja justo en ese momento.

—Ha habido cambio de planes.

CAPÍTULO 29

MARCUS

Madrid, jueves, 14 de noviembre de 2024

Llaman con insistencia a su puerta y se despierta. Marcus mira el reloj del móvil y ve que son más de las tres de la madrugada. ¿Quién será a esas horas? Estaba profundamente dormido a pesar de que le costó conciliar el sueño. Se fue a la cama con la noticia de que Sara había vuelto a la academia. Intentó hablar con ella, pero la chica se encerró en su habitación en cuanto llegó. Incluso colocó un cartel en la puerta de la 201 que ponía NO MOLESTAR escrito a mano con grandes letras mayúsculas. ¿Dónde habría estado en las últimas cuarenta y ocho horas?

Marcus se levanta, se calza las zapatillas y, muy molesto porque le hayan interrumpido el sueño, va hacia la entrada del cuarto. El que sea vuelve a llamar, algo que lo enfada todavía más. ¿Qué es tan urgente para que lo hayan despertado?

Cuando abre, se encuentra con Aníbal y Sara. El chico tiene cara de pocos amigos y ella aspecto de cansancio.

—Tenemos que hablar contigo. Ven con nosotros —le ordena su compañero.

—¿Ahora? ¿No puede esperar a mañana?

—No. Ahora. Vamos a los sillones de la sala común. Estaremos más tranquilos y no nos escuchará nadie.

Marcus mira a Sara, que no dice nada. Les pide un minuto para ponerse una sudadera y coger el móvil, y los acompaña. No sabe de qué va aquello, pero tiene pinta de que no es para algo bueno. La

academia está en completo silencio. Saludan a la conserje que está de guardia esa noche, quien les pregunta si todo va bien. Es Aníbal el que responde que sí, aunque no le da explicaciones de por qué están despiertos a esas horas y se dirigen a la sala común del edificio A.

—¿Dónde has estado estos días? —le pregunta Marcus a Sara por el camino.

—Ya te lo contaré. No es el momento.

—Pero ¿qué pasa? ¿De qué va esto?

La chica no le responde. Entran en la sala y se sientan. Aníbal en un sillón solo y Marcus y su amiga enfrente, en un sofá de dos plazas. La nota muy nerviosa; tiene un tic en la pierna y no deja de moverla. Algo ha tenido que pasar entre ellos para que se dé esa reunión cuando todo el mundo duerme.

—Bien. Dile a Sara lo que me confesaste a mí —le pide Aníbal cruzándose de brazos, sin más preámbulos.

—¿El qué?

—Lo de que te gusta y que tenías el volante rosa en tu habitación porque te recordaba a ella. Es el momento de que le digas lo que sientes.

Marcus no ha pasado tanta vergüenza en toda su vida. Se queda tan bloqueado que no es capaz de articular ni una sola palabra. Aníbal insiste en que hable y que ponga todas las cartas encima de la mesa.

—Vamos, tío. No seas cobarde y admítelo. Dile que te gusta.

—No le presiones. Déjalo tranquilo —le ruega Sara, que tampoco lo está pasando bien—. Ya somos muy mayores para estas tonterías.

—Es surrealista que tú digas eso después de haberte largado dos días sin avisar a nadie de dónde estabas y apagando el móvil.

—Ya te he dicho antes que necesitaba desconectar. Estaba saturada.

—Nos has tenido preocupados a todos y has regresado como si nada hubiese pasado. ¡Joder, estuve a punto de ir a la policía a denunciar tu desaparición!

—Eres un exagerado. No he estado fuera ni dos días.

—Después de lo de Jimena no sabía si te había pasado lo mismo. ¿Por qué no me llamaste? Por lo menos podrías haberme enviado un wasap.

—No tengo que darle explicaciones a nadie de lo que hago. Que yo sepa, no eres mi novio ni mi padre. Ni aunque lo fueras.

Marcus es testigo de la discusión sin intervenir. No sabe muy bien qué pinta allí, porque parece que sus dos compañeros se han olvidado de que está presente. Se echan en cara cosas que no tienen nada que ver con él. También desea saber qué ha hecho la chica mientras ha estado fuera y por qué no se ha puesto en contacto con nadie. Además, quiere preguntarle por el mensaje que le dejó en el volante rosa y por si sigue sintiéndose en peligro, pero no lo hará delante de Aníbal.

—¿Para esto querías que habláramos?

—Estaba muy preocupado por ti. Ni tu mejor amiga sabía dónde estabas.

—Rita me conoce muy bien y es consciente de que algunas veces me agobio y necesito estar sola. No tenías derecho a molestarla.

—No sabía a quién acudir. Pensaba que éramos amigos.

—Un amigo no te despierta en mitad de la madrugada y te recrimina lo que ya no tiene remedio. Marcus sí ha demostrado que es mi amigo.

—Por eso está aquí. Sé que confías en él y no en mí. Que le dirás la verdad. ¿Por qué no le cuentas lo de Kike? Para que sepa que no tiene posibilidades contigo.

La chica palidece con la afirmación de Aníbal. Marcus también se sorprende con lo que acaba de escuchar. Los dos miran a Sara, que se retuerce nerviosa en el sofá. Se traba al hablar y tiene la respiración agitada.

—¿Rompiste con tu antiguo novio porque estás enamorada de él?

—No... no tengo... nada que contar.

—¿No? ¿No le pediste a Kike que fuera a verte a un hotel de Madrid? ¿A uno que está en Príncipe Pío?

—Eso... solo es asunto... mío.

—Así que es cierto.

—No... pienso hablar de... ese tema.

—Estás enamorada de él desde que te entrenaba en Málaga. Por eso aceptaste venir a Madrid, ¿verdad? Porque sabías que Kike sería tu entrenador y podrías volver a intentar que se fijara en ti.

—Yo... yo... no...

—Puedes decírselo a Marcus. Confías en él y no lo vas a engañar, ¿no? Es un buen chico que nunca te va a traicionar. No como yo, que soy un cabrón. ¿Verdad, Sara?

Aquello está siendo un ataque como los que hace Aníbal cuando juega. Es el estilo que lo caracteriza. Uno juega como es. Siempre se muestra agresivo y contundente en la pista. Suele aprovechar las debilidades de su rival y no le permite que descanse ni un instante. No te da tregua. Marcus quiere pararlo, pero no se atreve. No lo escucharía. Le da pena su amiga, que no consigue acabar ni una sola frase. Tartamudea y gesticula muy nerviosa.

Entonces, Sara se queda callada de repente. Marcus observa como se tambalea a su lado; la chica cierra los ojos y se cae del sofá. El impacto contra el suelo es fuerte. Los dos se agachan con rapidez a socorrerla. Está inconsciente. Durante unos segundos reina la confusión. Aníbal le abre la boca y le mete los dedos con cuidado para que no se trague la lengua. Le pide a gritos a Marcus que busque a un médico rápidamente. Sin embargo, antes de salir de la sala, oye toser a su amiga. Cuando se gira, Sara está consciente y se sienta en el suelo. Aníbal la abraza y le pide perdón.

—¿Quieres que vayamos al médico? —le pregunta Marcus, que se acerca a ellos.

—No. Estoy bien.

Sara tiene la cara blanca. Trata de esbozar una sonrisa que no le sale y se incorpora como si le doliera todo el cuerpo. Entre los dos la ayudan a sentarse en el sofá. Seguramente, tenga algún hematoma consecuencia del golpe que el pijama impide ver. Por suerte, no se ha dado en la cabeza. Aunque lo más importante es que está consciente y que aquello parece que solo ha sido un desmayo.

—Soy un auténtico capullo —reconoce Aníbal, que se sienta junto a Sara en el sofá de dos plazas—. Estoy perdiendo la cordura. Creo que necesito irme una temporada de la academia o me voy a volver loco.

—¿Quién te ha dicho lo de Kike? —le pregunta la chica, mientras se remanga y se mira el brazo. Tiene un cardenal y una raspadura en el codo derecho, aunque no parece grave.

—Él mismo. Esta tarde vino a verme y me lo contó. No mintió, ¿no?

Sara mira hacia otro lado, como dando a entender que Aníbal está en lo cierto. Marcus no va a juzgar a su amiga. Su entrenador está casado y tiene un hijo, pero le han enseñado a no opinar sobre lo que hacen los demás sin conocer todas las circunstancias. Solo uno mismo sabe la razón por la que actúa de una manera o de otra. Kike es un tipo todavía joven y atractivo, y puede llegar a comprender que Sara se haya colado por él, a pesar de los doce años de diferencia de edad. Lo que no entendería es que tuvieran una relación dentro de la Dick Fosbury, siendo técnico y jugadora, por lo que tal cosa implicaría en todos los sentidos para el propio centro.

—¿Le pediste que fuera a verte al hotel?

—Sí, pero... hay más cosas que no os puedo contar.

—¿Por qué? —le pregunta Aníbal, que se ha tranquilizado después del susto y habla con más calma—. Aunque ahora me veas como a un ogro por todo lo que te he dicho, soy tu amigo. Estaba muy enfadado. Puedes confiar en mí. Y, por supuesto, en Marcus. Los tres formamos un equipo.

—No creo que estas horas de la madrugada sean el momento adecuado para hablar del tema. Es una historia muy larga, que no sé si debo... Estoy muy cansada.

—Pero si pasa algo grave tienes que contárnoslo —insiste el almeriense—. Nosotros podemos ayudarte.

Marcus se acerca hasta Sara y le ofrece la mano para que se ponga de pie. Ya no aguanta más a Aníbal. Ha llegado a un punto en el que es evidente que no se da cuenta de lo pesado que puede resultar.

—Vamos, te acompaño a tu habitación. Necesitas dormir.

La chica sonríe y le da las gracias. Acepta la ayuda de su amigo y se levanta del sofá. Aníbal también lo hace y esta vez el que no dice nada es él. Los tres suben de nuevo hasta recepción. Parece que la conserje de guardia no ha escuchado lo que ha sucedido abajo,

porque no hace ningún comentario al respecto y solo les desea las buenas noches. Por lo que se ve, la sala común tiene mejor insonorización que las habitaciones de la academia.

—Subid vosotros. Yo necesito tomar un poco el aire —comenta Aníbal, que se dirige hacia la puerta del edificio y los deja solos.

Sus compañeros suben hasta la segunda planta. Aunque Aníbal parece arrepentido de cómo se ha comportado, a Marcus le va a costar volver a mirarlo de la misma manera. No solo ha montado un número indecente y se ha pasado dos días sin hablarle. También lo ha vendido. No tenía derecho a decirle nada a Sara de lo que hablaron ayer. ¿Para eso lo ha sacado de la cama? ¿Para humillarlo delante de ella?

La chica se detiene frente a la habitación 201. Saca la tarjeta magnética y abre.

—Gracias por todo —susurra la malagueña.

—No tienes por qué darlas. Yo no he hecho nada.

—Has hecho mucho más de lo que piensas, Marcus. ¿De verdad te gusto?

El chico se rasca la cabeza nervioso. No sabe qué responder. En realidad, a él le gusta otra, pero no cree que sea adecuado decírselo ahora. No quiere faltarle al respeto a Sara ni que piense cosas que no son. Hoy ya ha habido demasiadas confusiones. Lo único que le apetece es irse a dormir y cerrar página.

—No contestes —se anticipa a decir la chica, al verlo dudar. Sonríe, le acaricia la cara y le da un beso en la mejilla antes de entrar en la habitación—. Eres un buen tío, Marcus Li. Mañana, cuando estemos más tranquilos, te lo contaré todo.

CAPÍTULO 30

NEREA

Madrid, jueves, 14 de noviembre de 2024

Se ha levantado con bastante dolor en la muñeca. Incluso le ha molestado para vestirse, sobre todo al ponerse las medias. Han quedado después de desayunar en recepción para irse todos juntos al cementerio. La academia ha puesto un autobús para los deportistas y los entrenadores que deseen asistir al funeral de Jimena Portero. A Nerea los entierros no le traen buenos recuerdos. Cuando tenía nueve años asistió al de su padre. Fue el momento más doloroso de su vida.

Será porque es lo que le han enseñado o porque en eso es muy tradicional, pero quiere ir completamente de oscuro al funeral. Menos mal que se llevó un vestido largo negro de Santander, que metió en la maleta en el último segundo. Era lo único que tenía más o menos adecuado para un acontecimiento de este tipo. Normalmente, viste más colorida. Lo que no se llevó de casa es alguna prenda que ponerse encima que pueda servirle y que no desentone en un entierro. Hace frío y necesita abrigarse. Solo dispone de un chubasquero amarillo, un par de chaquetas vaqueras y un plumas rojo demasiado chillón. Está pendiente de recibir una maleta que su madre debe enviarle desde Cantabria con más ropa de invierno. Cómo vaya vestida no es importante, pero no desea que nadie la mire y piense que le está faltando al respeto a la fallecida y a su familia. Además, si acude la prensa es muy posible que aparezca en alguna foto o la graben. No es plan hacer el ridículo y que la gente opine mal sobre ella por ese motivo.

¿A quién podría preguntarle si le presta un abrigo o una chaqueta? De todas las chicas de la academia, solo hay una que mida más o menos como ella. Alejandra debe de estar en torno al metro setenta y tres o setenta y cuatro. Las demás son bastante más bajitas, incluida Amanda. Su compañera no es muy alta, pero tiene un salto vertical increíble y unos brazos largos que le permiten conseguir muchos bloqueos cuando juega.

Nerea no está segura de si lo que va a hacer es lo mejor, pero necesita ayuda. Su relación con Alejandra es fría como un témpano de hielo. Tal vez le cierre la puerta en la cara. No pierde nada por intentarlo. Baja hasta la segunda planta y llama a la habitación 205. La esgrimista se muestra sorprendida cuando le abre.

—Hola. ¿Te puedo pedir un favor?

Alejandra está preciosa. También se ha vestido de luto. Se ha puesto un suéter negro de cuello alto y un vaquero algo más claro, pero del mismo color. Lleva el cabello suelto y se ha maquillado de forma muy discreta.

—¿Qué necesitas? —pregunta todavía desconcertada por la visita.

—Un abrigo o una chaqueta negra. No me he traído ninguna de Santander.

—Pasa. A ver qué puedo ofrecerte.

Por lo menos, no le ha dado un portazo y la ha mandado a paseo. Tenía dudas de que fuera amable. Amanda le advirtió que la observaba y no la miraba precisamente con cariño cuando estaba con Izan. Ella ya se había dado cuenta. No le caía bien y era posible que el motivo fuera el escalador.

—Mi madre me tiene que enviar ropa. No me pude traer todo lo que quería. Y eso que mi maleta es muy grande. Apuré hasta el último kilo permitido por la compañía aérea.

—A mí me pasó lo mismo al principio. Además, cuando llegamos en septiembre todavía hacía calor en Madrid. Hace quince días recibí dos cajas llenas de ropa de invierno.

La sablista habla con sobriedad. No se muestra demasiado simpática, pero Nerea tampoco ha ido a su cuarto para decirle si quiere salir a tomar una cerveza. Abre el armario, que está repleto de ropa de todo tipo. Tiene como el triple que ella.

—Menuda fantasía de armario.

—Tengo demasiadas cosas. Quiero donar parte de esto a los perjudicados por la dana.

—¿Afectó a tu familia?

—No. Nosotros vivimos en Valencia capital y tengo tíos y primos en Mislata, pero conozco a personas de las zonas más afectadas. He competido en campeonatos regionales con algunas chicas de Alboraya, Paiporta y Picaña que no lo están pasando bien.

—Lo siento. Debe de ser muy duro para ellas.

—Mucho. Hay gente que lo ha perdido todo y no sabe cuándo volverá a recuperar la normalidad. Posiblemente, tarden varios meses. Incluso años.

Nerea percibe la emoción de Alejandra cuando habla de lo que sucedió el 29 de octubre en su provincia. Se la nota preocupada por sus paisanos. Acaba de descubrir esa parte sensible que todavía no le había visto desde que la conoció. Que pretenda compartir lo que tiene con otras personas es un detalle muy bonito y habla muy bien de ella. Mientras remueve la ropa en el armario le cuenta que le hubiera gustado ir a echar una mano a algunas de las localidades que sufrieron las inundaciones, pero que temía suponer un estorbo más que una ayuda.

—Pruébate esto —le dice entregándole una parka negra larga acolchada—. A ver cómo te queda.

Nerea se la pone y parece que se la han hecho a medida. Se mira en el espejo del armario y le encanta cómo le queda.

—Joder, es perfecta.

—Toda tuya entonces.

—¿De verdad que me la prestas? ¿No la quieres para ti?

—No. Yo ya he elegido otro abrigo. No te preocupes.

—Millones de gracias, Alejandra. De verdad, te debo una.

Nerea duda en abrazarla. Finalmente, se decide a hacerlo. La aprieta con fuerza contra sí mientras continúa dándole las gracias. Huele muy bien. ¿Puede considerar aquel acercamiento como el principio de una amistad? No lo sabe. Tal vez solo ha sido algo puntual. Le gustaría decirle que no está interesada en Izan y que no va a inmiscuirse en una posible relación entre ella y el escalador. Sin

embargo, no es capaz de cerrar esa puerta. No tras lo que sucedió ayer con su novio y lo a gusto que estuvo con el navarro.

—¿Nos vemos ahora abajo? —le pregunta Nerea, que se quita la parka y la dobla.

—Sí, a ver si pasamos este mal trago cuanto antes y podemos concentrarnos en los entrenamientos.

—Va a ser difícil.

—Sí, pero es necesario.

Nerea no tarda mucho en bajar a recepción. Todos se han vestido de negro. No ve a Olga ni a Grecia. Tampoco a los dos taekwondistas. En cambio, sí que están algunos de los entrenadores y Loreto. Izan está charlando animadamente con ella, que imagina que se ha desplazado desde Pamplona solo para el entierro de Jimena. También Rubén San Andrés ha ido, aunque él lo tiene más sencillo porque sus padres viven en Brunete. El jugador de tenis de mesa conversa junto a la escalera con Dafne. La subdirectora de la academia le da un abrazo, aunque Nerea no oye lo que dicen porque hay un murmullo permanente que impide oír con nitidez.

—Tía, estás increíble —le dice Susana, que se acerca a ella con Nieves—. Si esta noche sales así de pibón nadie se va a fijar en nosotras, que somos las que estamos necesitadas.

—¿Voy demasiado puesta? —pregunta Nerea preocupada por el comentario de la esgrimista salmantina—. Era lo único negro que tenía en el armario. La parka me la ha prestado Alejandra.

—Vas perfecta. Ya me gustaría a mí tener ese tipazo —comenta Nieves, que se aparta después de ellas para saludar a Loreto.

Izan sigue al lado de su amiga escaladora, de la que no se separa. Va muy elegante, con un traje negro y una camisa blanca. Los mocasines que lleva tienen pinta de ser muy caros. También se ha puesto corbata. Le encanta el contraste entre su vestimenta y los pendientes, el cabello rizado alborotado y la cara de niño. Es un malote vestido de Barney Stinson, uno de los personajes de su serie favorita.

—¿Te la ha dejado Alejandra?

—Perdona, ¿qué? —Nerea no comprende a qué se refiere Susana. Estaba despistada mirando a Izan.

—La chaqueta. Has dicho que es de ella, ¿no?

—Sí, no tenía qué ponerme encima del vestido para abrigarme. Como tenemos una altura y unas medidas parecidas he pensado que podría prestarme algo. Me ha enseñado su armario y es alucinante.

—Lo he visto. Lástima que me saca un palmo y medio y no puedo robarle la ropa —dice Susana, que se ríe—. También es una ventaja para ella en las competis. Cuando estira ese brazo larguísimo es imposible evitarla. Te toca con el sable sí o sí.

—¿Es muy buena?

—La mejor de nuestra generación. Las tres que estamos aquí somos M20 y aspiramos a convertirnos en la número uno de la categoría, pero Ale ya tiene nivel para ganar campeonatos absolutos.

Algún día tendrá que visitar la sala de esgrima y verla entrenar. Seguro que es un espectáculo. En esa semana y pico apenas ha podido presenciar cómo se ejercitan los demás chicos. La pista de arena también está ubicada en el edificio B, como el resto de las instalaciones, pero en la zona opuesta a la pista de bádminton o el rocódromo. Tampoco el gimnasio está cerca. Solo coincide con los demás en el vestuario, en el comedor o cuando se cruzan en los pasillos.

—¡Chicos! ¡Atended un momento, por favor! —grita Alfonso Jaramillo, que pide atención a los que están en recepción—. Ya está esperando el bus en el aparcamiento. Id subiendo. En breve nos iremos al cementerio.

Nerea es de las últimas en salir del edificio. Susana la acompaña, aunque cuando se suben al autobús la esgrimista elige sentarse al lado de Nieves, que le ha guardado el sitio en la segunda fila. Detrás está Izan. Con él intercambia miradas y una sonrisa. El escalador está junto a Loreto, que la saluda con un gesto de la mano. No hay huecos libres hasta casi el final del vehículo. En la antepenúltima fila, Ester está sola.

—¿Está ocupado? —le pregunta a su entrenadora señalando el asiento libre del pasillo.

—Ahora sí. ¿Cómo va la muñeca?

—Esta noche me ha dolido un poco, pero me encuentro bien. Con ganas de regresar a la pista de arena.

—Menudo susto me diste. He hablado con Paz y con Juan y me han confirmado que solo ha sido una pequeña torcedura. La semana que viene no deberías tener problemas para entrenar.

—Eso espero yo también.

—No fuerces estos días y tómatelo con calma. Usa la mano derecha solo para lo imprescindible.

—En ello estoy. Hasta me lavo los dientes con la izquierda.

Ester la felicita por implicarse tanto en la recuperación y le dice que está segura de que el lunes podrá empezar a tocar el balón de nuevo.

Ya están todos en el bus. Las últimas en subir han sido Sara, que sospecha, por la cara de sorpresa que han puesto algunos, que no sabían que regresó anoche, y Amanda. Su compañera se ha sentado en el asiento de la ventanilla al final del pasillo. Solo ha levantado la mano para saludarlas. Ni los buenos días. Está claro que aquel viaje no le agrada. Sin embargo, irá al entierro, no como Teo, Chema y Olga. Le extraña que Grecia no haya subido tampoco al autobús, porque su relación con Jimena era muy cercana. ¿Se habrá quedado dormida? Le manda un wasap, pero parten sin que la halterófila haya aparecido.

La M-30 está colapsada y el tráfico es denso, así que tardan casi cuarenta y cinco minutos en llegar al cementerio de la Almudena. Sin embargo, el camino no se le hace largo. Ha estado charlando todo el rato con su entrenadora. Ester le ha asegurado que, aunque a veces se ha sentido incomprendida, el deporte la ha salvado en muchas ocasiones. Hasta se ha atrevido a contarle que no todo fue positivo en su etapa como jugadora. Siendo muy joven tuvo una relación tóxica con alguien que conoció gracias al vóley, de la que consiguió escapar. Eso le ha hecho pensar en lo que le sucedió ayer con Mikel. De vez en cuando le vienen flashes de aquel triste episodio en el que se lesionó la muñeca. No ha vuelto a cogerle el móvil ni a responder sus mensajes. Parece que, de momento, se ha cansado de molestar, porque hoy no ha tenido noticias suyas.

—Un minuto de atención, por favor —dice Jaramillo cuando llegan al destino y el conductor aparca el autobús—. Me han comunicado que hay bastantes periodistas pendientes de nuestra presencia. Le

he pedido a la policía que nos escolte hasta el interior. A los medios no les han permitido entrar en el cementerio. No os preocupéis ni os asustéis, ¿vale? Está todo controlado. No hagáis declaraciones y no entréis en ninguna provocación. No queremos problemas. Recordad que estamos aquí para despedir a nuestra querida Jimena Portero. Así que id bajando con calma y que nadie se ponga nervioso.

A pesar de que el director de la academia le ha metido el miedo en el cuerpo con el tema de los periodistas, no es para tanto. No tienen ningún altercado con la prensa y pueden entrar en el cementerio sin problemas. Nerea distingue a Cata González entre los reporteros congregados, pero la policía no la ha dejado acercarse a Izan, que iba justo delante de ella con su inseparable Loreto. Esta vez, esa chica no podrá generar contenido sensacionalista para el programa en el que trabaja.

Hay bastante gente cuando llegan a la capilla en la que se dará un responso previo al entierro. Muchos se giran para mirarlos. Son un grupo muy numeroso y llaman la atención. Nerea reconoce a la familia de Jimena. Sus padres y su hermana están recibiendo a los que van a darles el pésame. También ve a la inspectora de la Policía Nacional que se encarga del caso. La mujer anda hasta Izan, al que le comenta algo que parece que le hace gracia al escalador. No hablan más de treinta segundos. A continuación, Pipper se aproxima a Nieves y a Susana, con las que también comparte unas palabras. Alejandra acude hasta sus amigas y las tres esgrimistas entran juntas en la capilla. La chica entonces tiene la impresión de que la policía se fija en ella. Nerea observa que Verónica empieza a caminar en su dirección. De cerca esa mujer impone realmente. Carraspea y le habla con un tono suave, aunque firme. Le suelta todo de corrido, como si hubiera estado ensayando con anterioridad lo que tenía pensado decirle.

—Hola, Nerea. Creo que eres la única persona de la academia con la que no he hablado hasta ahora. Solo me faltabais Sara y tú. Lo bueno siempre se deja para el final. Faltan diez minutos para que empiece la ceremonia. ¿Te importa que te haga unas preguntas?

CAPÍTULO 31

GRECIA

Madrid, jueves, 14 de noviembre de 2024

Hacía mucho tiempo que no dormía tan bien. Anoche se fue a la cama contenta. Sin embargo, cuando se despertó cerca de las siete y media comenzó a sentirse rara. Al cabo de un par de horas debía estar preparada para ir al entierro de Jimena. Ni siquiera había pensado qué iba a ponerse para el funeral. Empezó a faltarle el aire y se mareaba cuando se ponía de pie. Se asustó tanto que estuvo a punto de ir en busca de ayuda porque no podía respirar bien. Entonces decidió tumbarse y cerrar los ojos.

—¿Es que no piensas venir a mi entierro?

Jimena está sentada al borde de la cama. Lleva la misma ropa que el lunes, la última vez que hablaron en su consulta. Esa mañana no comprendía por qué no le hacía caso ni por qué respondió a aquella puta llamada en lugar de escuchar lo que le estaba contando. Todavía no se lo había perdonado, aunque el dolor superaba ya al enfado.

—Van a asistir todos tus compañeros y tú, que se supone que me apreciabas tanto, te quedas en la academia. ¿No vas a darme el último adiós?

—No quiero despedirme de ti.

—Ya nos hemos despedido. Lo del último adiós era un eufemismo. Una estúpida frase hecha. He muerto, bueno, me han asesinado. La despedida ya fue cuando mi corazón dejó de latir. Según tú misma, no hay nada más después de esto.

—No deberías haber muerto. Aún tenías mucho trabajo que hacer conmigo.

—Solo piensas en ti. Eres muy egoísta.

—No es verdad, pero necesito ayuda, Jimena. Ya lo sabes.

—Todo el mundo necesita que le ayuden. Ahora tendrás a Jaramillo, que seguro que encuentra a alguien que te guíe y te dé las fuerzas que crees que te faltan para seguir adelante.

—No quiero a otra persona. Te quiero a ti, ¿no lo entiendes?

—Yo estoy muerta, Grecia. La que no lo entiende eres tú.

Abre los ojos cuando oye el sonido de un wasap. Se da cuenta en el reloj del móvil de que son más de las nueve y media. Sigue en pijama y ni ha desayunado.

> ¡Estamos ya todos en el autobús! ¿No vas a venir al entierro de Jimena? No tardaremos en salir. ¿Quieres que avise a Jaramillo para que te espere?

Nerea le ha escrito el mensaje para avisarla, pero no sabe qué responder. Mira hacia el borde de la cama, aunque allí no hay nadie. Como siempre, está sola. Es lo habitual desde que practica aquel maldito deporte que ama y odia a partes iguales. ¿Por qué tiene la necesidad de hacer algo que le jode tanto y al mismo tiempo le da la vida?

Grecia no contesta el mensaje de su amiga. Se desnuda y se mete en la ducha. Ya debe de haberse ido el autobús con todos sus compañeros. Se pregunta si Tony Roselló también se ha decidido a acudir al entierro. A su entrenador nunca le gustó Jimena. Cuando hablaba mal de ella, Grecia lo ignoraba. No quería oír las críticas que le hacía. Desde que la academia volvió a abrir sus puertas había sido así. No le agradaba que una psicóloga joven se inmiscuyera en la preparación de su deportista.

—¿Otra vez has ido a ver a la terapeuta?

—Sí, es algo bueno para mí. Me siento mejor cuando hablo con ella.

—Joder, Grecia. Lo he comentado con otros entrenadores de la academia y todos piensan lo mismo que yo. Jimena se mete donde no debe.

—No hace nada malo. Ella nos ayuda a soltar nuestros miedos y a afrontarlos. Nos dice que estemos alegres, que vivamos el momento y que no tengamos presión.

—Eso es una tontería. La competición de élite siempre va a generar presión.

—Puede ser, pero Jimena nos da herramientas para combatirla.

—Os quita mucho tiempo de entrenamiento y no nos cuenta lo que habláis en las sesiones. Va completamente a su bola. Le hemos pedido a Alfonso una reunión para analizar la situación.

A varios entrenadores les molestaba que Jimena trabajara de manera independiente. Por lo que Grecia intuía, el grupo de técnicos descontentos con la psicóloga lo formaban Take Okada, de taekwondo, Urko Illarramendi, de escalada, Lin Gaoyuan, de tenis de mesa, Kike Sánchez, de bádminton, y el propio Tony Roselló. Incluso a Ester, la entrenadora de vóley playa, la había visto alguna vez intercambiar opiniones no demasiado agradables con Jimena. En cambio, el director de la academia, pese a las quejas, continuaba apostando por la joven psicóloga para que formara parte de su proyecto. Ahora ya sabe por qué. Jimena le contaba todo lo que los deportistas le revelaban en sus sesiones, información que no debería haber salido de las paredes de su consulta.

Mientras se ducha, con la música de AC/DC de fondo, piensa en si debería coger un taxi e ir al entierro. No es lo que más le apetece, pero siente que es su obligación. Le tiembla el cuerpo bajo el agua caliente. Su madre le pidió que le diera el pésame a la familia de Jimena. Es lo que tiene que hacer y no darle tantas vueltas al asunto, como cuando te tomas una medicina. Sin embargo, al salir del cuarto de baño para vestirse, sigue sin tenerlo claro. Otra vez se marea y vuelve a tumbarse en la cama.

—¿Por qué te da tanto miedo ir a verme?

Jimena está ahora sentada encima del escritorio. Tiene las piernas cruzadas y lleva medias transparentes y zapatos de tacón. A Grecia le encantaba cuando iba vestida así a la academia. Algunas veces se quedaba mirándola sin escuchar lo que le decía. Ella sonreía y la reprendía cariñosamente por no prestarle atención. No lo hacía a propósito, porque le interesaban mucho sus consejos y opiniones, pero es que era muy difícil no distraerse.

—No me da miedo ir a verte.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Están a punto de enterrarme.

—¿Y tú? ¿No deberías estar en el cementerio, metida en un ataúd?

—Ahí es donde estoy, Grecia. Esto solo es producto de tu perturbada imaginación. Creía que ya lo habías comprendido. No soy real.

—Ya lo sé. No soy tan tonta.

—No has respondido a mi pregunta: ¿por qué no estás en el entierro?

—Es que no tengo la respuesta.

—Seguro que lo sabes. Como bien dices, no eres tonta.

—Te juro que no.

—Vale, te creo, pero tienes que actuar ya. Se acaba el tiempo.

—No estoy en condiciones. Me siento mal.

—Otra vez llorando. No has aprendido nada en estos meses. Muévete y no te quejes más. Tal vez, si no vienes, te arrepentirás toda tu vida. Yo ya no voy a estar contigo para escuchar cuando te lamentes por haberme fallado. Hoy se termina todo. Dentro de un rato seré solo un recuerdo.

La chica abre los ojos. Está desnuda en la cama, desparramada, con el pelo todavía mojado de la ducha. Si sus *haters* la vieran en este momento tendrían carnaza para varios meses. Si supieran, además, que está hablando con una persona que acaba de morir sería su sentencia final. ¿Se siente tan mal por la gente que la odia o es por sus propios complejos y decisiones?

Grecia va hasta el armario y saca un pantalón vaquero gris oscuro y una camisa negra. Son las prendas que menos se ha puesto de las que se llevó a Madrid. Prefiere ir cómoda, con ropa deportiva, pero

no va a asistir a un entierro en chándal. Se viste y le envía un wasap a Nerea.

Hola, gracias por avisarme.
Me he quedado dormida.
Ahora cogeré un taxi para ir
hasta el cementerio de la
Almudena. ¿Ya ha empezado la
ceremonia?

Son casi las once. Ya no llegará al responso, pero está a tiempo de no perderse el entierro. Todavía duda. Se insulta a sí misma y apaga la música cuando está sonando *Sweet Child O'Mine* de Guns N' Roses. Coge el abrigo y sale de la habitación. Se siente mareada al caminar y la presión le oprime el pecho. Casi se cae por la escalera. Menos mal que al tropezar se ha agarrado a la barandilla con fuerza y ha evitado el desastre. Todavía le funcionan los reflejos a pesar de que se encuentra muy débil. ¿Es porque hoy aún no ha comido nada? Antes de pedir un taxi por la aplicación, va hasta las máquinas expendedoras. Saca una palmera de chocolate y la devora allí mismo. Luego compra una botella de agua y se la bebe casi de golpe. Espera que eso, al menos, solucione parte del problema, aunque sabe que provocará otros.

Cuando sale del edificio A, ve que el cielo continúa estando gris, como en los últimos días. Se pone la chaqueta porque tiene frío. No esperaba encontrarse un clima tan parecido al de Asturias cuando se trasladó a la capital. A lo lejos observa a los dos taekwondistas, acompañados de su entrenador. Están sentados sobre el césped en una zona habilitada para el yoga y la meditación, junto al lago artificial. No es la primera vez que los ve haciendo técnicas de relajación. A ella eso no le va, ni siquiera lo entiende. Lo que está claro es que Teo y Chema han pasado de ir al entierro. Oye que gritan su nombre y la saludan. Grecia les devuelve el saludo con un gesto de la mano. Anoche estuvieron muy simpáticos durante la cena y contribuyeron a que se fuera a dormir con una sonrisa. Solo

han pasado unas horas, pero tiene la impresión de que fue mucho tiempo atrás. Eso significa que la mañana se le ha hecho eterna.

El taxi no tarda en llegar. Conduce una mujer, que tendrá la edad de su madre. Le dice que hay bastante tráfico y que el navegador le indica que llegarán en casi una hora.

—Espero que la persona fallecida no sea ningún familiar tuyo —comenta la taxista, que apaga la radio. Tenía puesto un informativo cuando ha subido—. Los trayectos al cementerio me ponen muy triste. Me hacen pensar en todas las personas que ya no están.

Grecia no dice nada. No le apetece hablar de ese tema. Tampoco se atreve a pedirle que ponga de nuevo la radio y no trate de darle conversación. La mujer continúa expresando su pesadumbre cada vez que tiene que llevar a un cliente a un entierro. La chica cierra los ojos e intenta desconectar.

—¿Por qué no mandas a esta tía a la mierda? —le pregunta Jimena, sentada en el asiento del copiloto—. Me está dando dolor de cabeza.

—¿Todavía no te han enterrado?

—No, pero vas fatal de tiempo. No sé si vas a llegar con este tráfico.

—Hasta hace nada ni siquiera sabía si iba a ir.

—Te conozco muy bien. Era evidente que al final tomarías la decisión correcta, aunque fuera tarde.

—Estoy cansada, me duele el cuerpo y...

—Y tienes chocolate en los dientes. Vaya imagen.

—Necesitaba comer algo. Me estaba mareando.

—Eso es porque no eres capaz de afrontar la presión, Grecia. Comes cuando estás nerviosa o te sientes superada. Luego, vas al baño y lo acabas de estropear. La solución no está en forzarte el vómito y echar lo que tienes en el estómago. Debes resistir.

—No sé si seré capaz.

—Claro que lo serás. Has estado un montón de días sin hacerlo. ¿Y anoche? Llegaste feliz a tu cuarto y no te metiste los dedos en la boca. Estoy muy orgullosa de ti. Es una pena que esté muerta y tengamos que separar nuestros caminos.

Grecia abre los ojos cuando el taxi frena de golpe. La conductora está maldiciendo a un BMW que casi le da.

—Madrid está lleno de gilipollas que no saben conducir —dice la señora malhumorada—. ¿Vas bien de tiempo, corazón?

—La verdad es que no lo sé.

—El tráfico aquí es horrible. En Asturias no tenemos tantos problemas.

Grecia se sorprende al oír a la mujer. ¿Es de Asturias y es taxista? ¡Qué casualidad! ¡Tal vez conozca a sus padres! Por edad, profesión y procedencia es muy posible.

—¿De qué parte de Asturias es? —pregunta Grecia, que no puede resistir la curiosidad.

La taxista no le responde porque justo en ese instante el BMW con el que casi colisionan antes las embiste por detrás. El accidente es tremendo. El taxi sale despedido y va a parar al otro carril, donde un camión no logra detenerse y se lo lleva por delante. Grecia tiene el sabor de la sangre en la boca y siente un dolor insoportable en las piernas. Escucha el pitido permanente del claxon, aplastado por el peso de la cabeza de la taxista, que se ha quedado recostada sobre el volante. Cierra los ojos y cuando los abre se da cuenta de que está en su habitación. Mira el reloj del móvil y comprueba que son las diez menos cuarto. Jimena está sentada en el borde de la cama con las piernas cruzadas y le sonríe.

—Ya era hora de que te despertaras. Todavía estás a tiempo de ir a mi funeral.

CAPÍTULO 32

ALEJANDRA

Madrid, jueves, 14 de noviembre de 2024

La ceremonia no ha sido muy larga, aunque no lo ha pasado bien. Jimena no era una persona a la que conociera demasiado, pero Alejandra se ha emocionado cuando han introducido el ataúd en la fosa. Lo que más le ha impresionado ha sido el llanto desconsolado de la madre y de la hermana de la psicóloga. Antes, Alfonso Jaramillo ha reunido al grupo de la Dick Fosbury, al que a última hora se había unido Grecia, y ha pronunciado unas sentidas palabras.

—Conocía a Jimena desde que era una niña. Fue una gran gimnasta, como habéis podido leer en algún medio, pero tuvo la mala suerte de no estar en el sitio adecuado en el momento preciso. Viví junto a ella la dolorosa pérdida de nuestra querida Anita Vidal. No rompimos nunca el contacto. De vez en cuando quedábamos para comer o para tomar un café y me decía ilusionada que quería ser psicóloga. Ayudar a los demás era lo único que la llenaba tras abandonar muy joven el mundo del deporte. Me fue contando cómo le iba en la universidad, lo mucho que le apasionaba su carrera, y, en cuanto me dieron luz verde para abrir de nuevo la academia, le propuse que formara parte otra vez de esta familia. Su familia. No dudó ni un instante en aceptar. Era una chica especial, a la que voy a echar mucho de menos. Porque Jimena no solo era muy buena en su profesión; era una excelente persona que se hacía querer. Estoy seguro de que todos los que habéis venido a despedirla les daréis un

sincero pésame a sus familiares y colaboraréis con la policía en todo lo que sea necesario para que se haga justicia.

Aparte de la veintena de personas que formaban la comitiva de la Dick Fosbury, Alejandra calculaba que un centenar más había acudido al entierro de la terapeuta. Eso, sin contar a un numeroso grupo de policías, algunos uniformados y otros, como la inspectora Verónica Pipper, vestidos de paisano, repartidos entre los asistentes.

—Ese rubio de allí me suena de haberlo visto en la academia —les dice Nieves a ella y a Susana, refiriéndose a uno de los agentes—. Está bastante bueno, por cierto. ¿Tendrá Instagram?

—Hermana, que estamos en el cementerio.

—¿Y cuál es el problema? Yo sigo teniendo ojos en la cara y no puedo evitar si un tío me pone. Estoy segura de que a ti te pasa lo mismo.

—Aquí no. Tengo mal cuerpo. Hasta he llorado —admite Susana—. Creo que no he sido la única, ¿verdad, Ale?

Alejandra asiente y continúa caminando con sus amigas por el cementerio. Acaba de vivir una experiencia horrible con la dana que asoló Valencia y, aunque ambos sucesos no pueden compararse, no imaginaba que volvería a sentirse mal tan pronto. Miraba a su alrededor y algunos de sus compañeros también parecían muy tristes. Loreto, que no se ha separado ni un instante de Izan, ha sido la deportista de la academia que más ha llorado. Tampoco parecía estar muy bien Grecia, que había tenido la mirada perdida durante todo el entierro. Nerea, a la que le queda perfecta la chaqueta que le ha prestado, era otra de las más afectadas. La jugadora de vóley playa ha sido el objeto de las miradas de muchos. Alejandra incluso se dio cuenta de que cuando Nerea bajó del autobús el objetivo de las cámaras de los periodistas se iban hacia ella. Esa chica es capaz de captar la atención de todos los que pasan por su lado.

—No sé si después de esto alguien tendrá ganas de fiesta esta noche —comenta Nieves—. Va a ser difícil remontar la situación.

—Quizá salir nos venga bien para relajarnos un poco —añade la esgrimista salmantina—. La gente está bastante saturada y puede servirnos para desconectar. ¿Tú qué piensas, Ale?

—Ni me acordaba de eso. La verdad es que no me apetece, chicas.

—A mí ahora tampoco, pero seguro que cuando pasen unas horas y acabemos el entrenamiento de la tarde tendremos más ganas. Puede ser divertido y, como dice Susana, nos ayudará a desconectar de lo que estamos viviendo en los últimos días.

Alejandra prefiere no opinar más. Ya verá lo que hace. Escucha con poco entusiasmo como sus compañeras continúan hablando del plan para esa noche. Cuando están a punto de llegar al autobús se fija en Sara, que va delante de ellas. La jugadora de bádminton regresó anoche a la academia de forma sorpresiva. No ha hablado con ella, pero parece que su desaparición fue voluntaria y que no ha sucedido nada de lo que se había especulado en esos días. Por suerte, está bien y no se ha tenido que recurrir a la policía. Tampoco los medios de comunicación le han prestado atención. Marcus y Aníbal la acompañan. No está con ellos Kike Sánchez, al que no ha visto en el entierro. Todavía se pregunta si lo que escuchó que el entrenador decía de ella es cierto. ¿Habría estado Sara en un hotel de Madrid y le habría pedido que fuera a verla porque estaba enamorada de él? Si eso fuese así, el asunto se complicaría. No cree que estuviera bien visto por la dirección que un preparador de la Dick Fosbury y una deportista del centro mantuvieran una relación. Es cierto que los dos son mayores de edad y que se conocen desde hace muchos años, pero se generaría un conflicto de intereses. De cualquier forma, a partir de ahora, será curioso observar hacia dónde se encamina esa historia, porque no va a ser fácil que todo siga igual entre ellos.

El viaje de vuelta a la Casa de Campo lo hace al lado de Rubén, que también ha regresado para el entierro de Jimena. El jugador de tenis de mesa le dice que no sabe si va a volver a la academia. Tiene ofertas de varios clubes de la Comunidad de Madrid y sus padres no lo ven como una mala opción.

—Ya tuve dudas cuando Jaramillo me llamó en verano. De hecho, estaba a punto de matricularme en la Complutense para empezar a estudiar el doble grado de Turismo y Comercio y al final decidí tomarme un año sabático para centrarme en el deporte.

—¿No puedes compaginar las dos cosas?

—Es complicado. Esta es una oportunidad increíble, pero me está costando. No todos valemos para vivir en un centro deportivo de élite y dejar a un lado lo demás. Y eso que yo cuento con la suerte de tener a los míos muy cerca. Brunete está a un rato de la academia y he podido escaparme algún día. No me quiero imaginar cómo sería si estuvieran tan lejos de casa como en tu caso.

Alejandra entiende a Rubén. Algunas veces también ha pensado en eso. Sin embargo, es tan sugerente lo que le han ofrecido para llegar a ser la mejor en la esgrima que el sacrificio merece la pena. Además, se ha adaptado bien y ha encontrado amigos en un lugar en el que creía que la competencia y la presión estarían por encima de las relaciones personales.

—El crimen de Jimena ha sido el detonante para que me lo plantee todo de nuevo —continúa Rubén—. Mis padres no quieren que regrese a la academia y yo estoy pensándomelo mucho.

—¿Has hablado con Jaramillo de esto?

—Todavía no. Mis inquietudes solo las sabían Jimena y Olga. No quiero dejar tirada a mi compañera, pero tampoco tengo demasiada sintonía con ella como pareja. No nos entendemos muy bien. En el individual sé que no voy a convertirme en uno de los mejores del circuito y no tengo ni una sola posibilidad de llegar a Los Ángeles, a pesar de lo que cree Alfonso. Es imposible. Yo tenía esperanzas de que en el mixto Olga y yo nos entendiéramos mejor.

—¿No hay *feeling*?

—Muy poco. El dobles necesita cierta coordinación que nosotros no tenemos ni creo que alcancemos porque no congeniamos bien en la mesa. Imagino que para ella yo también soy difícil. Nuestros caracteres son muy diferentes.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada. Así es el deporte. Si yo me voy, seguro que encontrarán a otra persona que lo haga bien. En el circuito nacional hay muchos jugadores que estarán encantados de venir a la Dick Fosbury y ocupar mi plaza. Aun así, todavía no he tomado una decisión definitiva. ¡Y si me marcho haremos una fiesta para celebrarlo por todo lo alto!

La conversación con Rubén la hace reflexionar. El mundo del deporte es tan exigente y complicado que ni alguien tan bueno en lo suyo como él se ve con posibilidades de llegar a la cima. Incluso para competir sin la esperanza de convertirse en el mejor ha tenido que renunciar a algo tan esencial como su familia, los amigos y una carrera. Ella empezó Fisioterapia el año pasado, pero lo dejó a final de curso. La esgrima la obsesionaba tanto que era incapaz de centrarse en los estudios. Además, las semanas en las que tenía que preparar los exámenes era cuando peor le iba en los torneos. Si quería ser la número uno y ganar cosas importantes debía elegir.

—Hablando de fiestas, Susana y Nieves están organizando una para esta noche. Quieren cenar en un restaurante del centro de Madrid y después salir por la capital.

—¿En serio? No me han dicho nada. Igual me apunto. ¿Tú vendrás?

—No lo sé. Ahora mismo no tengo ganas de nada.

—Estaría bien que nos juntáramos todos en un ambiente un poco más alegre. Podría ser la última vez que los quince estamos juntos. Sé que Loreto también tiene muchas dudas. He estado hablando con ella estos días y no está segura de si volverá. Le ha afectado muchísimo la muerte de Jimena porque se llevaban muy bien y se tenían mucha confianza.

—¿Sí? No lo sabía.

Alejandra mira hacia la fila en la que se sienta la escaladora pamplonesa. Está hablando con Izan y parece tranquila, aunque en el funeral no ha dejado de llorar. No tiene una relación muy estrecha con ella, pero le resulta simpática. Es una tía muy sensata y que compite al máximo nivel. Las veces que ha ido al rocódromo siempre la ha visto subida al muro. Sería una pena que no continuara, porque es un gran apoyo para su compañero, por el que Alejandra sigue sintiendo algo a pesar de lo que sucedió anoche en la biblioteca. De momento no va a intentar forzar más el tema con él. Izan le ha demostrado que no está interesado. No piensa insistir y caer de nuevo derrotada, aunque el tiempo dirá qué pasa entre los dos. Los esgrimistas no arrojan la toalla hasta que pierden el último punto.

—Sí, se habían hecho amigas. Fíjate que yo, al principio, sospeché de ella.

—¿De Loreto? ¿Por qué?

—Porque era la única que tenía sesión con Jimena el lunes por la tarde —responde Rubén haciendo memoria—. A mí me atendió en el último turno que tenía por la mañana. Lo recuerdo porque le pregunté si se iba ya a casa cuando nos despedimos. Me dijo que no, que se pasaría a ver algún entrenamiento y se quedaría a comer porque a las cuatro había quedado con Loreto.

—¿Y llegó a producirse esa sesión?

—Ayer hablé con ella por teléfono y se lo pregunté. Me contestó que no, que la propia psicóloga la había anulado y no se vieron.

—¿Y eso? ¿Por qué?

—No lo sabe —responde el jugador de tenis de mesa, que consulta el móvil porque ha recibido un mensaje de WhatsApp—. Son mis padres, que me preguntan si todo ha ido bien en el funeral. ¿Me dejas que les envíe un audio?

Alejandra asiente y apoya la cabeza en la ventanilla mientras oye lo que graba Rubén. No falta mucho para llegar a la academia y que todos vuelvan a recuperar más o menos la rutina. La normalidad, con la muerte de Jimena tan reciente y sin el culpable detenido, todavía es imposible. En aquel autobús, excepto Olga, Teo y Chema y los entrenadores de bádminton y de taekwondo, están todos los que podrían ser sospechosos del crimen. Es una locura pensarlo, pero es la realidad. Aunque la periodista Cata González consiguiera colarse en el centro, lo más probable es que nadie de fuera entrara en la academia el lunes para asesinar a la psicóloga.

La chica escucha como al final del mensaje que Rubén les manda a sus padres les dice que esa noche la pasará fuera porque va a cenar con sus amigos de la Dick Fosbury y luego dormirá en la Casa de Campo, aunque por la mañana regresará a Brunete. Cuando termina le sonríe. Es bastante mono y parece un buen chico. Nunca se había fijado en él. En esos dos meses solo había tenido ojos para Izan. Es una pena que haya decidido marcharse.

—¿De qué estábamos hablando? —pregunta el jugador de tenis de mesa, que guarda el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

—De que sospechabas de Loreto porque tenía cita con Jimena a la hora en la que pudieron asesinarla. ¿Por qué ya no sospechas?

—Porque según ella ni siquiera fue a verla.

—¿Y la crees?

—No tengo motivos para dudarlo. Parece una tía sincera. Aunque sigue habiendo una cosa que me inquieta.

El chico vuelve a sacar el móvil y le muestra una foto del Instagram de Loreto. Es de hace unas semanas. En la imagen se ve a la escaladora junto a unos amigos. La ha titulado: «En Madrid, con la mejor compañía».

—¿Te has fijado?

—¿En qué exactamente?

Rubén amplía con los dedos una parte de la foto. Loreto está de pie, abrazada a la que parece que es su novia. Alejandra se tapa la boca con las manos. No entiende el significado de lo que el chico le está mostrando, pero no esperaba encontrar ese detalle. La escaladora aquel día llevaba puesto el cinturón de Izan con el que supuestamente asesinaron a Jimena Portero. El cinturón verde con la cobra en la hebilla.

CAPÍTULO 33

IZAN

Madrid, jueves, 14 de noviembre de 2024

Lo único bueno de esa mañana es que ha podido reencontrarse con Loreto. Izan no sabía que podía echar tanto de menos a su amiga y le ha dado mucha alegría volver a verla. No se han separado desde que salieron de la residencia. Juntos han compartido aquel momento tan amargo. La chica le ha confesado que es muy posible que se quede en Pamplona definitivamente. Ha estado reflexionando esos días y no se encuentra con fuerzas de seguir entrenando en el lugar donde asesinaron a Jimena.

—Se había convertido en una amiga. Ella me comprendía —le comenta Loreto en el autobús de vuelta—. Incluso no hacía falta que pidiera hora para ir a verla.

—No sabía que era tan importante para ti y que estabais tan unidas.

—Bueno, aquí a veces me he sentido un poco sola. Aunque tú has estado pendiente de mí desde que llegamos, echaba en falta una figura femenina con la que hablar. Ella, de alguna manera, hacía ese papel. Me recordaba a mi novia.

La escaladora le cuenta a Izan que no había terminado de sentirse cómoda en Madrid. El día después de que fueran a visitarla su pareja y tres de sus amigos de Pamplona lo pasó realmente mal. Sentía que le faltaba algo muy importante para ser feliz en la capital y que cuatro años así se le iban a hacer demasiado largos.

—Amo la escalada. Es el único motivo por el que he seguido aquí y por el que acepté la propuesta de Alfonso. Esto es muy duro para mí

y sin Jimena aún lo será más.

—Te entiendo.

—Además, me pone nerviosa ser parte de una investigación policial. Nunca lo habría imaginado.

—¿Se han puesto en contacto contigo?

—Sí, el martes cuando llegué a casa me llamó la inspectora Pipper para hacerme unas preguntas. Resulta que en el libro de citas de Jimena ponía que tenía sesión conmigo el lunes por la tarde. No fui porque me envió un wasap para cancelarla. Habíamos quedado para el miércoles. Ayer tendría que haberla visto de nuevo.

—¿Te dio una explicación de por qué anulaba la sesión?

—No. Solo me mandó un mensaje. Mira.

Loreto le muestra a Izan el wasap de la psicóloga. Es de las 14:44 del lunes 11 de noviembre:

> Lore, me ha surgido una cosa esta tarde y no voy a poder verte. ¿Te parece bien si charlamos el miércoles por la mañana a primera hora? Sobre las nueve me vendría fantástico. Ya me dirás. Un beso y dale duro.

La chica le respondió que hablaría con Urko Illarramendi, su entrenador, para que la dejara entrar un poco más tarde, pero que imaginaba que no habría ningún problema.

—Eso fue lo último que supe de ella hasta que Jaramillo nos anunció que había muerto asesinada en su propio despacho. Desde ese instante no he parado de llorar y de sentir que debía regresar a casa.

Loreto se seca las lágrimas con un pañuelo de papel que le da el chico. Izan también siente pena por lo que ha ocurrido, aunque no está tan afectado. Él no consiguió abrirse a la psicóloga y tener una relación tan fluida como la de su amiga. En la primera sesión que tuvieron hasta intentó ligar con la terapeuta, pero Jimena

rápidamente le paró los pies de manera divertida, aludiendo a que tenía cero posibilidades con ella.

—¿A qué hora vuelves a Pamplona?

—Esta noche me quedo en la academia. Susana me ha dicho que hay una cena organizada en un restaurante del centro. Me he apuntado.

—¿En serio? ¿Le has dicho que vas a salir de fiesta con el resto de los chicos?

—A mí solo me ha hablado de una cena. ¿Qué fiesta?

Izan sonríe y le explica los verdaderos planes de las esgrimistas. Loreto no está muy por la labor de salir después de cenar, pero deja la puerta abierta. Podría tomárselo como una celebración de despedida. Brindará por la memoria de su amiga Jimena y por los dos meses que ha pasado en la Dick Fosbury, en los que ha disfrutado entrenando en esas increíbles instalaciones. Además, aquella experiencia le ha servido para conocer un poco más al otro escalador de su tierra del que tanto se está hablando.

—¿Tú cómo llevas el acoso mediático?

—Fatal, tía. Espero que la prensa se olvide de mí. Ayer estaba muy agobiado.

—Eres influencer, Izan. Tienes el perfil perfecto para que los programas de salseo te saquen en la tele y hagan debates sobre ti. Cuando pase todo este lío, igual te llaman para participar en un reality.

—Calla, ¡qué dices! ¡Ni de coña!

—¿Por qué no? —lo pica Loreto riendo—. Es lo que hacen los famosos de hoy en día.

—Yo no soy famoso.

—Tienes un millón de seguidores en redes y con todo esto tu popularidad va a aumentar. Ya lo verás.

—No quiero hacerme famoso por ser sospechoso de un crimen.

—Cuando se resuelva el caso dejarás de ser popular por esa cuestión y podrás gestionarlo de otra manera. Tu repre seguro que lo maneja muy bien. ¡Por cierto! Mira lo que venía hoy en el periódico.

La chica saca del bolso un recorte de prensa. Lo despliega y se lo enseña. Es una página entera en la que hablan de los deportistas de la academia. La periodista que firma el artículo es Cata González, que por lo visto no solo trabaja en la televisión. Lo ha titulado «Los 15 de Fosbury».

—Esta tía está obsesionada con nosotros —dice Izan mientras lee en voz alta lo que ha escrito de él—. «Izan Cabañas es el más conocido de todos los componentes de la academia. Es guapo, atlético y carismático. Las adolescentes están locas por sus huesos y él se deja querer en las redes sociales. Un musculito por aquí, una pose de perfil por allá. Sabe cómo enamorarlas. Sería el modelo perfecto para un póster de la *Superpop*, si existiera todavía. Además, dicen que es un buen escalador. Lástima que el cinturón con el que asesinaron a Jimena Portero sea suyo. Veremos en los próximos días si la policía lo tiene en cuenta o se libra».

—Por lo menos no te acusa directamente como el otro día en el programa.

—Esto es basura. No sé cómo alguien puede utilizar algo tan grave como un crimen para sacar provecho y tratarlo de una manera tan frívola.

—Así funciona esto, compañero.

Izan sigue leyendo el artículo de Cata González sobre el resto de los deportistas de la Dick Fosbury. Con algunos no emplea el sarcasmo y se pone más seria. Sin embargo, a Amanda la destroza. Está claro que no le perdona que el día anterior le lanzara el teléfono al lago. Seguro que si ya tenía escrita su parte antes de ese momento la cambió para incluir la rabia que sentía hacia la jugadora de vóley playa. Le dice que se comporta «como una perra agresiva, no solo en la pista de arena» y que «su mayor talento es lesionar a compañeras». Además, menciona que no es lo bastante alta para practicar un deporte en el que los centímetros son muy importantes llamándola «hobbit desaliñado que casi no llega a la red».

—Podemos leer esto en la cena de esta noche para echarnos unas risas —indica Loreto, que guarda otra vez el recorte.

—Tal vez a Amanda no le haga tanta gracia y busque la dirección del periódico para ir a quemar la redacción. Si es con la tal Cata

González dentro, mejor.

—¿Tú la ves capaz?

—Yo la veo capaz de cualquier cosa.

La pareja de escaladores sigue bromeando sobre el carácter de la jugadora de vóley playa. A Izan le viene muy bien la charla con Loreto para no pensar en otras cuestiones. Por ejemplo, en Alejandra. Anoche las cosas no acabaron bien. Hoy ella ni siquiera le ha dirigido la palabra, aunque ha notado que, tanto en el bus como en el cementerio, lo miraba de vez en cuando. Es una situación complicada porque, a pesar de que le gusta, no quiere volver a tener nada con ella. Espera que, al menos, puedan ser amigos. Es una persona importante para él dentro de la academia y si Loreto regresa a Pamplona todavía la necesitará más.

El autobús estaciona delante de la puerta del edificio A. El grupo se reúne en recepción. Alfonso Jaramillo pide silencio y vuelve a decir unas palabras:

—Muchas gracias por asistir a la despedida de Jimena. Estoy convencido de que ella, esté donde esté, se sentirá feliz por ver el cariño que le hemos dado. He hablado con su familia y también os están muy agradecidos. Por suerte o por desgracia la vida continúa para los que seguimos aquí. Ahora vendrán las dificultades. Esta piedra en el camino está siendo muy difícil de saltar. Tenemos a las autoridades presionando para que la academia cierre sus puertas de nuevo. No lo permitiré. La directiva y yo estamos luchando para que tengáis a vuestra disposición estas extraordinarias instalaciones para entrenar y convertiros, con nuestra ayuda, en los mejores deportistas del país. Sé que entre todos lo conseguiremos. Ahora, id a descansar y esta tarde reanudaremos la actividad con las ganas y la fuerza de siempre. Gracias a todos.

Varios de los asistentes aplauden al director. El hombre ha acabado su discurso bastante emocionado y antes de irse se despide de algunos de los entrenadores que están presentes. Urko Illarramendi se acerca hasta sus deportistas y les dice que, ya que Izan está lesionado y Loreto de momento no va a entrenar, se marcha a su casa con su mujer y sus hijas.

—Me voy a ir un rato a dormir a mi habitación —comenta la chica mientras abraza a su amigo—. Me he levantado a las tres y media de la madrugada para coger un BlaBlaCar. Menos mal que encontré a unos chicos que tenían que estar en Madrid por la mañana para ensayar una obra de teatro; si no, hubiera sido casi imposible asistir al entierro.

—Debes de estar agotada.

—Sí, hecha polvo. Me tumbaré un rato en la cama y no sé si bajaré luego a comer algo. ¿Tú qué vas a hacer? Con el hombro así, poca cosa, ¿no?

—Ahora lo decidiré. Tengo un par de llamadas perdidas de Eva, que no ha podido venir al cementerio. A ver qué quiere.

—Yo creo que te va a anunciar que tienes una oferta para el próximo *Supervivientes*.

—Ni por todo el oro del mundo me expondría de esa manera.

—Ya veremos.

La chica le guiña el ojo y sube la escalera hacia la tercera planta, donde todavía tiene su cuarto. Izan se alegra de haber podido estar con ella durante toda la mañana. Le da pena no haber tenido un último entrenamiento juntos en el rocódromo, pero seguro que habrá otras ocasiones en la academia o en cualquier otro lugar.

Antes de llamar a Eva, se sienta en la sala común y echa un vistazo a sus redes sociales. En las últimas horas sus *followers* tanto en Instagram como en TikTok han aumentado en casi diez mil personas. ¿Será por haber salido en televisión? Tiene varios nuevos seguidores con la cuenta verificada, entre los que hay cantantes, actores y periodistas. ¿Qué está pasando? ¡Si le sigue hasta el mismísimo Javi Hoyos!

En ese momento, su teléfono suena. Su representante no ha podido esperar a que le devuelva la llamada. Eva es así de impaciente.

—Hola, ¿cómo estás? Acabo de llegar del cementerio. Ni he subido a la habitación a cambiarme.

—¿Quieres que te llame dentro de cinco minutos?

—No, no. Puedo hablar ahora.

—¿Qué tal ha ido el entierro?

—Bueno, imagínate. Los padres de Jimena y su hermana estaban destrozados. Jaramillo también parecía muy tocado. Ha sido muy emotivo.

—Siento no haber estado, aunque apenas la conocía —dice Eva, que habla acelerada. Eso significa que tiene prisa por contarle algo —. Te he llamado porque necesito tu consentimiento para un asunto. Esta mañana has salido en todos los magazines y han hablado mucho de ti.

—¿De verdad? ¿Y qué han dicho?

—Pues ya sabes cómo funciona la tele, Izan. Unos te han defendido y otros han sembrado las dudas. Eso sí, nadie se ha atrevido a decir que eres sospechoso de asesinato. Saben que tienes un abogado de los buenos y que en cualquier momento les puede caer una demanda si te acusan de algún delito.

El chico recuerda las palabras de Loreto y lo que le dijo de que tenía un perfil perfecto para ser protagonista en algunos programas. Se ha cumplido. Por lo que parece se ha convertido en un personaje televisivo sin comerlo ni beberlo y mucho menos desearlo.

—Gracias por conseguir que Ernesto me represente.

—Es el mejor. Ya te comenté que a partir de ahora estés tranquilo y le hagas caso.

—Eso haré. Oye, ¿y para qué necesitas mi consentimiento? —le pregunta Izan, al que le ha entrado la curiosidad—. ¿Es para dar luz verde a una acción con alguna marca?

—No exactamente. Quieren hacerte una entrevista en exclusiva. De las tochas.

—¿Estás de coña? ¿Cuándo?

—Sería este fin de semana en algún lugar de la Casa de Campo, fuera de la academia. Tú pones el horario y las condiciones. Incluso si quieres vetar algún tema del que no te apetezca hablar podemos ponerlo en una lista —dice Eva, que parece entusiasmada con la idea—. Te pagarían mucho dinero, Izan.

—¿De cuántos euros estamos hablando?

—De muchos. Cinco cifras. Lo estoy negociando aún. Primero quería saber si estarías dispuesto a conceder la entrevista. Yo la haría con los ojos cerrados, pero eres tú el que decide.

El escalador está muy sorprendido y no sabe qué responderle. Necesita tiempo para pensarlo. ¿Acepta o no? Sería exponerse delante de miles de personas, muchas que ni lo conocen. Si no cae bien lo pondrán a parir en las redes sociales. Por no hablar de la cantidad de comentarios que aparecerían de sus *haters*, que aprovecharían para machacarlo. Sin embargo, aquel escaparate le permitiría defenderse de los que piensan que es un asesino. Además, potenciaría su marca y hablaría de escalada en la televisión.

—No te he mencionado una cosa importante —dice Eva rebajando el tono de voz. La conoce bien y sabe que lo que viene ahora no le va a gustar tanto. Acierta—. La productora solo ha puesto una condición. La periodista que te hará la entrevista sería Cata González, la misma que te ha convertido en viral en internet.

CAPÍTULO 34

NEREA

Madrid, jueves, 14 de noviembre de 2024

Cuando llega a la academia, tras la charla de Jaramillo, se va directa a su habitación. No lo ha pasado bien en el funeral de Jimena. Cada vez que miraba a los familiares de la psicóloga fallecida se sentía fatal. No podía dejar de pensar en su hermana y en su madre. Así que estaba deseando meterse en su cuarto para llamar a Paula. La chica no le coge el teléfono y entonces cae en que todavía debe de estar en clase. No son ni las dos de la tarde. Su madre también estará ocupada. Desde hace años trabaja como recepcionista en un hotel de Santander, cerca de la playa del Sardinero. No gana demasiado, así que el dinero que le van a dar en la Dick Fosbury les vendrá muy bien.

Nerea se cambia de ropa y se sienta en la cama con el móvil en la mano. Entra en Spotify y busca una canción que la anime. Elige *Yes, And?* de Ariana Grande, que le da buen rollo. Se toca la muñeca derecha, que continúa molestándole. Se quitó el vendaje para ir al entierro porque le quedaba un poco raro con el vestido. Espera no haber llamado demasiado la atención, aunque notó que algunos periodistas le hicieron fotos y la grabaron cuando se bajó del autobús. La verdad es que iba muy elegante, quizá en exceso, pero no tenía otra cosa que ponerse. Luego le devolverá la parka a Alejandra. Gracias a ella no ha pasado frío en el cementerio. Si, finalmente, salen todos juntos por la noche la invitará a una copa. Tal vez no sea el mejor momento para organizar una cena fuera y después ir de fiesta por el centro, pero hay que aprovechar que

Rubén y Loreto han vuelto y que Sara regresó anoche. Susana volvió a insistirle en que tenía que apuntarse al *juernes*. Fue precisamente la esgrimista la que la rescató de la conversación con Verónica Pipper.

—Hola, Nerea. Creo que eres la única persona de la academia con la que no he hablado hasta ahora. Solo me faltabais Sara y tú. Lo bueno siempre se deja para el final. Faltan diez minutos para que empiece la ceremonia. ¿Te importa que te haga unas preguntas?

Por fin había llegado su momento con la inspectora de policía que estaba investigando el caso de la muerte de Jimena. De repente, se puso muy tensa. No tenía nada que ocultar; sin embargo, los nervios la atenazaban. Tanto se le notaba que la mujer le preguntó si se encontraba bien.

—No se puede estar bien en un entierro —le respondió Nerea cruzándose de brazos.

—Seré rápida. ¿Qué tal están siendo estos primeros días en la academia?

—Han pasado volando y al mismo tiempo tengo la impresión de que llevo aquí toda la vida. Creo que me estoy adaptando bien.

—¿Tuviste alguna sesión con Jimena Portero?

—Sí, la semana pasada. El miércoles hablé con ella y después me la encontré varias veces por la academia. Era una chica muy agradable.

Verónica sacó entonces una pequeña libreta del bolsillo de su abrigo y un bolígrafo. Apuntó algo y se quedó pensativa un instante. Esa pausa puso todavía más nerviosa a Nerea, que sintió como le sudaban las manos. Le extrañó estar así porque ella es una persona muy tranquila.

—Bien. ¿Has dicho que te la encontraste varias veces por la academia?

—Exacto, por la pista de arena se pasó alguna vez. Le gustaba asistir a los entrenamientos. Lo hacía con todos los deportes.

—¿El lunes la viste?

—Sí. En el edificio C. Estaba buscando a mi compañera y me crucé con ella.

—¿Hablasteis de algo?

—Le pregunté por Amanda y me dijo que no la había visto. Me pidió que cuando la encontrara le dijera que quería hablar con ella, que iba a estar por la tarde.

—¿Le llegaste a dar el recado a Amanda?

—No, me acordé después de que el director nos contara que Jimena había aparecido muerta en su despacho.

—¿Sabes de qué quería hablar con ella?

—Ni idea. No he sacado nunca ese tema con Amanda.

—¿Se llevaban bien?

—¿Quiénes? ¿Amanda y Jimena? —dijo Nerea, que vio agobiada como Pipper asentía. No sabía adónde quería llegar la inspectora, pero que le preguntara tanto por su compañera estaba empezando a incomodarla—. Sinceramente, no lo sé. Soy una recién llegada y no me he enterado todavía muy bien de cómo se llevan los unos con los otros en la academia.

—¿Nunca charláis de lo que sentís o de lo que pensáis de las personas que estáis en el centro?

—No hablamos mucho. Yo me he centrado en entrenar y en adaptarme a la academia.

—Pero algo habrás notado, ¿no? Pasáis muchas horas juntas y, además, formáis la pareja de vóley playa de la Dick Fosbury. Algo te ha tenido que contar de Jimena.

Nerea no supo qué responder. Se estaba empezando a bloquear. Parecía que Verónica se había empeñado en encontrar algo que pudiese implicar a Amanda. Si le daba alguna información, aunque fuese involuntariamente, que hiciera parecer a su compañera sospechosa del asesinato de la psicóloga, podría meterse en problemas. Ya sabe cómo se las gasta Amanda. Entonces apareció Susana, que la salvó del interrogatorio. La chica había salido de la capilla y fue hacia ella para decirle que le había guardado un sitio y que la ceremonia estaba a punto de empezar. La inspectora le dio las gracias por su colaboración y le permitió que se marchara. Aquella charla provocó que viviera el entierro con más estrés y angustia.

Está a punto de quedarse dormida cuando llaman a la puerta. Se apresura a abrir y se encuentra con Grecia, que también se ha cambiado de ropa y se ha puesto un chándal. Nerea la invita a entrar en la habitación y enseguida se da cuenta de que su amiga no está bien. En el entierro la ha visto ausente, como si estuviera navegando por su propio mundo.

—¿Puedo contarte algo? —le pregunta la halterófila, que mira recelosa por la ventana. Sigue con una actitud extraña.

—Claro, Grecia. Dime, ¿qué pasa?

—Te parecerá que me he vuelto loca, pero estoy viendo a Jimena.

—No te entiendo. ¿A qué te refieres?

—Exactamente a eso. Desde esta mañana no he parado de tener alucinaciones en las que aparece ella. Hasta en el cementerio, mientras la enterraban, la tenía a mi lado hablándome.

—Joder, menuda paranoia.

—Ya ves. Tenía que abrir y cerrar los ojos varias veces para que se fuera. En algunos momentos hasta he dudado de que fuese real.

Nerea no esperaba que su amiga le contase algo así. Es una chica muy particular, pero no sospechaba que llegara a esos extremos. La coge de la mano y las dos se sientan en la cama.

—¿Te pasa con más gente o solo con Jimena?

—Piensas que estoy loca, ¿verdad?

—No, Grecia. Lo que creo es que has sufrido una experiencia traumática y tu mente todavía no ha aceptado que Jimena ha muerto.

—Sí lo he aceptado. No soy tan gilipollas.

—Tal vez tú sí lo has asumido, pero tu mente no —comenta Nerea tratando de calmar a su amiga—. Pero yo no entiendo de estos temas. Deberías acudir a un especialista si sigues teniendo esas visiones.

—No quiero ir al psiquiatra. Me niego.

Grecia resopla de manera exagerada y se coloca las manos en la cabeza. Nerea tiene la impresión de que está tratando de arrancarse el pelo. Emite un ruidito semejante al de un roedor. Su comportamiento es desconcertante. No sabe qué hacer para ayudarla.

—¿Nos damos un abrazo? —se le ocurre a Nerea para intentar que Grecia recobre la estabilidad.

—Esto es una mierda. Me van a expulsar de la academia si Jaramillo se entera de que estoy loca. Saldré de aquí metida en una camisa de fuerza XXL.

—No estás loca. Solo es una mala racha. Esta situación nos está trastornando a todos.

—Ese hombre me la tiene jurada. Yo creo que piensa que maté a Jimena. Dice que quiere ayudarme y lo que pretende es destrozarme la vida para vengarse por lo que ha sucedido.

—No creo que eso sea cierto. Alfonso Jaramillo es un buen tipo. Solamente busca lo mejor para nosotros y seguro que no piensa nada malo sobre ti —replica la jugadora de vóley, que está asustándose por los comentarios y las incomprensibles reacciones de su amiga. Aun así no puede abandonarla ahora—. Venga, anda, dame un abrazo.

Parece que Grecia lo piensa durante unos segundos, pero acaba echándose sobre ella. Nerea nota como la halterófila la aprisiona contra su cuerpo, como una boa constrictor con su presa. Aunque su amiga mide varios centímetros menos que ella, es bastante más robusta y tiene más fuerza. No le dice nada, pero está haciéndole daño. Aguanta como puede hasta que se separan, y Grecia le confiesa algo inesperado.

—Amaba a Jimena —le susurra volviéndose a poner las manos en la cabeza. Esta vez solo se acaricia el cabello—. La quería de verdad, aunque ella nunca se habría fijado en mí.

Las palabras de Grecia suenan huecas entre sollozos y la respiración entrecortada. A Nerea le da mucha pena, pero no sabe qué más hacer para intentar consolarla y que se encuentre mejor. No solo tiene alucinaciones, sino que estaba enamorada de la persona a la que dice que ve; una chica que está muerta desde el lunes.

—Tienes que asumir que se ha ido, Grecia.

—No puedo. Lo he intentado, pero no puedo.

—Es lo único que puedes hacer —dice Nerea, que le aparta a su amiga las manos del pelo y las apoya en su regazo para

acariciárselas—. Debes pasar página. Despedirte de ella para siempre y seguir hacia delante. Jimena no va a volver. Es muy duro, sobre todo si sentías algo especial por ella. Pero la muerte forma parte de la vida. Yo perdí a mi padre hace unos años y todavía no he acabado de superarlo. Sin embargo, guardo dentro de mí los buenos momentos que pasamos juntos. Esos recuerdos no me curan la tristeza, pero hacen que me sienta en paz y aprecie el tiempo que estuvo conmigo.

Las palabras de Nerea logran que Grecia se tranquilice un poco. Sonríe con lágrimas en los ojos y le da las gracias por la paciencia que ha tenido. Se vuelven a dar un abrazo en silencio antes de que la halterófila salga de la habitación. Le ha prometido que va a procurar no caer otra vez en ese pozo tan hondo y oscuro en el que no para de adentrarse.

Aquel rato con Grecia, unido al que ha vivido en el cementerio, la han dejado exhausta. No tiene ganas de salir de la habitación y mucho menos de comer. Se le ha cerrado el estómago. Lo que sí tiene es sed. Se le ha secado la boca. Así que hace un esfuerzo y baja hasta la fuente que hay en la sala de las máquinas expendedoras para llenar su botella. Se da prisa, porque no quiere encontrarse con nadie. Ni siquiera pierde unos segundos en beber por el camino. Está a punto de conseguir su objetivo cuando oye que se abre la puerta de la habitación de al lado de la suya. Amanda sale de la 307 vestida con la misma ropa con la que ha ido al cementerio.

—Imagino que luego no irás a entrenar —le dice su compañera, que parece que ha hecho coincidir el encuentro a propósito.

—Ya sabes que no puedo, Amanda. Hasta la semana que viene nada.

—¿Y esta noche? ¿Qué vas a hacer al final?

—No lo sé. Aún estoy pensándolo.

—Lo mejor es que te quedes aquí. No vaya a ser que te den un golpe en la mano mala y termines de joderla. La gente es muy bruta.

—Si salgo tendré cuidado. No te preocupes.

—Solo quiero que te recuperes y no me fastidiéis más la preparación.

Siempre tiene la sensación de que cada conversación con Amanda es un tira y afloja permanente. Es como si se viese obligada a estar todo el tiempo a la defensiva. Ahora no tiene ganas de discusiones.

—¿Quieres algo más o puedo entrar ya en mi habitación?

—Eres una borde, pero te perdono —le dice Amanda, que no parece que esta vez esté a malas—. Ayer te di un consejo sobre Izan y Alejandra. ¿Me dejas que hoy te dé otro?

—A ver, dime. ¿Sobre quién me vas a advertir ahora?

—Las instalaciones de la academia son de puta madre, pero las paredes de nuestras habitaciones las hicieron con papel de liar cigarrillos —comenta Amanda, que se le acerca—. Lo he escuchado todo, Nerea. He oído lo que ha pasado hace un momento con Grecia.

—Vaya. Ahora también me espías.

—Sabes perfectamente que no, pero piensa lo que quieras.

—Vale, ¿y el consejo? ¿Me vas a decir otra vez que tenga cuidado con Grecia porque piensas que es la asesina de Jimena?

Amanda se acaricia la barbilla y mira hacia arriba. Parece que está eligiendo exactamente las palabras con las que va a contestarle. Por el tiempo que se toma, debe de ser importante. Hasta que no lo suelta, Nerea no se imagina por dónde va a salir.

—El lunes por la tarde fui a ver a Jimena —reconoce Amanda—. No estaba previsto. Me hizo un hueco en su agenda y hasta anuló la cita que tenía, creo que con Loreto. Quería hablar muy seriamente conmigo. Me llamó para decirme que no insultara más a Grecia ni me metiera con ella, que se lo estaba haciendo pasar muy mal. El caso, Nerea, es que yo jamás he hecho nada de eso.

—¿Nunca le has faltado al respeto?

—Al contrario, desde el primer día se obsesionó conmigo y se ha estado inventando historias raras. Ahora sé el motivo. Tiene graves problemas de salud mental. Se imagina cosas. He oído lo que te ha contado y se me ha helado la sangre. Esa chica no está nada bien. Así que mi consejo es que la ayudes a que solucione sus idas de pinza y la convenzas para que vaya a un terapeuta, o de lo contrario

algo grave puede suceder en la Dick Fosbury muy pronto. Grecia, en estos momentos, es una bomba de relojería.

CAPÍTULO 35

MARCUS

Madrid, jueves, 14 de noviembre de 2024

Sara ha vuelto a los entrenamientos. No sabe si ha hablado con Kike en privado a lo largo del día, pero ambos actúan como si no hubiera pasado nada. Hasta han intercambiado opiniones entre ellos. Aníbal, en cambio, está muy serio. Apenas gesticula, se limita a hacer los ejercicios que le ordena el entrenador y su voz casi no se ha oído en toda la tarde, algo muy extraño en él. Marcus se sigue preguntando si aquel ambiente enrarecido se prolongará mucho, porque no es el mejor clima para prepararse.

Los tres están haciendo lo que llaman juego de sombras, en el que practican movimientos por la pista, sin volante, imitando los golpes que el entrenador les va anunciando. Kike da dos palmadas y les pide que paren. Marcus lo agradece porque está siendo un entrenamiento muy intenso. Por la mañana han estado en el funeral de Jimena y parece que ese hombre quiere recuperar el tiempo perdido. La verdad es que él hubiese preferido estar en la pista que en el cementerio, pero sus padres le enseñaron a honrar a los muertos. La psicóloga siempre se había mostrado muy amable y Marcus le debía por lo menos el respeto de asistir a su entierro. Olga, en cambio, ha preferido quedarse en la academia, como le anunció el día anterior. Anoche cenaron juntos y después charlaron de temas intrascendentes en la sala común. Cuando la miraba no podía evitar acordarse de sus sensuales gemidos tras la pared de la habitación mientras sonaba el *Para Elisa*. Hoy todavía no han coincidido. Espera que puedan pasar un rato a solas en algún

momento, porque se está dando cuenta de lo mucho que le gusta estar con ella.

—Perfecto, chicos, buen trabajo. Os doy diez minutos de descanso —les dice Kike, que aplaude satisfecho por el esfuerzo de sus pupilos —. Ahora jugaremos un dos contra dos. Marcus y Aníbal por un lado y Sara formará pareja conmigo. Quiero ensayar algunos movimientos con vosotros dos. Es muy posible, como os comenté, que os inscribamos como pareja en los próximos torneos.

—¿Y el mixto? —pregunta Aníbal, desconcertado—. ¿Voy a jugar el individual, el mixto y por parejas con Marcus? Terminaré muerto cada competición.

—El mixto, de momento, vamos a aparcarlo.

—¿Y eso por qué?

—Porque sí, Aníbal. Lo he decidido así y ya está. Creo que Marcus y tú podéis formar un gran dueto y vamos a empezar a trabajarlo.

—No lo veo bien, pero está claro que mis opiniones cuentan muy poco.

Aníbal lanza al suelo la toalla con la que se estaba secando y va a sentarse en un banco al otro extremo de la sala, apartado de sus compañeros y de su entrenador. Kike maldice el comportamiento de su jugador y se retira al vestuario.

—Se lo he pedido yo —comenta Sara en voz baja, cuando se quedan solos—. No quiero jugar más con él. Me está agobiando mucho.

—¿Es por lo que ha pasado esta madrugada?

—En parte sí, pero no es solo por eso.

La mirada perdida de Sara esconde algo más. Está seguro. Cuando se despidieron anoche, la chica quedó en que le iba a contar las razones por las que se marchó esos dos días. El misterio sigue en pie, porque no se ha dado esa conversación. No quiere presionarla. Después de que se desmayara y perdiera el conocimiento unos segundos en la biblioteca teme decirle algo que la afecte. Así que puede contar con él para desahogarse cuando lo necesite, pero será ella la que lo decida.

—¿Esta noche vas a salir? —le pregunta Sara, que estira sentada antes de regresar al entrenamiento—. He hablado con Nieves y con

Susana y les he dicho que cuenten conmigo. Me gustaría que tú también vinieras.

—¿Yo? No me apetece demasiado.

—Anímate, así podremos hablar fuera de la academia.

—Podemos hablar aquí cuando tú quieras.

—No seas muermo. Me apetece tomarme una copa, bailar y sentirme una chica joven normal aunque sea por una noche.

—Ya eres una chica joven normal —la contradice Marcus, que no ha entendido a qué se refiere y se siente un poco herido en su orgullo porque le ha llamado muermo—. No soy mucho de fiestas.

—¿No me vas a enseñar tus pasos prohibidos? ¡Me encantaría verte bailar!

El joven se sonroja. ¿Qué está diciendo de unos pasos prohibidos? No tiene esos pasos. Él prefiere la música clásica, como la que oye Olga. Nunca ha estado en una discoteca. Sara se lo está pidiendo tan insistentemente que, tal vez, tenga que plantearse salir con el grupo esa noche. Si a ella le viene bien para estar más alegre y sentirse mejor quizá debería acompañarla. Además, no se fía de lo que Aníbal pueda hacer. Dejarla a solas con él sería una temeridad.

La charla entre los dos se ve interrumpida por su compañero, que vuelve a acercarse a ellos. Lleva colgada al hombro su bolsa de deporte, donde guarda la raqueta y la ropa para cambiarse. Se ha quitado las muñequeras que utiliza para entrenar.

—Me voy a la habitación —dice el jugador almeriense, que parece enfadado—. Me he cansado de estar aquí.

—¿Y el partido que íbamos a jugar? —pregunta Marcus.

—Búscate otra pareja. Tienes dónde elegir. El otro día entrenaste con Olga, ¿verdad?

—Kike se va a molestar si te vas del entrenamiento antes de que acabemos —comenta Sara, que se pone de pie—. Espérate al menos a que regrese.

—Díselo tú misma. Por lo que se ve ya habéis solucionado lo vuestro y sois otra vez amigos, ¿no?

Sara no responde a la provocación de Aníbal. La chica coge su raqueta y el volante y regresa a la pista. Marcus la mira apenado. La tensión se puede cortar con un cuchillo. No le gusta cómo se está

comportando su compañero con ella. Esa actitud fría y déspota lo enervan.

—Tío, no la trates así —se atreve a soltarle antes de que se vaya —. ¿Ya no te acuerdas de lo que ha pasado esta noche?

—Claro que me acuerdo. Pero está jugando con todos, Marcus. Si no lo ves es tu problema.

—Ella es libre para hacer lo que quiera. No la presiones más.

—No te la vas a follar, hermano —dice Aníbal, con una sonrisilla que a Marcus le resulta desagradable—. Sara ya ha elegido y ni tú ni yo somos los premiados. No te hagas ilusiones. El entrenador casado nos ha ganado la partida.

Marcus está a punto de gritarle a la cara que a él no le gusta Sara y que fue todo una pantomima para que lo dejase en paz. Sin embargo, se contiene. No merece la pena discutir con su compañero. Esos días le ha demostrado que no es tan buen tipo como creía. Deja que se marche y regresa a la pista con su amiga.

—No le hagas caso —le dice a Sara, a la que ve con lágrimas en los ojos.

—Está en plan gilipollas, pero tiene razón. He hablado con Kike y lo hemos arreglado de momento. Me voy a centrar en el bádminton. Es lo que debo hacer.

—Esa es una buena idea.

—O hago eso o acabaré mal. ¿Tú sabes lo que se siente cuando has cometido un error muy grande y no puedes dar marcha atrás en el tiempo?

Marcus niega con la cabeza. Seguramente, él también se ha equivocado muchas veces, pero en cosas sin importancia. Imagina que Sara está refiriéndose a sus sentimientos hacia Kike. Quizá en esos dos días que ha pasado fuera todo se haya complicado. Tal vez, cuando salgan esa noche, si tiene ganas de hablar y se siente más desinhibida, se lo cuente. No le va a quedar más remedio que ponerse guapo para conocer el famoso *juernes* madrileño.

—¿Dónde está Aníbal? —les pregunta Kike cuando regresa. A Marcus le huele a tabaco. No sabía que su entrenador fumara.

—Se ha ido. Estaba cansado —responde Sara caminando hacia la otra parte de la pista—. ¿Por qué Marcus y yo no jugamos un partido

contra ti? A lo mejor, esta es la opción buena de la pareja mixta y no te habías dado cuenta.

—Sois muy parecidos. Tenéis un estilo similar. No funcionaría.

—Probemos, a ver si eres capaz de meternos algún punto.

Kike lo piensa y acaba aceptando el desafío de la chica. Sara le choca la mano a su compañero y le pide que se emplee a fondo. Ambos destacan por su garra defensiva. Son bajitos, rápidos y no dan un punto por perdido. Su juego se basa en pasar el volante una vez más al otro lado y desgastar a los rivales. Forman una pareja muy correosa, aunque ninguno domina el ataque como Aníbal.

—Al mejor de diez —dice el entrenador, que alcanza la pluma para sacar en primer lugar—. ¿Listos?

—Dale. Estamos preparados.

Cuentan con ventaja porque son dos contra uno, pero Kike está muy en forma. También fue un buen jugador, aunque lo dejó pronto y se dedicó a entrenar. Se fue a trabajar al sur de la península y en Málaga conoció a Sara, la mejor alumna que ha tenido en su vida. Lo ha reconocido en cada entrevista que le han hecho. Cuando le preguntaban por una futura promesa del bádminton nacional siempre la nombraba a ella.

Marcus se da cuenta de cómo se miran a través de la red. Está claro que entre ellos todavía hay asuntos pendientes. El peso del juego lo lleva Sara, que incluso invade la zona de su amigo para devolver el volante. La joven malagueña consigue que el entrenador no sea capaz de ganarles ni un solo punto. El que supone el número diez lo culmina con un maravilloso smash, al que acompaña de un grito de rabia.

—Muy bien jugado —los felicita Kike, que les da la mano.

Marcus tiene la sensación de que el saludo entre Sara y su entrenador dura más de la cuenta. También se siguen mirando de una forma que le hace sospechar que entre los dos sigue existiendo algo fuera de las pistas y que la chica no ha sido del todo sincera con él. Tal vez su amiga no se va a centrar solo en el bádminton.

—He oído por ahí que vais a salir esta noche a cenar —dice Kike, que se ha sentado exhausto en una banqueta, mientras examina su móvil—. Os recuerdo que mañana entrenamos a las nueve.

—No te preocupes.

—Espero que seáis profesionales y no hagáis locuras.

—Nos portaremos bien y estaremos temprano en la academia —le asegura Sara.

—Más os vale. La noche de Madrid puede confundir. Yo me voy a casa, que mi hijo últimamente se queja de que no paso tiempo con él. Hasta mañana, pareja.

Marcus se ha fijado en la cara que ha puesto Sara cuando Kike ha nombrado a su hijo. Ha agachado la cabeza y la ha movido despacio en señal de negación. O eso le ha parecido. Con esa chica ya no sabe lo que pensar. Lo tiene completamente desconcertado. ¿A qué ha venido el tonteo con el entrenador en la última parte del entrenamiento? En cualquier caso, no es asunto suyo.

—Me voy a la ducha —dice Sara, que ya ha recogido sus cosas.

—Yo también necesito una. Te acompaño.

Los dos caminan hacia el vestuario. Ella le va comentando lo bien que se han complementado en la pista y que no es ninguna locura que los tengan en cuenta para jugar juntos en el mixto. Marcus se siente halagado. Sería un esfuerzo extra, pero todo lo que sea competir y entrenar le apasiona. Piensa en Aníbal y en lo poco que a este le agradaría que ocupase su puesto. No le da pena; él se lo ha buscado.

En el pasillo, antes de llegar a las taquillas, Olga aparece de frente. Sin que Marcus lo espere, se le tira encima y lo abraza con fuerza. El joven se sorprende del ímpetu de la jugadora de tenis de mesa. Luego saluda a Sara, que entra en el vestuario de las chicas.

—¿Qué tal el entrenamiento?

—Supongo que bien. Intenso —responde Marcus, resoplando—. ¿Cómo ha ido tu día?

—Tranquilo. Me he pasado la mañana en la habitación y por la tarde he jugado unas partidas con Rubén. Ha sido divertido, aunque me ha dicho que cree que no volverá a la academia. Me ha contado cosas del entierro. Yo al final no he sido capaz de ir.

—Ha sido un funeral muy concurrido y emotivo. Había muchísima gente.

—Ya lo sé. Mi madre también ha estado.

—¿De verdad? ¿Conocía a Jimena o a su familia?

Olga se muerde el labio, en un gesto que ya conoce. La hace parecer pequeña e inocente. Se lo ha visto sobre todo cuando se pone nerviosa.

—Sí, desde hace muchos años —responde la chica, que le coge de la mano, y entran juntos en el vestuario masculino, donde no hay nadie.

—¿De qué? Si se puede decir.

—A ti sí, Marcus. Jimena era la mejor amiga de mi hermana. Ella la llamaba Veri y compartieron equipo de gimnasia aquí mismo. Mi hermana adoptiva era Anita Vidal.

CAPÍTULO 36

OLGA

Su historia

Olga Vidal Lastras, ese era su verdadero nombre. Cuando empezó a tomarse en serio lo del tenis de mesa, se lo cambió y pasó a ser Olga Lebedeva. No quería que la vincularan con su hermana fallecida porque, aunque se dedicaban a deportes diferentes, las comparaciones con Anita siempre iban a existir. Nunca estaría a su altura. Por no hablar del morbo que podía llegar a suscitar conocer su opinión de lo que sucedió en mayo de 2014. Adoptó un apellido ruso para competir, remontándose a sus orígenes. Olga no recuerda a sus padres biológicos, que la abandonaron, pero sí permanece en su memoria el día que llegó a España proveniente de un pequeño pueblo de la estepa rusa. Ni siquiera está segura de que aquella adopción fuera legal. Nunca lo investigó. Solo sabe que tenía cuatro años y una nueva familia.

—No me puedo creer que estés aquí —le dijo Jimena, emocionada, el día que entró en la academia—. Cómo has crecido, Olga. No sabes la de veces que he pensado en ti y en tus padres todo este tiempo. ¿Están bien?

—Regular. Mi madre apenas sale de casa y mi padre se ha vuelto muy irascible. Han pasado diez años, pero todavía echan mucho de menos a Anita. No lo han superado.

—Lo siento tanto... Nos pasa a todos. Es que fue terrible. Yo me hice psicóloga por ella, ¿sabes?

Jimena Portero-Vera era la mejor amiga de su hermana adoptiva en la Academia Dick Fosbury. Anita le habló muchas veces de Veri.

Además, estaba al tanto de lo que su hermana sentía por Jimena porque se lo contaba cuando iba de visita a casa o hablaban por teléfono. Olga solo era una niña, pero Anita le confiaba sus secretos. Con el devenir del tiempo ha pensado que lo hacía simplemente para desahogarse con alguien porque se sentía sola. Una cría de nueve años no iba a entender lo que le pasaba por la cabeza y tampoco la iba a cuestionar. Era como si hablase consigo misma y se planteara en voz alta sus sentimientos. Sin embargo, Olga comprendía más de lo que su hermana imaginaba. Veri fue el primer amor de Ana y también la primera persona que se enamoró de ella, pero nunca tuvieron nada más que una bonita amistad. Estaba tan centrada en la gimnasia que no quiso otorgarle una oportunidad a lo que dictaba su corazón. Quién sabe lo que el futuro les habría deparado en su relación si Anita no hubiera fallecido tan joven.

—Cuando sucedió lo de tu hermana, me prometí que iba a hacer todo lo posible para intentar ayudar a la gente y que a nadie le sucediera lo mismo que a ella. Anita estaba sufriendo mucho en esa época. La presión hizo que se agobiara y por aquel entonces a la salud mental no se le daba tanta importancia como ahora. Aún era un tema tabú, aunque empezaban a cambiar las cosas. Teníamos un psicólogo en la academia, pero no nos ofrecieron las herramientas adecuadas para ayudarnos a superar las tremendas exigencias del deporte de élite.

A Olga le gustaba tener a Veri en la academia. Era como disfrutar de un pedacito de su hermana. Fue uno de los motivos por los que aceptó formar parte de la Dick Fosbury. Al principio, se extrañó de que la llamaran. No tenía el nivel suficiente para entrar en aquel centro deportivo de élite que había cerrado hacía diez años, pero que disponía de tan buenas instalaciones y medios para convertir a jóvenes atletas en verdaderos campeones. Pensó que era porque Alfonso todavía tenía el recuerdo de Anita en su cabeza. Incluirla en el equipo de tenis de mesa era una especie de favor. Y, en parte, fue así. El director le explicó que sentía que le debía algo a su familia. Se lamentó una infinidad de veces de no haber detectado que su mejor deportista estaba pasándolo tan mal como para quitarse la vida. Eso nunca se lo perdonaría. Además, luego llegaron todas esas noticias

falsas y malintencionadas que publicó la prensa sobre un presunto asesinato que todavía les hizo más daño. Aunque Jaramillo le dejó muy claro que también la habían seleccionado por su calidad y su proyección en el tenis de mesa. Los técnicos estuvieron de acuerdo en la elección.

—Si no fueras tan buena y no creyera en ti, no te habría llamado, Olga. He visto cómo juegas y las cualidades que tienes y, sin duda, vas a convertirte en una de las mejores de tu generación. Nosotros te ayudaremos a conseguirlo. Como en su día intentamos ayudar a Ana.

El caso es que si aceptaba la oferta de Alfonso saldría de casa y no tendría que soportar el mal rollo que había entre sus padres. Además, y lo que más le importaba, podría honrar a su hermana adoptiva y esforzarse en dar el máximo rendimiento en el mismo lugar en el que ella falleció.

No había vuelto a estar en la Dick Fosbury desde que era una niña. Cuando llegó aquel caluroso lunes de septiembre, más de diez años después de la muerte de Anita, lo primero que hizo fue visitar la placa conmemorativa que había en su honor en el jardín del edificio A. Alfonso la acompañó. Lo recuerda como un momento muy emotivo. El hombre lloraba a su lado y no paraba de pedirle perdón. Ella, en cambio, se aguantó las lágrimas y le prometió a su hermana que haría todo lo que estuviera en su mano para que se sintiera orgullosa.

Olga se tomó aquella experiencia como el mayor reto de su vida. Tenía que aprovechar la oportunidad que le habían brindado. Le pidió al director que no le dijera a nadie que era la hermana de Anita Vidal, ni siquiera a Lin Gaoyuan, su entrenador, ni al que iba a ser su compañero, Rubén San Andrés. Los únicos que lo sabían eran la subdirectora de la academia y él. También habló con Jimena para que no lo contara. La psicóloga aceptó mantenerlo en secreto y cuando se veían en la consulta era para tratar temas relacionados con el deporte. Las dos procuraban no aludir al pasado durante las sesiones, aunque era inevitable que de vez en cuando saliera a relucir el nombre de Anita.

El lunes 11 de noviembre, Olga fue a ver a Jimena para pedirle una cita y la encontró tirada en el suelo de su despacho. Le tomó el pulso y comprobó que no tenía. Parecía que no respiraba. Presa del pánico, salió corriendo en busca de ayuda, a pesar de que sabía que ya no había solución, hasta que chocó con Kike Sánchez, el entrenador de bádminton.

—¿Qué te pasa, Olga? Estás temblando.

—Jimena... Jimena... está muerta.

—¿Qué estás diciendo? ¿Dónde?

—En su despacho.

El hombre le pidió que no se moviera y fue a la habitación en la que yacía inerte la psicóloga. Olga recuerda que estuvo de rodillas llorando hasta que Kike regresó y le dijo que había avisado a Jaramillo. La policía ya estaba en camino. Todo fue muy confuso en las siguientes horas. De hecho, no se acuerda muy bien de lo que hizo ni de con quién habló. Veri había muerto en el mismo lugar que su hermana. La situación era tan terrible como surrealista. ¿Había sido solo una casualidad?

Aquello acababa de empezar de nuevo. Sin embargo, la primera vez que la inspectora Verónica Pipper la interrogó no le preguntó por su hermana adoptiva. Eso le sorprendió. Ella tampoco sacó el tema, aunque tarde o temprano se iban a enterar de quién era en realidad. ¿O podía ocultarlo? Le daba miedo que ese momento llegase. No quería enfrentarse de nuevo a lo que vivió con nueve años.

—Ya hay medios que están relacionando el crimen de Jimena con la muerte de tu hermana —le dijo Alfonso el martes después de comer, cuando fue a verla para preguntarle cómo estaba. Una melodía de Chopin sonaba en ese instante en su habitación—. Esto se nos va a escapar de las manos otra vez.

—Todavía no saben que soy la hermana adoptiva de Anita, ¿verdad?

—Yo qué sé, Olga. A mí no me lo han preguntado. Estoy pendiente de unas gestiones porque van a intentar que la academia se cierre otra vez. De todas maneras, ya sabes cómo es la prensa. Estarán revisando el perfil de todos para adelantarse a la policía y señalar a alguien.

—¿Crees que me pueden acusar a mí del crimen?

—Pueden acusar a cualquiera, Olga. Esos buitres son capaces de todo.

—Ayúdame, Alfonso, por favor. ¿Qué debo hacer? La inspectora Pipper quiere interrogarme otra vez. ¿Le digo la verdad?

—Tú sabrás lo que le cuentas a la policía. Yo no puedo entrar en eso.

—Quiero seguir siendo Olga Lebedeva, no la hermana de Anita Vidal.

—Te comprendo. A lo mejor no hace falta que confieses nada todavía. Deja que el tiempo pase y a ver por dónde van los tiros.

Las cosas no podían ir peor. Se sentía atrapada en un laberinto en el que solo había una salida: que se descubriera su identidad real y desenterraran el pasado. La policía empezaría a hacerle preguntas sobre su hermana y sobre la relación que ese hecho podría tener con el crimen de Jimena. Los medios se enterarían de todo y otra vez le tocaría sufrir. ¡No! ¡No estaba dispuesta a pagar dos veces por la misma tragedia!

Estaba desolada. Todo le salía mal. Su vida empezaba a complicarse otra vez. Desde pequeña ha tenido que lidiar con los problemas. Sus padres biológicos no la quisieron, los niños en el colegio le hacían burlas por ser diferente y su hermana adoptiva se suicidó. Ni siquiera se despidió de ella. La suerte no ha cambiado, como parecía cuando Alfonso la llamó para que ingresara en la Dick Fosbury. Tampoco en lo sentimental le iba bien. ¿Por qué él seguía pasando de su culo? La ignoraba como si no existiera. Llevaba varias semanas intentando buscar el momento adecuado para decirle lo que sentía, aunque estaba convencida de que la rechazaría. Ese momento, posiblemente, visto lo visto, no cree que llegue jamás.

Al mirar el reloj, se dio cuenta de que llegaba tarde a su encuentro con Marcus. El bueno, amable y bonito de Marcus. Seguro que aparecería en cualquier instante preocupado porque se estaba retrasando. Es un chico muy tierno. ¿Por qué no se enamoraría de chavales como él? Olga se preparó para darle una sorpresa. Marcus se lo merecía. Se desnudó y se puso un camisón transparente, que dejaba al descubierto la ropa interior oscura. Daba igual que tuviera

el rímel corrido de llorar, el cabello rubio despeinado y que se sintiera rota por dentro. La función tenía que continuar. Cuando le abrió la puerta, el chico se quedó paralizado y notaba que sus ojos la recorrían con pudor. Seguramente, era la primera mujer que veía medio desnuda. Lo cogió de la mano y tiró de él hacia el interior de la habitación.

—Sabía que vendrías a por mí. Pareces asustado, Marcus. No pasa nada. Entra, por favor. No me tengas miedo.

CAPÍTULO 37

GRECIA

Madrid, jueves, 14 de noviembre de 2024

¿Por qué le ha revelado todo a Nerea? ¡Apenas la conoce! Solo lleva diez días en la academia y ya le ha contado mucho más que a sus padres o a sus hermanos. No entiende cómo se ha fiado de ella a las primeras de cambio. Parece buena chica, pero no tendría que haberse soltado de esa forma. Seguro que piensa que no está bien de la cabeza. Quizá sea así. Ver a una persona que está muerta y hablar con ella no es normal. Además, Grecia le ha confesado que amaba a Jimena. Ahora se arrepiente de haberse desahogado con la jugadora de vóley playa, a pesar de que necesitaba hablar con alguien.

—A la ducha, ya está bien por hoy. Has hecho un gran trabajo —la felicita Tony Roselló, aplaudiéndola—. Mañana te dejo que bajes a las nueve y media. Te lo has ganado.

Su entrenador ha estado muy amable en el entrenamiento. Le ha sorprendido porque no ha sido su mejor tarde. A veces se le ha ido la olla y ha metido la pata. Ha estado a punto de fastidiarse un pie cuando se le ha caído la barra cargada con ochenta kilos. Por suerte no le ha dado. No estaba concentrada en lo que tocaba. En cambio, Tony, a diferencia de otras veces, no la ha reñido y la ha tratado con mimo. Le ha mandado repetir los ejercicios que no hacía bien como si no hubiese sucedido nada. Menos mal, porque hoy no era el día para recibir broncas. Sus ánimos están bajos y se siente emocionalmente muy inestable. El entierro de Jimena la ha acabado de hundir. Tal vez su entrenador se ha dado cuenta de que no está

atravesando su mejor momento y no ha querido echar más leña al fuego. La semana que viene es el viaje a Budapest y tiene que mejorar para no hacer el ridículo. Es un test muy importante para ella.

—Estaré a las nueve en el gimnasio —dice Grecia, que saca una bolsa de gominolas y se mete un osito amarillo en la boca—. ¿Quieres uno?

—No como esas mierdas y tú tampoco deberías.

—Necesito azúcar para recuperar fuerzas.

—Hay un montón de cosas que puedes tomar para eso. Ya lo sabes —le recuerda su entrenador, en plan padre—. Descansa. Nos vemos mañana.

Grecia se despide de Tony y se come otros seis ositos mientras recoge sus cosas. Sabe que él preferiría que fuera colágeno, vitaminas o magnesio, pero no están tan ricos como esas pequeñas gominolas de Haribo. Su madre se las tenía que esconder cuando era una niña. La asustaba diciéndole que se le iban a picar los dientes y se le caerían. Antes del entrenamiento, habló con ella por videollamada. Como siempre, sus hermanos no estaban en casa.

—¿Cómo ha ido el entierro, hija?

—Pues muy triste, como todos.

—¿Hablaste con su familia? ¿Le diste el pésame?

—Sí, mamá.

—Pobres. Me da mucha pena. He visto que ha salido en la tele, en uno de esos programas de la mañana. Su madre estaba hecha polvo. Esa mujer ya no volverá a ser la misma. Ojalá la policía encuentre pronto al culpable y al menos se haga justicia y puedan descansar.

Grecia ve a su madre muy emocionada. Está sufriendo con el caso de Jimena. Si le contase que estaba enamorada de la psicóloga asesinada no sabe cómo se lo tomaría. Sus padres no están enterados de su orientación sexual. Jamás han hablado de sexo en casa. Sospecha que lo imaginan, pero no se atreven a sacar el tema. Ella no piensa hacerlo. En realidad, es la segunda vez que se

enamora. La primera casi no cuenta, ya que fue de una compañera de clase cuando tenía doce años. Estaba algo confusa porque lo que le gustaba era una chica. Luego descubrió que no era un bicho raro, sino que les pasaba a muchas mujeres, algunas deportistas importantes a las que admiraba.

—Los tengo prohibidos, pero ¿me das uno de esos?

La chica se gira y no ve a nadie. Mierda. Ahora no solo tiene visiones, sino que oye la voz de entes fantasmagóricos. Sin embargo, en esta ocasión, quien le habla es una persona de carne y hueso. Sara aparece por la puerta trasera del gimnasio recién duchada. No la ha visto llegar. Lleva el cabello todavía mojado y huele a gel de baño de chocolate de la marca Laiseven. Reconoce el olor porque hubo una época en que su madre se lo compraba y a ella le encantaba. Le da un puñado de ositos y le dice que ya ha terminado de entrenar y que estaba yendo a la habitación. La jugadora de bádminton también se dirige a su cuarto, así que decide acompañarla.

—Te he visto muy triste en el entierro de Jimena —comenta Sara mientras salen del edificio B—. ¿Tenías mucha relación con ella?

—Imagino que como todos. Era una chica que se hacía querer.

—A mí no me caía especialmente bien, pero tampoco la conocía tanto.

A Grecia no le apetece tratar ese asunto otra vez, así que no le pregunta la razón por la que la terapeuta no era de su agrado. Está más interesada en saber dónde se metió los dos últimos días y por qué no avisó a nadie y apagó el teléfono. Casi la lía, ya que Aníbal quería ir a la policía a denunciar su desaparición. Pero Jaramillo, con buen ojo, lo frenó. No tiene tanta confianza con ella para plantearle esa cuestión, aunque se muere de la curiosidad.

—Estoy agotada. Creo que me daré una ducha, cenaré pronto y no tardaré en irme a la cama —dice Grecia cambiando de tema para no hablar más de Jimena—. El día se me ha hecho muy largo.

—¿No vas a salir con todos esta noche?

Ni se acordaba. Les dijo a las de esgrima que lo pensaría y que a lo mejor se animaba. Sin embargo, ahora no tiene ganas. Elegir qué ponerse, arreglarse e ir al centro con sus compañeros le da una pereza máxima. Por no hablar de que no se encuentra bien y no se va a divertir saliendo con el grupo.

—No creo. Estoy muy cansada.

—Yo también, pero una noche es una noche. Nunca he ido de fiesta por Madrid.

—Soy cero fiestera.

—A mí tampoco me gusta mucho —comenta Sara, que se queda parada—. Joder. Se me ha olvidado algo en el vestuario. Sigue tú. Luego nos vemos. Piénsate lo de salir. Te vendrá bien para olvidarte de los problemas durante unas horas. Además, iremos todos.

Grecia continúa sola hasta el edificio A. Antes de entrar, saca la bolsita de gominolas del bolsillo de la chaqueta del chándal y se come otros tres ositos. Se promete que serán los últimos de ese jueves. En recepción no hay nadie. Ni siquiera el conserje de guardia. El silencio es absoluto, algo extraño en un lugar donde viven tantas personas. Posiblemente, la mayoría de sus compañeros ya se están preparando para salir.

—¿Por qué no vas con ellos? ¿Es por guardarme respeto? Si lo estás haciendo por mí no te preocupes. No me voy a enfadar contigo.

Sentada en el mostrador de recepción está Jimena, con las piernas cruzadas. La psicóloga da un salto y se le acerca. Grecia cierra los ojos y cuando los abre de nuevo la terapeuta asesinada continúa con ella. Sabe que no es real. La ignora y sube la escalera.

—Oye, ¿qué te pasa? ¿Por qué no me hablas?

—Estás muerta. No eres de verdad.

—¿Y eso qué más da? Lo importante es que tú me ves.

—Porque me estoy volviendo loca —dice Grecia, que abre la puerta de su habitación muy nerviosa—. Déjame. No entres.

—Vale, vale. No te preocupes, que no pienso pasar a tu cuarto. Ya sé que no soy bien recibida. ¿Esto es por lo del lunes?

—Estás muerta. Déjame, por favor.

Grecia abre los ojos al oír el móvil y no sabe muy bien dónde está. Aquella es su habitación. Se tumbó en la cama cuando regresó del gimnasio y se quedó dormida. Todavía lleva el chándal con el que ha entrenado. Mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca la bolsita de ositos. Se prometió que no se comería ninguno más hasta el día siguiente. ¿O eso lo soñó? ¿Y el encuentro con la jugadora de bádminton? ¿Fue real?

> Hermana, me ha dicho Sara que no sales. Eres la única que no viene. Hasta Marcus y Olga se han apuntado. ¡Y he reservado para quince! No me seas triste. Te esperamos en recepción dentro de media hora. Los taxis ya están pedidos.

El mensaje de Susana confirma que antes ha estado con Sara. Eso no se lo imaginó. Su mente le está jugando malas pasadas. Ya empieza a no distinguir lo que es real y lo que no. ¿Tendría que ir al médico y explicarle el problema? Le preocupa que vaya a más. ¿Y si tiene un tumor cerebral? Alarmada, busca los síntomas en internet y comprueba que ver a personas que no existen no es uno de ellos. En cambio, hay otras enfermedades relacionadas con la salud mental que podrían justificar lo que le está pasando. ¿Debe consultar a un especialista para que le dé una solución?

—No seas tonta, Grecia. No pasa nada —se dice a sí misma en voz alta, frente al espejo del cuarto de baño—. Solo es una crisis momentánea. Se irá en cuanto estés tranquila.

Resopla y se quita el chándal. No le apetece ducharse, pero ha sudado mucho en el entrenamiento. Ojalá tuviera el gel que huele a chocolate de Sara. Podría pedírselo o comprarlo la próxima vez que vaya al centro. Aquel aroma le ha recordado a su hogar. Siempre ha sido un patito feo, pero con sus padres y sus hermanos pequeños era feliz. En lugar de a Hungría, podría irse el fin de semana siguiente a Asturias. Si se lo plantea a Tony, la mandará a la mierda,

y con razón. Quizá la primera medida para recuperar el ánimo y no tener alucinaciones sea estar unos días con los suyos. Le pediría a su madre que preparara una buena fabada y todos juntos se sentarían a la mesa a contarse batallitas mientras fuera cae el *orbayu*. Les preguntaría cómo les va a los chicos y ellos le responderían que muy bien, pero que la echan de menos, aunque no se lo estén demostrando.

Alguien llama a su habitación mientras se viste después de la ducha. Aunque vaya a estar sola en el comedor, le da corte bajar en pijama. Se sube la cremallera del vaquero y se apresura a abrir la puerta. Susana y Nieves parece que van a una fiesta de Nochevieja. Se han puesto vestidos muy cortos, la salmantina blanco y la canaria amarillo, tacones, y van muy maquilladas.

—No te vas a quedar aquí tú sola —le dice la esgrimista tinerfeña entrando con su compañera en la habitación—. A ver qué tienes en el armario.

—Chicas, no quiero salir.

—Claro que quieres. Esta noche no nos puedes fallar —la reprende Susana, que va al cuarto de baño y regresa con un cepillo para el pelo—. Solo tenemos quince minutos. Así que colabora, hermana.

—No me apetece. De verdad. Yo solo tengo ganas de cenar y dormir.

—Ni de coña. Tú te vienes con nosotras —insiste la sablista de Salamanca.

—Pero ¿qué más os da?

—Nos da mucho —responde Nieves, que parece que se ha molestado—. Hemos convencido a Jaramillo y a Dafne para que nos dejen salir esta noche. Una de las condiciones por las que han aceptado es que vamos a cenar juntos. Les hemos explicado que la decisión la hemos tomado los quince, sin excepciones. Si te quedas tú, ya no estaremos todos.

Y Susana añade:

—Así que si no quieres fallarle al grupo y que te funemos ya puedes ponerte mona y vestirte con lo mejor que tengas en ese puto armario.

CAPÍTULO 38

ALEJANDRA

Madrid, jueves, 14 de noviembre de 2024

Al final, las esgrimistas se han salido con la suya. Los quince deportistas que forman parte de la Academia Dick Fosbury están preparados para salir esa noche. Algunos no lo tenían muy claro, pero se han decidido a ir. Alejandra está sorprendida con el poder de convocatoria de sus amigas. Incluso ella no se ha decidido hasta última hora. Susana ha reservado un restaurante en la zona de Huertas y Nieves se ha encargado de organizar los taxis. Jaramillo les ha dado el visto bueno, aunque les ha pedido que vuelvan pronto. Mañana hay entrenamiento y no quiere a nadie de empalmada ni con resaca.

—Tranquilo, Alfonso. Yo me encargaré personalmente de que todos estén aquí después de cenar y de tomarnos una copita —le comenta Susana al director en la recepción del edificio A—. No te preocupes.

—¿Qué copita?

—O un chupito en el restaurante, después del postre.

—Susana, no hagáis locuras, por Dios.

—Era una broma, querido director.

—Sigo pensando que esta no es una buena idea.

—¿No te quieres venir? Donde caben quince, caben dieciséis —le dice Nieves a Jaramillo, al que le guiña un ojo.

El director niega con la cabeza y les dice que si tienen cualquier problema que lo llamen a él o a Dafne, que estarán pendientes de los móviles. Les ruega que no se metan en líos y que traten de evitar

subir fotos y vídeos a las redes sociales. El primer taxi llega y se lleva a Izan, Loreto, Amanda y Nerea. A Alejandra le molesta no haberse montado en el mismo coche que el escalador, aunque se ha propuesto no pensar en él esa noche. Va a ignorarlo. Si Izan quiere hacer algo es su problema. Ella debe aceptarlo y aquel es el primer paso para asumirlo. A pesar de que sabe que si lo ve liándose con otra le dolerá.

En el segundo taxi se suben los taekwondistas, Aníbal y Rubén. En el tercero van Grecia, Marcus, Olga y Sara. Las tres sablistas tienen que esperar un poco más hasta que aparece el último coche, que llega con más de diez minutos de retraso.

—Bueno, chicas, lo hemos conseguido. ¡Esta noche nos olvidamos de todo y toca pasarlo bien! ¿Vale? Nada de dramas, por favor —dice la tinerfeña, que va en el asiento delantero del taxi.

—Amén, hermana. Vamos a disfrutar y a dejar atrás los problemas. ¿Eh, Ale?

—Que sí, Susana. No me quejaré en toda la noche.

—¡Esa es la actitud!

En la radio del coche suena *Carita triste*, de Ana Mena y Emilia, que hace que se vuelvan locas. El taxista sube el volumen y se une a la fiesta de las esgrimistas. Incluso Alejandra la canta y la baila. Para ella no es tan fácil esa desconexión que proponen sus amigas. Hay demasiado ruido en su cabeza y está cansada, pero hará lo posible para que esa noche se convierta en un punto y aparte. Desde que pasó lo de la dana en Valencia, se han ido acumulando circunstancias negativas y no ha parado de darles vueltas a las cosas. Por un motivo o por otro su habitual sonrisa se ha ido esfumando. No iba a salir, pero, después de cambiar de planes, se ha dado cuenta de que es el momento de enfocar ese día como el principio de una nueva etapa.

Sus amigas van vestidas de manera espectacular. Triunfarán a poco que quieran. Ella no tenía ganas de arreglarse demasiado y se ha conformado con un vaquero ajustado, una camiseta escotada y una chaqueta negra de cuero. Aun así, sabe que llamará la atención en la discoteca a la que vayan. Siempre le pasa cuando sale. En una de esas fiestas conoció a su ex, el jugador del filial del Levante que

la engañó. Tendrá cuidado con lo que hace esa noche porque no desea más quebraderos de cabeza sentimentales. Izan no le ha hecho ningún comentario. ¿Qué importa? En cambio, Rubén le ha dicho que iba muy guapa. Ese chico es un encanto.

El taxista tiene abierta la ventanilla y a Alejandra el viento frío le da en la cara. La está despeinando, pero le da lo mismo. A ella le agrada, no como a Susana, que le pide al conductor que suba el cristal. Entonces se fija en que su amiga vuelve a llevar la cadenita de la Virgen de la Vega.

—¿Cuándo la has arreglado? —le pregunta Alejandra a la salmantina, señalando la medallita que tiene en el cuello.

—Después de ducharme. Me he puesto y lo he conseguido yo sola. No me lo creo, con lo poco habilidosa que soy.

—Y el arañazo del pecho ¿cómo lo tienes?

—¿Quieres verlo? —bromea Susana, que amaga con bajarse el escote del vestido—. Está bien, no es nada importante. Una simple herida de guerra.

Alejandra observa que la uña continúa rota, pero no se lo comenta. En la prensa no ha aparecido ninguna información que afirme que la Policía Científica encontrara restos de piel en las uñas de Jimena y tampoco nada referente a que hubiera un trozo de uña en la escena del crimen que pudiera delatar a su amiga. Seguramente no tenga importancia y se ha montado una película. No existe ninguna razón por la que la asesina de la psicóloga esté sentada a su lado ahora mismo en ese taxi.

Cuando llegan al restaurante, los otros doce chicos las están esperando en la puerta. Ve a Izan hablando con Nerea y con Loreto, sus dos preferidas de la academia. Se dice para sí misma que no puede ponerse celosa ni enfadarse. Es la noche del punto y aparte. El día en el que todas sus perspectivas de futuro cambiarán. El escalador no va a condicionar más su estado de ánimo. Ni él ni ningún tío.

—Las últimas —le comenta Rubén, que se le acerca—. Ya pensábamos que os habíais ido a otro lado para empezar la fiesta vosotras solas.

—En realidad, la fiesta la hemos comenzado en el taxi. El conductor tenía las mismas ganas de marcha que Nieves y Susana.

—¿Las mismas? Eso es imposible.

—Tendrías que haberlo visto cantar con ellas a pleno pulmón con las ventanillas abiertas y la gente mirándonos.

—¿Tú no has cantado?

—Bueno, no sé si lo que yo hago puede denominarse cantar.

Rubén se ríe y entran en el restaurante de Huertas en último lugar. Suben al comedor de la primera planta y se sientan juntos en los dos huecos que hay libres. Enfrente tiene a Izan y a Nerea. No hay forma de librarse de esos dos. Alejandra suspira y se bebe de golpe una copa de champán que ya estaba servida encima de la mesa.

—Tía, eso era para brindar —le susurra Nieves, que se ha colocado a su izquierda.

—Tenía la garganta seca. Ahora pido que me sirvan otra. Se puede, ¿no?

La cena transcurre entre risas y anécdotas que han sucedido en aquellos dos meses en la academia. Nadie hace referencia a la muerte de Jimena. Algunos beben vino y se animan desde el principio, como Chema y Teo. También las amigas esgrimistas de Alejandra hablan hasta por los codos y suben tanto el volumen de voz que uno de los camareros les llama la atención. En cambio, gente como Aníbal, Grecia, Marcus y Olga no intervienen demasiado. Ella, de vez en cuando, también se aísla del alboroto que se oye en la mesa y entre copa y copa charla en *petit comité* con Rubén. El jugador de tenis de mesa la invita a ir algún día a Brunete para que pruebe la caldereta de venado que hace su padre. Alejandra le devuelve la gentileza y le propone visitar Valencia en fallas.

—Es una experiencia que tienes que disfrutar por lo menos una vez en la vida.

—Tengo curiosidad por ir a una mascletá.

—Es una pasada, aunque los que vienen de visita acaban un poco sordos. Nosotros estamos acostumbrados —dice la chica, que ya ha empezado a arrastrar las palabras al hablar—. Mi sueño es que me hagan un ninot vestida con el traje de esgrima. Si voy a los Juegos Olímpicos y gano una medalla podría cumplirse.

—¿Ese es tu sueño?

—Después de una copa de champán y tres de vino blanco... sí.

La confesión de Alejandra provoca la carcajada de Rubén. No sabía que era tan simpático. Tendrían que haber hecho más reuniones de ese tipo. Aunque llevan varias semanas viviendo juntos, no conoce en profundidad a la mayoría de sus compañeros. Se pasan el día entrenando, con horarios diferentes y pocos momentos para divertirse. En alguna ocasión, se han quedado en la sala común charlando un rato después de cenar, pero el cansancio rápidamente se apodera de ellos y se acaban yendo pronto a la cama. Con Rubén, por ejemplo, hasta hoy no había tenido una conversación a solas. Ni se habían sentado en el comedor a la misma mesa. Está siendo una grata sorpresa. Y, además, es un chico muy guapo. Lo que pasa es que de reojo no para de mirar a Izan. Ese es su mayor problema.

—Voy al baño un momento —le dice Alejandra al jugador de tenis de mesa—. Tanto vino tiene sus efectos.

La valenciana se levanta y le pregunta al camarero por la ubicación de los aseos. Se nota un poco mareada. No está acostumbrada a beber alcohol y se le ha debido de subir. Sale del comedor, con alguna dificultad, apoyándose en la pared, y cruza un largo pasillo que termina en dos habitaciones. La de la izquierda es el baño de las chicas. Cuando entra, oye a alguien vomitar en una de las tres cabinas que hay. Se aproxima a la puerta y llama.

—¿Hola? ¿Estás bien? —pregunta Alejandra preocupada.

—Sí, no te preocupes.

—¿De verdad?

—Algo me ha debido de sentar mal, pero no pasa nada.

Se trata de Grecia. No la ha visto salir del comedor. Susana y Nieves le han contado que no quería salir. Tuvieron que convencerla a última hora. Quizá era porque no se encontraba bien.

—¿Necesitas ayuda?

—No. Ya estoy mejor.

—Vale, pero avísame si puedo hacer algo por ti.

—Todo está OK, gracias.

No vuelve a oír vomitar a la halterófila en el tiempo que está en el baño. Cuando sale de la cabina, Grecia ya se ha marchado. No la ha avisado, pero no le da importancia. Alejandra se retoca delante del espejo y regresa a la cena. El mareo no se le ha terminado de pasar, pero está en condiciones de seguir la charla con Rubén. Se acabó el alcohol por esa noche. Al menos en el restaurante. Esa será su última copa de vino blanco. ¿Dónde está Izan? Tampoco ve a Nerea. Joder. Esos dos no han esperado ni a llegar a la discoteca. En los siguientes diez minutos no escucha nada de lo que le dicen. En ese tiempo se encuentra un par de veces con la mirada de Grecia, que parece recuperada. La levantadora de peso asturiana se está comiendo un trozo de tarta de chocolate enorme que ha pedido de postre. No da la impresión de que se sienta mal. Se habrá quedado con el estómago vacío tras ir al baño y tendrá otra vez hambre, porque engulle el pastel de forma voraz.

—¡Chicos! ¡Un brindis! —grita Izan, que acaba de regresar a su sitio. Nerea también ha vuelto y se ha sentado a su lado. El joven escalador se pone de pie con el champán en la mano. Todos se levantan de sus asientos al unísono y alzan sus copas—. Creo que tenemos que hacer un brindis triple. En primer lugar, por el director, Alfonso Jaramillo, que nos ha permitido celebrar esta cena. Después, por Susana y Nieves, las encargadas de organizarlo todo. Sin ellas ahora estaríamos durmiendo en nuestras habitaciones. Y, en tercer lugar, este brindis es por nosotros. ¡Nos lo merecemos, joder! ¡Por los quince atletas de la Dick Fosbury!

Todos repiten las palabras del escalador y chocan sus copas. Alejandra lo hace con Rubén y después con Susana. A continuación, durante unos segundos, ella e Izan se miran fijamente. No han hablado en todo el día. Entre ambos existe una tensión emocional que va y viene sin parar. Es agotador sentir algo por alguien que no siente lo mismo por ti. Lo odia por eso, pero también lo ama. ¿Qué coño hace si se ha enamorado de quien no debe?

Es Izan quien se decide y le ofrece su copa para brindar. La chica acepta e intercambian una sonrisa. Uf. El corazón se le acelera de repente. Le va a mil por hora. Estúpido niñato de ojos claros. Maldito cabrón. Entonces, se gira hacia Rubén, que está hablando con Sara,

y le planta un beso en la boca. Sus labios le saben a champán. Escucha los vítores de algunos de sus compañeros que han presenciado la escena. Teo y Chema aporrean la mesa y lo festejan por todo lo alto. También sus amigas esgrimistas aúllan, como si fueran las lobas de una manada. Alejandra se siente el centro de atención en ese momento. Se le ha bajado el alcohol de golpe y se muere de la vergüenza.

—Lo siento —le dice en voz baja a Rubén mientras sigue oyendo gritos a su alrededor—. Ha sido un impulso tonto. Me he dejado llevar por no sé muy bien qué. Perdóname.

—Tranquila. Me ha gustado mucho —le asegura el chico sonriendo —. Ahora sí que tengo claro que algún día iré a Valencia. En fallas o cuando tú quieras.

CAPÍTULO 39

IZAN Y NEREA

Madrid, jueves, 14 de noviembre de 2024

Cuando la cena termina se abre el debate. Algunos están decididos a seguir la noche en un local o en una discoteca del centro. Otros hablan de regresar a la academia para cumplir con lo que Jaramillo les ha pedido. Además, mañana todos tienen entrenamiento a primera hora. Las de esgrima y los del taekwondo están intentando convencer al resto para que la fiesta no pare. Nerea no sabe qué hacer. Por un lado es consciente de que su obligación es volver a la Dick Fosbury y acostarse pronto. La muñeca no le ha molestado demasiado, pero no debe arriesgar. Sin embargo, se ha sentido mejor de lo que esperaba y se lo ha pasado muy bien. Gran parte de la culpa de eso la tiene Izan, con el que se ha estado riendo toda la noche. Loreto también ha sido muy simpática con ella y han congeniado. Incluso Amanda, con alguna copa de vino de más, se ha mostrado más divertida que de costumbre. Las dos jugadoras de vóley playa han compartido una tarta de queso de postre y se han prometido quemar las calorías al día siguiente corriendo juntas por el bosque. Sería una pena poner ya el punto final a un jueves que comenzó de forma tan triste y que ha ido mejorando con el paso de las horas.

Mientras están en la calle, decidiendo lo que van a hacer, Nerea recibe un mensaje de audio de su madre. Le extraña, porque la ha avisado de que esa noche saldría a cenar fuera con los demás deportistas del centro.

Hija, no quería molestarte, que sé que estás con tus amigos, pero Mikel no para de llamar al teléfono de tu hermana. La primera vez se lo cogió y le contó que tú ya no lo querías. Charlaron unos minutos en plan tranquilo, hasta que se empezó a poner nervioso. Paula se asustó y me lo pasó a mí. Le dije que nosotras no sabemos nada del tema y que hablara contigo. Empezó a llorar y a quejarse de que pasabas de él. Le colgué, llamó otra vez y entonces se mostró muy violento. Hasta nos insultó. Le dije que así no iba a ninguna parte y que nos dejara en paz. Lleva llamando más de una hora, cada cinco minutos. Evidentemente, no hemos respondido y tenemos el móvil de Paula y el mío en silencio. No quiero avisar a la policía. A lo mejor tú puedes hablar con él y aclarar las cosas, pero ten cuidado, por favor. Nunca lo había visto así.

—¿Algún problema? —le pregunta Izan, que la ve preocupada.

—Mi ex, que es un capullo. Tengo que hacer una llamada. Vuelvo enseguida.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta. Esto debo resolverlo yo sola.

La chica se aleja del grupo muy enfadada. Cae en que acaba de referirse a Mikel como su ex, algo que ni ella misma había considerado definitivo todavía. ¿La relación se ha acabado para siempre? Después de lo que les ha hecho a su madre y a su

hermana, sumado a la que lio el otro día en la entrada de la academia, no existe otra alternativa.

Marca el número de Mikel y espera a que conteste. Al segundo bip escucha su voz. Ni siquiera la saluda ni le da las buenas noches.

—¡Joder! Esto es como un milagro. ¡No esperaba que me llamaras! ¡Me has alegrado la noche, cariño! —exclama el chico de forma atropellada—. ¿Cómo estás?

—¡Cómo quieres que esté! Muy cabreada. ¿Quién coño te crees que eres para molestar a mi madre y a mi hermana?

—Estaba desesperado, Nere. Tú no me coges el teléfono ni respondes mis mensajes. No sabía qué hacer. Solo se me ocurrió llamar a Paula.

—Esto es entre tú y yo. Ellas no saben nada. ¿Cómo te atreves a acosarlas? ¡Si hasta me ha contado mi madre que las has insultado! ¿De qué vas, tío?

—Entiéndeme, amor. Estoy soportando mucha presión. No consigo controlarme. Sé que no lo he hecho bien. Luego las llamaré para pedirles perdón.

—¡No las llames más! ¡Déjalas tranquilas! Son las once y cuarto de la noche. ¿Es que no estás bien de la cabeza, Mikel?

Nerea nota que se está alterando mucho y que la gente que pasa a su lado se la queda mirando. Izan, que vigilaba desde lejos, se le acerca y le pregunta si todo va bien. Ha escuchado como gritaba y eso no es habitual en ella. Desde que llegó a la academia esa chica no ha dicho una palabra más alta que la otra.

—¿Quién te está hablando? ¿De quién cojones es esa voz? —le pregunta Mikel, que parece fuera de sí—. ¿No estás en la academia?

—Estoy cenando con mis amigos en el centro y con quién estoy o dejo de estar no debe importarte ya. Hemos acabado, Mikel. No quiero seguir con lo nuestro. Esto se terminó.

—¿Qué? ¿Me estás dejando por teléfono?

—Es lo único que te mereces —responde Nerea, a punto de explotar—. ¡No vuelvas a molestar a mi madre y a mi hermana o llamaremos a la policía! ¿Te has enterado? ¡Se acabó!

La chica cuelga y no le permite a su ya exnovio seguir replicándole. Lo de esa noche no tiene justificación. Aunque Mikel la

llama de inmediato, no se lo coge. Le quita el volumen al móvil y le manda un mensaje de voz a su madre.

Ya está solucionado. Mañana, con más tranquilidad, te lo contaré todo con detalles. Hemos roto definitivamente. Si os molesta, avísame. Si se presenta en casa no le abras y llama a la policía. Mikel ha perdido los papeles por completo. Ahora mismo no es él. Advierte a Paula y poned los teléfonos en silencio. Lo siento, mamá. En parte esto es culpa mía.

—Menudo cafre está hecho tu exnovio —le dice Izan, que ha escuchado el final de la conversación y el mensaje de audio que Nerea le ha mandado a su madre—. ¿Siempre es así?

—No, era un buen tío. Eso es lo que más me duele. Que he pasado muy buenos momentos con él y se va a ir todo a la mierda porque me va a joder recordarlos. Estoy mal. ¿Me das un abrazo?

Izan sonríe y la estruja entre sus fuertes brazos de escalador. Al apretarla contra él experimenta un dolor intenso en la clavícula lesionada. Le da lo mismo. Se siente bien abrazándola, aunque sabe que Nerea está sufriendo. Se ha divertido mucho esa noche en la cena y ella ha sido la principal responsable. Incluso, antes del brindis, han salido del restaurante a fumarse un cigarro a escondidas. Era el primer pitillo en la vida de la jugadora de vóley playa, que ha jurado que jamás volverá a probar el tabaco y le ha hecho prometer a él que tampoco fumaría más.

—¿Vamos con los demás? A lo mejor ya han decidido qué hacer y adónde ir.

—Espera un poco. Necesito recuperarme.

Izan asiente y los dos se sientan en el escalón de una tienda de carcasas para el móvil. Al chico no le apetece mirar las redes sociales

ni los grupos de WhatsApp. Prefiere estar al lado de Nerea, escuchando su respiración agitada. Aún parece nerviosa por el episodio que acaba de vivir con su expareja. Ese tío es gilipollas por tratar mal a una persona tan buena como esa chica.

—¿Quieres hablar sobre él? ¿Desahogarte? ¿Insultarlo? Yo no me voy a asustar por lo que me digas de ese capullo.

—No, déjalo. No merece la pena —responde Nerea, que resopla—. Te ha dolido el hombro cuando nos hemos abrazado, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Te he oído emitir un leve quejido.

—Joder, tía, menudo oído tienes —dice Izan, que se estira—. No ha sido nada. El lunes estaré perfecto para volver a entrenar.

—Ten cuidado con eso. No fuerces.

—No me queda otra. Echo mucho de menos la pared. Creo que me he acostumbrado a escalar todos los días y se ha convertido en una obsesión. Quiero mejorar mi rendimiento cuanto antes, conseguir resultados y ser el número uno. Ya no es por ir o no a los próximos Juegos, que sería la leche; es por la satisfacción de hacer bien lo que más me gusta.

—Lo tienes muy claro.

—Para eso estoy en la Dick Fosbury —dice el chico, con los ojos iluminados. Es la primera vez que Nerea le oye hablar con esa sinceridad y esa pasión. Le encanta ese Izan Cabañas—. Te voy a contar una cosa que no le he dicho todavía a nadie. Espera.

La joven se echa hacia atrás y lo mira expectante. Izan se hace de rogar. Se pone de pie y saca algo de su pantalón. No sabe por dónde va a salir. En aquellos días de tanto misterio y asuntos por resolver le da miedo lo que pueda contarle. El chico la ayuda a levantarse y le muestra una página de periódico. Es un artículo que han titulado «Los 15 de Fosbury».

—¿Qué es esto?

—Me lo ha dado Loreto. Iba a enseñároslo en la cena para leerlo en voz alta y reírnos un rato con lo que pone, pero se me ha olvidado. Habla de los deportistas de la academia. A ti te ponen bien, no te preocupes. A mí, no tanto. Lo importante de esto es la periodista que lo escribe.

—¿Cata González? —dice Nerea sorprendida, al leer el nombre de la persona que firma el artículo—. Esa chica está metida en todas partes.

—Eso parece. Hace tele, escribe en periódicos y en revistas y hasta he visto que tiene un pódcast de cotilleos. La sigue mucha gente en redes —le cuenta Izan, que le deja el recorte—. Quiere hacerme una entrevista para su programa de televisión.

—No me lo estás diciendo en serio. ¿De verdad?

—Como lo oyes. Pagan una pasta increíble. La grabarían este fin de semana en algún sitio de la Casa de Campo que esté cerca de la academia.

—¿Has aceptado?

—Me lo estoy pensando. Mi representante está de acuerdo y va a negociar las condiciones cuando yo le dé permiso. ¿Tú qué opinas?

—Yo no opino, Izan. Es cosa tuya —comenta Nerea, que le devuelve el recorte de periódico—. Tiene sus pros y sus contras. Esa clase de programas son un escaparate peligroso.

—Eso pienso yo también, pero me permitirá defenderme de los que piensan que soy un asesino y, además, mi cuenta bancaria engordará de una manera bestial.

—Es un buen argumento para aceptar —asegura Nerea, que oye su nombre y mira hacia el otro lado de la calle—. Creo que nos están buscando.

La joven señala con la barbilla a Nieves y Susana, que hacen aspavientos con los brazos y les gritan para que vayan. La pareja camina hacia ellas, que parecen muy alegres. Las esgrimistas les cuentan que ya han decidido que van a ir a una discoteca que está por esa zona. Se llama El Escenario y lleva abierta menos de un mes. Las copas no son muy caras y tiene una pista gigante para bailar música de varios estilos.

—¡Al final vamos todos! —exclama la sablista tinerfeña, mientras se dirigen hacia donde está el grupo—. Hemos convencido a Grecia y a Aníbal, que son los que se querían volver a la academia.

—¿Alejandra también viene? —pregunta Izan, con curiosidad. Ha presenciado en primera línea como besaba a Rubén en la cena. No

es que le haya molestado, pero se ha sentido un poco defraudado. En cualquier caso, lo que ella haga no es asunto suyo.

—Sí, por supuesto. Ale está *on fire*. ¡Y eso que no le apetecía salir hoy!

El Escenario no es una macrosala, pero la mayor parte del espacio disponible la han convertido en una pista de baile. Cuando los chicos entran está sonando *Como Camarón*, de Estopa. Teo, Chema y las tres esgrimistas son los primeros en ir a la barra a pedir. Izan observa a Alejandra, que está muy sexi con ese pantalón vaquero tan ajustado. Sus ojos la siguen mientras camina hacia el mostrador. Nerea se da cuenta. No sabe cuál es la relación exacta que hay entre ellos. Grecia le contó que se habían liado y Amanda le advirtió sobre cómo la miraba la esgrimista cuando estaba con él.

—Chicos, voy a pedir. ¿Qué queréis? Yo invito —les dice Loreto, que rodea a Izan por detrás con los brazos—. Y no os neguéis, porque esta puede ser mi despedida y quiero invitaros. Estoy muy contenta de que estemos juntos.

La escaladora le da un beso en la mejilla a su compañero y otro a Nerea. Se nota en su euforia que es de las que más copas de vino han tomado en la cena. La pareja acepta su invitación y ambos le piden un ron con cola.

—Hacía mil años que no pisaba una discoteca —le comenta la chica al oído. La música está muy alta en esa parte del local—. A Mikel no le gustan.

—Yo he estado en varias por temas publicitarios. Las marcas a veces hacen fiestas y me ha tocado ir. Aunque odio bailar en público. Se me da fatal y me siento ridículo.

—No te creo. He visto un vídeo de TikTok en el que te mueves muy bien; con mucho *flow*.

—Así que no soy el único que *stalkea* a sus compañeros —suelta Izan con una sonrisa, haciendo alusión a la charla en la que Nerea le dijo que investigaba a las personas con las que convivía para informarse sobre ellos—. Seguro que tú bailas mucho mejor que yo.

—Qué va. Soy muy patosa, pero me gusta.

La chica le cuenta que, cuando a su madre le tocaba trabajar en el hotel haciendo el turno de noche y tenía que cuidar de su hermana,

ponía música en la habitación y se pasaban las horas bailando juntas sin ningún tipo de complejos hasta que se iban a dormir rendidas. No lo hacía bien, pero conseguía que Paula estuviera entretenida y no echara de menos a su madre. Desde que su padre murió, ella había actuado como su sustituta con su hermana, a la que quería como a nada en el mundo. Estaba tan apegada a ella que irse a Madrid y lograr esa independencia emocional había sido casi una necesidad.

Loreto les lleva las copas y los tres charlan un rato en una zona de la discoteca en la que no hay tanto ruido. Se dedican sobre todo a hablar de sus compañeros de la academia. La santanderina es una recién llegada y no los conoce tanto, por lo que prefiere no expresar su opinión. Los escaladores, en cambio, sí le cuentan cómo ven a cada uno de ellos. Cuando sale el nombre de Grecia, Nerea recuerda la conversación que han tenido antes en su habitación. La ha visto rara toda la noche, pero no le ha preguntado si seguía con las alucinaciones. Esa chica necesita que la trate un profesional. Mañana hablará con ella e intentará convencerla para que busque ayuda.

—... Aunque os parezca raro, a mí me pone —dice Loreto de Amanda, lo que provoca que sus dos amigos griten—. ¡Callaos, joder! Que estoy muy enamorada de mi novia, pero, hostias, es que me da mucho morbo esa tía.

—Pues está allí sola. ¿Por qué no vas a hacerle compañía? —le propone Izan.

—¡No! ¡No voy a ir! Bueno, va. Pero no quiero nada con ella, ¡eh! Amo a mi niña.

Nerea e Izan contemplan como Loreto se abre hueco entre la gente y llega hasta Amanda, que está bailando en una esquina de la pista con una copa en la mano. Sonríen cuando la escaladora los mira y levanta el dedo pulgar.

—No le será infiel a su pareja, ¿verdad?

—Imposible. Loreto es responsable y quiere mucho a Chloe.

—Yo sería incapaz de engañar a mi novio.

—Ahora ya no se consideraría engaño, ¿no?

Nerea da un trago a su ron con cola y no responde a la ocurrencia de Izan. En El Escenario está sonando *Believe*, de Cher, un tema que

le ponía mucho su madre y que ha bailado mil veces con su hermana. Mira a los ojos al chico que tiene a unos centímetros y vuelve a beber de la copa. Nota el cosquilleo caliente del alcohol por la garganta y siente un instante de felicidad que no logra interpretar. Coge las manos de su amigo y las coloca en su cintura. Se contonea con sensualidad sin dejar de mirarlo fijamente. Izan le sigue el juego y acerca su frente a la de ella mientras se mueve al ritmo de la música, como en aquel vídeo de TikTok. Es el momento perfecto; el que había soñado desde el primer día que la vio. No ha pasado mucho tiempo, pero sí el suficiente para saber que le gusta tanto como para arriesgar.

—¿Puedo besarte? —le susurra Izan, con sus bocas tan cerca que los labios casi se rozan.

—Claro. Hazlo, por favor.

CAPÍTULO 40

MARCUS

Madrid, madrugada del jueves 14 al viernes 15 de noviembre de 2024

Olga lleva cabizbaja toda la noche. Apenas ha hablado en la cena y solo se ha animado un poco con el brindis. En cambio, ha insistido en ir a la discoteca y quería que él la acompañase. No le apetecía regresar a la Dick Fosbury, aunque parecía desganada. Marcus espera que no se esté arrepintiendo de haberle contado que Anita Vidal era su hermana adoptiva. No podía imaginarlo. ¿Cómo iba ni siquiera a sospecharlo? Tampoco ella se lo ha dicho a nadie más. Es el único de los quince que lo sabe. Quizá lo que Olga necesita para venirse arriba es que le muestre los pasos prohibidos sobre los que bromeaba Sara; esos que ni siquiera cree que existan.

—¿Qué te has pedido, Marquitos? —le pregunta Chema propinándole un golpazo en la espalda que casi le tira la copa—. Déjame probar. A ver si la camarera no te lo ha cargado lo suficiente.

El taekwondista le arrebata el vaso y da un trago. Por su reacción, la bebida está bastante fuerte. A Marcus no le hace gracia que se haya tomado esa confianza, pero no le dice nada. Tanto Chema como Teo lo han acompañado a la barra. Aquel sitio no le gusta nada. La música está muy alta, hay muchísima gente y todo el mundo grita. La pista de baile parece el cruce de Shibuya en Tokio. Quizá lo mejor hubiese sido regresar a la academia. Espera que Olga se recupere y esté menos tristona que durante la cena. El chico paga

su copa y la de su amiga y regresa junto a ella. No está sola. Piensa que se acabó cualquier posibilidad de intimidad. Aníbal, Rubén y Alejandra la rodean. Los cuatro están mirando con incredulidad a un grupo que acaba de entrar en la discoteca y que se dirige hacia ellos. Marcus también alucina.

—¿Qué hacen estos aquí? —pregunta Olga desconcertada—. ¿Han venido a vigilarnos?

Ninguno puede creerse que cinco entrenadores y una de las fisioterapeutas de la academia hayan ido a El Escenario. Ester, Kike, Urko, Tony y Claudia, junto con Paz Bernal, parecen también sorprendidos al verlos. Enseguida llegan Nieves y Susana, que les piden explicaciones a los preparadores. Las dos están bastante alteradas. Se suponía que se iban a fiar de ellos.

—No teníamos ni idea de que estabais aquí —dice la maestra de esgrima, que responde a las críticas de las chicas—. Cuando nos enteramos de que ibais a salir a cenar, decidimos imitaros y juntarnos unos cuantos para hacer lo mismo que vosotros. Nunca habíamos quedado, y nos apetecía probar un restaurante japonés que nos ha recomendado Jaramillo y dar una vuelta por Madrid. No sabíamos que os íbamos a encontrar aquí.

—¡Vaya! Qué casualidad que hayáis venido al mismo sitio que nosotros —se queja la sablista canaria—. Eso no hay quien se lo crea.

—Os prometemos que no os estamos siguiendo ni hemos venido a controlaros. Se trata de una coincidencia —interviene Ester muy apurada—. Ha sido algo totalmente improvisado. Ninguno de nosotros había planeado que coincidiéramos. De verdad, chicos.

—No te creo —sentencia Susana.

—Ni yo. Nos habéis cortado el rollo —dice Nieves, que coge a su amiga del brazo y se la lleva. El resto las sigue y se separan del grupo de entrenadores.

Se reúnen en el otro extremo del local y debaten sobre lo que van a hacer. Aníbal insiste en volver a la academia. Rubén y Alejandra proponen cambiar de sitio. Sin embargo, Susana y Nieves no quieren marcharse de esa discoteca. Les gusta el ambiente, la música que está sonando, y argumentan que ellos han llegado primero. Los que

se tienen que ir a otra parte son los entrenadores. Chema y Teo apoyan a las de esgrima. Marcus solo se dedica a beber de su copa en silencio y a estar pendiente de Olga, que, por momentos, parece ausente. Ninguno de los chicos sabe cómo se han enterado los entrenadores de que estarían en El Escenario si hasta hace pocos minutos ni ellos mismos sabían adónde irían después de cenar. ¿Es posible que de verdad haya sido un encuentro casual? ¿O es que alguien les ha dado el chivatazo?

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Marcus a la jugadora de tenis de mesa al verla de nuevo de bajón—. Perdona que te lo diga, pero estás muy rara, Olga.

—Sí, tienes razón. Es que no paro de pensar en mi hermana.

—¿Y eso? ¿Qué te hace recordarla tanto hoy? ¿El funeral de Jimena?

—Es posible —responde la joven, que deja la copa encima de un taburete—. No le digas a nadie lo que te he confesado de Anita, por favor. Te lo he contado a ti porque eres de confianza. Me apetecía que lo supieras.

—No te preocupes. Soy muy discreto.

—Ya lo sé. Por eso me gusta estar contigo. ¿Nos liamos?

La pregunta sorprende a Marcus, que era lo último que esperaba que Olga le dijera. No lo duda y asiente con una sonrisa de oreja a oreja. Se alejan del grupo hacia un rincón de la discoteca y la besa. Ahora le sale mejor que la primera vez en su habitación. Está nervioso, pero enseguida deja de pensar en si lo hace bien y disfruta del momento. Nadie los molesta durante esos minutos, a pesar de que varios de sus compañeros pasan por su lado. Incluso, en una pequeña pausa que hacen para beber, observa que Sara está enfrente y que le hace una reverencia agachando la cabeza y subiendo y bajando los brazos, como si estuviera rezando. La jugadora de bádminton baila junto a Kike Sánchez, que también le sonríe. Marcus no le devuelve el gesto y aparta la mirada. No le gusta nada ver al entrenador con su amiga. Si no fuera porque tiene ahora mismo cosas más importantes que hacer iría a recriminárselo. ¿Es que ese tío no piensa en su mujer y su hijo? Como no se va a meter, prefiere olvidarse de la pareja y centrarse en Olga.

La noche está siendo mágica para él. No tenía ninguna esperanza de que fuera a ir bien y ha acabado liándose con esa chica que le gusta tanto. Si no llega a ser por Sara no hubiera salido. Levanta la mirada, y su compañera y su entrenador han desaparecido. A la que sí ve es a Grecia apoyada en una columna, fuera de la pista de baile. Tiene una bolsa transparente en la mano, que juraría que está llena de golosinas. Le da mucha pena, porque está sola y nadie habla con ella. De alguna forma, se siente identificado. A pesar de lo bueno que le está pasando, aquel tampoco es su lugar. Son dos sujetos extraños fuera de su hábitat natural. Aprovecha un momento en el que Olga se va al baño para acercarse a ella.

—¿Qué tal estás, Grecia?

—Hola, Marcus —lo saluda la halterófila, que parece sorprendida de que le esté hablando—. Pues aburrida, no te voy a mentir.

—¿Por qué no bailas?

—¿Estás de broma? Qué vergüenza. Me sentiría ridícula.

—Todas las chicas bailáis bien.

—Te aseguro que yo no. Soy arrítmica. Odio bailar.

—A mí tampoco me gusta.

—Tú ya tienes una distracción mejor. Os he visto a Olga y a ti. Felicidades. Es una chica muy guapa —dice Grecia, que mete la mano en la bolsa y saca un osito amarillo de goma—. Al final vais a acabar todos con pareja menos yo. Ale y Rubén, Izan y Nerea, Olga y tú, Susana y Chema... Que no se diga que no hay amor en el deporte.

—¿Susana y Chema?

—Sí, me los acabo de encontrar follando en el baño de las tías. Son muy poco discretos.

Aquella revelación deja boquiabierto a Marcus. No había ningún indicio que señalara que esos dos se gustasen. Aunque es jueves por la noche, se han tomado unas cuantas copas en el restaurante y están en una discoteca del centro de Madrid. Todo puede pasar y no hace falta que dos chicos jóvenes se gusten para que disfruten del sexo. Susana y Chema, además, no tienen pareja y son libres para hacer lo que les dé la gana.

—Creo que no voy a tardar en marcharme —le comenta Grecia, que mira hacia la pista de baile—. Aníbal también se quiere ir. Cogeremos un taxi juntos.

—Nosotros seremos los siguientes. Mañana hay que entrenar.

—Tío, disfruta lo que puedas. Si estás divirtiéndote, quédate. Ya me gustaría a mí tener a alguien que me diera cariño.

La voz de Grecia se quiebra mientras habla. Marcus no sabe qué decirle. La comprende perfectamente. Ni ella ni él son personas acostumbradas a triunfar en otra cosa que no sea el deporte. El amor es un terreno prohibido para ambos. Hace dos días que dio su primer beso, y a sus veinte años todavía no se ha estrenado en el sexo. Le da miedo no estar a la altura y no saber qué hacer cuando la chica se lo proponga. Espera que no sea en el cuarto de baño de la discoteca o en un banco de la calle. Ni siquiera lleva condones encima.

—Mira, tu chica te espera en la pista —dice Grecia señalando a Olga, que se ha puesto a bailar cerca de ellos—. Anda, lárgate.

—Odio esta canción. ¿Por qué no vienes y bailas con nosotros?

—Paso, tío. Ya te he dicho que bailo como un canario mareado.

—Venga, un tema nada más. Como dice una amiga, enséñanos tus pasos prohibidos, que seguro que los tienes por ahí escondidos.

A Grecia se le escapa una carcajada y niega con la cabeza. Sin embargo, Marcus no quiere dejarla sola. Es una incomprendida como él y debe animarla. ¡Es lo que hacen los de su gremio! Le coge la mano y tira de ella varias veces, hasta que la chica se da por vencida y entran juntos en la pista. Olga sigue contoneándose al ritmo de aquel reguetón lento. A su alrededor se amontona demasiada gente. Incluso tiene el grupo de entrenadores dándolo todo a pocos metros. Sara está con ellos. También Amanda y Loreto. La jugadora de vóley y la escaladora se hablan al oído y se sonríen mientras bailan.

—Esto no es lo mío —dice Grecia, que por lo menos se ríe al tiempo que da pequeños saltos y mueve las caderas—. ¿Sabes que veo muertos?

Marcus no comprende lo que dice, pero no le pregunta a qué se refiere. Se acerca hasta Olga y le da un beso en los labios. La chica

le sonríe y luego cierra los ojos para continuar bailando de forma sexi aquella canción que tan poco le gusta a Marcus. No puede dejar de mirarla. Es preciosa. ¿Cómo es posible que lo haya elegido a él?

La fiesta continúa en El Escenario. Los siguientes en unirse a ellos son Rubén y Alejandra, a los que les siguen Izan y Nerea. Marcus se da cuenta del modo en que la esgrimista mira al escalador. Parece como si hubiese odio en sus ojos. No sabe si se ha producido algún problema esa noche entre ellos, pero se nota que la chica no está muy contenta. Todo lo contrario que Nieves, que baila con un tipo alto y desgarbado que no pertenece a la academia. Enseguida cambia de pareja y se pone a cantar a gritos la canción que está sonando junto a un chaval que lleva una camisa de flores muy hortera.

—¿No te estás agobiando? —le pregunta Grecia, que ha empezado a sudar—. Hay demasiada gente aquí.

Es cierto. De buenas a primeras, se ha quedado sin hueco para moverse. Un chorro de humo invade la pista y las luces se apagan y se encienden de manera intermitente durante unos segundos. Marcus no se da cuenta de que Susana ha entrado en la pista y ha ido abriéndose paso hasta llegar a Nieves. Disparan otro chorro de humo desde un tanque que tiene a su derecha. No ve nada en ese momento. Cuando se disipa un poco la neblina que se ha formado se encuentra delante a Aníbal. Hacía bastante tiempo que no sabía nada de él.

—Han detenido a Chema —le dice su compañero, antes de que se queden a oscuras por completo. ¿Ha oído bien?

La gente comienza a gritar y a festejar el apagón. Un halo de luz verde aparece y va de un lado al otro de la pista de forma vertiginosa. Luego surgen un segundo azul y un tercero rojo. Se proyectan hasta diez halos de diferentes colores que danzan al ritmo de unos golpes de tambor. Continúan los gritos enfervorizados de los asistentes, emocionados por el espectáculo, hasta que la luz regresa y se empieza a oír *Baby Don't Hurt Me*, de David Guetta. Solo son diez segundos los que el recinto permanece totalmente iluminado, porque enseguida vuelven los halos de luces de colores en la oscuridad. También se activan otra vez los cañones de humo. Marcus

está empezando a agobiarse y no oye lo que Aníbal le está diciendo por culpa del ruido. Alguien le toca en el hombro por detrás. El chico se gira y ve a Olga, que le agarra la cara y le da un beso en la boca. Sabe a ron con cola. Le sonríe, aunque está incómodo. Oye entonces como una chica grita a su derecha. No es un grito de euforia como los de antes. Es un grito de horror. Otras voces se unen rápidamente pidiendo socorro. La música se para y la luz se enciende. El chico ve a Rubén con las manos en la cabeza y a Loreto y a Alejandra agachadas junto a un cuerpo. Amanda es la que está gritando. Tiene las manos cubiertas de un líquido viscoso rojo. Una joven yace en el suelo bocarriba, con los ojos abiertos y escupiendo sangre. Una mancha granate se extiende por su camiseta blanca, en una imagen que ninguno de los presentes podrá olvidar. Están presenciando en directo la muerte de Sara Alarcón, una de las quince deportistas de la Dick Fosbury, que al día siguiente se va a ver obligada a cerrar otra vez sus puertas.

CAPÍTULO 41

IZAN

Madrid, lunes, 8 de septiembre de 2025

—¡Ey! ¡Qué guapo te has puesto!

—Déjalo, Eva. Ya sabes que estoy con alguien. No tienes ni una sola posibilidad conmigo.

—Eres tonto, Izan. ¿Vamos?

El chico sale del taxi y camina detrás de su representante, que lo ha recibido en aquel bonito paraje. Es verdad que se siente atractivo con esa camisa blanca y el pantalón vaquero. No se le ve el cinturón, pero no es el de la cobra en la hebilla, que sigue custodiando la policía. Todavía nadie sabe quién lo utilizó para asesinar a Jimena Portero, y eso que han pasado diez meses desde aquel suceso. Tampoco han averiguado qué le pasó a Sara Alarcón en aquella nefasta noche de noviembre en una discoteca del centro de Madrid. ¿Fue la misma persona la que les quitó la vida a las dos chicas? Eso es lo que se dice, pero hay tantas teorías en internet que daría para una serie en Netflix.

—¿Ya ha llegado la periodista? —pregunta Izan mientras caminan entre los árboles. Son las siete y cuarto de la tarde y está empezando a oscurecer.

—Sí, hace un buen rato. Están preparándolo todo.

—Estaré sentado, ¿verdad?

—¡Claro! La grabación será larga. Van a ir parando.

—Uf. Qué pereza me da esto.

—Piensa en los sesenta mil euros —dice Eva, que no puede contener su felicidad por el dinero que van a recibir a cambio—.

Recuerda que, si no quieres contestar alguna pregunta, me avisas, se detiene la grabación y se te plantea la siguiente.

Ese es el acuerdo al que han llegado con el canal de televisión y la productora que realiza el programa *¿Viernes o vas?* Aunque llevan hablando mucho tiempo, hasta hace unas semanas no cerraron el trato. Todos esos meses habían estado muy interesados en entrevistar a Izan. No solo ellos. La exclusiva se la estaban rifando varios medios de comunicación. Tras lo que había pasado era uno de los personajes más interesantes para sacar en antena y que diera su versión de los acontecimientos.

—¿Cómo está tu hombro?

—Bien. Ya llevo un par de semanas entrenando sin molestias.

Desde que se lesionó en noviembre del año anterior, Izan ha tenido diferentes problemas en la misma zona. Un leve esguince en la clavícula derecha había derivado en molestias continuas y los médicos incluso se llegaron a plantear la operación. Por suerte, se ha librado del quirófano, aunque debe hacerse pruebas de manera periódica y tener cuidado con no forzar si nota dolor.

—Me alegro. Vas a estar preparado para las competiciones de otoño.

—No sé yo, Eva. Siento que me falta algo, como si mi progresión se hubiese parado.

—Estoy convencida de que este será tu año, Izan. El año del despegue definitivo —le asegura su representante, que señala un pequeño descampado iluminado, junto al lago de la Casa de Campo, donde hay aparcado un camión de la productora, varias cámaras, unos cuantos focos y dos sillas colocadas una frente a la otra. Parece que el set para la entrevista ya está montado—. Mira, allí está Cata.

Un joven vestido completamente de negro maquilla a una chica rubia con un traje de chaqueta muy elegante. Los dos se giran cuando los ven. La periodista es la que sale a su encuentro. Izan se pone nervioso. A su mente acuden recuerdos de un pasado que aún sigue estando demasiado cercano. La escena del taxi se hizo viral en las redes sociales y, al día siguiente, ella lo abordó en las instalaciones de la academia. Fue la última vez que coincidieron, aunque sí la había visto varias veces hablar de él en televisión. Los

contactos para la entrevista se habían efectuado a través de su representante.

—Bienvenido —lo saluda Cata González, que estrecha la mano de Izan. Se la ve muy sonriente—. ¿Qué tal estás? ¿Dispuesto para la batalla?

Al chico no le da tiempo a responder porque del camión se baja una mujer que se les une. Se trata de América Godoy, la directora del programa. Enseguida también aparece otra joven, que se presenta como una de las guionistas que han preparado la charla. Entre las tres le cuentan cómo va a ser la entrevista, que se emitirá en la noche del viernes de esa misma semana. Izan escucha con atención. Intentan transmitirle tranquilidad y son muy simpáticas, aunque él no se fía. En algunos momentos de los últimos días ha pensado que ha vendido su alma al diablo y que con toda esta exposición tiene más que perder que no que ganar. Solo lo hace por dinero. Ya no se habla tanto de él como el asesino de la Dick Fosbury. Todos sus compañeros y los entrenadores de la academia, de una u otra forma, han acabado convirtiéndose en sospechosos para la gente en aquellos diez meses. Y parece que eso va a seguir siendo así hasta que la policía encuentre al asesino.

Una vez que las tres mujeres le han explicado el funcionamiento de la entrevista, lo dejan en manos de Paolo, el chico vestido de negro que estaba antes con Cata, para que lo maquille. Eva lo acompaña hasta un camerino improvisado al aire libre. No hace calor, aunque Izan está sudando.

—Todo bien, ¿no? —le pregunta su representante, que se sienta a su lado.

—Bueno, no sé cómo saldrá esto.

—Genial. ¿Cómo va a salir?

El chico no responde. Mira a Paolo a través del espejo de pie que le han colocado delante para que compruebe cómo trabaja el maquillador. Tampoco se fía de él. Seguro que está pendiente de lo que hable con Eva para luego contárselo a sus jefas. Ella es la única que lo sabe todo. La ha estado informando de lo que ha ido ocurriendo desde que se fue de Madrid y regresó a Pamplona. Hasta

de lo de Nochevieja. Fue en aquella videollamada para felicitarle el cumpleaños a la mujer el 4 de enero.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Completamente.

—A ver, a ver, a ver, Izan. ¿Tú no estabas pilladísimo de Nerea?

—Sí, lo estaba. No sé si sigo estándolo.

—¿Entonces...? ¿Por qué te has liado con Loreto? ¡Es de locos! ¿No es lesbiana?

Eso era lo que creía. Sin embargo, llevan juntos desde principios de 2025. Tienen una relación consolidada y pública, aunque no suben demasiado contenido a las redes sociales como pareja. Al principio, pensó que había sido un error. En Nochevieja se cometen equivocaciones de ese tipo. Habían asistido a la misma fiesta en Pamplona. Después de las uvas, estuvieron bebiendo y conversando un buen rato. Una cosa llevó a la otra hasta que se enrollaron en el reservado del local. Tras la sesión de besos su compañera admitió que había roto con su pareja y que el motivo era que se había enamorado de otra persona: de él. Ni ella misma tenía claros sus sentimientos porque hasta el momento solo le habían gustado las chicas. Quedaron varios días en enero y surgió. Se complementaban muy bien e Izan se sentía cómodo a su lado. ¿Está enamorado? Pues probablemente, aunque no podría asegurarlo. Loreto le encanta en todas sus facetas y en todos los sentidos. La admira y se alegra de compartir con ella la pasión por la escalada. Entrenan juntos en un rocódromo de Pamplona y se conocen tanto que a veces le da miedo. Han hablado mucho sobre lo que sucedió aquella semana en Madrid y sobre el posterior cierre de la academia. Quizá las numerosas desgracias que vivieron en tan poco tiempo hayan sido el principal factor que los ha acercado hasta tal punto de necesitar más que una amistad entre los dos.

—Ya está. Guapísimo —le dice Paolo, que ha acabado su parte—. A triunfar como la estrella que eres, Izan. Suerte.

El maquillador los acompaña hasta el set que han montado en aquel claro del bosque donde grabarán. Cata ya ocupa su silla. Ha elegido la de la derecha. A Izan le ponen el micrófono y se sienta a la izquierda. Se ajusta el cuello de la camisa y mira a Eva, que le hace el gesto de OK con los pulgares. Escucha las últimas órdenes del realizador y las consignas del regidor y del técnico de sonido. Respira hondo y reciben la señal de que todo está preparado para que comience la entrevista. No hay marcha atrás.

—¿Qué tal están, amigos? Bienvenidos a *¿Viernes o vas?* En nuestra entrevista intensa de hoy tenemos una visita muy especial. Nos hemos venido, nada más y nada menos, a la Casa de Campo de Madrid para hablar con Izan Cabañas, influencer con más de dos millones de seguidores en las redes sociales, escalador de éxito y uno de los integrantes de la conocida Academia Dick Fosbury, actualmente cerrada por los sucesos acontecidos el año pasado y que seguro que todos ustedes conocen —dice Cata González mirando a una de las cámaras. Cuando termina con la presentación, se dirige al chico, al que sonríe—. Gracias por aceptar esta entrevista. Sé que no ha sido fácil para ti. ¿Me sigues guardando rencor por haberte hecho viral?

—Ha pasado mucho tiempo de eso —responde Izan, que prefiere no entrar en polémicas con la periodista. Al menos, esa es la consigna que ha establecido con Eva y con su abogado—. No soy una persona rencorosa. Además, gracias a aquello conseguí muchos *followers* en Instagram y TikTok.

—¡Vaya! ¡Así que lo que debería hacer es pedirte una comisión! ¿Tú me sigues en redes? Yo a ti sí.

—Pues... no lo sé.

—Ya te digo yo que no, Izan —le comenta Cata enseñándole el móvil—. Hacemos un trato. Si sales satisfecho de esta entrevista y no lo pasas tan mal como ahora crees que vas a pasarlo, me sigues en Instagram. ¿Hecho?

—Lo pensaré durante la charla.

—Vale, te lo iré recordando. ¿Cómo estás? Han pasado diez meses desde que la Dick Fosbury se vio obligada a cerrar por segunda vez. Imagino que está siendo complicado.

—Estoy bien, mejor que a finales de 2024 y que a lo largo de la primera mitad de 2025. No solo me afectó el cierre de la academia. También he tenido problemas en un hombro y he ido cancelando entrenamientos. Me he perdido muchas competiciones en las que tenía planeado participar.

—Volviste a Pamplona, ¿no?

—Sí, la mayoría tuvimos que regresar a nuestras ciudades. Alguno de los chicos encontró acomodo en Madrid y siguió entrenando en clubes de la capital. Creo que el CAR también alojó a un par de ellos.

—¿Mantenéis el contacto? ¿Tenéis grupo de WhatsApp?

—Bueno, sí hay un grupo, pero no escribimos demasiado en él. Yo por lo menos.

En realidad, había dejado de hablar con el resto de sus compañeros de la academia, salvo con Loreto, por razones obvias. De vez en cuando entraba en las redes sociales de Alejandra, Nerea o los taekwondistas para ver cómo les iba. Sentía que era mejor olvidarse de esa etapa cuanto antes porque el recuerdo era doloroso. La muerte de Sara y el anuncio de Jaramillo al día siguiente del suceso anunciando el cierre de la academia les hizo mucho daño. Todos sospechaban de todos. En aquella discoteca estaban presentes los quince chicos de la Dick Fosbury, cinco entrenadores y Paz Bernal, una de las fisioterapeutas del centro. Se daba por hecho que uno de ellos asesinó a la jugadora de bádminton, a la que habían acuchillado tres veces. El arma no apareció y la policía no fue capaz de resolver el caso a pesar de los innumerables interrogatorios a los que todos fueron sometidos. Revisaron las grabaciones de las cámaras de la discoteca, pero no habían podido apreciar nada por el humo y la falta de luz. También analizaron los vídeos subidos a las redes sociales de esa noche en El Escenario. Incluso requisaron sus teléfonos en busca de algo que les diera una pista. No encontraron nada. El asesinato de Sara, como el de Jimena, parecía obra de un profesional.

—¿Hay mal rollo entre vosotros?

—Yo me llevo bien con todo el mundo. Hasta contigo.

—No soy tan mala, Izan. Solo hago mi trabajo. ¿Cómo está mi amiga Amanda? ¿Se sigue dedicando a lanzar móviles al agua?

—Hace meses que no sé nada de ella.

—Está desaparecida. Cerró sus redes sociales y no ha participado en competiciones. ¿Crees que aceptaría una entrevista conmigo?

El chico se encoge de hombros. A pesar de su carácter frío, sabe que Amanda fue de las que peor lo pasó aquella noche. La recuerda gritando, pidiendo ayuda, con las manos manchadas de sangre, cuando se encendieron las luces de la discoteca. Hace poco habló de ella con Loreto y esta le dijo que la había llamado para preguntarle cómo estaba y no le había cogido el móvil. En el grupo de WhatsApp no intervenía desde principios de diciembre.

—No tengo ni idea.

—¿A quién piensas que debería pedirle que viniera un día al programa? ¿Cuál de ellos sería interesante para nuestros espectadores?

—Seguro que todos tienen cosas interesantes que decir, sobre todo en lo relacionado con sus deportes. Son los mejores de su generación.

—¿Los ves en los Juegos Olímpicos?

—Es muy difícil estar en unos Juegos, pero mis excompañeros son muy competitivos y hay calidad suficiente para que veamos a algunos de ellos en Los Ángeles.

—¿Aunque amañen competiciones?

Izan en ese instante mira a Eva y pide que paren la entrevista. No va a entrar a valorar ese asunto. Ni quiere ni puede. Sabía que Cata González podría salir por ahí en algún momento, así que no le pilla de sorpresa.

—¿Qué ocurre? —le pregunta la periodista abriendo los brazos—. ¿Lo de los amaños está vetado?

—Izan prefiere no hablar de eso porque no tiene que ver con él y porque es un tema que está siendo investigado, como bien sabes —indica la representante—. Seguro que si llamáis a Chema Fajardo y a su entrenador os pueden aclarar las dudas que tengáis acerca de ese asunto. Nosotros no sabemos nada. ¿Seguimos con la entrevista?

CAPÍTULO 42

ALEJANDRA

Valencia, viernes, 12 de septiembre de 2025

—En guardia.

—En guardia —repite Alejandra, en el lado derecho de la pista.

Es su oponente la que lanza el primer ataque. La esgrimista valenciana retrocede y consigue esquivar la hoja del sable, que iba directa a su hombro izquierdo. Casi la toca. La otra tiradora vuelve a intentarlo, pero Alejandra se defiende con una parada de cuarta, desviando el golpe con precisión. Aprovechando la apertura, contraataca apuntando a la cabeza de la rival. El marcador electrónico se enciende e indica que el punto es suyo. Es el quinto consecutivo y lo celebra apretando el puño.

—Sigues en plena forma. El verano no te ha afectado —dice Susana, que se quita la careta y resopla—. Tía, no hay forma de ganarte.

—No exageres. Estamos muy igualadas.

—Ya, claro. Por eso tú te has llevado los últimos tres torneos en los que hemos participado y yo no he pasado de semis.

—En España, todas nos conocemos mucho. Puede ganar cualquiera. En las competiciones de Sofía y Viena será otra historia. Hay que sumar puntos para poder estar en el campeonato europeo.

—¡Uf, lo veo imposible, hermana! A ver si en estos días contigo se me pega algo.

Alejandra ha invitado a Susana a pasar unos días en Valencia. Se queda en su casa y van a entrenar juntas al club de esgrima al que pertenece. Quizá también Nieves se una a ellas en los próximos días.

Las tres mantienen el contacto a pesar de que se separaron cuando cerró la academia. La tinerfeña logró quedarse en Madrid, en el centro de alto rendimiento, que la reclutó. Reside en la Blume y no tuvo que regresar a la isla. En cambio, sus dos compañeras, que también se plantearon la opción de quedarse en Madrid, al final optaron por volver a sus ciudades de origen.

—¿Sabes quién me ha escrito hoy? —le pregunta Susana mientras caminan hacia el vestuario—. Chema.

—¿En serio? ¿Para qué?

—Para decirme que había visto anunciada en la tele la entrevista a Izan. Estaba muy sorprendido de que hubiera aceptado después de lo que le pasó con esa periodista.

Alejandra guarda silencio. Se empieza a quitar el traje, que va metiendo en la pequeña taquilla que esa semana compartirá con Susana. Las instalaciones de su club de esgrima no tienen nada que ver con las de la Dick Fosbury, pero dispone de lo mínimo necesario. No ha sido fácil convertirse en una de las mejores sablistas del país. Es verdad que su nivel todavía no le da para competir fuera, pero se le ha metido en la cabeza que va a dar un paso adelante en su preparación. Quizá se vaya a entrenar unos meses a Francia o a Italia y pueda mejorar practicando con algunas de las principales sablistas de Europa. Ya está haciendo las gestiones oportunas. A lo mejor, el inicio de 2026 lo pasa en París o Roma.

—¿Tú quieres ver la entrevista? —le pregunta la salmantina, que también se cambia de ropa.

Alejandra va a responderle que no siente ningún tipo de interés en escuchar lo que ese capullo tiene que decir. Se fija en la marca de la cicatriz que su amiga luce encima del seno derecho. No ha desaparecido de su piel. También observa que conserva la medallita de la Virgen de la Vega. Niega con la cabeza al recordar que pensó que Susana podía estar implicada en el crimen de Jimena Portero. Cuando detuvieron a Chema, aquella extraña noche en El Escenario, Susana se lo confesó todo. Se lio con él en secreto. El taekwondista fue tan pasional en la cama que la arañó sin darse cuenta e incluso le rompió la cadenita de su abuela. No podía creerse que aquel chico estuviera relacionado con un caso de amaño de combates. La policía

llevaba varios días investigando y, ante el riesgo de fuga, los detuvo esa misma noche tanto a él como a su entrenador, Take Okada. Ambos estaban, presuntamente, envueltos en apuestas ilegales, aunque Chema lo ha negado desde el primer momento y ha asegurado que se trata de un error. En la actualidad está suspendido por la Real Federación de Taekwondo, aunque no ha dejado de entrenar. Su compañero de fatigas, Teo, también fue investigado, pero no han encontrado indicios de delito. Aunque los dos regresaron a Astorga, algunos dicen que han separado sus caminos desde que la academia cerró.

—Seguro que hay cosas más interesantes que hacer esta noche —responde Alejandra, a la que suena el móvil. Es un wasap de Rubén.

> ¿Es normal pensar tanto en una sola persona? Sé que esto es muy cursi y que no nos van esas tonterías, pero he visto las fotos de Madeira y me he dado cuenta de que te he echado de menos. Llámame cuando quieras.

La chica sonríe cuando contempla la imagen que Rubén le envía a continuación. Es un selfi de los dos en una piscina natural de Seixal. Se la hicieron en agosto. Ella le besa la mejilla mientras él sujeta el móvil. Fueron cinco días increíbles, alejados de todo y con la mente puesta tan solo en disfrutar el uno del otro. Lo que al principio solo fue un parche se había convertido en una relación a distancia con la persona correcta. Por supuesto que en aquellos meses habían pasado por varios baches consecuencia de vivir a casi cuatrocientos kilómetros. Incluso medio lo dejaron un par de veces. Sin embargo, Alejandra se ha dado cuenta de que el jugador de tenis de mesa de Brunete es lo que necesita en la vida para ser feliz.

—¿A que es tu novio?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

—Por la cara de gilipollas que has puesto —dice Susana, que se agacha a atarse los zapatos—. Qué envidia me das, hermana. Ya me

gustaría enamorarme como tú. A ser posible de alguien que no fuera un delincuente.

—Chema sigue defendiendo que es inocente, ¿no?

—¿Y tú te lo crees? Es un tío muy agresivo. No me extrañaría que no solo hubiera amañado combates de taekwondo y que él fuera el asesino. Es mi segunda opción.

—No estaba en la pista de baile cuando pasó lo de Sara en la discoteca. Ya lo habían detenido —le recuerda Alejandra—. Además, ¿por qué habría querido matarlas?

—Eso que lo investiguen el juez y la policía. ¡Tiempo han tenido de resolverlo y mira cómo estamos todavía! ¡Diez meses han pasado ya! Si yo fuera familiar de las fallecidas estaría muy enfadada con los responsables de la investigación.

El caso de los crímenes de la Dick Fosbury parece enquistado. No avanza. Se han hecho programas especiales, debates y hasta algún pódcast sobre el tema, aunque es cierto que ya ha pasado la moda de hablar de lo que sucedió en noviembre. Alejandra teme que la entrevista de Izan lo remueva todo otra vez. No le apetece. La policía estuvo muy encima de ellos buscando al culpable. También fueron requeridos por el juez que instruía el caso. Ahora solo quiere centrarse en la esgrima y en Rubén. El resto ya no le importa.

—Aníbal tendría que confesar de una vez por todas —suelta Susana de manera enérgica—. No sé cómo no se dan cuenta. Él es mi primera opción.

—Sigues insistiendo en eso.

—¡Claro! Ya se lo dije a la inspectora Pipper y al juez, pero pasaron de mí. Yo lo vi discutiendo con Sara aquella noche con muy malas formas. Y estaba en la pista de baile con los demás cuando la asesinaron.

—La mayoría estábamos allí.

—Sí, pero él no la había pisado en toda la noche. Cuando fui al baño para liarme con Chema me lo crucé y tenía un aspecto horrible, con los ojos rojos, como si se hubiese drogado. Parecía poseído.

—Nada de eso significa que fuese el asesino.

—¿Por qué lo defiendes, hermana? —pregunta molesta Susana—. Alguien tuvo que matar a Sara. ¿Por qué no él?

—Porque estaba enamorado de ella.

—¡Anda que no está repleta la historia de enamorados que asesinan a la persona que quieren! ¿Es el amor una razón suficientemente fuerte como para considerar a alguien inocente de un crimen?

Alejandra no responde. Camina hacia uno de los lavabos y se moja la cara. Nunca se ducha en el club, prefiere hacerlo en casa porque el agua caliente no suele funcionar bien y las piletas son muy estrechas. En el espejo comprueba que se le han agrietado los labios y que tiene el pelo fatal por culpa de la careta. Tal vez, si se va a Francia o a Italia, antes se lo tiña de oscuro. Le apetece un cambio de look. ¿Le gustará a Rubén? En una de las videollamadas que han tenido estos meses le reconoció que las morenas siempre le habían gustado más que las rubias. Ella era la excepción.

—¡Ale! ¡Te llaman! —grita Susana, que aparece con su móvil en la mano—. Es de un número desconocido.

Su amiga le da el teléfono y Alejandra responde. Se sorprende al reconocer la voz que la saluda.

—¡Olga! ¿Has cambiado de número?

—Hola, sí. Hace un par de semanas. Apúntate este, que será el que use a partir de ahora.

—Muy bien. ¿Cómo estás?

—Ahora mismo muy cansada. Acabo de jugar, aunque me han dado una buena paliza. He venido a Valencia para un campeonato. Tengo la noche libre, ¿quieres que cenemos juntas? Me apetece verte.

—A mí también. Estoy con Susana, que se ha venido unos días a entrenar conmigo. ¿Por qué no te pasas por mi casa y cenamos las tres?

—¿No será mucha molestia para tus padres?

—Qué va. Al contrario. Les gustan las visitas, aunque iremos a nuestra bola.

—Por mí perfecto, entonces. Envíame la ubicación por WhatsApp. ¿A las nueve os va bien?

Olga había sido una de las que se quedaron en Madrid después del cierre de la Dick Fosbury. No sabía dónde vivía exactamente, pero

entrenaba en el mismo club que Rubén, por eso habían coincidido durante esos meses y habían hecho buenas migas. No es que hablaran demasiado, pero de vez en cuando se escribían y se contaban cómo les iba. No sabía que había ido a una competición en Valencia. Cuando se lo cuenta a Susana, el reencuentro con la jugadora de tenis de mesa le parece genial. Es una pena que lo dejara con Marcus. En los últimos días que vivieron en la academia los vieron muy unidos. Las dos presenciaron cómo se liaban en El Escenario la noche de la muerte de Sara. Del jugador de bádminton, como de Amanda, no saben nada. Ambos desaparecieron y dejaron de participar en el grupo de WhatsApp, que, por otra parte, lleva unos meses bastante abandonado. Esa noche le preguntará a Olga por él, aunque la última vez que habló con ella no tenía ni idea de qué había sido de aquel chico.

—Si sigue viniendo gente de la Dick Fosbury a Valencia, podemos montar una academia —bromea Susana mientras salen del club.

—A mí me vendría estupendamente.

—Si tus padres me adoptan, me quedaría a vivir contigo.

—Seguro que acabarían queriéndote más a ti que a mí.

—No te quejes. Yo te invitaría a pasar unos días con mi familia en Guijuelo para que disfrutaras de mi maravilloso pueblo y te hartaras de jamón, pero no aguantarías ni veinticuatro horas.

—Solo por comer jamón de Guijuelo me sacrificaría —dice Alejandra, que recibe una palmada en el culo—. Eso ha dolido.

—¡Te he dicho que no te quejes!

Las dos se ríen y siguen bromeando. La verdad es que Alejandra se alegra de tener a Susana con ella. Se han visto bastantes veces ese año. A pesar de ser rivales, tras acabar los torneos se juntaban las dos y Nieves para comentar cómo les había ido mientras salían a comer o a tomar algo en la ciudad en la que se desarrollaba la competición. Algunos no entendían que a pesar de la gran competencia que había entre ellas se llevaran tan bien. Varias de las finales fueron contra la sablista canaria y en fases previas también se enfrentó con la salmantina. En los meses que vivieron en la academia se gestó una amistad que había podido con todo. Incluso con dos muertes.

A las nueve en punto suena el telefonillo en el piso de Alejandra. Olga ha sido puntual. Deja a Susana sentada en el comedor, eligiendo las pizzas que van a pedir para compartir esa noche. Cuando pregunta quién es, escucha la voz de la jugadora de tenis de mesa. Antes le ha enviado un mensaje a su novio para decirle que habían quedado, aunque no le ha respondido. A esa hora estará acabando de entrenar.

Alejandra oye que el ascensor llega al séptimo piso. Ella prefiere subir por la escalera. Las piernas son lo que más desgaste sufre en la esgrima, así que le sirve como entrenamiento. La puerta se abre y sale Olga, que no va sola. Detrás aparece Rubén, que la deja boquiabierta.

—¡Sorpresa! —exclama el chico, que corre a abrazarla. Luego la besa en la boca.

—Esta sí que no te la esperabas, ¿eh? —comenta Susana, que se ha asomado para ver la escena de amor—. Después dicen que no sé guardar secretos.

—¿Tú lo sabías?

—Yo lo sé todo, hermana —responde la salmantina, que abraza a Olga, mientras la pareja vuelve a besarse en el recibidor, esta vez de manera apasionada—. ¡Vosotros! Dejad algo para después, empalagosos. Ahora vamos al comedor, que está a punto de empezar la entrevista de Izan. Quiero ver si ese capullo cuenta algo interesante.

CAPÍTULO 43

GRECIA

Gijón, viernes, 12 de septiembre de 2025

—¿Ya ha empezado? —pregunta Grecia desde la cocina.

—¡No! ¡Todavía están en los anuncios! —le grita su padre.

—¡Vale! ¡Ya voy!

La chica se ha preparado unas tostadas de pan integral con pavo y tomate. Hoy ha preferido hacerlas sin lechuga. Coge su botella de agua y corre hacia el salón, donde su padre y sus hermanos están frente a la televisión. Su madre está trabajando con el taxi y no cenará con ellos. Las cosas siguen sin irles demasiado bien en lo económico, pero tienen a su hija mayor en casa. Grecia regresó a Asturias en cuanto cerraron la Dick Fosbury. Desde ese instante, su vida ha cambiado por completo.

—¿Te llevas bien con el chico al que van a entrevistar? —le pregunta Mario, su hermano más pequeño.

—Hace tiempo que no hablamos.

—Yo lo sigo en Instagram. Es muy guapo —dice su hermana. Salma tiene quince años y es adicta a las redes sociales—. Quiero que me lo presentes.

—Izan es muy mayor para ti. Además, no sé cuándo nos volveremos a ver.

Han pasado diez meses desde que se fue de la capital. No ha vuelto a Madrid ni siquiera para coger un vuelo ni para competir. Se ha tomado un año sabático, pero en absoluto ha sido un año perdido. Cuando llegó a Gijón tenía una prioridad: mejorar su salud mental. Estaba claro que necesitaba ayuda y no tardó en buscarla.

Primero acudió a un psicólogo, amigo de su familia. Después comenzó a ir al psiquiatra y visitó a una endocrina y a una nutricionista. Modificó su alimentación y el tipo de entrenamiento, y empezó a perder peso. Su cuerpo ha cambiado, tanto que ha bajado hasta los sesenta y tres kilos. Ahora competiría en otra categoría completamente distinta. En cualquier caso, el deporte ahora mismo es algo secundario para ella. Trabaja en su gimnasio, pero como recepcionista, para ganar algo de dinero. No descarta volver a la competición pronto, pero se quiere tomar las cosas con tranquilidad.

—A mí también me gustaría aprender a escalar muros —comenta Alonso, el mayor de sus hermanos pequeños, cuando acaban los anuncios y aparece en pantalla la cabecera del programa en el que entrevistarán a Izan—. Seguro que se liga un montón.

—Tío, solo piensas en eso —se queja Salma—. A ver si maduras un poco.

—Cállate. Como si tú fueras una santa.

—Por supuesto que no lo soy, pero no me paso todo el puto día hablando de tíos y de ligar.

El padre interrumpe la conversación de sus dos hijos adolescentes y les pide silencio, que no oye lo que dicen en la tele. En cambio, a Grecia la hacen reír. Se siente feliz de estar en casa y escuchar a sus hermanos discutir. Lo echaba de menos cuando vivía en Madrid. Se estaba alejando de ellos y eso la preocupaba. No pretendía recuperar el tiempo perdido cuando regresó, pero sí necesitaba acercarse a Salma y a Alonso. En parte, lo ha conseguido y vuelve a sentir que cuentan con ella, al menos todo lo que un adolescente puede confiar en una hermana mayor.

—Oye, Grecia, ¿a este no lo detuvieron cuando murió la psicóloga? —le pregunta su padre mientras Cata González presenta al escalador.

—No detuvieron a nadie, papá.

—Pero aquel cinturón era suyo, ¿no?

La chica asiente, aunque jamás se demostró que Izan asesinara a Jimena. Ni siquiera se había confirmado que aquel cinturón fuera lo que usaron para asfixiarla. Por lo que se filtró a la prensa unas semanas después, al haber estado en el agua no encontraron

huellas que delataran a nadie. Intuían que podía ser el arma del crimen, pero más por deducción que por contar con una prueba concluyente. Tampoco estaban seguros de lo que se había utilizado para asesinar a Sara. La persona que cometió el crimen se encargó de que desapareciera el cuchillo o lo que usara para apuñalar a la chica en tres ocasiones.

A pesar de que Izan responde con tranquilidad a la periodista, Grecia lo nota algo nervioso. Ella también lo estaría. Cata le pregunta por sus compañeros y el chico contesta con elegancia.

—Es muy difícil estar en unos Juegos, pero mis excompañeros son muy competitivos y hay calidad suficiente para que veamos a algunos de ellos en Los Ángeles.

—¿Crees que influirá todo lo que ha pasado en la decisión que puedan tomar los diferentes seleccionadores a la hora de elegir a quién llevar?

—La mayoría de los deportes que se practicaban en la Dick Fosbury no son seleccionables. sino que va a los Juegos el que tiene mejor ranking.

—¿Por qué hablas de la Dick Fosbury en pasado?

—Está cerrada ahora mismo.

—Hay un rumor que nos ha llegado al programa de que puede abrir de nuevo sus puertas antes de que termine el año. ¿Sabes algo de eso?

Por la cara que pone Izan es evidente que a él no le han informado del tema. No tarda en negarlo. Tampoco a Grecia le han dicho nada. Sus hermanos y su padre le preguntan sobre aquel asunto. La chica se encoge de hombros. ¿Es que Jaramillo va a abrir otra vez la Dick Fosbury con otros deportes como hizo tras el primer cierre?

—Yo estoy entrenando ahora en Pamplona con Loreto, la otra escaladora de la Dick Fosbury. No sé qué planes tiene Alfonso. A nosotros no nos han avisado de que la academia abra de nuevo —añade Izan saliendo al paso de la cuestión—. Tampoco he oído nada sobre eso.

—¿Te dolería que abrieran y no contaran contigo?

—No me lo he planteado. Puede que me molestara un poco.

—¿Te sentirías traicionado?

—No creo que esa sea la palabra. Es como cuando en un partido de fútbol cambian a un jugador. El que sale del campo se puede enfadar, pero el entrenador está en su derecho de hacerlo. No se puede hablar de traición hacia ese jugador. Simplemente, el que manda piensa que hay otro que lo puede hacer mejor que tú.

—Esa es una manera muy generosa de verlo —comenta Cata González—. Yo sí que creo que si la Dick Fosbury abriera otra vez y prescindiera de los que estabais hace unos meses, podría hablarse de traición hacia vosotros.

—Es tu opinión.

—Y seguro que la de muchos de los espectadores que nos están viendo. Por cierto, podéis comentar qué os parece esto o cualquier otra cosa de la entrevista, de la Dick Fosbury, de Izan... en nuestras redes sociales. Podéis usar el hashtag #ViernesOVasIzan. Os leemos. Dos minutos para ver unos interesantes anuncios y regresamos. No os mováis.

Grecia da un trago de su agua y escucha a su padre, que se queja de la cantidad de publicidad que hay en televisión. ¿Será cierto que la academia volverá a abrir? ¿O se lo han inventado para incentivar la polémica? A lo mejor es verdad, pero todavía no se han puesto en contacto con los catorce deportistas que vivían allí. Si le propusieran regresar, ¿aceptaría?

—La gente es gilipollas —protesta Salma, que está mirando su móvil—. Hay uno en X que te ha insultado.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque dice que los que estabais en la Academia Dick Fosbury sois unos fracasados. «Deportistas sobrevalorados, como la gorda y fea de Grecia Gómez, que no ha empatado con nadie y tiene el mismo futuro en la halterofilia que yo en la danza clásica».

—Menudo impresentable, ¿no se le puede denunciar? —pregunta su padre, que le pide el móvil a su hija para ver quién ha escrito aquel tuit—. Es intolerable que la gente pueda escupir lo que le dé la gana en internet sin consecuencias.

En otros tiempos, aquel comentario le habría hecho mucho daño. Ahora solo se ha llevado el primer impacto, que siempre duele un

poco. Enseguida le resta importancia y es ella misma la que calma a su padre. Además, el tipo que ha escrito el tuit no la ha visto últimamente. No solo ha pasado de ochenta y uno a sesenta y tres kilos. También se ha dejado crecer el cabello. Ha perdido algo de músculo y se cuida más la piel. Por fin se ve bien cuando se mira en el espejo, después de muchos años sintiéndose la chica más fea del mundo. Y lo que es más importante: durante 2025 todavía no ha habido ni un solo día en el que se haya provocado el vómito después de comer. Eso sí, la adicción a los ositos de gominola no ha podido quitársela.

—Hay un montón de gente metiéndose con Izan —sigue diciendo su hermana, que lee algunos comentarios—. Lo llaman prepotente, chulo, capullo y otras cosas que no puedo decir porque está papá delante.

Grecia le pide a Salma que no continúe leyendo esas mierdas. No le gusta que hablen mal del que fue su compañero en la academia. Le preocupa que exista tanto odio en las redes, pero es algo que los que se exponen al público tienen que soportar. Así está montado, aunque sea injusto.

—Antes has hablado de Loreto —dice Cata González cuando regresan de publicidad, después de volver a pedirles a sus espectadores que comenten qué les está pareciendo la entrevista—. Es público que tenéis una relación. ¿Cómo surgió?

—Los dos somos de Pamplona, escaladores y nos apasiona nuestro deporte.

—Y ella es muy guapa.

—Yo tampoco estoy mal —bromea Izan, que hace que Salma suelte una carcajada y grite que es el mejor y que quiere conocerlo.

—Me han contado mis fuentes que en la academia no estabais juntos.

—Tus fuentes, en esta ocasión, te han dicho la verdad.

—Son siempre fiables, Izan. Nunca me han fallado —indica Cata, que le muestra una hoja en la que hay impresa una foto—. ¿Este es tu cinturón?

El chico coge el papel y lo mira con atención. En un recuadro, que aparece en el margen derecho de la pantalla, se puede contemplar

la imagen que Izan está viendo. Se trata de una fotografía de Loreto con su expareja y unos amigos cuando fueron a visitarla. La chica lleva puesto el cinturón con la hebilla de la cobra.

—Eso parece.

—¿Se lo prestaste?

—En la academia era habitual que unos cogieran la ropa de otros. Incluso sin permiso o por error. A Loreto debió de gustarle ese cinturón y me lo cogió prestado. Había confianza entre nosotros. Entrenábamos juntos todos los días.

—¿Tú también te ponías la ropa de Loreto?

—Sinceramente, no lo sé. Igual sí.

—¿Habéis hablado alguna vez de esta foto?

—No, es la primera vez que la veo —responde Izan, al que Grecia nota un poco tenso.

—¿Y qué te parece?

—Nada. Bien. Es Loreto con sus amigos. Está muy guapa.

—¿Te lo devolvió?

—Imagino que lo dejó en el sitio de donde lo había cogido. ¿Pasamos a otra cosa?

Grecia siente como si alguien le diera un toquecito en el hombro. Sus hermanos y su padre no se han movido del sitio y están comentando el tema del cinturón. Se gira y ve detrás a Jimena.

—¿Crees que Loreto me mató?

No entiende por qué sigue apareciéndosele. No les ha hablado a los especialistas de ella. Sabe que no es real. Es completamente consciente de que Jimena está muerta. Sin embargo, la ve y la escucha como si la psicóloga estuviese presente en el salón. Ya no aparece tanto como al principio, pero en ocasiones puntuales se le presenta. Si está sola cierra los ojos, la maldice y le pide que se marche. Si está acompañada por alguien, intenta ignorarla. No quiere que su familia lo sepa.

—Yo te lo podría decir. Soy la víctima y sé quién me asesinó.

Grecia resopla y se concentra en la televisión. Trata de no escucharla, pero Jimena continúa hablándole a su espalda. Pierde el hilo de la entrevista, en la que Cata González le pregunta a Izan si le incomoda hablar de los sucesos por los que cerraron la Dick Fosbury.

No oye como el escalador le explica a la periodista que todo lo que sabe se lo dijo a la policía y que ojalá encuentren algún día al culpable de los asesinatos de Jimena y de Sara para que todos puedan descansar. Les da el pésame a las familias de las fallecidas y se vuelve a poner en disposición de las fuerzas de seguridad del Estado y del juez por si puede ayudar en algo.

—Menudo bienqueda es ese chico —dice Jimena, que ríe irónica—. Yo le daba igual y Sara también. Por cierto, Grecia, hace mucho que no ves a tu compañera. ¿Quieres que algún día la traiga? Seguro que se pondrá muy contenta de hablar contigo.

CAPÍTULO 44

NEREA

Madrid, viernes, 12 de septiembre de 2025

No tenía ninguna intención de ver la entrevista que Izan le ha concedido a Cata González, pero su compañera de piso insistió en poner *¿Viernes o vas?* mientras cenaban. Podría haber cogido una bandeja e irse a su habitación. Sin embargo, finalmente el morbo había ganado la partida y se la ha tragado entera. Por suerte, no la han nombrado. Lo que le ha extrañado es que hayan hablado de que existe el rumor de que la Dick Fosbury pueda abrir de nuevo a finales de año. ¿Será cierto? ¿Por qué nadie se ha puesto en contacto con ella para preguntarle si está dispuesta a volver? ¡Tendría muy clara la respuesta!

—Ese tío está tremendo. ¿De verdad que no tuvisteis nada cuando estabais en la academia? Yo no lo hubiera dejado escapar, nena.

Odia que Coral la llame nena. No será porque no se lo ha advertido veces. Nerea recoge el plato y se lo lleva a la cocina. Prefiere no darle detalles a la que desde hace unos meses es su compañera de piso y su pareja de juego. Después de la confusión por el cierre de la Dick Fosbury, y tras un par de semanas de desconexión en Santander, decidió continuar en Madrid. Amanda desapareció y aquella chica, contra la que había jugado varias veces en el circuito, también se había quedado libre. Contactó con ella y empezaron a entrenar juntas en unas instalaciones de Chamartín donde habían construido unas pistas de arena. Enseguida se fueron a vivir juntas a un pequeño piso por esa zona. A continuación, contrataron a un entrenador, con el que no duraron mucho debido a

los malos resultados. Nerea siente que nada de aquello está funcionando. En verano apenas ganaron un par de partidos y la opción de ser referentes en el vóley playa femenino nacional se estaba diluyendo como un azucarillo. Ni siquiera se llevan bien. No es que Coral sea mala persona, pero no han congeniado. Al menos, por su parte.

—¿Por qué no cambias de pareja? —le preguntó su hermana la noche anterior al verla desesperada—. Si no estás a gusto vete con otra.

—¿Y con quién juego?

—Seguro que hay un montón de chicas que estarían encantadas de jugar contigo. Eres la mejor, Nere.

—Todas las buenas tienen pareja.

—¿Y Amanda? ¿Por qué no le pides que vuelva?

La opción que planteaba Paula no era del todo mala idea, aunque hace mucho tiempo que no tiene noticias de Amanda. Lleva meses sin intervenir en el grupo de WhatsApp, que está bastante muerto. Ni siquiera sabe si sigue en Madrid o regresó a Burgos. No ha participado en ningún torneo y cerró sus redes sociales antes de que terminara el año pasado. En la última conversación que tuvieron la encontró muy afectada. Era raro ver a Amanda tan hundida. Por lo que le contó, el cuerpo de Sara se le cayó encima cuando la apuñalaron. Incluso se manchó con su sangre. La policía la presionó mucho y tuvo la sensación en los interrogatorios de que sospechaban de ella.

—Nena, ¿tienes el móvil de Izan Cabañas? —le pregunta Coral, que entra en la cocina mientras está fregando—. Quiero mandarle un wasap para decirle que ha estado genial en la entrevista.

—Mándale un privado por Instagram.

—Tiene muchos seguidores y seguro que recibe un montón de mensajes directos. No me leería. Si quieres no le digo que has sido tú la que me lo ha dado.

—Yo no puedo darte su número.

—¿Por qué, nena?

Nerea está a punto de perder los nervios. ¡Que no la llame nena! Hacía tiempo que alguien no la sacaba así de sus casillas. Desde Mikel. Otro que había desaparecido de su vida, por suerte para ella y su familia. Paula le había comentado que se lo ha cruzado un par de veces por Santander de la mano de una chica rubia que se parecía mucho a ella. El ex de Nerea se había rapado la cabeza y se había dejado barba. Estaba muy raro y vestía desaliñado, según su hermana. Por lo menos ya no las molestaba.

—Coral, entiende que no te puedo dar el móvil de una persona sin su consentimiento.

—Es un favor de amigas; de compis de piso y de arena. No soy una cualquiera.

—Lo siento —sentencia Nerea, que se seca las manos con un trapo y se marcha de la cocina.

Mientras se dirige a su habitación, escucha a Coral quejarse de su falta de solidaridad femenina. No entiende para qué quiere el móvil de Izan si ha quedado claro en la entrevista que tiene novia. Jamás hubiese adivinado que Loreto y él acabarían siendo pareja. La chica era lesbiana y no parecía que le interesase su compañero como algo más que un buen amigo. Incluso estaba presente la noche en la que asesinaron a Sara, cuando Nerea e Izan se enrollaron en la discoteca. Loreto estuvo bailando con Amanda, de la que antes había dicho que le ponía mucho, aunque estaba muy enamorada de Chloe, su chica. La misma con la que sale en la foto que ha enseñado a cámara Cata González en la que tiene el cinturón de la cobra. ¿Estaba fingiendo un papel o todavía no sentía nada por Izan?

El escalador le ha dado a Nerea demasiados dolores de cabeza. Pensó que entre ellos podría consolidarse una relación que al final prácticamente ni empezó. Notaba que él estaba interesado y a ella también le atraía. ¿Qué demonios había pasado para que se torciese todo? La distancia era la excusa que él le había puesto. A lo mejor era cierto, pero se quedó con las ganas de por lo menos intentarlo.

Escucha de nuevo gritar a Coral. No entiende lo que dice porque está hablando por teléfono en el cuarto de baño que comparten. Sus

chillidos son insoportables. Tiene que salir de allí lo antes posible. Demasiado ha aguantado. Todos esos sacrificios los ha hecho por el vóley playa y su sueño de competir al máximo nivel para tener opciones de disputar unos Juegos Olímpicos. Ha pasado de tenerlo todo en la Dick Fosbury a no tener nada. Quizá lo único que puede hacer ahora es regresar a Santander y esperar acontecimientos. A lo mejor el rumor de que la academia va a volver a abrir es cierto y cuentan otra vez con ella. Si al menos consiguiera hablar con Amanda, tal vez pudiera convencerla para que volvieran a intentarlo juntas. Quién le iba a decir que necesitaría tanto a aquella idiota que no paraba de protestar y de echarle broncas.

Se tumba en la cama sin saber qué hacer. Es temprano para irse a dormir, pero es que cualquier cosa es mejor que oír los gritos de Coral. Se pone los auriculares con la música al máximo volumen. Está escuchando *End of the World*, de Miley Cyrus, cuando se le ocurre algo. Quizá sea su último recurso. Se quita los cascos y busca un número en el móvil. Hace varios meses que no habla con Ester, la que fue su entrenadora. A lo mejor puede echarle una mano. Al cuarto tono, responde.

—¡Hola, Nere! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás?

—Bueno, podría estar mejor. Ando un poco perdida últimamente.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Nos está costando ganar partidos.

—Ya he visto que no te ha ido bien este verano.

Ester le cuenta que ha seguido con detenimiento los torneos en los que ha jugado. Le da pena que el cambio de pareja no le esté funcionando y que no haya conseguido buenos resultados con Coral Menéndez, que no era una mala jugadora.

—Tal vez es una cuestión de tiempo. Hay parejas que tardan en entenderse. No es sencillo compenetrarse.

—Creo que el periodo de adaptación hace tiempo que acabó. No hay química entre nosotras.

—¿Estás segura?

—Sí, hasta nos fuimos a vivir juntas y ya no la soporto —dice Nerea, que enseguida se da cuenta de que está siendo muy cruel con su compañera—. A ver, no es eso tampoco. Pero lo deportivo ha

influido en lo personal. No voy a avanzar si sigo con Coral. Cada paso adelante son tres hacia atrás. Necesito un cambio radical.

—Por lo que me cuentas parece que estás decidida.

—Creo que sí, entrenadora. El problema es que todas las chicas con un nivel alto del circuito tienen pareja. No estoy al tanto de si alguna piensa quedarse libre pronto o si viene alguna júnior destacando por encima del resto que todavía no haya encontrado compañera.

—En eso no te puedo ayudar. Desconecté un poco de la arena después de que cerrara la academia. Acabo de fichar como segunda entrenadora de un equipo de Madrid de vóley tradicional. He regresado al seis contra seis. Además, me estoy preparando unas oposiciones.

—Entonces, ¿no volverías a la Dick Fosbury si abriese de nuevo?

—No lo sé, si te soy sincera.

Ese sería un gran contratiempo si el rumor fuese cierto y además contaran con ella para formar parte otra vez de la academia. Ester es la mejor entrenadora que ha tenido hasta ahora. No es que hayan sido muchas. De hecho, durante varios años, cuando jugaba en Santander, lo hacía sin que nadie la dirigiese.

—Imagino que me lo preguntas por lo que han hablado en la entrevista con Izan. No tengo noticias de que eso sea verdad.

—¿Piensas que se lo han inventado en el programa?

—Estoy segura. Antes de fichar por mi equipo, llamé a Jaramillo para preguntarle por la situación actual. Me dejó muy claro que hasta que no encontraran al culpable de los crímenes de Jimena y de Sara no tendría permiso para abrir.

Si después de la muerte de Anita Vidal tardaron diez años en ponerse en marcha de nuevo, era muy raro que la Dick Fosbury retomara los entrenamientos con dos asesinatos por resolver de dos personas que formaban parte de la academia.

—Entiendo. Lo veo lógico. ¿Cómo encontraste al director?

—Alfonso estaba francamente mal. Lo noté sin fuerzas. Aun así me dijo que tenía una última bala en la recámara.

—¿Sabes a qué se refería?

—No, no me dio ni siquiera una pista. No quería adelantarse a los acontecimientos.

Tal vez esa bala en la recámara a la que se agarraba el director tenía que ver con lo que había insinuado Cata González. A lo mejor el programa había averiguado de qué se trataba y lo metieron en la entrevista como el rumor de una posible apertura de la academia para ver si Izan les contaba algo en exclusiva.

—Bueno, ojalá todo se solucione pronto —dice Nerea, que ya no oye a su compañera gritar, lo que le supone un alivio—. En realidad, Ester, te llamaba por otro motivo.

—Dime, ¿de qué se trata?

—Necesito hablar con Amanda. Hace mucho tiempo que no sé nada de ella y me gustaría proponerle algo. No coge el teléfono y se borró de las redes sociales. ¿Sabes cómo puedo localizarla?

—Sí, lo sé. Aunque no te vas a creer dónde me la encontré.

El sábado 13 de septiembre ha amanecido nublado en la capital, aunque las previsiones indican que hará mucho calor. Nerea se despierta alrededor de las nueve y va rápidamente al cuarto de baño antes de que Coral se le adelante. Suele tardar mucho y eso la desespera, pero es fin de semana y su compañera de piso todavía no se ha despertado. Cree que no ha dormido sola. Después del desayuno se marcha y le deja una nota en el frigorífico.

> Me he ido a ver a una amiga. No entrenaré por la tarde. Tampoco me esperes para comer.

Nerea entra en la estación de Cercanías de Chamartín. El C-3 en dirección sur no tarda en llegar. Aunque el viaje no es muy largo, se sienta y consulta la prensa en el móvil. El mundo se ha vuelto loco y los conflictos se recrudecen en Ucrania y en Gaza. Ojalá se acabaran las guerras y la gente fuera feliz. O, por lo menos, que nadie muriera en un bombardeo o en un ataque terrorista. Es muy triste y doloroso lo que está sucediendo en pleno 2025. Le da tanto que pensar lo que lee en las noticias que no se da cuenta de que ha llegado a Sol. Mientras sube la escalera mecánica cruza los dedos para que Ester

tenga razón. Camina hasta la calle del Carmen y antes de llegar a la FNAC la ve, en el mismo lugar en el que su entrenadora se la encontró el otro día cuando paseaba por el centro de Madrid. Amanda está sentada en una silla plegable. Lleva puesta una boina negra y un vestido largo morado, que no oculta unos calcetines blancos. Está tocando la guitarra y canta *All You Need Is Love*, de los Beatles. Lo hace de maravilla, como aquel día en el que descubrió su dulce voz en su habitación de la academia. El mismo día que asesinaron a Jimena Portero en su despacho y tres antes del crimen de Sara Alarcón. Su excompañera se queda atónita cuando la ve. Por su cara parece que está sorprendida, aunque enseguida le sonríe. No se levanta, pero deja de cantar. Es Nerea la que se acerca hasta ella y la abraza. Antes de que pueda decirle a qué ha ido, Amanda le da la respuesta.

—No pienso volver a jugar al vóley en mi puta vida. Así que no intentes convencerme de lo contrario.

CAPÍTULO 45

Madrid, lunes, 15 de septiembre de 2025

—Estoy hasta los cojones de este caso. ¿Ha leído lo que dicen hoy algunos medios?

—No leo la prensa, señor juez.

—Pues debería hacerlo, inspectora. Salimos hasta en la sopa, y eso que los juntaletras se habían olvidado de nosotros. Esa gente se cree que estamos en *CSI Las Vegas*. La culpa la ha tenido la entrevista que le hicieron a Cabañas el viernes por la noche en el programa ese de salseo. ¿La vio?

—No, señoría. Estuve en el cine con mis hijas.

—Pues han vuelto a remover la mierda. No hay forma de trabajar tranquilos en este país. A tomar por culo.

El juez Andrés Betancourt nunca se ha caracterizado por su buen humor. Ese lunes por la mañana se ha reunido en su despacho con la inspectora Verónica Pipper para analizar el caso de los crímenes de la Dick Fosbury, como lo han llamado los medios de comunicación. El informe consta de más de mil páginas repletas de declaraciones, imágenes y pruebas que no los han llevado todavía a ninguna conclusión.

—Uno de esos catorce chavales tiene que ser el culpable. Estoy convencido, inspectora.

—Es probable.

—No es que sea probable, es que me juego la pensión a que uno de ellos asesinó a la psicóloga y luego a la otra chica.

—En concreto, ¿tiene a alguien en mente? ¿Quiere que hagamos un repaso?

El juez Betancourt abre el dosier y va directo a la parte en la que se habla de los deportistas de la Dick Fosbury. Le muestra una página a la mujer y da unos toquecitos con el dedo sobre la imagen del rostro de Chema Fajardo.

—Este pieza podría ser el culpable, pero lo detuvieron los del CENPIDA unos minutos antes de que asesinaran a Sara Alarcón por la historia esa de las apuestas. Una pena, porque nos venía de lujo para darles algo a los jefes. Así que tenemos que descartarlo, por lo menos de la muerte de la chica.

—¿Y del crimen de Jimena Portero? Es posible que la psicóloga supiera lo de los amaños y que Fajardo la amenazara. Además, por la información que tenemos, ni a él ni a su compañero, Teodoro Maestre, les gustaba esa mujer.

—Había mucha gente de esa maldita academia a la que no le gustaba. Los entrenadores estaban casi todos en contra de ella y de sus fórmulas —indica el hombre, que da un trago de una botellita de agua que tiene sobre la mesa—. Pero vamos a centrarnos primero en los deportistas. Ahí es donde yo creo que está la clave de este embrollo. Luego, si quiere, vamos con los mayores.

La inspectora está de acuerdo con el juez. Ella también piensa que el autor de los crímenes es uno de los chicos de la Dick Fosbury. Tiene esa sensación desde el principio. Es verdad que en algún momento sospechó de Jaramillo, de alguno de los entrenadores y hasta de la subdirectora, Dafne Alcaraz. Los investigó a todos a fondo, pero tenían coartada en el periodo de tiempo en el que mataron a Jimena.

—A ver... Olga Lebedeva —dice en voz alta Andrés Betancourt—. La hermana adoptiva de Ana Vidal. ¿Qué piensa de ella?

—Es una chica bastante enigmática. Todo el tiempo te da la impresión de que está ocultando algo. Se puso muy nerviosa cuando la interrogamos la primera vez. Fue la que encontró el cuerpo de Jimena en el despacho.

—¿Pudo matarla y luego fingir que había encontrado el cadáver?

—Lo pensé en su momento. Además, nunca nos habló de su parentesco con la gimnasta que murió en la misma academia hace

once años, y que era muy amiga de Jimena. Ese dato lo hemos sabido más tarde.

—Obvió la información a propósito.

—Eso parece. Nos lo reconoció cuando se lo preguntamos unos días después del crimen de Sara. Justificó su «olvido» diciendo que buscaba su propia identidad en el deporte y no quería que la compararan con su hermana. Tampoco tenía ganas de volver al pasado. Sufrió mucho con la muerte de Anita.

—¿La creyó?

—Parecía sincera. Montó bastante drama en la comisaría y hasta estuvo a punto de desmayarse. Tuvimos que parar la declaración un par de veces.

—Muy exagerado, ¿no? —dice Betancourt examinando con interés las páginas del dosier en las que se explica ese episodio.

—Me dio la impresión de que no actuaba, señor, pero vaya usted a saber. Más tarde hablamos con sus padres adoptivos y certificaron lo que nos había contado. Olga era muy especial para Anita, y viceversa. Uno de los motivos por los que aceptó ir a la Dick Fosbury era para estar de algún modo más cerca de ella.

—Resulta un poco siniestro irte a vivir al lugar donde tu hermana se suicidó —comenta Betancourt, que continúa leyendo el informe del perfil de la jugadora de tenis de mesa mientras conversan—. También es curioso que con todos los deportistas jóvenes y prometedores que hay en este país, Jaramillo escogiera a un familiar directo de la gimnasta que falleció en su academia. ¿Fue como un tributo? ¿Un favor?

—Imagino que sí. Se sentiría en deuda con sus padres.

—¿Y qué motivos podría tener esa chica para asesinar a Jimena? ¿Sucedió algo negativo entre Anita y la psicóloga? ¿Habían tenido algún desencuentro en el pasado y Olga se enteró?

—No que nos conste. He estado mirando los archivos de aquel caso y no aparece ninguna información que indique que entre las dos gimnastas hubiera problemas. Al contrario, estaban muy unidas.

—Descartamos la venganza de la hermana, entonces.

—No lo sé. Puede que sí discutieran por alguna cuestión relacionada con Ana que desconozcamos y decidiera acabar con su

vida.

—No es un móvil muy sólido, inspectora.

—No, no lo es, señor juez. Por eso no hemos detenido a Olga ni está acusada —indica con calma Verónica—. Tampoco sabemos por qué querría matar a Sara. Aparentemente, se llevaban bien. Como el resto, también se encontraba en la discoteca y tuvo la oportunidad de asesinarla.

El juez suelta varios improperios en voz baja y bebe de la botella de agua. La garganta se le seca todo el rato. Aquel caso va a terminar con su salud.

—Bien. Vamos con Amanda Quintero, una de las jugadoras de vóley playa —dice Betancourt, que ya está en las páginas del dosier que hablan de ella—. Tengo en su descripción que es una chica agresiva, poco sociable, algo brusca en sus contestaciones y sin demasiada paciencia. Bonito perfil para una asesina. ¿Pudo ser ella?

—No hay pruebas.

—Ya, ya lo sé. No me lo jure, inspectora. ¿Qué podemos rascar de esta jovencita?

—Hay dos aspectos interesantes: descubrimos que tuvo una charla esa misma tarde con Jimena. Por lo que parece, fue la última persona que vio con vida a la psicóloga, si exceptuamos a su asesino, claro.

—Esa suele ser una característica de los que acaban siendo culpables. ¿El otro aspecto interesante que ha mencionado?

—Sara cayó en sus brazos cuando se desvaneció después de que la apuñalaran. Tenía sangre en las manos y en la ropa, según declararon ella misma y los demás testigos.

—Es decir, que estaba muy cerca de la víctima cuando le clavaron el cuchillo o lo que fuera y tuvo que ver a quien lo hizo. Eso si no fue ella misma la que apuñaló a Sara Alarcón —argumenta Andrés Betancourt pensativo—. ¿Quién se encontraba a su alrededor cuando la luz de la discoteca se encendió?

—Ella nos dijo que no lo recordaba. Quedó en shock. Ni siquiera se acordaba de que fueron sus gritos los que alertaron a los demás.

Es lo que se conoce como trastorno de estrés postraumático, le explica Verónica. Se produce después de que alguien viva un

acontecimiento que le impacta de manera negativa hasta tal punto que le borra de la memoria el propio hecho. Esa persona ya no será capaz de recordar ese momento e incluso los instantes previos a lo sucedido.

—El carácter agresivo de Amanda ¿nos da para pensar que pudo asesinar a dos personas?

—Es difícil determinarlo, señoría. Tampoco hemos encontrado motivos relevantes para que quisiera matar a su compañera de la academia y a la psicóloga.

—En la charla que mantuvo con Jimena Portero ese lunes por la tarde hablaron de Grecia Gómez —comenta Betancourt, que pasa varias páginas en busca del perfil de la halterófila—. La psicóloga la llamó para pedirle que no molestara más a la otra chica.

—Cierto, señor juez. Aquí existe una controversia, porque Amanda me juró en su declaración que nunca había insultado a Grecia. Que esta se lo inventaba.

—Y Grecia decía justo lo contrario: que Amanda le hacía bullying en la academia y que sufría por sus comentarios despectivos hacia su cuerpo. ¿No es así, inspectora?

—Exacto. Además, por lo que reflejaba la lista del libro de citas de Jimena, Grecia la visitaba prácticamente cada vez que iba a la academia, que eran unas tres veces por semana.

—Eso quiere decir que tenía bastantes problemas psicológicos —afirma el juez—. Insegura, melancólica, dubitativa, distraída, contemplativa... Esos son los adjetivos que la describen en el informe. Algunos de los mayores criminales de la historia tienen un perfil parecido.

—Yo no creo que Grecia sea la persona que buscamos.

—¿Por qué está tan segura, Verónica?

—Porque después de pedir la ayuda de una terapeuta y de tener la necesidad de verla tan a menudo, sería muy extraño que eliminara a la persona que se preocupaba de entender lo que le pasaba. Puede incluso, me atrevo a decir, que Grecia tuviera cierta adicción a Jimena.

—¿En qué sentido?

—Quizá hasta sintiera algo por ella —dice la inspectora Pipper sonriendo con tristeza—. Esto es solo una suposición mía. No hay nada que lo demuestre. Ni lo he incluido en el informe.

El juez anota una frase con un bolígrafo en la página donde aparece la fotografía de la halterófila. Verónica consigue leer «del amor al odio solo existe un paso» antes de que Betancourt busque a otro de los deportistas de la Dick Fosbury.

—Vamos con el asunto del famoso cinturón —comenta Andrés Betancourt—. ¿Dónde estaba Izan Cabañas en el momento en que asesinaron a Jimena Portero? Según él y su representante, Eva Ortiz, en las instalaciones de la piscina haciéndose unas fotos para las redes sociales.

—Es un influencer. Necesita continuamente contenido para Instagram y TikTok.

—Ya, ya. ¿Alguien más lo vio allí?

—No, señoría. Nadie más ha podido confirmarlo.

—Entonces, el escalador pudo realizar esa sesión con su agente, darse un baño y posteriormente ir al edificio C y asesinar a la psicóloga con su propio cinturón. ¿Motivo?

—Ninguno que hayamos podido encontrar —contesta Verónica, que escucha como alguien le envía varios wasaps. Es una de sus hijas. Ni siquiera los lee y pone el móvil en silencio—. Es un tipo listo.

—¡Y tanto! Buena pasta se habrá llevado por la entrevista del viernes. No le ha importado lo más mínimo que el caso no esté cerrado ni tampoco haber vuelto a colocarlo entre los asuntos más comentados en las redes sociales. Por su culpa, nos han llamado todo tipo de cosas este fin de semana en X. ¿Está claro que el cinturón ese de la cobra es lo que utilizaron para asfixiar a Jimena?

—Yo diría que sí, señor. Aunque no haya restos de ADN de ella. Lo encontramos en el margen del lago artificial de la academia. Estaba mojado. El agua había borrado todas las huellas, pero encaja perfectamente con lo que debió de usar el asesino para ahorcar a la psicóloga. Imagino que se deshizo de él tras el crimen, lanzándolo al lago, y de alguna forma llegó hasta la orilla. De lo contrario no tiene

sentido que estuviese ahí tirado. Les pregunté a mis hijas por la marca y es muy caro.

—Cabañas se podrá comprar mil como ese ahora —dice con fastidio Andrés Betancourt—. ¿Tenía algo en contra de Sara?

—No. Sara se llevaba bien con todo el mundo.

—En el informe leí que alguien dijo que la vio discutir esa noche con Aníbal Soler, uno de los jugadores de bádminton. ¿Estaban liados y se les fue de las manos alguna de esas peleíllas de enamorados?

A Verónica no le gusta que el juez frivolice con aquel asunto. Si ese fuese el motivo del asesinato de Sara estarían hablando de violencia de género y de un crimen machista. No es un tema para hacer bromas.

—No hay constancia de que fuesen pareja, señor. Quien presenció esa discusión el jueves por la noche entre los dos jugadores de bádminton fue Susana Cardoso, una de las tres esgrimistas del centro.

—Es verdad. Me pierdo con tanta gente. No suele haber muchos casos de asesinato al año en Madrid y menos con un número tan grande de sospechosos.

—Yo es el séptimo que llevo en toda mi carrera como policía nacional. El segundo desde que soy inspectora —comenta Verónica Pipper—. Espero que sea el último.

—No sea ilusa. Es usted muy joven. No será el último, se lo aseguro, pero ahora lo importante es que resolvamos este. Volvamos un segundo al tema del cinturón. ¿Por qué no nos dimos cuenta de que Loreto Jerez también lo había usado? Al menos se lo puso una vez.

—Estoy de acuerdo con usted. Deberíamos haber dado con esa foto antes.

—Ahora esa imagen está por todas partes. ¿Ya ha visto que Loreto e Izan son novios?

—Sí, señor. Me lo han comentado mis hijas, que son muy fans. Empezaron a salir hacia enero, después de que cerrase la academia. Ambos entrenan juntos ahora en Pamplona.

—¿Y si los dos escaladores estaban compinchados en el doble asesinato? —pregunta Betancourt haciendo énfasis en sus palabras —. El crimen une muchísimo.

—No hay pruebas de eso, señoría.

—No hay pruebas, no hay pruebas. No lo repita más veces. ¡No hay una puta prueba de nada! —exclama el juez golpeando la mesa con las palmas de las manos—. Hay un puto chaval que nos está jodiendo y ha actuado como si fuera un sicario profesional. Ha matado a dos personas y no ha dejado ni una jodida huella. ¿Esto qué es? ¡En veinticuatro años que llevo de profesión no he visto nada igual! Necesito un receso.

—¿No quiere que sigamos hablando del caso, señor?

—Más tarde, inspectora —dice suspirando Andrés Betancourt, que se limpia el sudor de la frente con un pañuelo de tela que saca del bolsillo y se acaba el agua de la botella—. No, espere. Se me ha ocurrido algo. Vamos a hacer una cosa y usted será la encargada de llevarlo a cabo.

El hombre se pone de pie, con el dosier bajo el brazo, y se coloca al lado de Verónica, que lo contempla atónita y expectante.

—¿Qué necesita que haga, señoría?

—Va a ponerse en contacto con todos los chicos y les pedirá, uno por uno, que estén en Madrid el jueves por la mañana. Me da lo mismo si tienen competiciones, entrenamientos, bolos en una discoteca o la boda de un primo. Quiero que se encargue usted personalmente de hablar con ellos y traérmelos.

—¿Eso entra dentro de la legalidad y de su jurisprudencia?

—Por supuesto. Y usted va a estar presente en sus declaraciones porque yo lo digo. Quiero apretarles las clavijas a esos chavales del demonio y averiguar de una vez por todas quién es el asesino de la Dick Fosbury. Luego, si se tercia, ya negociaré con sus abogados. Póngase ahora mismo con esto, Verónica. No hay un segundo que perder.

CAPÍTULO 46

IZAN

Pamplona, martes, 16 de septiembre de 2025

Los últimos días no están siendo fáciles para él. La repercusión de la entrevista en el programa *¿Viernes o vas?* ha sido tan grande que sus redes sociales se han llenado de comentarios de todo tipo. También han aparecido artículos en la prensa sobre el tema y de nuevo se ha activado el interés por los crímenes de la Dick Fosbury. Era previsible. No esperaba otra cosa. Ahora tiene sesenta mil euros más en el banco, pero ha vuelto al primer plano de la actualidad, como hace diez meses, y no porque haya conseguido ninguna victoria importante. Mucha gente sigue pensando que es el culpable. Le enfada un poco, aunque lo que de verdad le molesta es haber arrastrado a Loreto al barrizal de las opiniones de X. Incluso en el perfil de Instagram de su novia ha entrado gente a acusarla de los asesinatos de Jimena y Sara. La culpa es de la foto con el cinturón verde de la cobra.

—¿Por qué no pediste que cortaran esta parte de la entrevista? —se quejó Loreto en cuanto apareció en pantalla la imagen en la que salía con su exnovia y sus amigos. Estaban en casa de Izan, donde habían quedado el viernes por la noche para ver el programa juntos.

—¿Crees que no lo intenté? Eva se lo pidió, pero no nos hicieron caso.

—Esto me va a hacer mucho daño, Izan.

—Ya te avisé de que Cata González me había preguntado por esa foto. Tal vez tendría que haber parado la entrevista, como hice cuando mencionaron los amaños de las apuestas de Chema, pero en ese momento no supe reaccionar. No me lo esperaba.

En cuanto acabó la grabación, Izan llamó a Loreto para explicarle cómo había ido y le contó que la periodista había sacado una imagen de Instagram en la que salía ella con el cinturón con el que, presuntamente, habían asesinado a Jimena. La chica le dijo que se lo encontró en la biblioteca y le pegaba tanto con lo que se iba a poner esa noche que lo tomó prestado. Sabía que era de él, pero se le olvidó comentárselo. Izan, entonces, recordó que lo había usado para una sesión de fotos con los libros de fondo y que se había cambiado de ropa varias veces en esa habitación. Se lo debió de dejar allí y no se dio cuenta. Algún día perderá la cabeza y no se enterará.

—Pensarán que yo soy la asesina —dijo la chica, muy preocupada, mientras continuaban viendo la entrevista, a pesar de que ya no le prestaba la misma atención—. Yo no sé nada de ese cinturón desde el día siguiente a cuando me lo puse. Te lo llevé al gimnasio para devolvértelo, pero no fuiste a entrenar esa mañana. Lo dejé encima de una de las banquetas, pero cuando fui a por él, al terminar el entrenamiento, ya no estaba. No le di importancia hasta que me enteré de que podría ser el cinturón con el que asesinaron a Jimena. No le conté nada a la policía por miedo a que me acusaran de matarla.

—Me lo podrías haber dicho a mí.

—Quizá es lo que tendría que haber hecho, pero me daba miedo que tú también lo creyeras —argumenta Loreto, a la que nota muy nerviosa—. Tú no piensas que yo sea una asesina, ¿verdad?

Ni siquiera había acabado la entrevista cuando en internet la foto ya se había hecho viral. Habían pasado unos días y seguían recordándole a Loreto que poco antes de que asesinaran a la psicóloga ella tenía aquel cinturón.

Izan no sabe qué pensar. Confía plenamente en su pareja y está convencido de que no le ha mentido, pero es raro lo que le contó. Según Loreto, el cinturón desapareció en el gimnasio cuando iba a

devolvérselo. Eso significa que quien se lo llevó tiene muchas posibilidades de ser el asesino de Jimena Portero y de Sara.

—¿A qué hora nos vamos mañana? —le pregunta la chica, al acabar de entrenar ese martes.

—Salimos en el Alvia de las once y veinte.

—Por lo menos no tenemos que madrugar.

A Izan eso le da lo mismo. Lo que le fastidia es perderse entrenamientos, ahora que ha vuelto a sentirse bien después de la última lesión. Necesita pasar muchas horas subido a la pared para intentar recuperar la forma cuanto antes. Pero él se lo ha buscado. La entrevista que hizo el viernes seguro que ha sido clave para que la policía y el juez quieran hablar con él en Madrid. Cuando ayer vio el número de la inspectora Pipper se sobresaltó. Pensaba que Verónica le iba a echar la bronca por algo de lo que dijo en la charla con Cata González. Sin embargo, la mujer lo tranquilizó explicándole que el juez Andrés Betancourt quería hablar con los catorce deportistas de la Dick Fosbury para tratar de encontrar algo que pudiera ayudar a resolver el caso. La investigación continuaba abierta. Fue muy amable con él. Después llamó a su novia y le dijo exactamente lo mismo.

—Tengo miedo, Izan.

—¿Miedo de qué?

—No lo sé —responde Loreto, que apoya la cabeza en el hombro del chico—. Madrid no me trae buenos recuerdos. No sé qué pensarán de mí los demás.

—¿Y eso qué importa?

—Cariño, yo era lesbiana hasta hace nada. Ahora mi novio es el tío más deseado de la academia. Te recuerdo que te liaste con Alejandra y con Nerea y que Susana también lo intentó contigo. Me odiarán.

—No entiendo por qué te deberían odiar. Eso no tiene sentido.

Por lo que ha visto en redes sociales, Alejandra está con Rubén. La historia que vivió con ella en la Dick Fosbury fue extraña. Jamás tuvieron sexo, aunque se enrollaron varias veces. La atracción entre los dos era evidente, pero no llegó a nada más. No sintió amor por la esgrimista valenciana en ningún momento. En cambio, Nerea le

había gustado de otra manera desde que la vio por primera vez. Fue un flechazo. Si hubiesen seguido en Madrid, es muy probable que la relación se hubiera consolidado. Después de aquella noche, todo resultó muy confuso. Enseguida separaron sus caminos y él regresó a su ciudad natal. La distancia fue un gran obstáculo. Más tarde, Loreto le confesó que estaba enamorada. Su mejor amiga se convirtió en la persona a la que amar. No puede garantizar que aquello dure para siempre, aunque está muy a gusto a su lado.

—¿A ti no te pone nervioso tener que volver a declarar?

—No es la ilusión de mi vida, pero hay cosas peores —responde Izan mientras guarda el material de entrenamiento para marcharse del rocódromo—. Te recuerdo que me retuvieron un montón de horas en la comisaría de Moncloa.

—Me muero si me pasa.

—Sobrevivirás, aunque no creo que eso ocurra.

—¿Y si me niego a hablar con el juez?

—Eso es una tontería. ¿Por qué ibas a negarte?

—No me apetece hablar otra vez del tema. Es una mierda, Izan. Cuando estuve con la inspectora Pipper, me sentía juzgada todo el rato. Ahora, después de lo de la foto, todavía será peor. El juez Betancourt me impone muchísimo.

—Debes estar tranquila. Tú no tienes nada que ocultar.

Loreto se pone de pie y ayuda a Izan a recoger. Nota a su novia muy agobiada desde el viernes. Es normal, porque la presión a la que se ha visto sometida es muy grande. No está acostumbrada a recibir comentarios negativos ni a sufrir el *hate* de la gente. Las fans de ambos la quieren mucho. La recibieron muy bien cuando revelaron que tenían una relación, aunque ni él ni Loreto han abusado de ese contenido en las redes. Una sesión de fotos bonitas en pareja, alguna frase romanticona y poco más. Hasta habían rechazado hacer campañas publicitarias juntos.

—¿Quieres cenar hoy en mi casa? —le pregunta el chico cuando salen del rocódromo.

Se dirigen hacia el aparcamiento donde ha dejado la moto. Ese verano se compró una Kawasaki Ninja de color verde, de la que llevaba un tiempo encaprichado, y ahora se desplaza por la ciudad

en ella. A su novia también le gusta ir sobre dos ruedas y alguna vez hasta le ha dejado que la conduzca.

—Hoy no, gracias. Me apetece ir a dormir pronto. Estoy saturada y me duele la cabeza.

—Esto no te puede afectar tanto, Loreto. Todo saldrá bien.

—¿Cómo lo sabes, Izan? ¿Y si me retienen como hicieron contigo? ¿Y si piensan que yo he tenido algo que ver con esos horribles crímenes? Estaba en la discoteca esa noche, al lado de Sara, cuando la mataron. Pude ser yo la asesina. Encima, ahora sale lo de esa puta foto con el cinturón de las narices. Entendería que la policía y el juez creyeran que soy yo la culpable, porque alguien tiene que serlo. ¿Por qué no yo?

—Porque tú no has hecho nada.

—Después de que hayan reactivado la investigación alguien tendrá que caer pronto.

—Lo siento. No debería haber dado esa entrevista. Me siento responsable.

—Ya da lo mismo. Tarde o temprano necesitarán una persona a la que detener porque la presión mediática y popular se hará cada vez mayor si no encuentran al culpable.

—Hay que tener esperanzas en la justicia. Confiemos en Pipper y en Betancourt. Vamos, no le des más vueltas —dice Izan, que se sube a la moto y se pone el casco.

Loreto se coloca el suyo y se monta detrás. Se abraza con fuerza a su cintura y pega la cabeza a su espalda. Es verdad que no se siente bien por todo lo que ha provocado la charla con Cata González. Tal vez los que fueron sus compañeros en la academia están enfadados con él. Nadie ha puesto nada en el grupo de WhatsApp, en el que entró el viernes por la noche después de mucho tiempo. Ninguno le ha escrito para decirle que vio la entrevista. Esa no es la mejor señal. Tampoco es que le importe demasiado que alguno de ellos esté cabreado, pero no ha querido perjudicar a nadie. Solo contar su verdad y ganar un dinero fácil. Cualquiera en su lugar habría hecho lo mismo.

Izan deja a Loreto en el portal del edificio donde vive y se despide de ella hasta la mañana siguiente. Quedan a las once en la estación

de trenes de Iruña para viajar a Madrid. Se sube de nuevo en la moto, pero no se dirige a casa. Aunque se está haciendo de noche, le apetece subir al Alto del Perdón. En la carretera, intenta no pensar. Quiere disfrutar de la sensación del viento golpeándole en el casco y de la adrenalina que le proporcionan las sinuosas curvas de esa sierra en la que suele haber peregrinos que hacen el Camino de Santiago. No consigue aislarse esta vez. Le vienen a la cabeza los gritos de Amanda y Sara tumbada en el suelo, escupiendo sangre a sus pies. La chica apenas tardó un par de minutos en morir. Sus compañeros y los profesores que estaban en El Escenario se agruparon a su alrededor. Hubo varios que no querían ni mirar. Recuerda la expresión de horror de Alejandra y de Loreto. También Nerea se puso fatal. Algunos tuvieron que salir de la discoteca superados por los nervios y la ansiedad. Paz Bernal, la fisioterapeuta, trató de que imperara la calma, pero era imposible estar tranquilo en ese momento. El regreso a la academia fue peor que un funeral. En el taxi de Izan iban las dos jugadoras de vóley playa y Loreto. Nadie habló en todo el camino. Solo se oyeron sollozos hasta que llegaron al centro.

—Chicos, tengo una mala noticia —les anunció Alfonso Jaramillo al día siguiente, antes de la hora de comer—. Me acaban de comunicar desde Estados Unidos que han recibido la orden de cerrar inmediatamente la Dick Fosbury. Ellos están de acuerdo con esta decisión y no se han opuesto. Así que hoy ya no podréis pasar la noche en la academia. He conseguido que os faciliten alojamiento en un hotel cerca de aquí para los próximos tres o cuatro días. Id a administración para gestionarlo. También os sacaremos los billetes de vuelta a vuestras casas en avión o en tren, lo que prefiráis, para cuando queráis regresar. Yo os pediría que os quedéis en Madrid hasta el lunes por si la policía necesita hablar con vosotros, que será lo normal. Creo que va a ser un fin de semana largo y movido. Siento las molestias, no he podido hacer más. No tengo palabras para expresar lo mal que estoy y lo difícil que es para mí este momento.

Izan aparca la moto en el Alto del Perdón. Se quita el casco y camina hasta la vereda. Admira el paisaje que se extiende desde la

colina. Pamplona ya está completamente iluminada. Se da cuenta de que ama su ciudad, pero que echa de menos la Dick Fosbury y el nivel al que se entrenaba allí. Sin embargo, pese al rumor del que le habló Cata González, será muy difícil que abra de nuevo. Nunca dispondrá de unas instalaciones tan increíbles como las que tuvo en la academia. Eso le duele. Significa que conseguir ser el mejor escalador del mundo y poder ir a unos Juegos Olímpicos con los medios con los que cuenta ahora sería un milagro.

Está a punto de subirse otra vez a la moto cuando suena el móvil. Se lleva una sorpresa y al mismo tiempo una alegría cuando ve quién lo llama. ¡Es Dafne, la subdirectora de la academia!

—¡Hola! ¿Qué tal?

—¡Hola, Izan! ¿Cómo estás? —dice la mujer, con tono alegre. No había hablado con ella desde que se fue de Madrid.

—¡No esperaba que me llamaras! Ha pasado mucho tiempo.

—Demasiado. Todavía ando recuperándome de lo que vivimos hace unos meses.

Dafne le cuenta que ha dedicado aquel tiempo a viajar y conocer mundo con su pareja. Se ha gastado parte de sus ahorros y ahora está buscando trabajo, a la espera de ver lo que sucede con la academia.

—Izan, te llamaba porque sé que vendrás a Madrid —comenta la mujer, después de decirle que ha estado siguiendo sus pasos en lo deportivo y sus publicaciones en las redes sociales—. Bueno, todos vendréis. Me ha avisado Verónica Pipper, con la que tengo muy buena relación.

—Sí, es cierto. Llego con Loreto mañana a mediodía.

—Genial. Me viene perfecto para lo que voy a pedirte.

—¿De qué se trata? —pregunta Izan, que se muere de curiosidad.

—Verás, Alfonso no está bien. Que hayan cerrado la academia por segunda vez ha sido un golpe durísimo para él. Tiene depresión y casi ni sale de su casa. Entonces se me ha ocurrido que, como todos vais a estar en Madrid estos días, le demos una sorpresa —dice Dafne, que parece emocionada—. Ya he hablado con las de esgrima, con Rubén, con Olga y con Grecia, y todos me han dicho que cuente con ellos. También vendrán algunos de los entrenadores, los

conserjes y el cuerpo médico. Hemos quedado mañana a las ocho de la tarde en las puertas de la Dick Fosbury. Él no sabe nada. Lo llevaré engañado. ¿Qué te parece?

—En principio, cuenta con Loreto y conmigo. ¿Podremos entrar en la academia?

—Lo estoy intentando, aunque sean diez minutos. En cualquier caso, lo importante es que el director vea que seguís apoyando el proyecto y le digáis lo agradecidos que estáis por la oportunidad que os dio; que sienta vuestro aliento y no se rinda ahora. Porque ha estado varias veces a punto de tirar la toalla y he llegado a temer por su vida.

CAPÍTULO 47

ALEJANDRA

Madrid, miércoles, 17 de septiembre de 2025

El AVE llega a Chamartín con veintisiete minutos de retraso. Con treinta les hubieran devuelto la mitad del importe de los billetes, pero da la impresión de que lo tienen todo calculado para que esas demoras no le cuesten dinero a Renfe. Alejandra y Susana caminan juntas por la estación, que ahora se ha convertido en un laberinto interminable por las obras. Cada una lleva una maleta pequeña porque no piensan estar muchos días. Se alojarán en casa de una amiga de la salmantina, que vive sola en el barrio de Malasaña. A ambas les gusta esa zona de Madrid, aunque no han ido a la capital para salir de fiesta ni irse de tiendas por el centro. Rubén les propuso que se quedaran en su casa de Brunete, pero las chicas prefirieron no incomodar a sus padres. No saben cuándo van a entrar y salir. La inspectora Pipper las llamó para que mañana acudan a una cita obligatoria con el juez Betancourt, en la que ella también estará presente. Sin embargo, esa tarde les ha surgido un plan que no podían rechazar. Irán a la academia a darle una sorpresa al director y a reencontrarse con sus compañeros y con la gente que trabajaba en la Dick Fosbury.

—No veo a Nieves —comenta Susana cuando salen de la estación —. Mándale un wasap y ponle que ya estamos fuera. En lo de los taxis.

—No hace falta, por allí viene —dice Alejandra señalando a una chica vestida con un chándal amarillo a lo *Kill Bill*—. Cualquiera diría que es canaria.

—Hay que tener cuidado, no vaya a sacarnos una catana.

Las dos ríen hasta que su amiga llega hasta ellas y las abraza. Aunque se han visto mucho en los diferentes torneos en los que han participado ese año, no coincidían desde hace casi tres meses, justo antes del verano.

—¿Cogemos un taxi para ir a comer? He hecho reserva en el VIPS de Alcalá —propone Alejandra, que mira hacia la larga fila que hay en la parada—. Las maletas son pequeñas, podemos ir con ellas para no dar muchas vueltas.

—No hace falta, mi niña. Tengo coche.

—¿Tú? ¿Cuándo te has sacado el carnet? —pregunta Susana atónita.

—No me lo he sacado, tonta. Es mi novio el que nos llevará. Lo he fichado para que hoy nos haga de chófer. Venid, que os lo presento.

Christian es un triatleta que Nieves ha conocido en el CAR y con el que lleva saliendo desde hace un par de meses. Se fueron juntos de vacaciones a Marbella y no han hablado de su relación todavía en las redes sociales. A Alejandra le parece que está buenísimo y que su amiga ha tenido un gusto excelente. Por la reacción de la salmantina al verlo cree que piensa igual.

—¿Cómo te sigue yendo en la Blume y en el centro de alto rendimiento? —pregunta la sablista de Valencia, que se ha sentado con Susana en la parte de atrás del Renault de Christian.

—Muy bien. Acabo de regresar de Tenerife, donde he pasado unos días con mi familia. Empecé los entrenamientos la semana pasada. No es fácil ponerse en marcha.

Aunque mantienen el contacto a través de WhatsApp, e incluso Nieves tiene previsto pasar algunos días en Valencia para entrenar con ellas, ya no hablan tanto como antes. Desde el último torneo en el que compitieron, la canaria se ha ido distanciando un poco más de las otras dos. Susana le ha comentado varias veces a Alejandra que piensa que eso se debe a que ella siempre le gana y eso cabrea a la tinerfeña. Es como si quisiese guardar ciertas distancias con su rival más fuerte. Además, ahora no forman parte ni del mismo centro.

—¿Qué os parece todo esto? —les pregunta Nieves, que se gira hacia ellas desde el asiento del copiloto—. Cuando me llamó Verónica pensé que habían encontrado algo en contra de mí y por eso querían verme. Menuda película me monté hasta que vosotras me dijisteis que mañana también iríais a ver al juez.

—La entrevista de Izan ha movido otra vez el avispero. Estaban demasiado tranquilos y se han dado cuenta de lo enfadada que está la gente y lo pesados que pueden ser los medios de comunicación con este tema —opina Susana.

—¿Tendrán ya a algún sospechoso en firme?

—Si nos han mandado venir a todos los que estábamos en la Dick Fosbury es porque siguen muy perdidos. Han pasado diez meses nada menos, hermana. El asesino ha sido más listo que la policía.

—No tiene que ser sencillo acusar a alguien de dos crímenes.

—¿En la época de las tecnologías, el ADN, las triangulaciones telefónicas y la criminalística avanzada? O el que lo hizo es superinteligente o los que investigan no están haciendo bien su trabajo.

Alejandra escucha a Nieves y a Susana y le parece como si el tiempo se hubiera detenido. Es una charla como las que solían tener en la sala de esgrima, en el vestuario o en el comedor de la academia. Han cambiado algunas cosas, pero no dejan de ser dos personas con las que ha compartido experiencias que las marcarán para siempre.

—Yo estoy con Susana —dice Christian, que interviene por primera vez desde que lo han presentado—. No me quiero meter donde no me llaman, pero es muy raro que todavía no hayan descubierto al asesino de esas chicas y ni siquiera hayan detenido a nadie.

—¿Has seguido el caso? —le pregunta ella, que le da un codazo a Alejandra y después le guiña un ojo.

—¿Estás de broma? Está obsesionado —se anticipa a responder Nieves—. Creo que se conoce los detalles mejor que yo. La primera vez que hablamos me preguntó si yo era muy amiga de Sara y si había tenido alguna sesión con Jimena. ¡Yo que creía que me iba a proponer ir a tomar una cerveza!

—Fue lo que hice.

—Sí, porque te prometí que te contaría todo lo que sabía sentados en una terraza, mi niño.

Susana y Alejandra se miran y se ríen. La esgrimista de Guijuelo le comenta en voz baja que mire el móvil. Le ha escrito un wasap mientras van en el coche.

> Está tremendo el triatleta.
> Además, es simpático y no es nada tonto. Seguro que hasta la tiene grande.
> A Nieves solo le falta ganarte alguna vez para alcanzar la felicidad completa.

A Alejandra se le escapa una carcajada, que hace que la pareja se calle y la mire sin entender qué le pasa. Susana, en cambio, se contagia de su amiga y ya no paran de reír hasta que llegan al parking de la calle Alcalá donde dejan el coche.

La comida transcurre entre sándwiches, hamburguesas y batallitas de los meses que estuvieron juntas en la academia. Alejandra se lo está pasando bien, aunque echa de menos a Rubén y le habría gustado que se hubiese unido a ellos. Su novio le ha dicho que había quedado para entrenar con un jugador chino que estaba de visita en Madrid y no podía dejar pasar esa oportunidad. La verá por la tarde en la Casa de Campo. Les ha hablado a sus amigas de su relación y han flipado con que ya lleven tanto tiempo.

—Si te soy sincera, yo no apostaba por lo vuestro ni un euro —comenta Susana, después de quejarse de que ha comido demasiado —. Yo no te *shippeaba* con él.

—¿No? Pues es muy mono y muy buena gente.

—Ya, por eso. A ti te pega otro tipo de tío. Como más malote.

—Como Izan, vamos —añade Nieves riéndose—. Las dos pensábamos que acabaríais juntos. Erais tal para cual.

—Es verdad, hermana. Cuando yo le tiré ficha y pasó de mí, creía que era porque se había pillado de ti, Ale. ¿Por qué no cuajó aquello? ¿Llegasteis a follar?

—¡Tía, no seas bruta! —exclama la valenciana, que de repente siente que todo el mundo las está mirando—. No salió y ya está. Él prefirió a otra.

—A otra y luego a otra más —comenta Susana, que se come la última patata frita del plato—. Saliste ganando, cariño. Fíjate, lo dejaste tan tocado que ha terminado con una lesbiana.

—¡Susana, por favor!

Hasta Christian se parte de risa con el comentario de la sablista salmantina. Alejandra, en cambio, se ha puesto roja y se esconde detrás de una servilleta. Su amiga la abraza y le da un beso en la mejilla. Debe reconocer que sus ocurrencias son muy ingeniosas, aunque a veces resulta pesada.

—Bueno, cambiando de tema, Christian, tú, que eres fan de los crímenes de la Dick Fosbury, ¿quién crees que es el asesino? —le pregunta Susana al novio de Nieves—. ¿Alguna de nosotras tres?

—A mí no me mires —responde la canaria echándose hacia atrás —. Yo soy inocente.

—Yo tampoco hice nada —dice Alejandra muy seria.

—¿Quieres que te dé mi opinión? —pregunta el chico, que parece interesado.

—Claro. Será interesante escuchar la teoría de un experto.

Alejandra también tiene curiosidad por saber cómo se ve desde fuera lo que sucedió el año pasado en la academia. Ellas estuvieron allí y han intercambiado opiniones muchas veces de lo que piensan que ocurrió. Susana mantiene que Aníbal es su candidato principal y Nieves habló en varias ocasiones de que no se acababa de fiar de Grecia. A ella los taekwondistas nunca le dieron buena espina, pero desde que Rubén le enseñó la fotografía de Loreto con el cinturón de la cobra también ha empezado a sospechar de ella. De todas maneras, ninguna de aquellas hipótesis estaban fundamentadas en nada probado.

—Creo que ninguno de los deportistas de la Dick Fosbury es el asesino —dice Christian, que le coge la mano a su novia—. Mis sospechas van por otro lado.

—Da nombres —le aprieta Susana para que comparta con ellas su opinión.

—Por lo que Nieves me ha contado, creo que uno de los entrenadores que estuvo en la discoteca aquella noche puede ser el asesino. Si fuera la policía me hubiera centrado más en ellos que en vosotros.

—¿Por qué?

—Porque ¿qué hacían ellos allí? —le responde Christian a Alejandra—. No creo que fuese casualidad. La persona que mató a vuestra compañera arriesgó mucho. Alguien pudo verle, pero iba con la intención de matar a esa chica desde antes de entrar en el local.

—¿Cómo sabes eso? —pregunta de nuevo la esgrimista valenciana.

—Llevaba un arma. No fue improvisado. Sabía que iba a encontrarse con Sara esa noche y que tendría una oportunidad para asesinarla. A mi entender, todo estaba planeado de antemano. Aprovechó el humo y la oscuridad para llevar a cabo su estrategia y no ser descubierto. Y, sí, eso también pudo hacerlo uno de vosotros, pero es muy sospechoso que los entrenadores aparecieran en El Escenario, como si el azar los hubiera llevado hasta allí.

Alejandra se queda pensando en lo que Christian ha deducido. Susana también parece que está reflexionando sobre la teoría del triatleta.

—Ya os he dicho que está obsesionado con el tema —dice Nieves, que le da un beso en los labios a su novio—. Así que, según la teoría de Chris, hay cinco sospechosos: Ester, Claudia, Urko, Kike y Tony Roselló. Y no nos olvidemos de Paz Bernal, la fisio, que también fue con ellos a El Escenario. Seis, en total. Todos estaban en la pista de baile cuando asesinaron a Sara.

—Además, según me has contado, los entrenadores no aguantaban a Jimena Portero, con la que estaban en desacuerdo por sus métodos, ¿no?

—Sí, eso es verdad —responde Susana.

—Yo no veo a Ester o a Claudia matando a alguien. Nuestra maestra es un cielo. Las descartaría por completo.

—Hay gente que sabe esconder muy bien su maldad interior —le advierte el chico a Alejandra—. No te fíes de las apariencias. El odio, los celos o la envidia pueden llevar a una buena persona a

comportarse como el peor de los seres humanos. No sería la primera vez que pasa. Hasta el ángel más tranquilo puede convertirse en el mismísimo demonio.

CAPÍTULO 48

MARCUS

Moratalaz (Madrid), miércoles, 17 de septiembre de 2025

—No estás en forma, Marcus. Tendrías que haber llegado sin problemas a ese volante. No era muy difícil.

El chico resopla con fastidio. Recoge la pluma con la raqueta y se la lanza a su padre para que saque. Está muy exigente con él. No solo en el bádminton, también en otras cuestiones como la alimentación o el trabajo. Desde que regresó ha estado ayudando a sus padres en la tienda de ropa de Moratalaz. A veces se queda hasta las tantas ordenándolo todo y haciendo la caja. No es lo que tenía planeado para su futuro, pero es lo que le toca.

—Debes intentar acercarte más a la red. Te quedas muy atrás y lo que tienes que hacer es dar un par de pasos hacia delante y anticiparte al movimiento del contrario.

—Ayer me dijiste que me alejara todo lo que pudiera para tener mejor perspectiva del juego. ¿Qué hago entonces?

La cara de su padre no indica nada positivo. No le gusta que le lleven la contraria. Se enfada con demasiada facilidad. A Marcus le encantaría disponer de un entrenador profesional y volver a los torneos con la garantía de que va a hacerlo bien, aunque de momento debe conformarse con practicar con él en el gimnasio del pueblo. Ha perdido casi un año, ya que su cabeza no estaba en condiciones de competir al máximo nivel. A la muerte de Sara y el

cierre de la Dick Fosbury se sumó la ruptura con Olga. Fue la peor semana de su vida.

—Esto ya no tiene solución, Marcus —le dijo la chica en su habitación, aquel domingo de noviembre, mientras hacía la maleta para regresar a casa—. No puedo seguir con lo nuestro.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿He hecho algo mal?

—No, tú eres muy bueno. Demasiado bueno para mí.

Olga le explicó que no quería hacerle sufrir. Llevaba un tiempo mal, y con todo lo que había sucedido en la academia no se encontraba con fuerzas para entregarse al cien por cien en una pareja, como él se merecía. Además, había otra cuestión que necesitaba confesarle.

—Tengo que reconocer que cuando entré en la academia el que me gustó fue Aníbal, pero él no se fijaba en mí. Llegué a obsesionarme un poco con él. Se lo conté a Jimena y me dijo que no me volviera loca por un tío. Era más un consejo de la amiga de mi hermana que de una psicóloga. Me ayudó bastante a superarlo. El lunes, cuando fui a verla y me la encontré muerta en su despacho, le iba a pedir cita para hablar, precisamente, de ese tema.

—¿Qué te pasaba?

—Un bajón. Volvía a sentirme mal cuando lo veía por la academia.

—¿Estás enamorada de Aníbal?

—No, ya no. Ahora el que me gustas eres tú. Me has demostrado en esta última semana que eres un tío muy interesante y capaz de darme lo que necesito. Sin embargo, hemos empezado en el peor momento. No te imaginas cuánto lo siento, Marcus. Quién sabe si en un futuro tendremos otra oportunidad.

A pesar de que intentó convencer a Olga de que la relación podía funcionar y de que le confesó que él nunca había sentido nada así por alguien, la chica lo tenía muy claro. Aquel día fue el último que se vieron. Fue un punto final muy triste. Marcus decidió desconectar de todo lo relacionado con la Dick Fosbury y volver a Moratalaz con sus padres. Estuvo varios meses alejado de las pistas y se borró de

los campeonatos en los que se había inscrito. Por primera vez en su vida no le apetecía jugar al bádminton. Hace unas semanas, su padre lo obligó a acompañarlo al gimnasio para que empezara a entrenar otra vez. Él mismo se encargaría de su preparación.

—Te veo desfondado, hijo. ¿Paramos un poco?

—Sí, dame diez minutos.

Hace unos meses le habría contestado que no necesitaba descansar. Sin embargo, ahora, en cuanto está un rato en la pista, nota que le falta el aire. Es consciente de que no tiene la preparación física de antes. Eso supone que su juego defensivo se resienta. Aquel era su punto fuerte. El arma con la que desesperaba a los rivales. Ya no es competitivo y cualquiera podría ganarle. Hace unos días disputó un partido amistoso con un compañero del gimnasio al que siempre había vencido de paliza. Esta vez también ganó, pero le costó muchísimo derrotarlo y falló golpes que jamás había errado. Si se enfrentara a Aníbal o a cualquiera de los jugadores de la élite del circuito lo destrozarían. Lo que más le preocupa es que es muy probable que jamás recupere el nivel que alcanzó en la Dick Fosbury. Es la crueldad del deporte. Si pierdes el tren, luego es muy difícil subirse otra vez.

—No te preocupes, Marcus. Eres bueno —le dice su padre, que se sienta a su lado.

—Ya no. Estoy muy bajo de forma. He perdido agilidad y rapidez.

—Porque has estado mucho tiempo parado, pero tienes un don para el bádminton. Lo sé, y tu madre, que era una campeona, también. Solo hay que intentar recuperar sensaciones y tono físico. Lo conseguirás en unas cuantas semanas y volverás a ser de los mejores jugadores de tu quinta.

El chico le agradece los ánimos a su padre. No es algo muy habitual que aquel hombre trate de hacerle sentir mejor. Ni él ni su madre suelen ser muy expresivos. Tampoco demuestran sus sentimientos y le enseñaron que no debe hundirse ante las dificultades. La debilidad es uno de los mayores pecados que puede cometer una persona. Se enfadaron cuando la academia cerró las puertas. No lo comprendían, a pesar de las dos muertes. A él ni se le

pasó por la cabeza contarles lo de Olga, su verdadera y gran debilidad.

—Mañana te acompañaré a Madrid —anuncia el hombre, que le pasa a su hijo el volante con el que están jugando—. ¿A qué hora hay que estar?

—Prefiero ir yo solo, papá.

—No. Quiero estar presente. No me gusta esa gente. Son capaces de acusarte a ti solo porque eres de origen asiático.

—Eso no va a ser así.

—Claro que es así, Marcus. Si no se sabe quién es el culpable y hay un chino de por medio, el culpable es el chino. Lo he vivido muchas veces.

El chico no está de acuerdo con su padre. Es verdad que todavía existe racismo y algunas veces se ha tenido que enfrentar a situaciones incómodas, pero la mayoría de las personas son amables con él y no dan importancia a sus orígenes. Ya conoce tanto al juez Betancourt como a la inspectora Pipper y no tiene dudas de que ambos lo tratarán igual que a los demás.

—Venga, se acabó el descanso. A trabajar, muchacho.

—¿Cuánto rato más vamos a estar?

—Lo que haga falta, Marcus. La disciplina y el esfuerzo son lo único que te dará resultados, y necesitas mucho de ambas cosas.

El entrenamiento de la mañana del miércoles se alarga hasta casi las dos de la tarde. El joven acaba exhausto. Su padre no ha tenido piedad y le ha forzado al máximo. Marcus no ha podido parar ni un momento y pensaba que iba a desfallecer cada vez que le pedía más intensidad. No han seguido un orden diseñado con antelación en el entreno ni se han basado en ningún programa. Han estado improvisando ejercicios tanto de ataque como de defensa hasta que Marcus ya no ha podido más.

—Yo voy a ir a recoger en el coche a tu madre a la tienda —le dice su padre, que se lleva la bolsa de deporte en la que van las raquetas y las plumas—. Tú vete solo a casa y ve preparando la cena.

—¿Andando? Hay más de dos kilómetros.

—Así sueltas los músculos, que seguro que los tienes agarrotados. Luego nos vemos.

El hombre se despide con un gesto de la mano y sale de la pista. Marcus se deja caer en el suelo y piensa que aquello no es lo que desea. No quiere llevarse mal con su padre y mucho menos faltarle al respeto, pero está disconforme con el trato que le está dando. Ni siquiera está seguro de si sabe lo que está haciendo. Aunque fue jugador semiprofesional no tiene nociones de entrenador. Kike Sánchez era un capullo integral, pero también un magnífico profesional. Marcus confiaba en él y en su preparación tanto a nivel físico y técnico como motivacional. Su relación no acabó demasiado bien. De hecho, desde que Sara murió, cree que su entrenador es el asesino de su amiga y de Jimena, y se lo soltó en el entierro de su compañera. Fue un momento de alta tensión que no recuerda bien. Habían viajado juntos en el coche del director hasta Estepona, donde enterraron a la chica. Ellos dos, junto con Aníbal, Jaramillo y Dafne, fueron los representantes de la Dick Fosbury que se desplazaron a la ciudad andaluza. Después de que empezara la incineración de la jugadora de bádminton, Kike y él se quedaron a solas en el cementerio. No pudo evitar decirle lo que pensaba.

—¿Por qué te acuestas con otras si estás casado y tienes un hijo? —se atrevió a preguntarle Marcus, movido por la rabia.

—Perdona, ¿cómo dices?

—No te hagas el tonto. Sabes perfectamente a lo que me refiero. Qué coincidencia que las dos chicas con las que has tenido una relación en la academia estén muertas. No comprendo cómo la policía todavía no te ha detenido.

Marcus sintió como la mirada de Kike lo fulminaba. Estaba seguro de que el peligro del que Sara le había hablado el lunes, antes de irse al hotel, estaba relacionado con su entrenador. Qué pena que aquella conversación que tenía pendiente con su compañera, en la que le iba a contar todo, no se hubiera producido. Estaba tan pendiente de Olga que ni siquiera se planteó hablar con ella aquella fatídica noche. Quizá esa charla le hubiera salvado la vida.

—No debería darte explicaciones después de esta enorme falta de respeto —le dijo Kike Sánchez muy nervioso—. Pero no voy a

permitir que me acuses de algo tan grave. Jamás me he acostado ni con Sara ni con Jimena. Que te quede muy claro.

—Mientes. Estoy cansado de que me tomen el pelo.

—Piensa lo que te dé la gana, Marcus, pero no vayas difundiendo este bulo por ahí. Nunca le he sido infiel a mi mujer. Tengo la conciencia muy tranquila.

—¿No estuviste con Sara en el hotel de Príncipe Pío?

—No, no estuve con ella. Me llamó, pero no fui.

—Eso es falso.

—Demuestra que es verdad —dice Kike, que se ha puesto muy agresivo—. No te voy a tener en cuenta esta ofensa, Marcus, porque estás nervioso. Acabas de perder a tu amiga y es natural que digamos lo primero que se nos pasa por la cabeza. Pero si te da por hablar de esta historia que te has inventado con la policía, te prometo que lo pasarás mal. Mi abogado no tardaría ni diez minutos en llamarte.

Han pasado diez meses desde el crimen de Sara y continúa con la misma teoría. Apostaría lo que fuera a que Kike Sánchez mató a las dos chicas para salvar su matrimonio ante el riesgo de que alguna de ellas confesara que estaba liada con él. ¿Debe contarle su teoría mañana al juez Betancourt? Cuando habló con la inspectora Pipper no fue capaz. Pensó que la investigación seguiría su curso y que muy pronto acabarían descubriendo al culpable. Cada día consultaba la prensa en su móvil con la esperanza de leer que habían detenido a su entrenador. Nada de eso ocurrió. Lo último que supo de él es que se había marchado a China.

Recorrer caminando los dos kilómetros que hay hasta su casa no le hace ninguna gracia. El próximo día irá en bicicleta, así no correrá el riesgo de que a su padre se le cruce el cable y lo haga regresar andando. Justo al salir del gimnasio suena el teléfono. Se trata de un número desconocido. Si no responde a gente de la que tiene grabado el teléfono, como para cogérselo a alguien que no está en su carpeta de contactos. Sin embargo, insisten. A la cuarta llamada, empieza a preocuparse. Ayer, la policía telefoneó a la tienda de ropa

de sus padres porque pasó de responder a aquel 915. Cuando se fue de la academia se aisló y no quiso saber nada de nadie. A la quinta, Marcus no puede más y contesta con la intención de mandar a la mierda a la empresa de spam de turno.

—¿Sí?

—Menos mal. Ya pensaba que no podría hablar contigo.

La voz de Olga suena aliviada, casi alegre. Mil recuerdos le vienen a Marcus de golpe: los besos, el dolor, sus ojos claros, el *Para Elisa* de Beethoven, la noche de magia y terror en El Escenario... Echaba de menos esa dulce voz.

—¿Desde qué teléfono me estás llamando?

—Es verdad, no tienes mi número nuevo —responde la chica riendo—. Estoy a diez minutos en coche de Moratalaz. ¿Dónde podemos quedar?

CAPÍTULO 49

GRECIA

Madrid, miércoles, 17 de septiembre de 2025

Esa mañana antes de ir a la estación para coger el tren a Madrid ha comido chocolate con churros en compañía de sus padres y sus hermanos. El madrugón ha merecido la pena. Ya no piensa en ir al cuarto de baño a vomitarlos en cuanto tenga ocasión, sino en cuándo será la próxima vez en la que los seis se sentarán juntos a desayunar. Hacía mucho tiempo que eso no pasaba por unas razones u otras. Esas reuniones la hacen feliz y tendrían que repetirse más a menudo, sobre todo ahora que ha vuelto a casa.

En el tren se ha dormido en varios tramos. Anoche apenas pegó ojo y ha aprovechado las más de cuatro horas del trayecto para echar alguna que otra cabezada. Está nerviosa por lo que pueda pasar mañana. Hablar con el juez Betancourt la pone tensa. También la especie de quedada que se ha organizado para esa tarde con la gente de la academia le provoca un hormigueo extraño en el estómago. No los ve desde que regresó a Asturias. Con algunos ha mantenido el contacto a través de WhatsApp, pero no es lo mismo.

A punto de llegar a Chamartín, su madre la despierta. La mujer se ha tomado un par de días libres del taxi y ha decidido viajar con ella para apoyarla y estar a su lado por si necesita cualquier cosa. Se hospedarán en un pequeño y barato hotel cerca de la estación, y el billete de regreso lo han sacado para el viernes por la mañana. Las han considerado como unas minivacaciones madre-hija, porque es la primera vez que hacen un viaje juntas las dos solas. Si mañana

tienen algún hueco libre visitarán el centro de Madrid y comprarán lotería en Doña Manolita.

—¿Vas a verte con alguien de la academia? —le pregunta la mujer mientras deshace la maleta y coloca la ropa en el armario—. No te preocupes por mí. Yo estoy cansada del viaje, así que me quedaré en la habitación.

—La verdad es que no, solo he hablado con Dafne, que fue la que me dijo lo de hoy.

—¿Por qué no llamas a alguno de tus amigos y os vais a tomar algo juntos? Seguro que muchos ya andan por Madrid.

La inspectora Verónica Pipper le explicó el lunes que el juez Betancourt quería hablar con todos los deportistas de la Dick Fosbury para repasar el caso e intentar encontrar algo con lo que la investigación pudiera avanzar. Así que los catorce miembros de la academia estarán mañana en las estancias de Plaza de Castilla, donde el magistrado tiene su despacho.

—No quiero molestar a nadie —le dice Grecia a su madre—. Estarán muy ocupados con sus cosas.

—Qué poco sociable eres, hija. Seguro que están deseando encontrarse contigo. El que no te haya visto en estos meses se sorprenderá mucho de tu cambio físico.

—Ninguno de ellos me ha visto todavía. No he publicado ni una sola foto mía en internet desde que regresé a Gijón.

—¿Ni se la has mandado a nadie por WhatsApp? ¡Con la cantidad de fotos que te han hecho tus hermanas estos días! ¡Van a alucinar!

No cree que sea para tanto. La verdad es que los chicos han pasado bastante de ella en ese tiempo. Con quien sí que ha hablado de su cambio es con Nerea. No niega que perder dieciocho kilos en menos de un año puede resultar algo llamativo. También se ha dejado crecer el pelo, que no se ha cortado en todos esos meses, y por fin lo tiene largo. Sin embargo, sigue sin verse guapa y no se siente segura. A pesar de las numerosas sesiones que ha tenido con sus terapeutas, todavía le cuesta confiar en sí misma y se quiere muy poco. No es culpa de los especialistas, que están haciendo un trabajo enorme, pero siente que hay algo que no acaba de conseguir. Por eso guarda secretos y no les ha contado todo. La que

mejor la entendía era Jimena, que se le continúa apareciendo. No la real, claro. Cuando solucione ese asunto, y el económico, todo irá mejor. Sabe que su mente no funciona de la manera correcta. Pero ¿tendrá solución?

> Esquizofrenia: es un trastorno mental grave y crónico que afecta a la forma en que una persona siente y se comporta. Uno de los síntomas son las alucinaciones. La persona ve, oye o huele cosas que no existen. También provoca delirios; creencias falsas y persistentes que no se basan en la realidad.

El psiquiatra no le ha diagnosticado que tuviera esquizofrenia, pero ella ha buscado información en internet y cumple con muchos de los síntomas que indican que puede padecer esa enfermedad. Es un tema que la asusta y en el que piensa bastante. Cuando era pequeña vio la película *Una mente maravillosa*, y el protagonista veía a personas que no existían y hablaba con ellas como si fuesen reales. Le pareció una historia inquietante. No podía imaginar que unos años más tarde le sucedería algo similar.

—Venga, hija, anímate y avisa a alguno de tus amigos de que ya estás en Madrid.

—Parece que me quieras echar de la habitación.

—Es justo lo que pretendo —reconoce su madre—. Hay que darte un empujoncito para todo, Grecia. Estás en tu mejor momento. Aprovéchalo y disfruta. Yo me echaré a dormir un rato, hoy, que no tengo que pensar en trabajar ni en preparar la cena para tus hermanos.

—Para eso quieres que me vaya, ¿verdad? Para que no te moleste.

Su madre sonríe y se tumba en la cama. Grecia obedece y se marcha de la habitación. Se sienta en un viejo sofá que ve en la recepción del hotel y piensa en qué le apetece hacer en ese rato que tiene libre. Son algo más de las cuatro y media de la tarde y hasta las ocho no han quedado en la Casa de Campo. Podría enviarle un wasap a Nerea. Ella no se fue de Madrid y a lo mejor está disponible para tomar un café y luego ir juntas a la academia. Al final, se decide y le manda un mensaje a la jugadora de vóley playa por si le apetece que se vean ahora. ¿Hace demasiado calor o solo se lo parece a ella? Su amiga no le responde en los siguientes minutos.

Seguramente esté entrenando. Se pone de pie, impaciente, y camina hasta el otro extremo del vestíbulo, donde se encuentra con una máquina expendedora. Chasquea la lengua cuando se da cuenta de que hay ositos de Haribo, sus preferidos. Hace mucho que no los come. Asocia las gominolas a aquellos momentos tan complicados en la academia, pero son de lo más apetecible.

—Coge una bolsita. Son muy baratos y tienes el dinero suelto que te sobró del bocadillo que te compraste para el tren —le dice Jimena, apoyada en la máquina—. Vamos, Grecia. Te los puedes comer mientras esperas a que Nerea te conteste, si es que se digna a hacerlo. Yo creo que pasa de ti, como lo hacía yo. Para ella no existes.

La chica se tapa los oídos y se niega a seguir escuchando a la psicóloga muerta. Es otra de sus alucinaciones. Lo sabe, pero parece tan real que da miedo. A pesar de que intenta resistirse, acaba comprando la bolsa de ositos. La abre y se echa un puñado en la mano. Los devora con ansiedad mientras Jimena le dice que está muy orgullosa de ella.

El sonido del móvil evita que continúe comiendo. Se guarda las gominolas en el bolso y entra en WhatsApp. Esperaba un mensaje de Nerea y en cambio el que le ha mandado un audio es ¡Teo! ¿Desde cuándo no sabía de él?

> Oye, Grecia, tú estabas hace un rato en la estación de Chamartín, ¿verdad? ¿O era tu hermana gemela? Creo que te he visto con una mujer, que imagino que sería tu madre. ¡Te he reconocido porque tu cara es mítica! ¡Menudo cambio has pegado! Yo sigo en la estación comiéndome un sándwich y haciendo tiempo antes de ir a la academia. Si te apetece y estás por aquí, pásate y charlamos de los viejos tiempos.

Teo no ha cambiado nada en esos meses, al menos físicamente. El chico se lleva las manos a la cabeza y da un grito cuando la ve. Se levanta de la silla y le da el abrazo más fuerte que ha recibido en su vida.

—¡Tía! ¿Qué has hecho con la antigua Grecia? —exclama el taekwondista invitándola a que se siente a su mesa—. Guau, ¿cuántos kilos has perdido?

—Unos cuantos —responde la joven muerta de la vergüenza—. ¿Qué tal todo?

—Bien, no me puedo quejar. Está siendo un año muy raro, pero hay que adaptarse a las circunstancias. ¿Quieres comer algo? ¿Me dejas que te invite a un café?

Grecia acepta el café. Le sorprende el entusiasmo con el que Teo la ha recibido. En la academia no era así. Nunca tuvo problemas con él ni con Chema, pero no era una persona de su confianza.

—Estás increíble, Grecia. Qué bien te ha venido el cambio de aires.

—No lo sé. Por un lado, echo de menos la academia.

—¡Yo también! Y mira que Jaramillo me parecía un gilipollas. Sin embargo, el gilipollas era yo por confiar en Chema y en Take. Menuda me liaron.

El chico le explica que por culpa de su compañero y de su entrenador lo estuvieron investigando por un asunto de apuestas. Los dos amañaban combates en los que pactaban con los rivales una serie de condiciones que se iban a producir en las peleas que disputaba Chema. No solo eso; Okada también intervino en competiciones de boxeo, judo y artes marciales. Además, creó una web de apuestas con la que empezó a manejar bastante dinero. La investigación policial estaba en curso. A Chema lo habían dejado en libertad bajo fianza y su entrenador está en prisión preventiva.

—Fui muy tonto por confiar en ellos. Take un día me dejó caer que perdiera a propósito un combate en el que yo era favorito. Pensé que se trataba de una broma y él no insistió.

—Joder, tío. Lo siento.

—Gracias. Creo que la policía ya confía en mi inocencia, pero no estoy del todo seguro, la verdad. Ahora entreno con otra persona y no me va mal. Sigo siendo el número uno de mi categoría, aunque

he bajado un poco mi nivel. Si la Dick Fosbury abre de nuevo, como dice el rumor, y me llaman otra vez, aceptaría con los ojos cerrados. ¿Tú qué harías? ¿Volverías?

—No lo sé —reconoce Grecia, que juguetea con la cucharilla de su café—. Tendría que pensarlo muy bien.

—¿Has dejado de competir este año? Te he buscado en las clasificaciones de algunos campeonatos y no te he visto.

—Sí, me he tomado un año sabático. Tenía que solucionar algunos temas.

—¿Y no piensas regresar a la competición de élite?

Grecia se encoge de hombros. No lo sabe. Le gustaría, pero no a cualquier precio. Cuando vuelva a Asturias lo analizará con detenimiento. Quizá la reunión con sus antiguos compañeros la motive para entrenar con la intención de ser la mejor, aunque ya en otro peso diferente.

—Menuda experiencia la de la Dick Fosbury —comenta el taekwondista negando con la cabeza—. Fue poco tiempo, pero muy intenso. Estábamos juntos los mejores atletas jóvenes de siete deportes olímpicos. Creo que no lo terminé de aprovechar. Si volviera al día que entramos, cambiaría muchas cosas.

—¿Como qué?

—Mi relación con vosotros. Estaba tan unido a Chema que me olvidé de socializar con los demás. Yo no soy como me mostré en la academia. Siento que de alguna forma Take Okada me manipuló. Él odiaba a mucha gente, como a Jimena Portero o a Alfonso Jaramillo. Eso nos lo transmitió a nosotros, que acabamos pensando como él. Por suerte ahora está en la cárcel.

—¿Con Chema tienes relación?

—Muy poca. Vivimos los dos en Astorga y vamos al mismo gimnasio a entrenar. Nos saludamos si nos encontramos, pero hemos tomado rumbos distintos. Sé que amañó combates, aunque él diga que es inocente. No quiero ser amigo de un delincuente.

—No entiendo a los deportistas que se saltan las leyes y hacen trampas, como ocurre en mi deporte. La halterofilia tiene un gran problema con el dopaje. ¡Cuántos resultados han acabado

cambiando en Juegos Olímpicos o campeonatos del mundo cuando se ha descubierto que las primeras clasificadas se dopaban!

—Menos mal que en esos casos las han pillado. A saber en cuántos no se ha detectado nada ilegal por negligencia, silencio de los jueces o falta de medios.

—Seguramente en muchos. Tanto relacionados con temas de apuestas como en asuntos de dopaje. Pero tenemos que confiar en los deportistas, en los comités y en los preparadores. Llegará el día en que será imposible hacer trampas.

Grecia y Teo siguen un rato conversando en la cafetería de Chamartín sobre la ética en el mundo del deporte. El taekwondista se siente una víctima de la trama que organizó su propio entrenador. Él no estaba metido, pero tiene algo en su poder que hasta ese momento no le ha revelado a nadie.

—Mira. Llevo diez meses guardando esto —dice el chico mostrándole el móvil. Es la captura de un mensaje de WhatsApp del lunes 11 de noviembre a las 15:42. El día en el que asesinaron a Jimena.

> Dejadme en paz. No quiero formar parte de esta historia. Sé lo que os dije, pero he reflexionado. Conmigo no contéis para hacer trampas.

—¿De quién es este mensaje?

—De Sara —responde Teo, que deja el móvil sobre la mesa—. Menos mal que hice una captura, porque a las pocas horas lo eliminó.

—¿Se lo has enseñado a la policía?

—No, se lo mostraré mañana al juez. Me daba miedo que me implicaran en algo turbio por este mensaje. Lo tenía en la recámara esperando el momento para darlo a conocer. Creo que Sara pensó que yo también formaba parte de la trama de los amaños como mi compañero o, tal vez, se equivocó y me mandó el wasap a mí

creyendo que se lo había enviado a Chema. Por eso lo borró cuando se dio cuenta de su error.

—¡Joder, tío! ¿Piensas que trataron de involucrarla en lo de las apuestas?

—Es posible que Okada quisiera extender su actividad a otros deportes, como el bádminton. La academia era el lugar perfecto para conocer a deportistas de élite de otras disciplinas y convencerlos para que participaran en su negocio —contesta Teo, que se pone muy serio—. Grecia, he estado dándole muchas vueltas a esto durante los últimos meses. Ni Chema, al que detuvieron unos minutos antes, ni Take, que no estaba presente en la discoteca, pudieron asesinar a Sara en El Escenario. Si la mataron por el tema de las apuestas ilegales, ¿había implicada alguna persona más de la Dick Fosbury y se deshizo de ella esa noche para que no hablara de este asunto?

CAPÍTULO 50

NEREA

Madrid, miércoles, 17 de septiembre de 2025

Ya le ha dicho a Coral que se marchará del piso dentro de un par de semanas y que es mejor que se vaya buscando otra compañera. No solo dejará de vivir con ella, sino que Nerea ha decidido romper la pareja que formaban y ya no entrenarán ni jugarán más juntas. Es lo mejor que podía hacer. Con aquella chica no tenía futuro y acabaría odiando el deporte que tanto ama. Además, ahora ve las cosas mucho más claras.

—No pienso volver a jugar al vóley en mi puta vida. Así que no intentes convencerme de lo contrario —le soltó Amanda en cuanto la vio el sábado por la mañana. La encontró tocando la guitarra y cantando en pleno centro de Madrid, como le había dicho Ester.

—¿Cómo sabes que he venido para pedirte eso?

—Era cuestión de tiempo que recurrieras a mí. Sé que no te va bien con Coral Menéndez. Habéis hecho unos torneos de mierda este verano. No ha sido casualidad que hayas aparecido por aquí después de que nuestra entrenadora me viera el otro día. Vienes a pedirme algo. ¿Y qué me puede pedir mi excompañera, a la que le va fatal, que no sea que volvamos a formar pareja?

—Te ha dicho Ester que vendría a buscarte, ¿verdad?

—Realmente, sí. Anoche me envió un wasap de voz explicándome lo que habíais hablado. Soy una tía muy intuitiva, pero no soy

adivina —añadió Amanda riendo—. ¿Me he hecho bien la sorprendida?

—Genial. Ya puedes dedicarte también a actuar. Se te da igual de bien que cantar.

—Las dos cosas me gustan, pero no soy tan buena como en la pista de arena.

—¿Eso significa que quieres volver a jugar? —preguntó Nerea ilusionada.

—Desde que recibí el mensaje de Ester no he pensado en otra cosa. En estos meses he maldecido el vóley tantas veces que he acabado cogiéndole asco. Sin embargo, también siento que echo de menos competir y entrenar. No nos conocemos demasiado, porque estuvimos poco tiempo juntas en la academia, pero si hay que volver a jugar sería contigo.

—Jo, Amanda, eso es muy bonito. Me has emocionado.

—No te lo creas. Tú y yo somos las únicas jugadoras de nivel que estamos libres ahora. No nos queda otra que unirnos de nuevo para pelear en el circuito contra las demás, que, por lo demás, nos llevan meses de ventaja, incluida Cira, que se ha puesto en forma muy rápido y ya gana torneos con su compañera.

No perdieron ni un solo día. Empezaron a entrenar juntas otra vez a la mañana siguiente, en las instalaciones de Chamartín a las que solía ir Nerea con Coral. A Amanda apenas se le notaba que hubiese estado inactiva y siguió echándole broncas cuando enviaba el balón fuera en los remates. No tenían preparador, así que les costó organizarse. Al terminar la sesión se sentaron en una cafetería y empezaron a diseñar un plan para regresar a la élite. Ni siquiera habían jugado nunca un partido amistoso como pareja. Quedaron en inscribirse en todos los campeonatos regionales y nacionales posibles, en los que deberían hacer muchas previas, y en ejercitarse, al menos, cuatro veces por semana. Buscarían un entrenador y un grupo de chicas de cierto nivel contra las que jugar para acelerar la preparación y ser pronto competitivas. Había mucho trabajo por

hacer, ya que no contaban con las facilidades que tenían en la Dick Fosbury.

—Oye, ¿con quién estás viviendo? —le preguntó Nerea, cuando ya se marchaban de la cafetería.

—Tengo una habitación en un piso compartido. Me he mudado hace poco. Apenas conozco a mis compañeros.

—¿Por qué no nos vamos a vivir juntas? Yo me quedo sin casa dentro de dos semanas.

—¿Tú y yo juntas? No lo veo.

—Venga ya, tía. Si estábamos pared con pared hace unos meses en la academia.

—No es lo mismo —repuso Amanda, que le recordó lo mal que han terminado las cosas entre ella y Coral por vivir en el mismo sitio que su pareja de juego.

—Podemos probar. Si no nos sentimos bien, nos mudamos otra vez. ¿Prefieres seguir compartiendo baño y cocina con unos semidesconocidos o poder echarle la bronca cada vez que quieras desahogarte a la tía que te va a dar más alegrías en los próximos años?

No sabe cómo lo hizo, pero Nerea acabó consiguiendo que a Amanda le pareciera bien eso de irse a vivir juntas. El lunes, después de entrenar, empezarían a buscar un piso bueno, bonito y barato por la zona de Chamartín, donde estaban situadas las pistas de arena. Ese mismo día fue cuando la jugadora santanderina recibió la llamada de Verónica Pipper para informarla de que debía personarse en Plaza de Castilla el jueves por la mañana. También estaban juntas el martes por la tarde cuando, al finalizar el entrenamiento, Dafne Alcaraz llamó a Amanda y le contó lo que habían planeado para darle una sorpresa a Alfonso Jaramillo. Quedó con la subdirectora de la academia en que iría y que ella misma se lo diría a Nerea.

Ese miércoles está siendo caluroso. Las chicas han sudado de lo lindo en la pista de arena, en la que se han pasado toda la mañana. Aunque han comentado en las pausas para descansar lo de la charla con el juez al día siguiente y la reunión de esa tarde en la Dick

Fosbury, han intentado centrarse en el entrenamiento, que ha sido muy duro. Las horas se les han pasado volando y se han ido a comer a las tantas a la cafetería que hay al lado de las instalaciones. Precisamente, en el postre, Nerea ha recibido un wasap que le ha hecho ilusión. No estaba muy segura de si Grecia iría a la academia.

—Ha llegado hoy a Madrid. Quiere que nos veamos para tomar un café y luego irnos juntas para la Casa de Campo. ¿Qué le digo?

—Lo que te dé la gana —responde Amanda de malas formas, mientras le quita la tapa a un yogur de plátano.

—Íbamos a ir tú y yo juntas. ¿Te molesta que nos acompañe?

—Ya sabes lo que pienso de esa chica. Si vas con ella, yo iré por mi cuenta.

—Joder, Amanda. ¿No es hora de que enterréis el hacha de guerra?

—Esa tía me acusó de hacerle bullying en la academia. Se lo inventó todo. ¡Veía a gente muerta, Nerea! ¿O es que ya no te acuerdas de lo que te contó aquel día en tu habitación?

—Por supuesto que me acuerdo, pero ha estado yendo a terapia. No me ha vuelto a decir que tuviera esas alucinaciones con Jimena.

—No me apetece estar con ella. Punto. Haz lo que quieras.

Nerea resopla. Cuando Amanda se pone así es muy difícil de tratar. De todas maneras, en esta ocasión, la entiende. No tenían una buena relación. Una hablaba mal de la otra y se acusaron mutuamente. Todavía no tiene claro si Amanda insultaba a Grecia y le faltaba al respeto o si, en realidad, la halterófila se lo imaginaba. En cualquier caso, ahora mismo, si tiene que elegir con quién ir a la Dick Fosbury, de entre las dos se decanta por la chica que se está comiendo el yogur a su lado. Luego le enviará un mensaje a Grecia para decirle que no puede quedar y que se verán en la academia.

—¿Te vas a poner mona para lo de esta tarde? —le pregunta Amanda, más amable después de que Nerea haya tomado partido por ella.

—No sé. Solo es una reunión informal. ¿No? ¿Te dijo Dafne si luego cenaríamos juntos o algo?

—No. Me da que eso lo improvisaremos. Aunque no me apetece nada.

—A mí no mucho. Tengo ganas de ver a algunos de nuestros antiguos compañeros, pero otros casi que prefiero que no vengan —dice Nerea, que ve la sonrisa traviesa dibujada en la cara de su amiga—. ¿Qué pasa?

—Por lo visto no soy yo la única que odia a gente de la Fosbury.

—Yo no odio a nadie.

—He notado rencor en tus palabras. ¿No estarás hablando de la parejita?

—¿De cuál de ellas?

—No te hagas la tonta. Ya sabes a quiénes me refiero.

Aunque llevan poco tiempo juntas, ya han comentado el tema de Izan y Loreto. Curiosamente, esa chica intentó ligar con Amanda en la discoteca justo antes de que asesinaran a Sara. A ella también le sorprendió cuando se enteró de que los escaladores habían empezado una relación.

—Soy una persona pacífica. No le voy a negar el saludo a nadie. Ni a él tampoco.

—Izan es un capullo —dice Amanda después de lamer la tapa del yogur—. Es el que tiene la culpa de que nos hayan llamado para declarar otra vez. Se podría haber ahorrado esa ridícula entrevista en ese programucho. Le habrán pagado un pastizal por hacerla. Si cenamos juntos esta noche, que pague él.

—Pienso lo mismo.

—Así me gusta. Que me des la razón. Al final, vamos a entendernos y todo. Con lo pija y tonta que me pareciste cuando te conocí. Ahora solo falta que no mandes la pelota fuera en dos de cada tres remates que haces.

Las chicas terminan de comer entre bromas. A Nerea le sorprende llevarse tan bien con Amanda. Es como si fuera una persona diferente. En la Dick Fosbury tuvieron más momentos tensos que divertidos. Quizá arrastradas por la tensión que provocaba formar parte de una academia deportiva de élite. Si hace unos días le parecía una locura volver a formar pareja con ella, ahora lo ve como un acierto. Pueden conseguir algo grande si se esfuerzan y no tienen lesiones en los próximos meses.

A las siete están preparadas para marcharse. Al final, las dos se han puesto monas. No van excesivamente arregladas, pero sí que se han vestido distinto de como suelen ir en el día a día y se han maquillado un poco más de lo habitual. Amanda ha ido hasta el piso de Nerea a recogerla. Coral estaba presente y ni la ha saludado.

—No me habla desde el sábado —le comenta a su amiga—. Está cabreada por lo que ha pasado. No le ha sentado bien que la haya dejado por ti.

—Solo has hecho lo que debías. No hay color entre esa chica y yo.

—No, no lo hay —dice Nerea sonriendo—. ¿Nos vamos?

Las jugadoras de vóley playa cogen un Cabify para ir hasta la Casa de Campo. Por el camino comentan que están un poco nerviosas por vivir aquel reencuentro con sus antiguos compañeros y con el personal que trabajaba en la academia. También mencionan a Jaramillo y por supuesto en la conversación salen los nombres de Izan y de Loreto. Nerea se pregunta cuál será la reacción del chico cuando la tenga enfrente. Y ella, ¿qué sentirá? Después de la ruptura con Mikel y la fallida relación con el joven escalador no ha estado con nadie más. En las pocas veces que ha salido de fiesta con Coral y las amigas de su todavía compañera de piso ha pasado de los tíos, a pesar de que muchos se le acercaban. Una de esas noches, mientras bailaba con un chico muy mono que se había presentado como estudiante de Arquitectura en la Universidad Complutense, empezó a sonar *Baby Don't Hurt Me*, de David Guetta. Nerea se quedó paralizada y enseguida los recuerdos se amontonaron en su mente. Era el tema que sonaba en El Escenario cuando las luces se encendieron y Sara apareció tumbada en el suelo cubierta de sangre.

—Me fui corriendo del local y dejé al chaval tirado —le contó a su hermana por teléfono a la mañana siguiente—. Fue como revivir la noche en la que murió Sara. Me sentí muy mal, Paula.

—Esa canción siempre te va a traer malos recuerdos.

—Tengo grabado ese momento. Fue empezar a sonar y transportarme a aquel día.

—Ya sé que me lo has dicho otras veces, pero ¿sigues sin recordar si viste a alguien alrededor de la chica a la que asesinaron que

hiciera algún movimiento extraño o estuviera excesivamente cerca de ella? A lo mejor, si te pones a pensar en eso con detenimiento, encuentras algo en tu memoria que le sirve a la policía para detener al culpable.

Imposible. Cuando se encendieron las luces estaba besando a Izan en la pista de baile. Había mucho humo, que habían lanzado desde varios cañones. Tenía muy cerca a Sara, pero no se estaba fijando en ella. ¿Por qué iba a hacerlo? La última vez que le prestó atención a la jugadora de bádminton estaba al lado de Kike Sánchez, su entrenador, con el que conversaba. Se sonreían mientras charlaban. Grecia, Marcus y Olga se encontraban a su lado. También Amanda y Loreto, que habían bailado juntas antes. ¿O eso fue ya con las luces encendidas?

—Es terrible. Se está muriendo, Nere —le susurró Ester, que había ido junto a ella y la había rodeado con los brazos—. Se está muriendo.

Sara escupía sangre por la boca. Los gritos de horror se sucedían por parte de los que se aproximaban y se daban cuenta de lo que estaba ocurriendo. No pudo aguantar más. La angustia era tan grande que tuvo la necesidad de alejarse de aquella escena grotesca. Se abrió paso entre la gente y salió despavorida de la discoteca, con lágrimas en los ojos. No fue la única. Detrás de ella llegaron Nieves y Susana. También Olga apareció con Marcus. Todos estaban destrozados por lo que acababan de vivir. Diez meses después todavía tiene pesadillas con aquella canción.

—Ya hemos llegado —les dice el conductor de Cabify, que aparca en la entrada del centro. No son las primeras. Varios de sus compañeros y algunos entrenadores están conversando en pequeños grupos que se han formado delante de la academia—. ¿Aquí no es donde mataron a una psicóloga el año pasado?

—Sí, pero ninguna de nosotras es la asesina —le responde Amanda muy seca al hombre, mientras se bajan del coche.

Nerea sale por la otra puerta. Ella no ha sido capaz de contestarle. Está muy tensa porque ya ha visto a Izan y a Loreto. Las dos chicas

se dan la mano y juntas caminan hacia ellos. Debe reconocer que el escalador sigue igual de guapo que el día que lo conoció. Esa primera impresión no la puede olvidar. A pesar de que tenía novio, aquel joven descarado y presuntuoso le gustaba mucho. Es una pena que su historia se limitara a unos cuantos besos, pero no siempre las cosas se dan como uno quiere. Cuántos deseos de velas sopladas y estrellas fugaces se han quedado sin cumplir. Amanda se da cuenta de que está inquieta y le aprieta con fuerza la mano. Los cuatro se saludan de una manera bastante fría, sin besos, cumplidos ni abrazos. El momento de incomodidad lo rompe Dafne Alcaraz, que les grita a todos que se acerquen, que Alfonso Jaramillo está a punto de llegar.

—¿Estás bien? —le pregunta Amanda, en voz baja—. Deja de mirar a ese capullo. Le vas a subir el ego hasta la estratosfera.

—¿Se nota mucho que lo estoy mirando?

—Un montón.

—Joder, es que hacen buena pareja.

—Tú y yo sí que hacemos buena pareja. Basta de tonterías o te prometo que en el entrenamiento de mañana vas a estar corriendo por la arena dos horas.

—Mañana no hay entrenamiento. Nos toca ir a hablar con el juez a Plaza de Castilla.

Amanda se da una palmada en la frente y le da la razón. Sin embargo, ninguna de las dos va a asistir al día siguiente al despacho de Andrés Betancourt. La declaración de todos los chicos citados se suspenderá por un hecho inesperado. Y es que la tragedia va a volver a hacer acto de presencia y caerá sobre una de las personas que un día formaron parte de la academia deportiva de élite Dick Fosbury. Alfonso Jaramillo apareció muerto unas horas después de llevarse la mayor sorpresa de su vida.

CAPÍTULO 51

IZAN

Madrid, jueves, 18 de septiembre de 2025

«Guau. Menuda sorpresa. Estoy emocionado. No sabéis lo importante que es para mí que hayáis querido estar hoy aquí. Este proyecto es parte de mi vida y de alguna manera siento que me lo han arrebatado. Vuestro apoyo es fundamental para que la Dick Fosbury abra de nuevo sus puertas. Estoy trabajando en ello, día y noche. Y, quizá muy pronto, os pueda dar buenas noticias. Me encantaría contar con todos vosotros para que este sueño se haga realidad. Gracias, amigos».

El teléfono de Izan sonó a las seis y cuarto de la mañana. Al principio, pensó que estaba soñando. Sin embargo, las palabras de Dafne rápidamente lo devolvieron de lleno a la cruda realidad: habían encontrado muerto a Alfonso Jaramillo en el pasillo de la tercera planta del edificio donde vivía en Chamberí. Las primeras informaciones decían que el hombre había sido asesinado en el interior de su vivienda y que se había arrastrado hasta el rellano para pedir ayuda. Una vecina, que había llegado de trabajar alrededor de las cuatro de la madrugada, lo vio tirado en el suelo, junto al ascensor, ya sin vida. Como en el caso de Sara, no habían encontrado el objeto con el que lo habían apuñalado.

—Alfonso no se merecía ese final —comenta Izan, en la cama del hotel en el que se alojan. Loreto está sentada a su lado. Llevan más

de dos horas en shock, esperando acontecimientos y reflexionando acerca del suceso—. No entiendo nada. ¿Por qué lo han matado?

Su novia no le responde. Se pone de pie y camina descalza hasta el cuarto de baño. La escucha llorar y acude enseguida hasta ella. La abraza y trata de consolarla sin demasiado éxito. El viaje a Madrid está siendo duro, mucho más de lo que habían imaginado. Y eso que la noche anterior no había estado mal, a pesar de que sus compañeros decidieron ir por otro lado. Después de la sorpresa al director de la academia, Izan se fue a cenar con Loreto y con su antiguo entrenador, Urko Illarramendi, a un restaurante vasco del centro de la ciudad. Compartieron un buen chuletón y bebieron chacolí mientras se contaban anécdotas del tiempo que habían pasado en la Dick Fosbury.

—¿Cuándo va a terminar esto, Izan? —le pregunta Loreto muy afectada.

—Cuando encuentren al culpable.

—¿Y si tú o yo somos la próxima víctima?

—Eso no va a pasar, cariño. A nosotros no nos sucederá nada.

—¿Cómo lo sabes?

Izan le acaricia el cabello y la besa en los labios, que saben a la sal de las lágrimas que no para de derramar. No le gusta verla sufrir así. Ayer se dio cuenta de cómo los miraban. Algunos con recelo, otros de reojo con cierto escepticismo al pasar por su lado. Sin embargo, nadie se atrevió a preguntarles por cómo habían terminado juntos. Tampoco hicieron ninguna referencia a su entrevista en la tele, pero sabía que a sus compañeros y a varias personas de la academia no les había gustado. El propio Jaramillo se lo comentó cuando lo saludaron.

—¿No podías estar calladito? —le preguntó el director, tras darle un fuerte apretón de manos—. Otra vez se ha liado todo. Eso no es bueno para el centro.

—Creo que no dije nada malo, Alfonso. Al contrario, puse por las nubes a la academia, a los entrenadores y también a mis compañeros.

—Ya lo sé, Izan. Estuviste bastante sensato y natural, pero ya sabes cómo son los medios y lo que les encanta meter mierda. Pasó

hace once años y está pasando otra vez cuando las cosas ya se habían calmado. Necesitamos tranquilidad para trabajar en la reapertura de la academia.

—Lo siento. Intenté ser sincero —dijo el chico algo avergonzado—. No pensé en que podía haber consecuencias para vosotros.

—¿Sabes que me dan cincuenta mil eurazos por una entrevista con la misma periodista con la que tú estuviste?

—¿En serio? ¿Y les has dicho que no?

—Me vendrían muy bien. He tenido que hipotecar mi piso de Chamberí.

—¡Coge ese dinero! Además, en la entrevista podrías meter presión a los de arriba para que abran otra vez la Dick Fosbury. Yo te apoyaré desde mis redes.

Jaramillo sonríe y le da dos besos a Loreto, que se les acaba de unir. Estaba hablando con Olga, a la que todavía Izan no ha saludado. El trato con la mayoría de sus excompañeros ha sido cordial, pero muy frío. Alejandra, incluso, se ha ido cuando veía que el escalador se aproximaba hasta ella. Rubén, en cambio, ha sido de los más atentos. Incluso lo ha invitado a pasar por Brunete si se quedaba más días de los que tenía previstos.

—Bueno, chicos. ¿Queréis entrar un rato en la academia? Dafne me ha dicho que tenemos media hora —les comentó Alfonso ilusionado—. Ojalá pronto la podamos tener abierta todo el día.

Izan y Loreto fueron directamente al edificio B, donde está el rocódromo. Ambos recordaron con cariño los duros entrenamientos y los dos meses tan buenos que pasaron subiendo aquella pared. En lo deportivo las cosas no han sido mejores para el chico desde que la academia cerró. A las continuas molestias en el hombro derecho se han sumado los resultados mediocres que ha obtenido en las pruebas en las que ha participado. A ella, en cambio, no le ha ido tan mal. No ha destacado tanto como le hubiese gustado, aunque ha hecho top ocho en todas las competiciones. Sin duda, ambos piensan que si estuvieran todavía en la Dick Fosbury, con el ritmo y la intensidad a los que entrenaban y la progresión que se intuía en los dos, el futuro sería mucho más prometedor.

—¿A qué hora tenemos que estar en la comisaría de Moncloa? —le pregunta Loreto mientras se limpia la cara.

—Entre las diez y las once.

—Otra vez vuelta a empezar.

—No creo que el interrogatorio sea muy largo —presupone Izan, que se desnuda para cambiarse—. Esta vez espero que no me consideren sospechoso de nada.

—A lo mejor nos vuelven a mencionar lo de las muertes de Jimena y Sara.

—Tampoco tengo nada nuevo que añadir sobre eso.

—A mí seguro que me preguntan por el cinturón de la cobra —dice Loreto, que suspira y sale del cuarto de baño. Izan va detrás de ella —. Para eso me han citado en Madrid, ¿verdad?

—Diles lo que sucedió: que lo dejaste en el gimnasio para devolvérmelo y que alguien se lo llevó. No te pueden acusar de nada por eso.

Loreto asiente, aunque Izan no la ve demasiado convencida. La chica también se quita toda la ropa y comienza a vestirse delante de él. Está repleta de magulladuras. La escalada es un deporte muy adictivo, pero también propenso a que el cuerpo se llene de moratones y heridas. Su novia tiene varias, algunas desde hace tanto tiempo que ya forman parte de ella.

—¿Qué estás mirando? —le pregunta Loreto con timidez, cuando se percata de que Izan la está observando—. ¿No te gustan mis cicatrices?

—Me encantan. Te dan personalidad. ¿Te acuerdas de cómo te las hiciste todas?

—Claro, ¿tú no?

—La verdad es que no —reconoce el chico, que le enseña un cardenal que le sobresale en la cadera—. Esto no tengo ni idea de cuándo ni cómo apareció. Un día me lo vi y aún sigue ahí. Es un misterio. Una herida de guerra más.

—¿Cuántas chicas han visto tus heridas de guerra?

El joven arquea las cejas ante la pregunta que le hace su novia. En esos meses juntos no han tenido problemas en hablar de sus relaciones anteriores. Ninguno de los dos parecía celoso del pasado

del otro. Izan incluso se mostraba interesado en entender la orientación sexual de Loreto. Ella nunca había estado con un chico hasta ahora.

—Imagino que el número es inferior a las chicas que han visto las tuyas.

—¿Por qué te pones a la defensiva? Solo ha sido una pregunta sin más.

—No me ha parecido una pregunta sin más.

—Claro que sí. No tenía maldad.

—Pues a mí me ha sobrado.

—Vale, perfecto. ¿Estás enfadado conmigo por algo? —le dice Loreto mientras se abrocha el cinturón del pantalón—. Déjalo.

La chica se mete otra vez en el cuarto de baño y cierra la puerta. Izan no entiende su actitud. Ha sido ella la que ha iniciado la discusión con esa pregunta sin sentido. Es verdad que su contestación ha podido sonar algo borde, pero no se lo ha dicho con mala intención ni se ha puesto a la defensiva.

Loreto lleva más de un cuarto de hora encerrada. Izan empieza a preocuparse. Va hacia el baño y le pregunta si está bien. La chica no le responde. Intenta abrir, pero ha puesto el cerrojo.

—Izan, déjame sola —oye que dice su novia con la voz quebrada.

—Venga, ha sido una tontería. No montes un drama por esto, por favor. Anda, abre la puerta y hablemos.

—Te lo repito: quiero estar sola.

El chico mira el reloj y comprueba que son las diez menos veinte. Comienza a dar vueltas por la habitación, impaciente. Si Loreto no sale pronto del baño, llegarán muy tarde a la comisaría. No quiere presionarla metiéndole prisa porque está muy irascible. Algo le pasa. No cree que la pequeña discusión que han tenido sea el motivo de su comportamiento. La muerte de Jaramillo les ha afectado mucho a ambos, pero su reacción no parece que tenga que ver con eso. Lo han hablado durante un buen rato y se han consolado mutuamente. Debe de haber otra razón que se le escapa. Resignado, se sienta en la cama y mira en el móvil si están hablando del asesinato del director de la Dick Fosbury. En efecto, en X la prensa ya ha hecho referencia al suceso. También algunos Twitter Stars están opinando y

debatiendo sobre el tema, aunque acaba de pasar y no tienen la suficiente información. El nombre de Izan, por supuesto, sale en algunos comentarios y no de forma positiva. También acusan a su novia. Aquello es un sinsentido. Lo mejor que puede hacer es guardar el teléfono y no leer más tuits. ¿Es que Loreto no va a salir del baño en toda la mañana?

—¡Nos tenemos que marchar ya! —grita desesperado desde la cama—. ¡Se está haciendo muy tarde!

La puerta del cuarto de baño se abre a los pocos segundos. Loreto tiene los ojos hinchados de llorar. Va hasta él, con los brazos cruzados sobre el pecho. Izan se alarma cuando la ve.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás bien?

—No voy a ir a la comisaría.

—¿Por qué? Tenemos que ir —dice Izan, que trata de abrazarla, aunque la chica se niega esta vez a que la consuele—. La inspectora Pipper nos está esperando.

—No quiero. Necesito volver a casa.

—¿Qué dices, Loreto? Si no vas, te puedes buscar un lío. ¿No lo comprendes?

La chica agacha la cabeza y se cubre la cara con las manos.

—Si no hubieras hecho esa jodida entrevista no habría aparecido esa puta foto en televisión y no nos habrían pedido que viniéramos a Madrid a declarar ante el juez.

—¿Estás enfadada conmigo todavía por eso?

—¡Me van a acusar de asesinato, Izan!

—Claro que no. ¡No hay ni una sola prueba que lo demuestre! Además, es imposible que hayas asesinado a Alfonso. Has estado toda la noche conmigo en el hotel. ¿Cómo te van a situar en el piso de Jaramillo si no te has movido de esta habitación desde que llegamos de cenar?

La chica no contesta. Izan insiste en que no tiene nada que temer. Que ella no es la asesina que busca la policía y que deben ir a la comisaría para explicarle a la inspectora Pipper lo del cinturón.

—No voy a ir —dice de nuevo Loreto, que se apoya en la pared y lo mira fijamente—. Sé que tú cogiste el cinturón del gimnasio, Izan.

—¿Qué? ¿Cómo que yo cogí el cinturón?

—Lo hiciste. No intentes negarlo. También te vi muy cerca de Sara en la discoteca unos segundos antes de que la mataran. Aunque bailaba con Amanda, no te quité ojo de encima. Ya me había enamorado de ti. Estaba rabiando por dentro porque te liaste esa noche con Nerea.

—¿Te has vuelto loca? ¿Qué estás diciendo? Yo no he matado a nadie.

—No puedo más, Izan, pero no pienso decirle a la policía que eres un asesino para salvarme yo de las sospechas. Me da igual que crean lo que quieran. Estoy demasiado enamorada de ti para entregarte.

CAPÍTULO 52

GRECIA

Madrid, jueves, 18 de septiembre de 2025

La bofetada aún resuena en su mente. Grecia se mira al espejo del cuarto de baño y se acaricia la mejilla. Jimena está detrás de ella. Las dos sonríen a la vez. La psicóloga desaparece en cuanto oye la voz de su madre preguntándole si le queda mucho. La chica le dice que no, que enseguida sale. Se tienen que ir a la comisaría. Han asesinado a Alfonso Jaramillo y quieren hacerle algunas preguntas. Sin embargo, a pesar de que siente lástima por el director de la academia, tiene otra historia que resolver antes de marcharse de Madrid. Aquella hostia no la olvidará jamás.

La noche anterior

—¿Por qué no te vienes a cenar con nosotros? —le propone Nerea, a quien por primera vez ve sin Amanda—. Vamos a ir a una pizzería italiana que dicen que está genial.

Desde que llegaron a la academia, las dos jugadoras de vóley playa no se habían separado. Grecia solo había podido saludar brevemente a su amiga para no coincidir con la chica que le había hecho la vida imposible hace unos meses. Es cierto que ha pasado bastante tiempo desde su último enfrentamiento, pero solo verla le provoca escalofríos. Le recuerda el sufrimiento que vivió cuando

estaba en Madrid. Ella tuvo gran parte de la culpa de sus males. Ni siquiera Jimena consiguió pararle los pies.

—No, gracias, me iré al hotel. Mi madre me está esperando para cenar juntas.

—¡Dile que pida al *room service* y te vienes con nosotros!

Su hotel no dispone de servicio de habitaciones. En Madrid, el alojamiento está muy caro y no han podido permitirse quedarse en un sitio con determinados lujos. Le agrada que se empeñe en que los acompañe. Cuando antes le ha enviado un mensaje y Nerea no ha querido que fueran juntas a la Casa de Campo ha pensado que no quería estar con ella. Al verla con Amanda lo ha comprendido todo. Seguro que había sido cosa de esa bruja. No la soportaba ni tras diez meses de ignorancia mutua.

—Anímate, Grecia. Será divertido —le dice Susana, que se ha acercado a ellas—. Así tendremos tiempo para que me cuentes cómo has conseguido ese cambiazo radical. Estás brutal, hermana.

—No sé, chicas. Estoy cansada.

—Venga, tía. Quién sabe cuándo nos volveremos a ver —insiste Nerea.

—No sois buena influencia. Podría avisar a mi madre para que no me esperase. ¿Quiénes van?

—Todos menos Izan y Loreto —responde la esgrimista salmantina —. Bueno, Aníbal tampoco quiere ir, aunque vamos a intentar convencerlo. ¡Ah! Ni los taekwondistas, pero a esos no los hemos invitado.

—¿Por qué?

—No queremos saber nada de tramposos. Aunque Chema diga que es inocente, no pienso acercarme a él. Bastante me arrepiento ya de haberme liado con un tipo que se dedica a amañar apuestas —comenta enfadada Susana.

—¿Y Teo? Él no ha hecho nada.

—No nos fiamos —interviene ahora Nieves, que se ha unido al grupo—. No tengo nada en contra de ese chico, pero si la academia abre de nuevo, Alfonso debería tener en cuenta lo que ha sucedido con esos dos y con su entrenador.

—Exacto. No da una buena imagen del centro ni de los que formamos parte de él.

—Pero he hablado con Teo y me ha asegurado que ha quedado libre de sospechas. Se siente perjudicado por lo que han hecho su compañero y Okada.

—Puede que sea así, Grecia —continúa diciendo Susana—. Pero yo no lo quiero a mi lado. Ni a él ni al otro. Madrid es muy grande y hay sitio para ellos lejos de nosotras. Por lo menos esta noche.

La halterófila no está a favor de hacerle el vacío a Teo. Se siente mal por él porque ella sabe lo que significa que te excluyan. Cuando han entrado en la academia lo ha visto caminar solo, sin nadie que se le acercase. También han mantenido las distancias con Chema, que se ha ido en cuanto le han dado la sorpresa a Jaramillo.

—Voy a llamar al restaurante italiano para reservar. Cuento contigo, Grecia —le dice Nerea, que le da un abrazo—. Avisa a tu madre de que no vas.

La chica resopla y acaba dándose por vencida, como en aquella lúgubre noche de noviembre del año pasado. Tampoco iba a salir y las esgrimistas la convencieron. Estaba en la pista de baile cuando Sara se desplomó y empezó a escupir sangre por la boca. Recuerda la nube de humo y el ruido ensordecedor de la música a todo volumen. Los destellos de luz, el olor a sudor y la falta de aire por lo llena que estaba la discoteca.

Grecia contempla como Amanda sale de la Dick Fosbury y se aproxima al grupo. Aunque esa noche irán juntas a cenar, no tiene ganas de estar cerca de ella. La halterófila les dice a las chicas de esgrima y a Nerea que la avisen cuando se vayan a ir y se aleja de ellas. Tiene que enviarle un mensaje a su madre para contarle el cambio de planes. Se sienta en el bordillo de la acera y, cuando está a punto de mandar el wasap, aparece el director de la academia y se sienta a su lado.

—Mis rodillas están para el arrastre. Qué mal me han venido los sesenta. Con lo que yo he sido —dice Alfonso Jaramillo sonriente—. Muchas gracias por venir. Estás estupenda.

—Bueno, me he cuidado bastante estos últimos meses.

—Eso está genial, Grecia. Me alegro de verte radiante. ¿Cómo van las cosas por Asturias? ¿Estás yendo a terapia?

La pregunta del director no le agrada. Ya no es una persona que forme parte de su vida. En el momento en que la academia cerró dejó de interesarse por ella. Eso le molestó al principio, pero luego se dio cuenta de que le había venido bien. Le permitió respirar y tomar sus propias decisiones. Sabía lo que tenía que hacer.

—Estoy poniendo los medios necesarios para sentirme cada vez mejor —se limita a responder Grecia.

—Eres muy valiente. No es fácil salir del pozo en el que te metiste.

—Gracias, Alfonso.

—Me encantaría contar contigo cuando abramos otra vez. Habrás bajado dos o tres categorías al perder tantos kilos. ¿Cuánto pesas?

—No lo sé. No me he pesado últimamente —le miente. Ayer dio sesenta y tres kilos y trescientos gramos en la báscula de su casa—. Aún no he decidido si volveré a competir.

—¿De verdad? Sería un gran error. Desperdiciarías tu inmenso talento.

—No creo que desperdicie nada, pero no es definitivo. Quiero probarme.

—¿Cuándo te vas? Me encantaría tener una charla contigo.

—El viernes regresamos a Gijón. No he venido sola, me ha acompañado mi madre.

—¡Ah! Salúdala de mi parte —dice Alfonso, que se pone de pie con ciertas dificultades—. ¿Por qué no te vienes mañana a cenar a mi piso? Te la puedes traer si quieres. Me gustaría que habláramos con tranquilidad. No es para meterte presión con que no debes dejar la halterofilia. Simplemente, un encuentro de dos amigos.

—No lo sé. Creo que mi madre ya tiene planes para mañana.

—¿Y esta noche? Sé que tendrás que madrugar para el encuentro con el juez, así que no te entretendré demasiado. Te paso luego la ubicación.

Grecia va a responderle que esa noche saldrá a cenar con los chicos cuando Amanda aparece de la nada y se planta delante de ella. Está muy seria. Teme lo que le vaya a soltar, y no está dispuesta a pasarlo mal esa noche. No piensa consentirle ningún

desplante. En cambio, para su sorpresa, la jugadora de vóley playa le ofrece la mano para que se levante.

—¿Te está molestando este señor mayor? —le dice sonriendo mientras la ayuda a ponerse de pie—. He venido a rescatarte. Sé que Alfonso puede llegar a ser muy pesado.

—No seas mala conmigo, Amanda —bromea Jaramillo, que le da un abrazo—. Bueno, chicas, me voy a despedir de los que me quedan. Grecia, piénsate lo que te he dicho. Tienes mi teléfono.

El hombre se va y las deja a solas. No esperaba que se diera ese momento. Era lo último que pretendía. Todo el cuerpo le empieza a temblar. No puede quedarse allí ni un segundo más. Comienza a caminar, pero la jugadora de vóley se le coloca delante y se lo impide. Ufff.

—Espera. No te vayas. Creo que tenemos un asunto pendiente desde hace mucho tiempo.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Claro que sí, no soy tan mala como piensas, Grecia.

—Déjame, por favor.

—Te dejaré en paz cuando hablemos.

—Olvídame, gilipollas.

La halterófila aparta a Amanda de un empujón y se marcha corriendo. No mira hacia atrás, pero cree que no la está persiguiendo, porque podría alcanzarla sin problemas. A pesar de que ha perdido unos cuantos kilos, no está en forma. Le cuesta recuperar el aliento cuando se detiene delante de la cancela de la entrada de la academia. Aníbal la ha visto llegar corriendo y le pregunta por el motivo. No sabe qué responderle, así que cambia de tema.

—¿Al final te vienes a cenar con nosotros? Me han comentado que aún no te habías decidido.

—No, esta noche tengo otros planes —le responde el jugador de bádminton, al que percibe algo disperso—. Me marcho ya. He pedido un Cabify, que llega dentro de dos minutos. Nos vemos mañana en Plaza de Castilla. Por cierto, ¿has visto a Marcus? He entrado con él en la academia, pero lo he perdido de vista.

—No, apenas hemos hablado. Solo lo he saludado al llegar. ¿Le digo que te has ido?

—Sí, por favor. Aunque lo veré mañana. Gracias. Pásalo bien esta noche.

Grecia se despide de Aníbal con un gesto de la mano. Ese chico no ha cambiado nada en los últimos meses, aunque lo ha encontrado bastante apagado. Estará cansado por los entrenamientos. A él le ha ido bien después del cierre de la academia. Por lo que vio en sus redes sociales ha ganado un par de campeonatos y ha viajado fuera del país a competir al máximo nivel contra jugadores de toda Europa, tanto en individuales como en dobles. Su pareja en el mixto, que no sabe si es su novia, es guapísima. De alguna manera, le recuerda a Sara.

—¡Grecia! ¡Nos vamos! —le grita Susana, que está organizando quién va con quién en cada taxi. A ella le toca con Claudia, Alejandra y Rubén, así que está aliviada por no ir en el mismo coche que Amanda.

La cena en el italiano resulta más entretenida de lo que imaginaba. La pizza de jamón de York y piña, que comparte con Nerea, está buenísima. Por primera vez se siente totalmente integrada en el grupo de la Dick Fosbury. No solo han ido algunos de los deportistas de la academia, también se han apuntado la entrenadora de vóley playa, las maestras de esgrima y Paz Bernal, la fisioterapeuta. Le da un poco de pena que no hayan invitado a Teo, con el que ha quedado mañana para desayunar en una cafetería cercana al despacho del juez Betancourt. Si ese chico no ha hecho nada malo no comprende por qué sus compañeras no lo han invitado a esa cena.

—¿Pensáis que Alfonso conseguirá abrir de nuevo la academia? —pregunta Rubén cuando están sirviendo los postres. El chico, que está sentado a su lado, se gira hacia las entrenadoras—. ¿Vosotras sabéis algo?

—Nosotras no tenemos ni idea, aunque su intención es esa —contesta Claudia, que mira a Paz Bernal—. ¿Le puedes contar lo que nos has dicho antes a nosotras?

—Bueno..., imagino que no hay problema —dice la fisioterapeuta, a quien parece que la entrenadora de esgrima ha metido en un marrón—. Según el jefe, la clave está en que detengan al asesino. Creo que le han prometido que si atrapan al culpable podrá abrir la Dick Fosbury de inmediato. No tendrá que esperar diez años como la otra vez.

—Pero ¿la policía tiene alguna pista nueva? ¿Algún indicio que los lleve a pensar que esa detención está cerca? —le pregunta Alejandra interesada.

—Por lo que he hablado con Alfonso, él mismo tiene una información importante que puede hacer que el proceso se acelere. Mañana también irá a ver al juez y hablará con él de ese tema. No me preguntéis qué es porque no lo sé. Lo guarda en secreto.

Las palabras de Paz Bernal causan un gran revuelo en la mesa. Todos quieren saber de qué se trata, pero la fisio insiste en que a ella no se lo ha contado. Grecia también se lo pregunta. Lo que no entiende es por qué si Jaramillo tiene alguna prueba no ha ido antes a la policía. ¿Va a acusar a alguien de los crímenes de Jimena y Sara? Ese pensamiento la pone en tensión. Tal vez, pronto haya novedades y le toque decidir si regresa o no a Madrid. Mañana puede ser un día decisivo para su futuro.

Tras el chupito de rigor, Susana y Nieves proponen salir a dar una vuelta y a tomar una copa, ya que todavía es temprano para irse a dormir. A Grecia no le apetece. Ella pedirá un taxi y se marchará al hotel con su madre a descansar. Mientras el resto decide lo que hacer, va al baño. La cena no ha estado nada mal. Le ha gustado compartir un rato con sus compañeros después de tanto tiempo. Además, se siente a gusto en el grupo. Quizá su cambio físico ha hecho que la vean de otra manera. Todos la han alabado y le han dicho lo guapa que está. En realidad, solo ha perdido unos kilos. Lo importante es que su mente está más sana que hace diez meses. Al menos, en algunos aspectos.

—Has triunfado —oye a alguien que acaba de entrar en el baño mientras se lava las manos. Grecia contempla a Amanda a través del espejo—. Esta vez no te me escapas. Tenemos que hablar.

La halterófila no tiene nada que decir. No quiere hablar con ella. Como hace un rato, en la Casa de Campo, la empuja para quitársela de en medio y salir del baño. Sin embargo, esta vez, Amanda resiste la carga y no se aparta. La agarra por los hombros y la desplaza hasta meterla en una de las cabinas. Tiene más fuerza de lo que pensaba. Grecia se queja, pero no logra evitar que la jugadora de vóley la encierre con ella.

—No seas capulla. No quiero hacerte nada. Solo hablar.

—Estás mal de la cabeza. Déjame salir.

—Grecia, vamos a solucionar esto de una vez por todas —le dice Amanda, que echa el cerrojo y se coloca delante de la puerta—. No te vas a ir a ninguna parte hasta que me escuches y entiendas de una santa vez que yo no te he insultado en la vida. Que lo que le contabas a Jimena era fruto de tu imaginación.

—Eso no es cierto —la contradice Grecia sollozando—. Me llamabas foca, gorda, adefesio y cosas peores. Te burlabas de mí constantemente.

—Jamás hice eso. Ni se me pasaría por la cabeza.

—¡Claro que lo hacías! ¡No lo he soñado! ¡Estoy loca y veo muertos que me hablan, pero eso no me lo imaginé! ¡Estoy segura!

—No grites. Vas a asustar a los demás.

—¡Me da igual, joder! ¡Lo pasé fatal por tu culpa!

—Yo no te hice nada. Estás equivocada. No era real lo que creías.

—¡No me trates más como si fuera imbécil! ¡Déjame salir! ¡Gilipollas! ¡Me has arruinado la vida! ¡Lo voy a contar todo! ¡Vas a ir a la cárcel!

—Cállate. No chilles.

—¡No me pienso callar más! ¡Te voy a denun...!

La bofetada que Amanda le da a Grecia interrumpe sus protestas. La asturiana no consigue reaccionar a algo que no asimila que haya sucedido. Está paralizada. Las dos se miran a los ojos, pero no son capaces de hablar en ese instante. Ninguna se mueve hasta que la jugadora de vóley playa le coge la cara con delicadeza y la besa en los labios. Si el guantazo la había sorprendido, aquel gesto deja en shock a Grecia. No sabe qué está sintiendo y por qué no se aparta. Es el minuto más extraño de su vida.

Cuando sus bocas se separan, Amanda le pide perdón y le sonríe de una forma en que nunca la había visto sonreír.

—Grecia, quiero que te quede claro que nunca te insulté ni te falté al respeto. Debes creerme y confiar en mí —le dice mientras le acaricia la mejilla en la que le ha dado el bofetón—. Al principio, me fijaba en ti porque te admiraba y no sabía cómo acercarme. Me imponías, pero quería que fueras una de mis amigas dentro de la academia. No lo conseguí. Quizá la vida nos tenga preparada una segunda oportunidad con la Dick Fosbury de escenario. Dependerá de lo que Alfonso Jaramillo le diga al juez mañana. Crucemos los dedos para que todo salga bien.

CAPÍTULO 53

ALEJANDRA

Madrid, jueves, 18 de septiembre de 2025

No hacía mucho que habían llegado al piso de la amiga de Susana, donde Alejandra y la salmantina se están quedando en su estancia en Madrid, cuando recibieron la llamada de Dafne. Después de la reunión en la Casa de Campo, varios siguieron de fiesta hasta acabar en un club de Malasaña. En cuanto conocieron la noticia se pusieron en contacto con Nieves para informarla de que Alfonso Jaramillo había sido asesinado. Ninguna de las tres podía creerlo. Hacía unas horas, el director estaba esperanzado con volver a abrir la academia. Incluso le pidió a Alejandra que no se comprometiera con ningún equipo de esgrima ni en Valencia ni en Madrid porque la quería de regreso. Tanto Claudia como Lucía estaban dispuestas a volver a entrenarla. Necesitaban a las mejores y ella, actualmente, es la sablista número uno del circuito nacional. Juntos serían imparables, con los Juegos Olímpicos de Los Ángeles en el horizonte. Para lograr esa meta debían cumplirse varias premisas; la principal, que la Dick Fosbury comenzara a funcionar pronto.

—No sé si nos vamos a recuperar de esto —comenta Nieves abatida.

—Es horrible. Imagino que ya es imposible que la academia vuelva a abrir después de la muerte de Alfonso —indica Susana resoplando.

Las tres esgrimistas están desayunando juntas en una cafetería de Moncloa, próxima a la comisaría donde las han citado esa mañana. También están con ellas Rubén y Christian. El novio triatleta de la tinerfeña ha querido acompañarlos y los ha llevado en su coche.

—Eso es secundario ahora —dice Alejandra, que solo ha pedido un café con leche. Tiene mal cuerpo y no le entra nada de comer—. ¿Quién ha podido asesinar a Alfonso?

—Uno de los que salimos anoche seguro que no. Así que id descartando a Marcus, Olga, Amanda, Grecia, Nerea y a todos los que estamos sentados a esta mesa —advierte Nieves haciendo memoria—. También habría que librar de cualquier sospecha a Ester, a nuestras maestras de esgrima y a la fisio, que estuvieron con nosotros en el club de Malasaña.

—No todos nos fuimos a la misma hora, hermana. A varios de esos que has nombrado les perdí la pista y no los volví a ver antes de que nos marcháramos del local. Por ejemplo, a Amanda y a Grecia. Ni se despidieron, por lo menos de mí.

A Alejandra le pasa lo mismo que a su Susana. Aunque fueron unos cuantos los que estuvieron cenando juntos en una pizzería italiana del centro y después salieron por la zona, no se acuerda de cuándo fue la última vez que vio a cada uno. De Amanda, precisamente, el último recuerdo que tiene es que estaba charlando con Grecia en una esquina del local. Parecía algo nerviosa, pero no le dio importancia. Tenía a Rubén besándole el cuello en ese momento, justo antes de que los dos se fueran a un reservado y se liaran en un sofá.

—¿Y no es posible que al director lo asesinara alguien que no tenga nada que ver con la academia? ¿Una persona a la que simplemente le estorbaba Jaramillo por alguna razón o tenía un conflicto con él? Un vecino, un familiar enfadado o alguien a quien le debía dinero. Las posibilidades son muy variadas.

La cuestión que plantea Christian deja en silencio a los demás durante unos segundos. Alejandra es la primera que opina sobre esa suposición.

—Es probable que alguien que tuviera algún asunto personal con Alfonso y quisiera deshacerse de él haya aprovechado los crímenes anteriores para matarlo y que la policía lo relacione con el caso de los asesinatos de la Dick Fosbury.

—Esa es buena, Ale. Muy buena —interviene Rubén, felicitando a su novia por la idea—. No habría un solo asesino, sino dos.

—Habláis de matar a una persona como si fuera fácil. No es tan sencillo cometer un asesinato, por mucho odio que le tengas a alguien —les contradice Nieves—. Yo pienso que la misma persona es la que ha matado a Jimena, a Sara y a Alfonso. Además, no me creo que sea una coincidencia que el director muera justo cuando estamos todos en Madrid otra vez como en noviembre. Menuda casualidad, ¿no?

—A lo mejor, el asesino ha jugado con eso también para que la sospecha vuelva a recaer sobre nosotros —dice Susana, que se pone de pie y se siente orgullosa de su teoría—. ¡Va a ser eso, chicos! El culpable es alguien que tenía algo muy gordo en contra de Jaramillo, pero que no formaba parte de la academia. Se lo tenemos que decir a Verónica Pipper para que lo investiguen.

Alejandra no ve descabellada esa idea, pero no piensa meterse en el trabajo de la Policía Nacional ni en las decisiones del juez. Por muchas teorías e hipótesis que surjan mientras desayunan, ellas no son las encargadas de resolver el caso. Su labor es entrenar, competir y tratar de ser las mejores con el sable en cada asalto.

—¿No deberíais ir yendo para la comisaría? —les dice Christian, que acaba de darse cuenta de la hora que es.

—¿No vienes con nosotros? —le pregunta la salmantina al triatleta.

—No puedo. Tengo que entrenar, pero Nieves me irá informando de todo. La tendré de reportera. Me muero por saber qué rumbo va a tomar esto.

—Eres un auténtico fan del *true crime*, ¿eh?

—El problema es que en esta serie los protagonistas somos nosotros —dice Nieves, que le da un beso a su novio para despedirse.

Los chicos pagan y se van caminando hacia la comisaría de Moncloa, que está a unos diez minutos. Alejandra coge de la mano a Rubén, que parece tranquilo a pesar de las circunstancias. Le gusta que su novio sea capaz de mantener la calma. La noche que murió Sara no perdió los nervios ni un solo instante. Es su forma de ser. A veces, parece que tenga hielo en la sangre. Eso también le ayuda a la hora de competir porque no se precipita ni se desespera cuando no está acertado.

—¿Crees de verdad que hay dos asesinos? —le pregunta su novio mientras esperan a que un semáforo se ponga en verde. Las otras dos esgrimistas han cruzado corriendo al otro lado de la calle cuando todavía estaba en rojo.

—No lo sé. Es una opción. No conocía tanto a Alfonso como para saber si tenía algún enemigo fuera de la academia —contesta Alejandra, que todavía le está dando vueltas a lo que han hablado en el desayuno.

—Todos tenemos enemigos.

—¿Tú también?

—Claro que sí. No me idealices —responde el jugador de tenis de mesa con una media sonrisa—. Hay gente a la que no le caigo bien.

—No creo. Como máximo, te odiarán dos o tres rivales que te tengan cruzado porque los ganas siempre.

—¡Ves como me tienes idealizado!

El semáforo se pone en verde y la pareja cruza el paso de cebra de la mano. Susana y Nieves los esperan al otro lado, animándolos para que se den prisa. Cuando se vuelven a reunir con ellas, Alejandra recibe una llamada. Se extraña muchísimo de ver el nombre de Izan en la pantalla del móvil. Se lo muestra a sus amigas, que le dicen que conteste. Rubén también la incita a que lo coja. Ayer prefirió ignorar al escalador navarro y no habló con él en ningún momento.

—Hola, ¿qué quieres? —le pregunta Alejandra, sin la más mínima muestra de amabilidad.

—Siento molestarte, pero es que necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda para qué?

—Estoy en una crisis. Eres mi último recurso.

—¿Qué es lo que te pasa? —le dice la esgrimista valenciana, que suaviza el tono al notar la angustia en la voz de Izan—. Dime en qué puedo ayudarte.

El chico no le responde. De fondo, escucha a alguien que está gritando. Tiene la impresión de que se trata de Loreto. Alejandra le insiste en que le cuente qué es lo que está sucediendo. Sus amigas y Rubén van a su lado para interesarse por la conversación con el escalador.

—Izan, ¿sigues ahí? ¿Hola?

La llamada se corta en ese instante. La chica se queda mirando el móvil preocupada y después les explica a los demás lo que acaba de oír. Susana le dice que llame enseguida a Izan para saber qué está ocurriendo. Alejandra lo hace, pero el escalador no se lo coge.

—Joder, ¿qué ha podido pasar? —se pregunta Nieves—. ¿Se habrán peleado?

—Ayer daba la impresión de que estaban muy bien. Parecían una pareja feliz —comenta Susana—. Llámalo otra vez, Ale.

La chica vuelve a marcar el número de Izan, que no responde. Se le ha quedado mal cuerpo. Hace mucho tiempo que se olvidó de él y ni siquiera han mantenido el contacto desde que la academia cerró. No podía permitir que los sentimientos que tuvo en su momento volvieran a aparecer y ha hecho lo posible para evitarlo. Rubén está al corriente de ese asunto. Se lo explicó cuando empezaron a salir juntos. Por entonces, todavía quedaban rescoldos de aquel enamoramiento y le pidió algo de tiempo para borrar por completo lo que había sentido por el joven escalador pamplonés. Hoy en día lo ha conseguido, lo que no quita que aquella llamada la haya puesto muy nerviosa.

—¿Estás segura de que has oído gritar a Loreto? —le pregunta Susana inquieta.

—A ver, se oían gritos de fondo. No puedo asegurar que fuera ella. Me lo ha parecido.

—¿No has oído lo que gritaba?

—No, solo lo que Izan me ha dicho; que estaba en crisis y que necesitaba mi ayuda, pero no me ha podido explicar nada más.

—Hostias, hermana. Qué malas vibras me da todo esto. ¡Llámalo otra vez, joder!

Alejandra lo intenta hasta en tres ocasiones más, pero el resultado es idéntico. Da señal, pero Izan no se lo coge. Los cuatro están muy preocupados. Ninguno quiere lanzar al aire una teoría de lo que está sucediendo con la pareja, pero que algo malo puede haber ocurrido es evidente.

—Voy a intentarlo yo con Loreto —dice Nieves, que busca el número de la escaladora.

—Buena idea. A ver si hay más suerte —comenta Susana, que cruza los dedos.

Nada. La chica tampoco coge el teléfono. Alejandra piensa entonces en lo que Izan le ha dicho. ¿En qué podría ayudarlo ella como último recurso? Si no tienen relación, y dando por hecho que se ha producido una discusión con Loreto, ¿qué es lo que iba a pedirle antes de que se cortara? ¿Sería algo relacionado con su etapa en la Fosbury?

—Aprovechemos que vamos a la comisaría y contémosle lo que pasa a la inspectora Pipper —propone Susana—. Ella sabrá qué hacer con este tema.

—No sé si es la mejor idea —le lleva la contraria Alejandra.

—¿Por qué?

—Porque no sabemos qué está sucediendo entre ellos. Quizá solo sea una discusión de pareja o yo no me he enterado bien de lo que estaba sucediendo.

—¡Pues que lo averigüen ellos, joder! ¿Y si Izan la ha maltratado?

—No demos por hechas cosas que no sabemos, Susana. El que me ha pedido ayuda era él. Vamos a esperar, por favor.

—Estoy de acuerdo con Ale. Conservemos la calma —comenta Rubén, que saca el móvil para enviar un mensaje—. Le voy a escribir a Izan. Tal vez no puede hablar en este momento, pero sí puede mandar un wasap.

Mientras el jugador de tenis de mesa teclea en su teléfono, suena el móvil de Alejandra. Izan le está haciendo una petición de videollamada a través de WhatsApp. Nieves y Susana se echan encima de ella cuando lo descubren, pero la valenciana prefiere alejarse unos metros y estar sola para responder. Le da al check azul y acepta la propuesta del chico. La imagen tarda unos segundos en llegar porque parece que no hay demasiada cobertura. Sin embargo, pixelado, logra ver a Izan en primer plano. A su lado está Loreto. Respira al comprobar que ambos se encuentran bien.

—¡Hola! ¿Qué ha pasado? Se ha cortado y luego he intentado llamarte, pero no me lo has cogido. ¿Va todo bien, chicos?

Aunque la imagen es de baja calidad y no se los aprecia con nitidez, Alejandra se da cuenta de que Loreto ha estado llorando.

Tiene los ojos muy irritados y grandes ojeras moradas en las cuencas. Izan parece nervioso. Lo conoce bien.

—Perdona, Ale, hemos tenido un problema —indica el joven, que mira a su acompañante y suspira—. Ella piensa que soy el autor de los crímenes de Jimena y de Sara. ¿Puedes decirle que estuve contigo en las instalaciones de la piscina a la hora en la que mataron a la psicóloga, y que no tuve la posibilidad de hacerlo?

—Izan, se suponía que no íbamos a...

—Ya sé lo que hablamos en su momento y lo que le contamos a la policía —la interrumpe el joven removiéndose el cabello—. Lo siento, Ale, pero necesito que le digas a Loreto la verdad para que se quite de la cabeza que yo soy un asesino.

CAPÍTULO 54

NEREA

Madrid, jueves, 18 de septiembre de 2025

Siempre le estará agradecida a Alfonso por apostar por ella para sustituir a Cira Robles en la pareja de vóley playa de la Dick Fosbury. Es increíble que hayan asesinado al hombre que le dio esa oportunidad y que ayer estaba tan emocionado con la sorpresa que le habían dado. Además, parecía ilusionado con la idea de abrir de nuevo su centro deportivo de élite. Alguien le ha impedido que viera cumplido su deseo. Quizá la información que tenía el director acerca de los crímenes de Jimena y Sara, a la que hizo referencia Paz Bernal durante la cena, sea el motivo por el que lo han matado.

Ha quedado con Amanda en la comisaría de Moncloa a las nueve y media. Nerea se ha adelantado y ha llegado treinta minutos antes. En la misma calle hay una cafetería en la que se sienta a esperar. Le manda a su amiga un wasap con la ubicación. Todavía tiene resaca de anoche, por lo que otro café no le viene nada mal. Es el segundo de la mañana. El primero, que ha tomado también solo, ha conseguido espabilarla un poco, porque apenas había dormido cuando Dafne Alcaraz la ha llamado para darle la terrible noticia. Estaba teniendo un sueño muy agradable cuando ha oído el teléfono: Alfonso había sido encontrado sin vida en el edificio donde residía.

Buenos días, hermana. Ha muerto el director de la academia en la que yo

entrenaba. No os preocupéis por mí, que estoy bien. Vamos a ir todos los chicos a la comisaría porque la inspectora Pipper quiere hablar con nosotros. Díselo a mamá, pero que no monte ningún drama. Y no les hagáis caso a las redes sociales.
Te llamo luego.

El mensaje que le envía a su hermana es para tranquilizarla a ella, y sobre todo a su madre, porque seguro que se van a alterar mucho cuando se enteren del suceso. Ya ha visto que ha empezado a circular la noticia por internet. No tardará en convertirse en viral.

La respuesta de Paula no se hace esperar. Le pide que tenga cuidado y las mantenga informadas de todo.

Mientras busca lo que dice la prensa del crimen de Jaramillo y se termina el café, observa que Chema Fajardo entra en la cafetería. El chico la ve y se dirige directamente hacia su mesa. No le apetece que se siente a su lado, pero tampoco va a rechazarlo. A ella, en concreto, no le ha hecho nada. Aunque no tiene muy buena opinión de él.

—¿Puedo? —le pregunta el taekwondista señalando la silla que está libre. Nerea asiente con la cabeza y le pide al camarero otro café, esta vez con leche—. Otro para mí, por favor.

Aunque no tuvo mucha relación con Chema se acuerda del día en el que escuchó aquella conversación con su compañero en el bosque. Se mostraron tan agresivos que le llamó la atención. Se burlaron de la recién fallecida, Jimena Portero, e insultaron a Alfonso. Recuerda que eran sus principales sospechosos del asesinato de la psicóloga. Luego, la misma noche que asesinaron a Sara, lo detuvieron por el tema de los amaños de combates. No estaba muy desencaminada al desconfiar del más liviano de la pareja de taekwondistas de la academia.

—Vaya mierda lo de Jaramillo. Me parecía un inútil, pero no era un mal tipo. Descanse en paz —dice Chema echándose hacia delante y

apoyando los codos en la mesa. Ni su forma de hablar ni cómo la mira le agradan. No puede esconder en su expresión la opinión que tiene de él—. Tú también piensas que soy un delincuente y que debería estar en el talego, ¿verdad?

—No pienso nada. Si has hecho algo malo es tu problema.

—Un santo no soy. Está claro. Cada vez que me subo al tatami me entran ganas de arrancarle la cabeza a mi rival. Siempre he creído que si tengo éxito es gracias a esa mentalidad. Tenía, porque ahora mismo no me dejan competir. Soy un marginado, pero ya ajustaré cuentas con la federación y los que mandan en el deporte de este país.

A Nerea no le interesa lo que le está diciendo. Mira el reloj y todavía queda un rato para que llegue Amanda. Además, acaba de pedir otro café y no puede largarse de aquel sitio sin más solo porque Chema la incomode.

—¿Quieres que me vaya y te deje sola?

—Haz lo que te apetezca. Estoy esperando a Amanda, que no tardará.

—Todos me odian en la academia.

—Yo no te odio.

—Claro que sí, pero eres una tía educada y políticamente correcta. No te atreves a echarme —afirma el joven, que sonríe con ironía—. Ayer estabais todos tan contentos de darle una sorpresa al director... Yo, en cambio, me sentía completamente fuera de ese ambiente. Estaba deseando marcharme. Ya sabía lo que me esperaba por vuestra parte. No fue una sorpresa.

—¿Por qué fuiste entonces?

—No lo sé. Quizá para confirmar que los que fueron mis compañeros me habían puesto una cruz. Hasta Susana me ignoró. Hace diez meses se comportaba de otra manera. Ya me entiendes.

—A lo mejor tú te lo has buscado.

El chico ríe y se echa hacia atrás. Luego niega con la cabeza. El camarero en ese instante lleva los dos cafés con leche. El taekwondista sopla en el suyo y bebe un sorbo, aunque se nota que está hirviendo.

—Yo sé quién ha matado a Alfonso, Nerea —suelta de repente Chema, que juega con el sobre de azúcar que le han puesto y que no ha utilizado—. Y también a las otras dos chicas.

—¿Qué? ¿Lo sabes? —pregunta muy sorprendida la jugadora de vóley playa. ¿Se está marcando un farol para hacerse el interesante?

—Sí, a veces la vida te da esos momentos que no te esperas y te coloca en el lugar adecuado cuando ni siquiera deberías estar ahí.

—Déjate de rollos. ¿Quién crees que es el asesino?

—No lo creo, lo sé —afirma Chema con rotundidad—. Pero no te lo voy a decir a ti. Esta información me la guardo para la poli. Quizá puedan ofrecerme algo a cambio de lo que estoy dispuesto a revelarles. Todo es negociable, ¿no?

—Tu obligación es contar lo que sabes.

—No. Mi obligación es vivir e intentar equivocarme lo menos posible. Ahora mismo mi vida es una mierda y no le deseo a nadie lo que estoy soportando. Si me van a condenar por algún error que he cometido en el pasado, tendré que jugar mis cartas. Si ellos no son capaces de darme lo que necesito, a mí se me olvidará lo que sé.

Nerea no dice nada. La actitud de Chema es chulesca y no va a entrar en su juego. Unos segundos después, el chico recibe una llamada de teléfono que prefiere no responder. Le cuenta que es su abogado, que quiere hablar con él antes de que entre en la comisaría. Se apresura y se acaba el café, todavía humeante. Se levanta de la silla y deja un billete de cinco euros encima de la mesa. Le dice a Nerea que la invita y se marcha de la cafetería.

Menudo capullo. Aunque no hubiera amañado combates de taekwondo y no colaborara con Take Okada en sus tejemanejes de apuestas, como se está investigando, seguiría siendo un tipo estúpido y desagradable. A saber a quién acusa de los crímenes y cómo ha conseguido la información. Puede salir por cualquier lado. Nerea tiene poca confianza en que lo que le ha dicho sea verdad.

Casi al mismo tiempo que se marcha Chema Fajardo, entra en la cafetería Amanda, que ha llegado un poco antes de las nueve y media. Lleva gafas de sol y va vestida totalmente de negro.

—Hola, tía. La vida es una auténtica mierda —saluda sentándose al lado de Nerea, y le pide al camarero un ColaCao y algo de bollería

hecha del día; lo que él elija.

Amanda le dice que no ha pegado ojo en toda la noche. Cuando la despertó Dafne, acababa de quedarse dormida. Le duele muchísimo la cabeza y tiene la garganta pastosa. Además, se ha hartado de llorar después de que la subdirectora le diera la noticia de la muerte de Jaramillo.

—Le tenía cariño a ese hombre —admite Amanda, que se vuelve a emocionar—. Ha sido muy paciente conmigo. Sobre todo cuando Cira se lesionó. No sé si te lo he contado alguna vez, pero esa chica trató de convencer a Alfonso de que yo la había lesionado a propósito.

—¿De verdad? No lo sabía.

—Metieron mucha caña desde varios estamentos para que me echaran. La familia de Cira es muy influyente, pero Jaramillo me defendió. Igual que Ester. Los dos sabían que había sido mala suerte. Yo no tuve la culpa.

Nerea no conocía aquella parte de la historia. Quizá por el poder que tenía el entorno de Cira Robles, la habían elegido en primer lugar para formar el dúo con Amanda. Solo tras la grave lesión de esa chica recurrieron a ella, que había destacado más como júnior.

—El padre de mi antigua compañera odiaba a muerte a Alfonso. Seguro que monta una fiesta cuando se entere de que ha fallecido.

—No creo que nadie se alegre de la muerte de otra persona, aunque no le caiga bien.

—Eso lo piensas porque tú eres muy buena. No tienes maldad.

—Yo también odio a personas, ¿eh? No soy tan compasiva —indica Nerea ofendida—. Por ejemplo, Chema me cae fatal.

—Me lo he cruzado. Iba hablando por teléfono y ni nos hemos saludado.

—Ha estado aquí, tomando café conmigo. Es un capullo integral.

—No me lo jures. ¿No te habrá pedido que amañes algún partido? —pregunta Amanda, sarcástica. El camarero le acaba de traer el ColaCao con una napolitana de crema, que muerde con ganas—. Lo veo capaz de intentar manipular hasta los amistosos, aunque ahora la policía estará muy pendiente de él.

—No me ha pedido nada, pero me ha dicho que sabe quién es el asesino de Jaramillo, de Sara y de Jimena.

—¡Venga, ya! ¡Ese qué va a saber! ¿Te ha dado algún nombre?

—No. El tío se ha puesto misterioso. Iba a contárselo ahora a la inspectora, pero quería algo a cambio.

—¿El qué?

—Me ha dado a entender que por revelar la información que tenía pediría favores relacionados con el caso de las apuestas.

—Va a intentar librarse, beneficiándose de lo que dice que sabe —comenta Amanda negando con la cabeza—. Qué listo es.

—Eso es lo que yo he interpretado. A lo mejor, si lo condenan, buscará que le rebajen la pena o lograr que la federación le permita volver a competir. No ha especificado sus intenciones, pero creo que irán por esa línea.

—Ese chico anda mal de la cabeza. Qué manera de cargarse una carrera tan prometedora. Con lo bueno que es. Aunque lo absuelvan o lo indulten, ya está señalado para siempre. En el deporte no se tendría que perdonar jamás a los tramposos.

A Nerea esa afirmación le parece justa y está de acuerdo con su amiga. Ella es partidaria de las segundas oportunidades y está en contra de la cancelación. Sin embargo, asuntos como el dopaje o los amaños tendrían que ser sancionados de por vida. Tanto a los atletas como a los entrenadores, médicos o directivos que estén detrás de esos delitos, que hacen tanto daño al deporte.

—Oye, ¿qué hora es? —le pregunta Amanda, que ha perdido la noción del tiempo mientras charlaban. Mira el reloj y se echa las manos a la cabeza—. ¡Joder! ¡Se nos ha hecho tarde!

—Tranquila, en el mensaje que me envió la inspectora Pipper me decía que estuviéramos en la comisaría entre las diez y las once. Vamos bien.

La pareja paga y sale de la cafetería. Van comentando si Chema le habrá desvelado ya a la policía lo que sabe mientras cruzan la calle hasta la comisaría de Moncloa. En la puerta, ven a varios de sus compañeros de la academia, que esperan para entrar. Están las tres esgrimistas y Rubén. También han llegado Teo, Aníbal y Olga. Casi a la vez que ellas, aparece por el otro lado Grecia, que se les acerca

sonriente. Entonces ocurre algo que le resulta imposible de creer. Amanda coloca las manos en la cintura de la halterófila y la besa en la boca. Su amiga le dice que ya se lo explicará y vuelven a besarse. ¿Qué se ha perdido?

—¿Y a ese qué le pasa? —dice Aníbal señalando a un joven que va hacia ellos corriendo y dando gritos.

Cuando el chico llega hasta el grupo, se agacha y trata de recuperar el aliento. Parece muy alterado. Nerea nunca lo había visto así. Una vez que ha tomado un poco de aire, mira a uno de ellos a los ojos y le habla.

—No sabes cuánto lo siento. Me vas a odiar toda la vida, pero debo decir la verdad. Es mi obligación.

CAPÍTULO 55

IZAN

Madrid, jueves, 18 de septiembre de 2025

A pesar de que Alejandra ha confirmado que estuvo con ella la tarde que asesinaron a Jimena Portero, Loreto continúa dudando de su novio. Izan ya no sabe cómo decirle que él no mató a la psicóloga ni a Sara.

—Estuve en la piscina haciendo una sesión de fotos y grabando contenido para las redes sociales con mi representante. Cuando acabamos apareció Ale y nos dimos un baño juntos. Fue el día en el que me lesioné la clavícula nadando. De verdad, yo no maté a Jimena. ¿Por qué iba a hacerlo, además?

—No lo sé, Izan. No lo sé.

—Debes confiar en mí, Loreto. ¿Qué tipo de relación sería la nuestra si crees que soy un criminal?

—Me adaptaría. Tendría que asumirlo y te ayudaría en lo que pudiera. ¿O es que tú me entregarías a mí si supieses que he cometido un delito?

El chico no responde. Después de la discusión tan fuerte que han tenido se le han quitado las ganas de seguir con ese tema. Se siente mal, no solo por la situación con Loreto, sino también por Alejandra. La ha forzado a contar algo que guardaban los dos en secreto. Aquella tarde se suponía que la esgrimista se había quedado en su habitación porque estaba con migrañas. Era lo que les había dicho tanto a sus entrenadoras como a la policía. No sabe si ahora tendrán que explicarle al juez la verdad y si eso conllevará alguna consecuencia. Volverán a desconfiar de él.

—¿Alguna vez te liaste con Sara? —pregunta la chica, que parece más tranquila que hace unos minutos. Izan ha llamado a Alejandra como último recurso. Ya no sabía qué hacer para que lo creyera. Loreto estaba gritando y llorando y parecía haber perdido el control.

—¿Por qué quieres saber eso?

—Porque todas las chicas iban detrás de ti en la academia. ¿Ella también?

—No, que yo sepa.

—Me contaron que desapareció un par de días. ¿Te dijo dónde estaba? ¿Fuiste a verla?

—Esto es increíble. ¿Sigues pensando que yo maté a Sara?

—Te vi muy cerca de ella en la discoteca la noche en la que la asesinaron, Izan.

—Ya me lo has dicho —responde el chico, que se sienta en la cama—. Todos estábamos pegados en la pista de baile. Había mucha gente y muy poco espacio.

—Uno de los que nos encontrábamos allí se benefició de eso.

—Eso es obvio, pero no fui yo.

—Con la oscuridad que había en aquel sitio y el humo, cualquiera pudo ir hasta Sara y apuñalarla sin que los demás nos diéramos cuenta. Incluido tú.

Izan suelta un grito de desesperación. Loreto continúa en las mismas; no se fía de él, y eso le molesta. Eso no tiene ningún tipo de sentido. Está cansado de darle explicaciones y de tener que justificarse. La quiere, pero ese incidente está haciendo que se plantee las cosas. No puede convivir con una persona que duda de su palabra y no cree en lo que dice.

—Y a Alfonso, ¿también crees que lo he asesinado yo? —pregunta el joven escalador enfadado—. Porque ya me contarás cómo he hecho para salir de la habitación sin que tú te dieras cuenta, ir hasta el piso de Jaramillo, que no sé ni dónde vive, matarlo y volver al hotel otra vez sin que te enterases. Por no hablar de lo buen actor que debo de ser para estar fingiendo todo el tiempo.

—Yo qué sé, Izan. A lo mejor se me ha ido la pinza.

—Se te ha ido por completo. Y mucho, además.

Loreto niega con la cabeza. Va hacia el armario y coge una chaqueta de chándal. Se la pone y después alcanza su bolso, que está encima de una mesa.

—¿Te vas? —le pregunta el joven sorprendido.

—Sí, necesito que me dé un poco el aire.

—¿Quieres que te acompañe?

—Prefiero ir sola. Solo daré una vuelta por la zona para despejarme.

—No tardes mucho. Tenemos que ir a la comisaría de Moncloa. Nos están esperando desde hace un rato.

—Ve tú, si quieres.

—Debemos ir los dos, Loreto. La inspectora Pipper nos lo ha pedido.

—Yo ahora mismo no estoy en condiciones de hablar con la policía. Cuando vuelva ya decidiré qué hacer.

La chica se despide con un gesto de la mano y se marcha de la habitación. Parece muy desanimada. A Izan le sabe muy mal que esté así, pero tal vez le venga bien pasar un rato sola. Si reflexiona sobre aquel asunto y lo piensa detenidamente se dará cuenta de que él es inocente. No solo tiene coartada para los crímenes de Jimena y de Jaramillo; aunque a veces le pierda su carácter fuerte y pueda odiar a una persona, sería incapaz de quitarle la vida a alguien.

No sabe si esperar a su novia en la habitación o coger un taxi e ir solo hasta Moncloa. La inspectora no tardará en llamarlo cuando se dé cuenta de que no ha acudido a la comisaría. Verónica Pipper siempre lo tuvo entre sus principales sospechosos, a pesar de que sus hijas siguen siendo muy fans. De hecho, una de ellas le escribió un día por Instagram y le dijo que le encantaría conocerlo en persona. Seguro que su madre no sabía nada de aquel mensaje. Aunque en lo que va de año no ha participado en tantas pruebas de escalada como le hubiese gustado, ni ha obtenido buenos resultados cuando ha podido competir, sus posts en las redes sociales continúan teniendo miles de visitas y los seguidores no paran de subir. Si no fuera porque ama el deporte que practica, podría dedicarse en exclusiva a crear contenido en internet.

Se lamenta del cariz que ha tomado esa historia y del mal momento que ha pasado con su chica. Toda la culpa la tiene ese estúpido cinturón de la cobra en la hebilla. ¿Quién le diría a Loreto que él lo recuperó? ¿Por qué razón le habían mentido? A lo mejor querían incriminarlo en la muerte de Jimena. Pero ¿cómo sabía esa persona que el cinturón estaba en el gimnasio y que lo habían cogido? Ahora que lo piensa fríamente, si alguien le ha contado a su novia que él se lo llevó, algo que es falso, ¿no será el mismo que lo utilizó para asfixiar a la psicóloga? Esa teoría le cuadra. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Sin duda, por la tensión que ha vivido con Loreto. Nervioso, la llama para preguntarle por esa cuestión, que puede ser decisiva. Sin embargo, el sonido de su teléfono se oye en la habitación. Izan se gira y ve el móvil encima de la cama. Su novia se lo ha olvidado. Se queja en voz alta de su mala suerte y decide salir a buscarla. No le ha dado tiempo a ir muy lejos, así que podrá alcanzarla enseguida. Se pone los zapatos y se marcha apresuradamente del cuarto. Ya fuera, se encuentra con varias opciones para elegir hacia dónde ir. El hotel está en una avenida, con múltiples calles alrededor. Dar con ella va a resultar más complicado de lo que pensaba. Tiene que lograrlo. Se ve muy cerca de resolver el caso. Un caso que lleva diez meses estancado, sin que nadie haya conseguido atrapar al asesino. Sería increíble que su intuición sea cierta. Si va a la comisaría con el nombre de la persona que le ha dicho a Loreto lo del cinturón, es probable que ya tengan al culpable. ¿O se está montando una película donde no hay nada?

Izan decide ir por la calle de la derecha, pero no ve a la chica. Ni rastro de ella por ninguna parte. Mientras camina piensa en por qué esa persona le contaría a su novia que él se llevó el cinturón. Si es el asesino, lo lógico hubiera sido callarse y no darle esa información. ¿Quería que Loreto sospechara de él? Se arriesgaba a que pasara lo que ahora está a punto de ocurrir: que Izan se planteara que la persona que había contado esa mentira fuese el responsable de los crímenes de la Dick Fosbury y que fuera a la policía para que lo investigaran. ¿Cuándo se lo contó a Loreto? ¿Ayer en la reunión que tuvieron en la Dick Fosbury? Todo es un galimatías, repleto de preguntas sin responder. ¿Dónde coño se ha metido su novia?

Pasa un buen rato caminando y se da cuenta de que no va a encontrarla. Debe regresar al hotel y no alejarse más. A lo mejor, Loreto ya ha vuelto a la habitación. La llama otra vez, pero no se lo coge. Sin embargo, unos segundos después suena el móvil. No es ella. ¿Qué quiere ahora su representante?

—Dime, Eva —responde Izan al teléfono, sin dejar de estar atento por si ve a Loreto.

—Me acabo de enterar de lo de Alfonso Jaramillo. No me lo puedo creer.

—Yo tampoco. Nos hemos quedado en shock.

—¿Estás en el hotel o has ido ya a ver al juez?

—Se ha cancelado la cita con Betancourt. Nos han pedido que vayamos a la comisaría de Moncloa para hablar con la inspectora Pipper. Voy camino del hotel, que he salido un momento.

Izan prefiere no contarle a su representante la discusión que ha tenido con su novia y que está buscándola por las calles de Madrid. Tampoco quiere decirle nada de la teoría del cinturón ni que ha hablado con Alejandra para que le explicara a Loreto que estaba con ella cuando mataron a Jimena. Eva también sabía aquel dato, y tampoco se lo había revelado a la policía, como era lógico. No iba a poner en peligro la veracidad de su representado.

—Vaya lío, Izan. No sé si me llamarán a mí para tomarme declaración.

—¿A ti? ¿Qué tienes tú que ver con esto?

—Verás, el otro día me reuní con Jaramillo.

—¿Y eso? No me habías comentado nada —dice el chico, extrañado de lo que Eva le cuenta—. ¿Cuándo fue?

—El lunes. Desayunamos juntos. Fue algo inesperado. Alfonso no quería que te implicase, por eso no te hablé del tema.

—¿En serio? No entiendo nada. ¿Para qué te llamó?

—Para ver si podíamos vernos un día, y yo, que solo conocía a ese hombre por ti, acepté por quedar bien. No me dio muchos detalles de lo que quería por teléfono, así que me fui a desayunar con él un poco a ciegas. No sabía ni cómo había conseguido mi número.

—Me parece que se lo di yo hace mucho tiempo. Al final, ¿qué es lo que quería?

—Que le diera un consejo. El programa *¿Viernes o vas?* estaba interesado en entrevistarlo. Le habían ofrecido bastante dinero y me preguntó si en mi opinión podía sacarle más a la productora.

—Habló conmigo de eso ayer en la reunión en la Casa de Campo. Me dijo que le daban cincuenta mil euros y que se lo estaba pensando porque le hacía falta el dinero —le explica Izan, que recuerda que Alfonso le contó que había hipotecado el piso de Chamberí.

—Exacto. Eso fue lo que me explicó a mí también. Además, me estuvo haciendo preguntas sobre la televisión y sobre qué condiciones debía exigirle al programa para que no se metieran en temas que él no quería tratar. Hizo alusión a tu entrevista.

—Me estuvo riñendo, es verdad que de forma cariñosa, por hablar de la Dick Fosbury en la charla con Cata González.

Al director no le había gustado demasiado que Izan volviera a poner el foco en la academia después de unos meses en los que las cosas se habían calmado y la presión mediática era mucho menor. Sin embargo, él estaba dispuesto a ganar una buena suma de euros a cambio de lo mismo que le había criticado.

—Vi a Jaramillo algo apagado, pero también ilusionado con la idea de que la academia abriera de nuevo. Me dijo que había posibilidades, aunque no quería lanzar las campanas al vuelo.

—Esa misma ilusión nos la transmitió ayer, cuando le dimos la sorpresa. Aunque es cierto que yo también lo noté raro.

—Lo del dinero le estaba quitando el sueño. Mientras la academia permanecía cerrada no cobraba el sueldo como director que le pagaban los dueños americanos. Además, me dijo que su hija se había ido a vivir con él hacía poco tiempo y los gastos se habían incrementado.

—¿Su hija? No sabía que Alfonso tenía hijos. Nunca nos mencionó a su familia.

—Pues te aseguro que me habló de una chica, aunque no me dio muchos detalles. Ni siquiera dijo su nombre.

Jaramillo era un hombre bastante discreto en cuanto a su vida personal. Cuando era deportista estuvo casado con una entrenadora de piragüismo, pero se separaron al poco tiempo de contraer

matrimonio. Era lo único que aparecía en internet sobre él respecto a familiares y relaciones amorosas. No tenía constancia de que Alfonso fuera padre y tampoco de que su hija viviera en Madrid. Al menos no hizo referencia a ella ni se pasó nunca por la academia en los meses en los que permaneció abierta.

—Oye, Izan, te tengo que dejar. ¿Sigue en pie la cena de esta noche?

—En principio sí, pero no te lo puedo garantizar. Vamos hablando, ¿vale?

—OK. Si tienes cualquier problema con la policía o el juez avisa a Ernesto. Ya está enterado de que andas por Madrid. Cuídate mucho y llámame si hay novedades.

El chico cuelga instantes antes de llegar al hotel. Eva siempre le aporta cosas buenas. Es afortunado de tenerla a su lado. Su representante le ofreció quedarse en su casa cuando supo que iba a ir a la capital, pero prefirió pagar un buen hotel para que Loreto no se sintiera incómoda. Precisamente, sentada en un sofá de recepción, encuentra a su novia, que mira hacia ninguna parte. Cuando lo ve, pone cara de sorpresa.

—¿Tú también necesitabas tomar el aire? —le pregunta la chica, que tiene mejor aspecto que hace un rato.

—Bueno, no exactamente, aunque me ha venido bien andar un poco. He salido a buscarte, pero debes de haber tomado un camino diferente al que he cogido yo.

—¿Para qué me estabas buscando?

—Porque necesitaba preguntarte una cosa y te habías dejado el móvil en la habitación —responde Izan, que se sienta a su lado. Le da un beso en la frente y la abraza—. ¿Estás mejor? ¿Sigues pensando que soy un asesino?

Loreto lo mira muy seria, aunque después sonríe con timidez. Suspira y niega con la cabeza. Ella el beso se lo da en los labios.

—¿Qué me querías preguntar?

—Desde que te has ido no he parado de pensar en algo. ¿Quién te dijo que yo había cogido el cinturón del gimnasio? Porque te mintió descaradamente y, de alguna manera, me acusó del crimen de Jimena, aunque sea de forma indirecta.

—No quiero hablar de eso otra vez, Izan. Dejémoslo pasar.

—Me lo tienes que decir, cariño. Es que esa persona puede ser el culpable. ¿No te das cuenta? ¿Cómo sabía que el cinturón estaba en el gimnasio y que tú lo habías dejado allí para devolvérmelo? —insiste el chico, impaciente por saber el nombre de su acusador—. ¿Quién te lo dijo?

—Fue Amanda. Ayer, en la academia.

La expresión de Izan es de asombro absoluto tras la respuesta de Loreto. Se frota la barbilla pensativo y se cruza de brazos. ¿Ella es la asesina? ¿Amanda? El móvil del chico suena en ese instante. Es un mensaje de WhatsApp que el escalador lee en voz alta. Los dos se quedan de piedra cuando se enteran de que cerca de la comisaría de Moncloa ha fallecido otro miembro del grupo de los deportistas que formaban parte de la Dick Fosbury. Aquella historia se había cobrado su cuarta víctima.

CAPÍTULO 56

MARCUS

Madrid, jueves, 18 de septiembre de 2025

—¿Quieres otro vaso de agua?

Marcus se acaba de beber uno entero de un trago, casi sin respirar. Mira a la inspectora Pipper, que tiene el semblante muy serio. También parecen resignados los otros dos policías nacionales que están con él en aquella fría sala de interrogatorios. Se han presentado con sus respectivos nombres y cargos cuando ha entrado en la comisaría, pero no recuerda qué le han dicho. Su cabeza ahora mismo no está para almacenar datos. Solo es capaz de pensar en las últimas horas. Es consciente de que ya nada será igual.

—A ver, Marcus, poco a poco, ¿nos puedes contar tu versión de los hechos? —le pregunta Verónica, que parece mucho mayor desde la última vez que hablaron. Sin duda, el caso de los crímenes de la Dick Fosbury le ha pasado factura—. ¿Desde cuándo lo sabías?

El chico se encoge de hombros y agacha la cabeza. En realidad, ¡qué importancia tiene eso! ¡Ya no se puede hacer nada! Antes o después, ¡qué más da! Otra vez se le ha secado la garganta y nota los labios agrietados. No será fácil explicarles lo que ha pasado sin sentirse culpable.

—¿Me pueden traer más agua, por favor?

Uno de los compañeros de Pipper sale de la habitación y enseguida regresa con una jarra y un vaso. Se lo llena y cuando Marcus se lo bebe, la inspectora vuelve a dirigirse a él.

—Bien. Si estás más tranquilo, es hora de que hablemos seriamente. Necesito que me cuentes la verdad. Tenemos una idea

de los hechos, pero tu testimonio es fundamental. ¿De acuerdo?

La mente del jugador de bádminton de Moratalaz se remonta hasta la una de la madrugada de ese mismo jueves. Ya estaban en el club de Malasaña en el que pinchaban todo el tiempo música española de los años noventa. No conocía la mayoría de las canciones, pero, curiosamente, sonaba *Estoy por ti*, de Amistades Peligrosas, que sí había escuchado antes, cuando ella le dio un toquecito en el hombro. Olga quería hablar con él. Hasta ese momento, no habían conseguido quedarse a solas para charlar a lo largo de la noche.

—Estoy un poco agobiada —reconoce la chica, que tiene un vaso de tubo en la mano. Se lo ofrece a Marcus, que bebe un sorbo pequeño. No sabe qué es, pero no le gusta—. ¿Me acompañas a tomar un poco el aire? Tengo calor aquí dentro.

—Claro. Vamos. Yo también lo necesito.

La pareja se abre paso entre la gente y salen del club de Malasaña. Fuera se está mucho mejor. Corre una ligera brisa fresca que a Marcus le sienta de maravilla. No le apetecía irse de fiesta con sus compañeros, después de cenar, pero Olga se ha animado y no ha podido evitar quedarse también. Parecía que los sentimientos hacia esa chica se habían extinguido, pero solo estaban hibernando. Cuando al mediodía lo llamó por teléfono para quedar con él en Moratalaz se le aceleró el corazón a mil por hora. Imaginaba que coincidirían al día siguiente en el despacho del juez, como con el resto de sus antiguos compañeros de la academia, pero no que iría a verlo a su pueblo. Fue un reencuentro bonito, en el que afloraron multitud de sensaciones. Olga estaba preciosa y mucho más alegre que la última vez que se vieron. Charlaron durante un buen rato. Le explicó que había ido a visitarlo antes de la sorpresa a Jaramillo, de la que Marcus no tenía constancia, para que volverse a ver no fuera tan impactante. De esa forma podrían hablar con calma a solas y ponerla al día de aquellos meses en los que no había sabido nada de él.

La pareja se sienta en un banco de madera que está al otro lado de la calle. Se ha hecho bastante tarde. Hace un rato les ha enviado un mensaje a sus padres para que no se preocuparan. No están

habituados a que salga de noche. No sabe cómo regresará a Moratalaz después, pero la compañía merece la pena.

—¿Estás nervioso por lo de mañana? —le pregunta Olga, que le vuelve a pasar el vaso de tubo a su amigo para que beba. Marcus esta vez lo rechaza. Solo ha dado un sorbito antes y sigue con el mal sabor de boca que le ha dejado el alcohol.

—¿Por la charla con el juez? La verdad es que no. ¿Tú sí?

—A mí siempre me pone nerviosa hablar con personas que me miran como si fuera culpable de algo. En general, la gente me gusta muy poco.

—A mí tampoco me atrae demasiado.

—En eso coincidimos. Somos bastante asociales los dos —dice la chica, que deja en el suelo su bebida y le coge de la mano y se la acaricia—. Fue una pena que tú y yo no llegáramos a más, ¿verdad? Nos complementamos muy bien.

Marcus está a punto de echarle en cara que fue ella la que no quiso dar continuidad a lo que habían empezado en esos últimos días en la academia antes de que la cerraran. Olga le había dicho que no era el mejor momento para una relación y que el que le había gustado desde el principio era Aníbal. Aquello le dio tanta rabia que estuvo varios días muy mal. No comía, apenas hablaba y huía de cualquier noticia que aparecía en los medios sobre la Dick Fosbury y sus asesinatos. Sus padres estaban muy preocupados por él. Sin embargo, no puede hacerle ningún reproche a Olga. Ya no. Ella lo mira con esos increíbles ojos claros y su dulce sonrisa. ¿Quién podría resistirse?

—No hemos hablado todavía de una cosa muy importante.

—¿De qué?

—¿Has salido con alguien en este tiempo? ¿Tienes novia?

—¿Por qué te interesa eso?

—Curiosidad. Simple curiosidad.

—Ya sabes que no sé relacionarme muy bien —responde Marcus, que nota la piel fría de Olga mientras le toca la mano—. No he salido con nadie. Me quedé muy chafado cuando decidiste que no podíamos tener una relación. Era la primera vez que me gustaba una chica y se me rompió el corazón.

—Vaya, eres muy sincero. Siento haberte hecho tanto daño. De verdad.

—Ya lo he superado. Imagino que el tiempo acaba por curarlo todo.

—Eso no es verdad. Hay cosas que no sanan nunca —dice la chica, que recupera su vaso y se bebe lo que falta—. Me tengo que ir ya. ¿Me acompañas?

—¿Adónde vas?

—Aquí cerca. Estamos a quince minutos andando.

El chico accede a acompañarla y juntos caminan por las madrileñas calles de Malasaña mientras charlan de cómo han visto a sus compañeros y a sus entrenadores después de tanto tiempo. En la sorpresa de Alfonso Jaramillo han estado prácticamente todos, con la excepción de Take Okada y de Kike Sánchez. Era previsible que el que fuera su preparador en la academia no asistiera, porque se marchó a Pekín hace unos meses. Le ha gustado encontrarse con el doctor Bustamante, que le ha preguntado por la pequeña lesión, que arrastró al iniciar su etapa en la Dick Fosbury, de la que ya no queda ni rastro. También lo han saludado afectuosamente los conserjes que trabajaban en la academia, en especial Fermín, que le ha dado un buen achuchón. Pasó unas semanas muy intensas junto a ellos, viéndose a diario. Al final todos los que formaban parte de aquel centro deportivo de élite se habían convertido en una segunda familia.

—Ya hemos llegado. No hace falta que me acompañes hasta la puerta del edificio.

—¿No quieres que te vean conmigo?

—Exacto —responde la chica, que no sabe si le habla en broma o en serio.

—Está muy bien esta zona. ¿Con quién vives?

—De momento sola —contesta Olga, cuya expresión ha cambiado y ahora parece que esté preocupada—. Marcus, ¿te puedo pedir una última cosa antes de que te vayas?

—Por supuesto, ¿qué necesitas?

—Nada. Solo quiero que, pase lo que pase en el futuro, no pienses que soy una mala persona, ¿vale?

En ese instante no entendió a lo que se refería. Ella lo besó apasionadamente, como aquel día en el que lo había hecho por primera vez en la academia. Después se despidió de él y se fue caminando por una calle estrecha y con poca iluminación, donde le dijo que estaba el edificio en el que vivía.

—Entonces, ¿Olga te confesó que había matado a Jaramillo? —le pregunta la inspectora Pipper, después de escuchar lo que hicieron la noche anterior.

—No, pero supe que había sido ella.

—¿Cómo te enteraste?

—Porque yo estuve en la calle donde asesinó a Alfonso —responde Marcus apenado—. Me di cuenta cuando lo vi en las noticias. El reportero de una cadena de televisión estaba informando del suceso en el mismo sitio en el que me despedí de Olga anoche. No fuimos a la calle donde ella vivía, la acompañé a que cometiera un crimen.

El chico se derrumba al contarle a la inspectora que sabía desde primera hora de la mañana que su querida Olga Lebedeva era una asesina. Se siente culpable y piensa que podría haber hecho algo más para impedir todo lo que ha ocurrido. Verónica se levanta y acude hasta él. Lo abraza como una madre a un hijo que acaba de tropezar y hacerse una herida. Quizá la suya no cicatrice nunca. Todo es reciente, pero el golpe ha sido muy duro.

El grupo de deportistas se encuentra delante de la comisaría cuando Marcus llega corriendo y gritando hasta ellos. Su padre lo ha llevado en coche y todo el trayecto ha estado pensando en lo que iba a hacer. Sin embargo, cuando la tiene delante, se pone tan nervioso que no le sale nada de lo que había planeado.

—No sabes cuánto lo siento. Me vas a odiar toda la vida, pero debo decir la verdad. Es mi obligación.

—Claro que no te voy a odiar, Marcus. Eso es imposible —le indica Olga tranquila—. Has sido muy bueno conmigo. Me he cansado de engañarme a mí misma y de ocultarme. Alfonso no tendría que haber muerto. He cometido un gran error.

—Entonces, estoy en lo cierto, ¿verdad? Lo hiciste tú.

—No me quedó otro remedio.

La confesión de Olga sorprende a todos los chicos, que escuchan atónitos la charla entre Marcus y la jugadora de tenis de mesa.

—¿Por qué mataste al director?

—Porque me iba a delatar. Él lo sabía todo desde hace mucho, pero eso ya da lo mismo. Alfonso no tendría que haberme puesto entre la espada y la pared. No logré convencerlo para que hoy no se presentara ante el juez para contarle que yo maté a Sara. Si no me entregaba, nunca abrirían la academia. Su querida Dick Fosbury terminó siendo más importante que yo —le contesta Olga temblorosa—. Diez meses llevo pensando en hacer esto y hasta ahora no había encontrado las fuerzas. En el fondo, me has ayudado mucho, Marcus. Habríamos sido felices juntos. Qué tonta. Recuerda lo que te dije anoche. Pase lo que pase.

El chico da un puñetazo encima de la mesa y después se pone de pie tirando la silla al suelo. Llena el vaso de agua y se lo bebe. Los tres policías que están en la sala de interrogatorios se miran entre ellos desconcertados. Es Verónica Pipper la que se le acerca de nuevo, levanta la silla y le pide que se calme. Necesita que esté tranquilo para continuar con la conversación. Marcus le hace caso y se sienta otra vez. La inspectora resopla e intenta no ser muy cruel con sus palabras, pero tiene que cerciorarse de cómo ha ocurrido todo.

—Entonces, tras reconocer que había asesinado a Alfonso Jaramillo, ¿fue cuando Olga salió corriendo hacia los coches y se lanzó sobre el camión que venía de frente?

—Sí —le responde Marcus a la mujer, con los ojos empapados de lágrimas—. Todos vimos cómo se quitaba la vida, igual que hizo su hermana adoptiva hace once años. Ahora, Anita y Olga vuelven a estar juntas.

CAPÍTULO 57

OLGA

Su historia

Tras el cierre de la academia estuvo dando tumbos de un lado a otro. Pasó unos días en Toledo, pero el ambiente en casa era insostenible. No tardó en regresar a Madrid y estuvo en un par de pisos compartidos hasta que se quedó sin dinero. No podía pedirles más a sus padres, cuya situación económica era muy precaria. Entonces recurrió a Alfonso para ver si él la podía ayudar. El director de la academia siempre le había dicho que era como un padre para ella. Olga nunca se lo tomó demasiado en serio, pero era la ocasión de comprobar si aquella afirmación era cierta. Desde que murió su hermana adoptiva Jaramillo se había sentido en deuda con su familia.

—No puedo pagarte un alojamiento en Madrid. Está todo muy caro.

—Pues a Toledo no voy a regresar. Me quedan cuatrocientos euros en el banco. Estoy buscando trabajo, pero si curro no podré entrenar a fondo y ya sabes lo competido que está todo en el tenis de mesa actual. Hay chicas que se dedican casi en exclusiva a esto.

—Te puedo prestar algo de dinero. ¿Cuánto necesitas para ir tirando?

—No lo sé, Alfonso. Esto es una mierda.

—¿Por qué no te quedas una temporada conmigo? Hay una habitación libre en el piso y no tendrás gastos, salvo los tuyos personales. Será una medida provisional, hasta que veamos cuál es la mejor manera de solucionar tus problemas.

Olga aceptó a regañadientes la oferta de Alfonso Jaramillo. Se trasladó a vivir con él cuando comenzó el verano, aunque no se sentía del todo a gusto. Le daba vergüenza que la gente supiera que se estaba quedando gratis con un señor de sesenta años que ni le cobraba el alquiler. Ni sus compañeros de club, ni Rubén, ni tan siquiera sus padres sabían dónde se alojaba en la capital. La cosa marchaba más o menos bien hasta que tuvieron la conversación que lo cambió todo. Fue justo después de regresar de Valencia. Le había ido fatal en aquel campeonato, pero lo peor estaba por llegar.

Alfonso está muy serio cuando llega el domingo por la noche. Hace que se siente en el salón y, sin muchos rodeos, le suelta algo que no esperaba.

—Sé que tú mataste a Sara. E imagino que también a Jimena.

Una sensación de temor invade su cuerpo. Olga comienza a temblar y a darse cuenta de que todo está a punto de desmoronarse. Su gran secreto ha sido descubierto.

—¿Es una broma? —le pregunta a Alfonso intentando disimular, a pesar de que su cara la ha delatado. Ya sabe que no conseguirá convencerlo de que es inocente—. ¿Por qué dices eso?

—Porque te vi aquella noche de noviembre del año pasado tirando el picahielos a una papelera que estaba al lado de la discoteca en la que estuviste con tus compañeros.

Alfonso le explica que, en el grupo de WhatsApp que tenía con algunos de los entrenadores, Kike Sánchez comentó que los chicos habían ido a seguir la fiesta a un local que se llamaba El Escenario. Sara Alarcón se lo había contado por si le apetecía pasarse. Jaramillo no había salido con los preparadores a cenar, pero estaba inquieto. Sabía que la prensa sensacionalista andaba detrás de sus deportistas y le preocupaba cómo pudieran comportarse. Además, le habían prometido que solo irían al restaurante y regresarían temprano a la academia. No había sido así. Debería haberlo imaginado. Tras darle muchas vueltas, decidió ir hasta la discoteca donde se habían juntado los atletas y los entrenadores para controlar la situación. Se puso una gorra y unas gafas oscuras para intentar que no lo reconocieran y estuvo un rato haciendo guardia a una distancia prudencial. No sería bueno que lo descubrieran. Estuvo dudando si

entrar, pero prefirió no hacerlo. Entonces vio como empezaba a salir mucha gente de El Escenario gritando y con el rostro desencajado. Algo grave había sucedido. Una mujer pasó por su lado diciendo que una chica había muerto. No tardaron en llegar varias ambulancias y patrullas de la policía. El caos era total. Sin embargo, una persona aprovechó el lío que se había originado alrededor de la discoteca para acercarse a una papelera y arrojar el arma con la que había matado a Sara.

—Te la jugaste, Olga.

—No supe hacerlo mejor. Estaba muy tensa.

—Si yo no hubiera estado allí, te habrían descubierto enseguida porque seguro que no habrían tardado en encontrar el picahielos con tus huellas y la sangre de Sara. No fuiste demasiado inteligente.

—Tenía que deshacerme de él como fuera. No tuve mucho tiempo para pensar.

—Lo sé, por eso fui hasta la papelera, lo cogí y me lo llevé. Volví al piso lo más rápido que pude sin que nadie me viera. Al día siguiente, arrojé el picahielos al lago de la academia.

Durante días había estado muy preocupada por si los investigadores revisaban la papelera en la que lanzó el afilado objeto que había cogido de la barra de la discoteca y con el que había asesinado a su compañera. Ahora comprende la razón por la que no lo encontraron.

—¿Por qué no me has delatado si sabías que yo había matado a Sara?

—Porque te quiero como a una hija, Olga. Ya lo sabes. Si te hubiese entregado a la policía, tus padres se habrían terminado de hundir y yo me sentiría culpable de ser el responsable de tu detención. Pero las cosas han cambiado y he tenido que tomar una decisión drástica.

—¿A qué te refieres, Alfonso? —pregunta la joven asustada.

—Me ha llamado hoy un pez gordo del Gobierno; una persona de gran influencia. Hacía tiempo que les había escrito para pedirles que me ayudaran a abrir la academia otra vez. Me han asegurado que en cuanto encuentren al asesino todo podrá volver a la normalidad. Necesito el dinero, Olga, y la Dick Fosbury es mi vida.

Jaramillo le hablaba con lágrimas en los ojos. Le confesó que le había resultado muy duro tener que elegir entre ella y la academia. Había intentado comportarse como si ignorara lo que sabía. Sin embargo, ya no podía ocultarlo más. Le propuso que ella misma se entregara a la policía, quizá así le caerían menos años de cárcel. Además, a él le costaría mucho ir hasta la comisaría y denunciarla. Olga no quiso seguir escuchándolo. Se fue consternada del apartamento de Alfonso y pasó esa noche en la calle. A la mañana siguiente, recogió sus cosas del piso de Chamberí y partió para Toledo, donde se quedó un par de días en casa de sus padres. Jaramillo la llamó por teléfono varias veces. No se lo cogió hasta que harta de su insistencia decidió responder. No fueron buenas noticias. El hombre le dijo que el jueves iría al despacho del juez Betancourt y se lo contaría todo. Le daba esos dos días de margen para confesar y entregarse a la policía. Casi al mismo tiempo, Dafne se puso en contacto con ella para hablarle de una sorpresa que le iban a dar al director en la Casa de Campo para animarlo. Al principio no iba a acudir, pero, finalmente, decidió presentarse. Quizá era el último cartucho para convencer a Alfonso de que no la delatara. Esa tarde, mientras los demás entraban a visitar el centro, después de un emotivo discurso en el que Jaramillo hizo referencia a la posibilidad de que la Dick Fosbury abriese de nuevo, Olga logró quedarse a solas con él y le rogó que cambiara de opinión.

—Si no detienen al culpable jamás volveremos a abrir la academia. Entiéndeme. No es un plato de buen gusto para mí.

—Por favor, piénsalo bien. Me destrozarás la vida. ¿No me consideras como una hija? ¿Eres capaz de entregarme a la policía por dinero?

—No es solo por dinero, Olga. He hecho lo que he podido para protegerte durante todos estos meses. No te imaginas cuánto he sufrido sabiendo lo que has sido capaz de hacer. Ya no puedo más. Ver la Dick Fosbury cerrada, después del esfuerzo que hice porque funcionara otra vez, me está quitando la salud. No estoy bien.

—Joder, Alfonso. Me equivoqué. Fue un ataque de rabia. No soy una asesina.

—Tú la mataste. El motivo da igual.

Dicen que la primera vez es la más difícil. Sin embargo, para Olga, asesinar a Alfonso Jaramillo fue más complicado que la primera vez que mató a alguien. Marcus, el bueno de Marcus, la acompañó hasta la calle donde vivía el director. De alguna forma, quería que él estuviese presente. Era como su Pepito Grillo. Sabría qué hacer si todo salía mal. Había ido a verlo al mediodía a Moratalaz y por unos minutos volvió a ser feliz. Aquel chico era especial en todos los sentidos.

Se había hecho muy tarde. Sabía que Alfonso estaría durmiendo. Olga abrió la puerta del edificio con las llaves que aún conservaba y subió hasta la tercera planta por la escalera. No encendió ninguna luz del apartamento. Sigilosamente, alumbrándose con la linterna del móvil, fue hasta la cocina y cogió el cuchillo más grande que vio. Alfonso, en efecto, estaba dormido en su habitación y no tuvo ninguna posibilidad de defenderse. Olga levantó la hoja afilada y con todas sus fuerzas y todo su dolor se la clavó hasta en tres ocasiones. Fueron las mismas veces que hundió el picahielos en el cuerpo de Sara. Pensaba que había muerto al instante, pero, por lo que había leído en internet, una vecina se lo encontró en el pasillo de la tercera planta, junto al ascensor, hacia las cuatro de la madrugada. Se lamentó cuando lo supo porque no había pretendido que sufriera. Esta vez sí tomó precauciones y arrojó el cuchillo a varios kilómetros de distancia de donde vivía Jaramillo, cerca del motel de carretera en el que se estaba quedando. El resto de la noche lo pasó sentada en la cama, pensando en lo que había hecho. No había tenido otra opción. Pero ¿había merecido la pena? Tarde o temprano la iban a descubrir. Estaba segura. Los remordimientos la acosaron en cada minuto de esa madrugada en la que fue incapaz de dormir. Alfonso no tenía la culpa de lo que había pasado con Sara. La única responsable era ella, y también esa miserable que había asesinado a la mejor amiga de su hermana.

—¿Has sido tú la que ha avisado a los entrenadores? —le pregunta Olga a Sara mientras se retocan en el baño de El Escenario.

—Sí, pero no se lo digas a nadie, por favor. Me matarán.

A Olga se le escapó una sonrisilla sarcástica cuando escuchó aquello. Ya había tomado la decisión. Llevaba escondido en el pantalón un picahielos que se había dejado una camarera en la barra. El arma perfecta para clavársela a esa indeseable cuando encontrara el momento oportuno. Esa noche, la jugadora de bádminton se había puesto un perfume caro, que a lo mejor le había regalado el imbécil de Kike Sánchez, con el que no paraba de retozar en la pista de baile. Olía diferente a aquella tarde, después del entrenamiento. Al entrar en el vestuario, Olga identificó aquel potente aroma a chocolate. Era el mismo olor que había en el despacho de Jimena cuando la encontró muerta.

—Qué bien huele tu gel —le dice a Sara, que ya se había duchado y se estaba vistiendo. Era obvio que ella había estado en la consulta de Veri justo antes de que la asesinaran.

—¿A que sí? Es de la marca Laiseven. Mira.

Sara saca el bote de la bolsa en la que lo había guardado y se lo da para que lo huela. Sin duda, es la misma fragancia que olió en el despacho de Jimena la tarde en la que descubrió su cuerpo inerte en el suelo. Olga no sabía la razón por la que la jugadora de bádminton había matado a su querida Veri, pero tenía claro que era la asesina. No sospechaba que Sara odiaba a Jimena por su cercanía con Kike, el gran amor de su vida y el motivo por el que se había ido a Madrid. Estaba tan obsesionada con el entrenador que marcó su adolescencia que no pudo soportar que la terapeuta estuviera liada con él, a pesar de que le juró que jamás habían tenido nada.

—¿En la academia solo usas tú este gel?

—Creo que sí. Además, lo estrené el lunes. Así que todavía conserva muchísimo el aroma a chocolate; da la impresión de que te has echado una taza de Paladín por encima. Es un poco empalagoso, pero a mí me encanta. Amo el chocolate.

Olga fuerza una sonrisa, aunque aquello no le hace ninguna gracia. Tiene delante a la presunta asesina de Veri. Sara había estado esa tarde en el despacho donde pasaba consulta la terapeuta. Luego, desapareció de manera misteriosa durante dos días. ¿Remordimientos de conciencia? Eso le da lo mismo. ¿Podría ir a la policía y contarles lo que cree que ha sucedido? Sin embargo,

no la van a escuchar. Es una prueba tan tonta que la mandarán a paseo. Verónica Pipper le impone demasiado. Además, si esa chica ha matado a la amiga de su hermana, no merece seguir viviendo. Ojo por ojo.

—Oye, Sara, ¿tú tuviste sesión con Jimena el lunes por la tarde?

—No, yo estuve con ella por la mañana. Por la tarde la tuvo Amanda.

—¿Y no pasaste por su despacho?

—No. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque creía que habías estado con ella antes de que la asesinaran.

—No, seguro que no.

—A lo mejor fuiste la última persona que la vio con vida.

—¿Estás insinuando algo? —dice Sara, con un tono más agresivo —. ¿Qué me quieres decir exactamente, Olga?

—Nada. Solo era curiosidad. Nada más.

—Pues métete por el culo tu curiosidad. Ya ves lo que le sucede a la gente de esta academia que se pasa de curiosa.

Aquello había sonado a amenaza. Estaba alucinando. Sara salió disparada del vestuario cuando ni siquiera se había acabado de vestir. Su actitud era más que sospechosa. El jueves, en la cena en el restaurante, le preguntó a Amanda si ella había tenido sesión con Jimena el lunes por la tarde. Le dijo que sí, pero que había sido improvisada. Entonces, ¿cómo sabía Sara que la jugadora de vóley había estado en el despacho de la psicóloga? Era demasiado evidente que ella había asesinado a Veri y su misión era vengarla. Había actuado en el nombre de Anita Vidal.

CAPÍTULO 58

TODOS

Madrid, miércoles 8 de abril de 2026

—Es increíble que siga enfadado contigo.

—¡Ya ves! Qué rencoroso. Aunque lo entiendo, ¿eh? Le hice una putada muy grande, pero él se lo buscó. Los dos se lo buscaron.

Grecia y Amanda están tumbadas en la cama de la habitación de la jugadora de vóley playa. Hablan de Izan. El escalador todavía no le ha perdonado que le dijese a Loreto que él había sido quien cogió del gimnasio el cinturón con el que asesinaron a Jimena Portero.

—Todavía no entiendo cómo pudiste ser tan mala —dice Grecia riéndose, mientras le acaricia el cabello. Las dos se lo han dejado crecer mucho, aunque están pensando en cortárselo pronto—. ¿Tanta rabia te daba?

—Mucha. Había jodido a mi amiga. ¡Y nadie jode a mis amigos!

El día de la sorpresa a Jaramillo, Amanda observó como Nerea miraba a Izan y a Loreto y se sintió mal por ella porque se notaba que todavía le gustaba aquel chico. No aguantaba a esos dos, que ahora parecían muy felices. Durante la reunión en la Casa de Campo tuvo la oportunidad de fastidiar a la entrañable parejita de Pamplona que se había formado por sorpresa. Al pasar la escaladora por su lado no pudo evitar hacerle un comentario. Le soltó lo bien que le quedaba el cinturón de la cobra con el que habían asesinado a Jimena Portero en aquella famosa foto que había salido a la luz. Evidentemente, lo dijo con toda la sorna y la mala uva del mundo. Aunque llegó a atraerle en su momento, Loreto había elegido el camino del mal: dejar de ser lesbiana para liarse con un tío. Nada

menos que Izan Cabañas, el influencer más deseado. El comentario le sentó tan mal a la chica que se defendió sacando las garras.

—Yo lo perdí de vista en el gimnasio. Alguien se lo llevó. ¿No serías tú?

—¿Yo? ¡No! No voy cogiendo por ahí lo que no es mío. —Entonces Amanda lo vio claro. Podía matar dos pájaros de un tiro—. Fue tu novio.

—Mientes. Izan no se lo llevó.

—Te juro que sí. Que se muera mi perro Zeus si estoy faltando a la verdad. Vi con mis propios ojos, mientras hacía bicicleta, que él lo cogió. ¿Por qué no se lo preguntas?

Amanda ni siquiera tenía perro, pero se divirtió pensando que esos dos discutirían por el tema del cinturón y que Loreto en algún momento hasta sospecharía que su novio era el asesino. Casi siete meses después no queda ni rastro de aquella pareja, que se separó unas semanas más tarde, aunque Izan continúa sin dirigirle la palabra.

—Lo hice por Nerea. A la que respeto y quiero como a una hermana. Es la reina a la que yo le rezo.

—Fuera de coñas, ¿qué haríamos nosotras sin ella? —dice Grecia sonriendo—. Cuánto me ha ayudado estos últimos meses.

—Es una tía genial. Guapa, lista y deportista. Aunque nunca admitiré que he dicho eso.

—¿No estarás enamorada de ella? Pasáis mucho tiempo juntas.

—¿Y tú? Ah, no. Que tú prefieres a los muertos.

—Eres una cabrona. ¡Hace mucho que no tengo alucinaciones!

—Yo sí que alucino con lo buena que estás. ¿Cuánto has pesado esta mañana?

—Lo mismo que ayer, idiota.

Las dos se ríen, aunque Amanda le recrimina que la insulte y le da un almohadazo. Grecia, en lugar de devolvérselo, se coloca encima y la besa con pasión. Lo único que le apetece ahora mismo es hacerle el amor, como casi todos los días desde que decidieron estar juntas. Ni la dura competición que tanto les exige ha podido frenar aquella relación tan especial. Ambas buscan ser pronto las número uno en sus deportes, y estando en la nueva Dick Fosbury, que abrió otra vez

sus puertas en enero, es mucho más fácil que se cumplan sus objetivos.

—Vas a llegar a Tallin como una moto, hermana —le dice Susana a Alejandra, mientras se mete una alita picante en la boca. Están cenando en un Foster's Hollywood del centro de Madrid. Esa noche han quedado sin sus parejas—. Yo te veo ganando el oro.

—Todavía falta mucho para el campeonato de Europa. Y hay gente muy experimentada.

—Yo no pienso ponértelo fácil en las próximas pruebas —interviene Nieves, que se está comiendo un puré de patatas—. No me pienso dar por vencida por muy buena que seas, Ale. Ganarte es mi principal objetivo.

—Primero gáname a mí —replica Susana—, que llevo superándote en las dos últimas competiciones.

—¡Porque me pillaste en un mal día!

Alejandra sabe que Nieves es su rival más difícil. Ha mejorado mucho en esos últimos meses. La tinerfeña es la única de las tres amigas que ha optado por no aceptar la propuesta de regresar a la Dick Fosbury. Permanecerá en el CAR de Madrid durante los próximos años, preparándose para los Juegos Olímpicos de Los Ángeles, un sueño casi inalcanzable. Poder estar cerca de Christian ha sido una de las razones principales por las que no volvió a la academia, que ahora dirige Dafne Alcaraz. La que fue subdirectora se hizo con las riendas del proyecto tras el fallecimiento de Alfonso Jaramillo. Los directivos americanos confiaban en ella.

—Hay que ir poco a poco, chicas —sugiere Alejandra, que está en el mejor momento de su vida a nivel deportivo y sentimental. Su relación con Rubén va genial y se ha convertido en una de las atletas jóvenes españolas con más futuro. Nadie duda de que lo hará muy bien en Estonia en junio y después en el Campeonato Mundial de Hong Kong—. ¿Te vas a comer eso?

Susana le dice que no y la valenciana coge la mazorca de maíz de su plato. Últimamente tiene un apetito voraz. Sus amigas bromean con la posibilidad de que esté embarazada y que por eso necesita

alimentarse por dos. Eso, o una lesión grave, sería lo único que podría impedirle arrasar en los próximos torneos, en los que las tres van a competir en la modalidad de sable. Claudia y Lucía, sus maestras de esgrima, le siguen dando mucha caña en cada entrenamiento para que no se confíe.

—El otro día me escribió Chema, ¿os lo dije? —comenta Susana mientras les enseña el mensaje en el móvil.

—¿Desde la cárcel?

—No está en prisión —le responde la salmantina a Nieves—. Quería saber cómo me iba. Por supuesto, no le respondí.

—Hiciste bien, mi niña. Tú ya tienes a tu novio. No necesitas empotrarte a un tramposo.

Finalmente, habían declarado culpable a Chema Fajardo por el asunto de las apuestas ilegales y los amaños de combates. Se había librado de ir a la cárcel por muy poco. Quizá le favoreció el haber jugado sus cartas con la policía y el juez. El taekwondista castellanoleonés les contó que sabía quién era la asesina y quiso algunos beneficios por su testimonio. Acusó a Olga, a la que, de casualidad, había escuchado hablar con Jaramillo el día de la sorpresa al director. La chica le pidió al hombre que no la entregase y no desvelara que había asesinado a Sara. Minutos después de revelarle la información a la policía, Olga se quitó la vida. Aunque evitó entrar en prisión, tanto él como el preparador técnico, Take Okada, habían sido suspendidos por la Real Federación de Taekwondo para siempre. Por supuesto, la academia no contó con ellos, aunque sí con Teo, al que le buscaron otro compañero de su misma categoría. Luis Muñoz se había adaptado bien al ritmo de la academia y a la convivencia con el grupo. Dafne había contactado con Nuria Ruano, la entrenadora a la que no contrataron la otra vez, y le ofreció el puesto que había quedado vacante. La mujer aceptó y estaba muy ilusionada con sus dos taekwondistas de cara a los próximos Juegos Olímpicos.

—Teo no es mi novio. Solo es... un buen compañero con el que me acuesto.

—Claro, claro. Lo que antes se llamaba amigo con derecho a roce —le dice Alejandra riéndose—. Que te gusta un taekwondista,

Susana. Eso sí, ten cuidado con la cadenita de la Virgen de la Vega, no se te vaya a romper otra vez.

—Hola, Marcus. Me voy ya a dormir.

El joven levanta la cabeza y ve a Lisa Ming, que ya se ha puesto el pijama. Fue la chica que la academia eligió para sustituir a Sara. Como él, también es de origen chino. Tienen una forma de ser parecida tanto en la vida como en la pista. Han formado una pareja muy sólida y aspiran a ser relevantes en el circuito de dobles mixtos.

—Yo todavía no. Voy a quedarme leyendo un poco más —responde Marcus, que lleva sentado más de una hora en uno de los sillones de la biblioteca. Desde que ha vuelto a la academia le gusta pasar las noches tranquilo y alejado de todo en esa habitación.

—¿Qué libro es?

—*La Sombra del Viento* de Carlos Ruiz Zafón. Lo leí hace unos años, pero no me acuerdo muy bien.

—Es muy bueno. De mis favoritos.

—A mí me dejó muy buenas sensaciones. A ver qué tal esta vez.

—Quizá me lo vuelva a leer. Ahora me han entrado ganas —dice Lisa esbozando una sonrisa dulce—. Me voy a la cama, que estoy muy cansada. Buenas noches.

—Buenas noches.

La chica se marcha y Marcus se queda otra vez solo en la biblioteca. Lisa le da un poco de pena. Cree que podría sentir algo por él, pero no es recíproco. Desde que Olga murió nadie ha vuelto a llenar su corazón. Hay muchas noches en las que sueña con ella y se despierta sudando al recordarla lanzándose sobre aquel camión. Sintió un dolor tan grande que tardó mucho en recuperarse. La academia lo salvó. A pesar de que había perdido la forma por completo, Dafne volvió a confiar en él. También en Aníbal, con quien hace pareja. Está más centrado en el dobles y en el mixto con Lisa que en su carrera en individuales. Le hace ilusión esa nueva etapa como doblista. Además, cambiar de entrenador le ha venido genial. No hubiera podido soportar ponerse de nuevo en las manos de Kike Sánchez, al que detuvieron cuando regresó de China. Take Okada

acabó revelando que él también formaba parte de la trama de las apuestas y que había intentado convencer a varios jugadores de bádminton para que amañaran partidos. Entre ellos a Sara Alarcón, que estaba enamorada de él desde su adolescencia. La prensa había filtrado parte de la declaración de Kike cuando lo interrogaron. Dijo que Sara estaba obsesionada con él, hasta tal punto que pensaba que asesinó a Jimena por celos y luego se escondió un par de días en aquel hotel de Príncipe Pío. Con la psicóloga él no había tenido nada, a pesar de los rumores y de las apariencias. Era una compañera de la academia, con la que podía irse a tomar una cerveza, como hacía con otros. Tampoco mantuvo relaciones sexuales con Sara, pero sí acabó admitiendo que tonteaba con ella para seducirla y que participara en los amaños. ¿Lo creía? Nada de lo que ese hombre decía era de fiar. El mal ya estaba hecho, así que lo mejor era olvidarse de Kike Sánchez y de todas sus miserias.

Marcus llega hasta la página 211 de la novela de Zafón. Le ha entrado sueño. Ojalá esa noche consiga dormir sin pesadillas. Sube hasta recepción, donde se encuentra a Blanca Hervás, la chica que ha sustituido a Olga. Es muy bajita y su carácter no tiene nada que ver con el de su antecesora. Cuando la ve no puede reprimir acordarse de la joven con la que tuvo sus primeros besos. La quería. Sí, se enamoró locamente de ella. Fue una tragedia que decidiera marcharse. No era imaginable, aunque ella lo tenía todo planeado. En el motel de carretera en el que se hospedaba había dejado una nota de despedida.

> Si encuentran esta página será porque yo ya no estoy en este mundo. Tengo muy claro lo que debo hacer, pero quién sabe. Me considero una chica bastante cobarde. Matar a dos personas no es reflejo precisamente de valor. Por si se lo preguntan, sí, yo asesiné a Alfonso Jaramillo. Y sí, yo también maté a Sara Alarcón. Al director, porque me quiso entregar a la policía, no lo culpo, y a mi compañera en la academia porque me quitó el pedacito que me quedaba de mi hermana. Sara asesinó a Jimena, investiguen si quieren las razones. Eso a mí ya me da lo mismo. No sé si me temblarán las piernas en el momento decisivo, pero, por si no vuelvo, es un placer haberos conocido. Pase lo que pase.
>
> Olga Lebedeva

—La verdad es que no tengo ni idea de cuándo voy a ir a Pamplona, Loreto.

—Si vienes, avísame. Aunque sea para tomarnos un café.

—¿Estás segura de que quieres quedar conmigo?

—Sí, Izan. Ya me he recuperado. Hace meses que desapareciste de mi cabeza.

—Eso es imposible —bromea el chico, que se revuelve el cabello ensortijado.

—Siempre tan modesto. Pues sí, me he olvidado de ti. De hecho, estoy conociendo a alguien.

—¿Chica o chico?

—Es una tía. Paso de hombres.

No sabe qué parte de responsabilidad tiene él en que Loreto le haya cogido cierta aversión al género masculino, pero lo comprendería si fuese por su culpa. Él había sido el que decidió romper la relación en noviembre del año pasado. Sabía que ella todavía estaba enamorada, pero los sentimientos de Izan no eran los mismos. Quizá nunca fueron del todo ciertos. Le gustaba estar con la que primero había sido su mejor amiga y luego se convirtió en su novia. Disfrutaba del sexo, de sus conversaciones y de su pasión por la escalada. Sin embargo, en ningún momento acabó de ver claro un futuro a su lado. Lo mejor era separar definitivamente sus caminos. Loreto se quedó en Pamplona e Izan había regresado a Madrid cuando la academia volvió a abrir. Dafne eligió a otro chico para hacerle competencia en el bloque y eso lo había motivado. Tenía a uno de sus mayores rivales en casa. Todavía estaba lejos de alcanzar los resultados que deseaba, pero aún quedaban dos años hasta Los Ángeles. Por lo menos, el hombro y la clavícula lo estaban respetando.

—¿Son ya las once? —pregunta Izan, que oye el sonido de unas campanas al otro lado de la línea.

—Eso parece. Llevamos media hora hablando. Como en los viejos tiempos.

—Hay una canción que me cantaba mi abuela que decía que cualquier tiempo pasado nos parece mejor.

—Bueno, eso es relativo, pero lo debatimos otro día, ¿te parece?

Izan está de acuerdo. Entre otras cosas porque tiene algo importante que hacer. Se despide de Loreto y va rápidamente a ponerse una sudadera. Todavía hace frío en la Casa de Campo, aunque pronto llegarán los meses de calor en Madrid. Sale de la habitación y baja la escalera hasta la recepción del edificio A. Todo parece en calma. Los nuevos no son nada ruidosos. Saluda a Fermín y camina hacia el exterior. Las farolas iluminan la placa de homenaje a Anita Vidal. Muy cerca han puesto un busto de Alfonso Jaramillo, el artífice de todo aquello y al que en los días 18 de cada mes rinden pleitesía en la academia que él fundó. Ese año habría cumplido los sesenta y dos.

—Llegas tarde —le dice una chica, que lo espera de pie junto al lago artificial—. Seis minutos tarde.

—Lo siento. No volverá a pasar.

—Más te vale o no quedaré más contigo.

—Eso no es verdad —asegura Izan, que avanza hasta ella con una sonrisa—. No sé por qué no podemos vernos en la habitación.

—Porque las paredes están hechas de papel de fumar.

—¿Y qué importa eso?

—Importa porque queremos que, de momento, nuestra historia de amor sea clandestina, al margen de la ley no escrita de la academia —comenta Nerea, que lo rodea con las manos y se cuelga de su cuello—. Les caes mal a mis amigas.

—Con Grecia me llevo medio bien.

—Pero odias a Amanda.

—Eso es verdad. También ella me odia a mí —dice Izan, que se muere de ganas de besarla—. Entonces, ¿hasta cuándo vamos a estar así, viéndonos a la luz de las farolas y muriéndonos de frío?

La chica le da un beso en los labios y después dibuja una de esas sonrisas que lo vuelven loco. Es increíble la de giros que ha dado la historia. Quién le iba a decir que lo mejor del retorno de la Dick Fosbury sería empezar una relación con Nerea. No hay muro en el universo, por muy interesante que sea de subir, que supere eso.

—Hasta que me anime a salir en tus redes sociales y me presentes a tus seguidores como tu pareja. ¿Crees que nos haríamos virales?

EPÍLOGO

Mayo de 2014

El entrenamiento de la tarde ha sido todavía peor que el de la mañana. Siente que no avanza, que la presión la está devorando. Además, no ha parado de sangrar por la nariz. Su entrenadora la mandó al médico de malas formas, porque Anita se negaba a ir. Juan Bustamante tampoco ha sido demasiado amable. Tuvieron un desencuentro hace poco y eso todavía le escuece al doctor. Como colofón a aquel día de mierda, ha discutido con uno de los conserjes por mirarle el culo. El hombre lo ha negado, pero la chica estaba segura de lo que había sucedido. No es la primera vez que le pasa con él. Ha acabado gritándole y amenazándolo con denunciarlo.

Anita no puede más. Le gustaría marcharse a donde nadie le exija nada y no tenga que ser perfecta. Donde nadie la mire. La gimnasia artística es un deporte muy complejo, en el que si no lo haces todo de diez es imposible alcanzar buenos resultados. Tras varios años de esfuerzo y cientos de horas de trabajo se está dando cuenta de que lo que desea es ser libre.

—¿Adónde vas? —le pregunta Veri, con la que se cruza por la escalera.

—A la terraza, a tomar el aire.

—¿Te encuentras bien? ¿Se te ha cortado ya la sangre?

—Sí, hace rato. Debe de ser, como tú me has dicho antes, por la presión. Estoy muy estresada.

—Es que tienes que tomártelo todo con más calma, Anita —le sugiere su amiga, que le sonríe—. ¿Quieres que esta noche cenemos fuera y nos comamos una pizza?

—¿Una pizza? Tú estás loca. Nos mataría la entrenadora.

—No se enterará. Anda, hagámoslo.

—No, Veri. No estoy para pizzas. Ni para nada.

—Solo estoy tratando de animarte.

—Ahora solo me apetece estar sola.

—Pero no puedes seguir así —le dice Veri, que trata de cogerle la mano. Sin embargo, Anita se la aparta bruscamente—. Lo siento. No quería molestarte.

Una gota de sangre cae al suelo. Ana se toca la nariz y comprueba que está sangrando otra vez. Se tapa el orificio con un dedo y sale corriendo escaleras arriba. Veri le vuelve a pedir perdón, pero no va detrás. ¿Por qué se siente tan mal y no es capaz ni de aceptar la ayuda de una amiga?

En la terraza sopla bastante el viento. Anita saca un pañuelo del pantalón y se lo pone de tapón en la nariz. La sangre no tarda en cortarse, pero siente una fuerte presión en la cabeza y le pitan los oídos. Las fuerzas le flaquean y le apetece dormir. Sin embargo, unos pasos que provienen de la escalera la ponen en alerta. Alfonso Jaramillo aparece en un momento en el que la chica daría lo que fuera por no estar en aquella academia. Quizá es una señal de que tiene que irse.

—Estás aquí —dice el hombre, y se acerca hasta ella. Mira el pañuelo ensangrentado, que se le ha caído a Anita al suelo—. Juan Bustamante me ha contado que sangras mucho por la nariz últimamente.

—No es nada.

—Ya sé que no es nada. Tus analíticas son buenas. No estoy preocupado por eso.

Alfonso parece muy serio. A lo mejor es por el tema del que quería hablar antes con ella. Había recibido quejas de su comportamiento por parte de alguna persona del centro, aunque no le dijo de quién.

—Si no fuera porque eres la mejor, te habría mandado ya a la mierda —le suelta el director, de forma agresiva—. Tienes a todo el mundo encabronado. Entiendo que puedas estar pasando una mala racha, que discutas con alguien en un momento determinado, pero estás siendo una estúpida niñata que no respeta a nadie.

Las palabras de Alfonso la golpean tan duramente que se queda en shock. Nunca le había hablado así en todo el tiempo que lleva en la Dick Fosbury. Es verdad que ha tenido discusiones con varias personas en la academia, pero no todo es culpa de ella.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque estoy cansado de tu comportamiento.

—No es como te han contado.

—¿No? El doctor se quejó de ti, tu entrenadora está harta de ti y me acabo de enterar de que le has gritado a un conserje y lo has amenazado con denunciarlo. ¿Tú quién te crees que eres, Ana?

—Ese tío me estaba mirando el culo, Alfonso. Es un asqueroso.

—No creo que lo haya hecho. Es un buen hombre. Y si lo ha hecho, ¿qué pasa? ¿Es que no tienes culo o qué?

—¿Estás defendiendo que me acosen?

—No te inventes lo que yo no he dicho. No eres el ombligo del mundo, por muy buena que seas en lo tuyo. En realidad, no eres nadie sin nosotros, Ana. Nadie. Así que deja de creerte una estrellita que tiene a todo el mundo en contra, por favor. Si estás tan mal aquí, sé valiente y quítate de en medio. Súbete a una silla y lánzate al vacío. Así descansaremos todos.

El ataque del director es la gota que colma el vaso. La cabeza le va a estallar. También los oídos. ¿Qué coño hace allí? ¿Por qué no es capaz de reaccionar? La presión, la puta presión de ser perfecta. De conseguir buenos resultados. De que todos la miren y de ser juzgada continuamente. Un fuerte impulso la domina. Algo que ya se escapa de su control. El director tiene razón. Anita coge una silla y la lleva hasta la baranda de la terraza.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que tú me has pedido. Ahora lo veo claro —dice Anita, que se sube a la silla, con lágrimas en los ojos—. Gracias, Alfonso.

—¡No hablaba en serio! ¡Ana! ¡No...!

Jaramillo no puede impedir que su mejor deportista salte desde la terraza del edificio A de La Hoguera. Cuando se asoma al muro y mira hacia abajo ve a Anita en el suelo, con un reguero rojo rodeando su cabeza. No puede creerse lo que acaba de pasar. Se agacha y empieza a llorar, culpándose de lo que ha sucedido. Es el

responsable de su muerte. ¿Qué ha hecho? Sin embargo, debe recomponerse rápido. Es el director de la Dick Fosbury y nadie puede enterarse de que él ha sido el que ha incitado a esa chica a que se suicide. Lo consiguió hasta el final de sus días. Porque ni siquiera Olga Lebedeva supo que había vengado la muerte de su hermana adoptiva cuando liquidó a Alfonso Jaramillo, once años más tarde del suceso de Anita Vidal.

AGRADECIMIENTOS

Me apasiona el deporte, por eso escribir esta novela ha sido un verdadero placer. He intentado acercarme a su lado más honesto y contaros esa parte en la que los deportistas compiten por ser los mejores en su disciplina, disfrutan de los entrenamientos, sienten la presión, sufren lesiones, establecen vínculos extraordinarios con sus compañeros y rivales, se esfuerzan al máximo y aman lo que hacen. He tratado de huir de sensacionalismos y prejuicios. Espero haberlo conseguido y que todos los atletas que lean esta historia queden satisfechos de la visión que he dado del deporte. Es una novela, así que perdonadme también por haberme tomado algunas licencias.

Los 15 de Fosbury es mi novela publicada número diecinueve. Guau. ¡Quién me lo iba a decir a mí cuando estaba en aquel pozo sin fondo del que no me veía capaz de salir! Yo iba para periodista deportivo y veintipico años más tarde estoy escribiendo los agradecimientos de un libro que tiene el deporte como eje principal de la trama. Un *sport romance thriller*, podríamos denominarlo, hoy, que etiquetamos todo. Es más que un sueño hecho realidad. Nada de esto tendría sentido ni habría sido posible sin mis padres. En tiempos complejos, porque todos nos hacemos mayores, es bonito llamaros cada día y hablaros de las palabras que llevo escritas, de cómo ha ido la firma en la ciudad de turno, de cuándo será mi próximo viaje a Sevilla, y cruzar los dedos para que el tren salga a su hora. Soy lo que soy, en gran parte, por mis padres. También me ha aportado mucho mi hermana, María, aunque ella no se dé cuenta ni lo sepa. Me gusta aprender y escuchar a los demás y siempre presto especial atención a lo que ella dice o hace. Es una gran psicóloga. A los tres os debo mucho.

La vida puede ser maravillosa, que decía el gran Andrés Montes, uno de mis periodistas deportivos favoritos. Es maravillosa si estoy a tu lado, Ester. Me impresiona todo lo que eres capaz de hacer. Qué increíble es compartir la existencia con una persona tan inteligente, generosa, brillante, entregada y con tantas ganas de vivir como tú. Somos cómplices a nuestro ritmo, con nuestras cosas. Nuestros momentos. Seguimos recorriendo el mundo y poniéndole el check azul a un montón de experiencias que jamás creí que fuera a llevar a cabo. Y lo que nos queda. Porque, aunque parezca una exageración, vivo más enamorado de ti que nunca.

Parcelita en estos agradecimientos para mi familia. Kuki, simplemente, eres la mejor. Gracias por todo. A mis tíos y a mis primos (y a sus parejas e hijos), ánimo y para adelante. La unión siempre hace la fuerza y yo os mando toda mi energía a 600 kilómetros de distancia. También me quiero acordar esta vez de los que ya no están. A mis abuelos les habría encantado conocer esta faceta de su nieto. Tito Mario, sé que me envías tus superpoderes desde donde te encuentras. Tito Jose y tito Lolo, un beso de vuestro sobrino cabezón. A la familia de Ester, muchas gracias por vuestros buenos deseos y el cariño que me dais cuando nos vemos. Agradezco también a mis amigos de Carmona, a los que conocí en la universidad —especialmente a Judit y a Henar por los consejos y aclaraciones médicos para esta novela—, a los del mundo del libro y a todas esas personas que me he ido encontrando por el camino que siguen estando ahí después de tantos años. No soy un tipo muy social, pero sí agradecido. Un simple wasap de alguno de vosotros, a veces, me alegra el día. Gracias también al doctor Portero, por curarme los ojos. Y al doctor Bueno y a la doctora Hernández. Me sigo adaptando a esta nueva vida.

Tengo a la mejor editora del mundo. Puri, millones de gracias por tu ayuda, respaldo y por el trabajo que has hecho con esta novela. Gracias también a tu hija Alejandra, que tanto me ha inspirado en esta historia. Ahora veo la esgrima con otros ojos. Gracias, por supuesto, al resto del equipo: Raquel, Isa, Belén, Silvia, Álex, Lolita, Laura, Oihane, Elisa, Vanessa, Paula y a las demás personas de la editorial Planeta que se esfuerzan para que mis libros sigan siendo

importantes. Paco, Carmen, Carlos y Chiwi, os voy a echar de menos. Gracias a Oriol Gálvez por las correcciones y a Carlos Valdés por ponerles voz a mis novelas. También gracias a los chicos de Booket, de Planeta Audio, de Columna y de La Butxaca y a los departamentos de diseño y de digital del grupo Planeta. Les estoy muy agradecido a las delegaciones de Perú, Colombia y México por lo bien que me trataron en los viajes del año pasado. Ojalá podamos visitar más países pronto y llegar a las librerías de toda Latinoamérica. No me rindo. ¡Ah! ¡Y gracias al equipo de seguridad de Charlie, que me acompaña en la Feria del Libro de Madrid, y a Julio y a sus muchachos, que lo hacen en Lima!

Para esta novela he hablado con deportistas y entrenadores que me han estado asesorando durante el proceso. Han sido indispensables para poder conocer cada deporte a fondo. Gracias al CAR de Madrid y a la residencia Joaquín Blume por abrirme sus puertas, y a Marcos Flórez, Jaime Flórez y Ariadna Tucker por ser unos guías perfectos. También muchas gracias a la Sala de Armas de Madrid (SAMA), a su director, Javier Calvo, al maestro armero Samuel, a Merche, a Lucía Torrente y a Alejandro Núñez por permitirme pasar una tarde muy instructiva entre sables, espadas y floretes. Gracias a las jugadoras de bádminton Sonia Martínez y Cristina Teruel, a las escaladoras Lucía Sempere y María Paredes, a las halterófilas Irene Blanco y Malen Monasterio, a la jugadora de tenis de mesa Cami Moscoso, y a la jugadora de vóley playa Nazaret Florián, por sus valiosos testimonios y su entera disposición. Me habéis ayudado muchísimo a comprender cómo trabaja y piensa un atleta de élite. Tiene un mérito extraordinario lo que hacéis. Ojalá se apostara más por los deportes minoritarios y no solo se acordaran de vosotras cuando lográis una medalla o vais a los Juegos Olímpicos. A veces, ni eso. Desde este huequecito, para el que haya llegado hasta aquí, quiero informaros de que muchos deportistas de élite en nuestro país ni siquiera tienen cubiertas las inscripciones de los campeonatos en los que participan, que a veces no hay premios económicos por ganar una competición y que hasta se tienen que pagar ellos mismos los viajes y alojamientos. Se buscan la vida como pueden (contratando preparadores, nutricionistas y psicólogos

personales, buscando grupos de práctica con más nivel, compatibilizando el deporte y los estudios o el trabajo sin ayudas, yendo a entrenar al extranjero...) y luego les exigimos que ganen frente a rivales que cuentan con condiciones infinitamente mejores. También existen centros en España que se esfuerzan y cuidan a los deportistas y están muy preparados para la alta competición, pero predomina la falta de recursos y de patrocinios que ayuden a crecer a los jóvenes que practican este tipo de disciplinas. A todos ellos va dedicada esta novela.

Como en cada libro, este trocito os lo reservo a vosotros, mis lectores. Seguís siendo la parte más importante de la historia. En representación de todos los que compráis mis libros e interactuáis conmigo en las redes sociales, GRACIAS a Claudia Gallego, Nayeli Rosas, Rosa María Cabello, Yadira Cumapa, Paula Armenta, Fernanda Huamán, Montse Vera, Marta Peiró, Aroa Cortés e Inés Soto. También mil gracias a mi escuadrón sevillano, que nunca falla, a Saraí y a Helen de Bluejeaners México, a Francesc y Paula de Afortunados de Blue, a Irene Contenta de la Librería de Los Incomprendidos (tenéis que ir a Ávila a conocerla), a Javi Martínez, a Ignasi y a Pedro Vásquez. Merecen estar en estos agradecimientos también por su eterno apoyo Lau Bluejeaner, Carmele y Dani de Granada, Esther Trota, Elena Rarita, Flora, Reyes de Sevilla, Aby de Zaragoza, Vanesita, Sandra y Marina de Valencia, las hermanas Padilla de Baeza, Armando de México, Álvaro, Jori, Moi, RoseMary y Xiomara de Perú y tantas y tantas personas que ya son más amigos que lectores. Gracias a Salma de Diego por su carisma. Gracias a Quino, a Patricia y a su equipo por el reconocimiento en Teruel. También a la gente del Festival Internacional Agatha Christie de Puerto de la Cruz por tenerme en cuenta. A Eloy Moreno por contar conmigo y por esa maravillosa cena en Castellón. Y una mención muy especial para cada persona que leyó mis libros y se fue. Se me pone un nudo en la garganta cuando me entero de la pérdida de alguno de vosotros. Por último, quiero dar las gracias por el trabajo que hacen a las librerías, a las bibliotecas y a los profesores que se esfuerzan para que los chicos lean. Los escritores nos podemos dedicar a esto gracias a vosotros. Y gracias también a la comunidad

de Booktok española y latina y a los bookstagramers que tanta pasión le ponen a sus vídeos hablando de libros. Ahora me toca a mí aprender de vosotros.

Aquí doy por finalizada esta nueva aventura. Me lo he pasado genial escribiendo *Los 15 de Fosbury* y espero que eso se haya notado. Gracias por haberlo leído y ojalá lo hayáis disfrutado tanto como yo. Nos vemos en las firmas y en las redes sociales. Y no tengáis pudor en escribirme, leo absolutamente todo e intento responder. ¡Hasta la próxima!

Sigue este QR para escuchar la *playlist* oficial de *Los 15 de Fosbury*.



Los 15 de Fosbury
Blue Jeans

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Imagen de la cubierta: © Jose Luis Paniagua y © Ildiko Neer / Trevillion Images
Diseño de la colección: Planeta Arte & Diseño

© Francisco de Paula Fernández, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2026

ISBN: 978-84-08-31819-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Dedicatoria de Sant Jordi
PORTADILLA
DEDICATORIA
CITA
LISTADO DE PERSONAJES
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1. NEREA
CAPÍTULO 2. MARCUS
CAPÍTULO 3. IZAN
CAPÍTULO 4. ALEJANDRA
CAPÍTULO 5. GRECIA
CAPÍTULO 6. MARCUS
CAPÍTULO 7. NEREA
CAPÍTULO 8. MARCUS
CAPÍTULO 9. ALEJANDRA
CAPÍTULO 10. GRECIA
CAPÍTULO 11. IZAN
CAPÍTULO 12. NEREA
CAPÍTULO 13. ALEJANDRA
CAPÍTULO 14. MARCUS
CAPÍTULO 15. GRECIA
CAPÍTULO 16. NEREA
CAPÍTULO 17. ALEJANDRA
CAPÍTULO 18. IZAN
CAPÍTULO 19. GRECIA
CAPÍTULO 20. MARCUS
CAPÍTULO 21. ALEJANDRA
CAPÍTULO 22. NEREA
CAPÍTULO 23. IZAN
CAPÍTULO 24. MARCUS
CAPÍTULO 25. ALEJANDRA
CAPÍTULO 26. GRECIA

CAPÍTULO 27. NEREA
CAPÍTULO 28. IZAN
CAPÍTULO 29. MARCUS
CAPÍTULO 30. NEREA
CAPÍTULO 31. GRECIA
CAPÍTULO 32. ALEJANDRA
CAPÍTULO 33. IZAN
CAPÍTULO 34. NEREA
CAPÍTULO 35. MARCUS
CAPÍTULO 36. OLGA
CAPÍTULO 37. GRECIA
CAPÍTULO 38. ALEJANDRA
CAPÍTULO 39. IZAN Y NEREA
CAPÍTULO 40. MARCUS
CAPÍTULO 41. IZAN
CAPÍTULO 42. ALEJANDRA
CAPÍTULO 43. GRECIA
CAPÍTULO 44. NEREA
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46. IZAN
CAPÍTULO 47. ALEJANDRA
CAPÍTULO 48. MARCUS
CAPÍTULO 49. GRECIA
CAPÍTULO 50. NEREA
CAPÍTULO 51. IZAN
CAPÍTULO 52. GRECIA
CAPÍTULO 53. ALEJANDRA
CAPÍTULO 54. NEREA
CAPÍTULO 55. IZAN
CAPÍTULO 56. MARCUS
CAPÍTULO 57. OLGA
CAPÍTULO 58. TODOS
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
PLAYLIST
CRÉDITOS